

AFRO AMÉRICA I

LA RUTA DEL ESCLAVO

LUZ MARÍA
MARTÍNEZ MONTIEL



A mamita

1912-2002

Los buques negreros transportaron durante cuatro siglos con los hombres, mujeres y niños africanos, sus dioses, creencias y tradiciones que conformaron la **Tercera Raíz de América.**

Agradecimientos

La iniciativa de emprender los estudios sistemáticos de la raíz africana (la tercera raíz) como factor fundacional de México y de América, surgió en 1974 cuando el doctor Guillermo Bonfil impulsó el proyecto Afroamérica que se inició con un seminario de etnología comparada en el entonces Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH). Para entonces, los dos libros de Gonzalo Aguirre Beltrán sobre la población negra de México publicados entre 1946 y 1948 eran ya clásicos del tema, con ellos se abrieron las puertas de la apasionante historia de nuestra población africana.

Con los planteamientos y los avances del proyecto Afroamérica INAH, en 1989 se creó por disposición del doctor Bonfil el programa Nuestra Tercera Raíz en la Dirección General de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes que inició sus actividades con el Primer Encuentro de Afromexicanistas presidido por el doctor Aguirre Beltrán.

Quienes hemos trabajado en este proyecto recordaremos siempre al doctor Guillermo Bonfil con gratitud y reconocimiento. Tengo otra deuda también de carácter académico y profesional con las siguientes personas:

Con mis maestros de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, entre ellos los doctores Beatriz Barba de Piffta Chan y Julio César Olivé Negrete, quienes me guiaron hasta consolidar mi vocación y me integraron al equipo del Museo Nacional de las Culturas

(1965).

Con los siempre maestros José Luis Lorenzo (†) y Eli de Gortari (†) por su generosa amistad y sus magníficas enseñanzas.

Con Jacqueline Delange (†) y Michel Leiris (†) por todo lo aprendido con ellos en el Museo del Hombre de París.

Con el profesor Roger Bastide (†) quien me dio los cimientos del camino afroamericanista.

Con nuestra colaboradora y entrañable amiga, la maestra Guadalupe Castañón González, autora del prólogo de este libro, por sus contribuciones a los estudios afromexicanistas que le valieron el premio nacional "G. Aguirre Beltrán 1989". Estas líneas son de reconocimiento a su constancia y dedicación a la investigación, su valiosa participación en nuestros encuentros académicos, congresos y publicaciones, así como su solidaridad y lealtad ejemplares.

Con las doctoras Margarita Moreno Bonet y Andrea Sánchez Quintanar, quienes apoyaron desde la Facultad de Filosofía y Letras, la apertura y definitividad de las materias: Historia de África, Los aportes africanos en la cultura de América Latina y el Seminario de historia de México sobre la inmigración africana, europea y asiática.

Con el licenciado Luis Garza A. (1990-1993) y el etnólogo José del Val (1993-1998) por su decidido apoyo al programa Nuestra Tercera Raíz en la Dirección de Culturas Populares de Conaculta, años en que además de las siete reuniones nacionales de afromexicanistas, se publicaron los libros de la serie "Nuestra Tercera Raíz", en coedición con las universidades de Colima, Michoacán y Veracruz.

En 1993 el programa realizó en Santiago de Cuba el homenaje a Guillermo Bonfil y a Gonzalo Aguirre Beltrán que tuvo lugar en el marco del Festival del Fuego realizado y patrocinado por la Dirección de Culturas Populares.

El Foro de Afroamericanistas y el Primer Encuentro de Decimistas en 1994, tuvo como marco el Festival Anual Afrocaribeño que la Dirección de Culturas Populares fundó en el puerto de Veracruz.

En ese año el Programa se incorpora al proyecto UNESCO La ruta del esclavo con el nombre de "Afroamérica. La tercera raíz" y se funda la ONG Afroamérica-México, asociada al proyecto UNESCO La ruta del esclavo.

Además de 45 programas en Radio Educación, se editaron dos videos, tres cd's y se presentaron numerosas exposiciones relacionadas con el tema de la presencia africana en América.

En 2005 se publica en cd rom, gracias a la generosidad de las Fundaciones MAPFRE, Tavera e Ignacio Larramendi de Madrid, la serie monográfica "Afroamérica. La tercera raíz" dirigida por el doctor José Andrés-Gallego, que contiene los trabajos de especialistas de América Latina y Europa, con las líneas de investigación de los últimos 30 años.

No quisiera omitir otra deuda -en este caso familiar y amistosa-con la familia Rojas González por su generosa acogida que alentó con alegría mi tránsito de la selva a la ciudad; con mi tía Silvia Guiot, con Carmen Alardín, con las familias de Mirella Pucci y Aurore Janon, y con los doctores Guadalupe Cortés y Aniceto Aramoni, por el afecto y solidaridad recibidos.

En 2005, en el marco del Programa Universitario México Nación Multicultural que dirige el etnólogo José del Val, adscrito a la Coordinación de Humanidades de la UNAM, se inicia una nueva etapa del proyecto Afroamérica. La tercera raíz.

Prólogo

El libro *Afroamérica I. La ruta del esclavo es*, al mismo tiempo, un punto de llegada y un punto de partida en las investigaciones de etnología de Luz María Martínez Montiel quien cumple, así, un ciclo de trabajo -experiencia y estudio-sobre los grupos marginados y sus huellas de trashumancia como migrantes, sus asentamientos de mixturación biocultural, al asimilarse a los entornos del paisaje nuevo, su aportación en el trasplante de su horizonte nativo, como síntesis cultural de lo que se sabe y de lo que se es. Los últimos 20 años de tareas ininterrumpidas así lo demuestran: desde *Asiatic migrations in Latin America* (1981), *La plástica africana* (1982), *La gota de oro. Migración y pluralismo cultural en América Latina* (1988), hasta su enciclopédica aportación *Negros en América* (1993), que forma parte de la Colección América, crisol de pueblos, en la que se estudian las aportaciones realizadas por diversos agrupamientos humanos en la construcción del Nuevo Mundo.

Sin omitir, por supuesto, la esmerada coordinación de la *Presencia africana en América* (4 vols., 1993) de donde arranca formalmente ya la feliz nominación de “nuestra tercera raíz”,¹ como la clave etnocultural de una puesta en común para la mixturación del hombre americano; texto seguido de la *Presencia africana en México* (1995) donde se continúa la idea de agrupar ensayos significativos de diferentes autores, que exploran territorios monográficos en un haz de integraciones e identidades donde lo negro es sangre transparente de modos de pensar y ser, que se ocultan y reaparecen en el cómo ser de las culturas vivas.

Resulta obvio -como lo enuncia René Depestre-que para comprender la significación y los valores sociológicos y antropológicos del problema de la identificación y de la identidad (el afuera y el adentro de la cultura negra) es necesario insertarlos en la historia de las relaciones humanas. La lucha por esa identidad está ligada -esto es incontestable-al hecho central (antillano y americano) de la esclavitud.

¿Y qué es la esclavitud sino la anti-identidad por definición? La esclavitud *despersonalizó* al hombre africano deportado a las Antillas. El principal objeto de este modo de producción era extraer de la mano de obra esclavizada la energía para crear riquezas materiales. El hombre negro se convirtió así en hombre-carbón, en hombre-combustible, en hombre-nada. Este proceso de cosificación inherente al trabajo servil entrañaba otro que le era complementario: la asimilación cultural del colonizado.²

Éste es el centro teórico de las orientaciones etnoculturales desplegadas por el quehacer de Luz María Martínez Montiel: la búsqueda de una cultura propia en el grupo humano negro (original y trasplantado), que no ha de buscarse en el espejo del “otro occidental”, sino en el sí mismo recobrado en sus transformaciones y variables, que se integran no como reflejo sino como transgresión de la barrera (el *Negro a través del espejo*) en cuya *otredad* está el sí mismo, que es, a un tiempo, hombre negro y hombre universal; como el americano es autoctonía, hispano-latinidad arabizada, negrismo, asianidad y cualquier otro ingrediente de escorias cósmicas, que son la esencia de lo propio en el todo. Por todo eso, Gonzalo Aguirre Beltrán (2) se refirió a la primera edición de este texto publicado en España en los siguientes términos “Luz María Martínez Montiel, interesada en el arte africano. Recién publica una síntesis histórica monumental sobre el negro en América.”³

No a otro propósito obedece la nueva obra inédita de Martínez Montiel, *El exilio de los dioses. Religiones afrohispanas*, que completa su propia enciclopedia, y que merece estudio aparte en cuanto excede cualquier material que previamente se haya trabajado en lengua castellana.

De la investigación sobre *Negros en América*, dijo Aguirre Beltrán -en un comunicado a su publicación-que el texto: “es un trabajo que me ha sorprendido gratamente por llenar brillantemente una síntesis de la esclavitud en los países de América”. De esta sorpresa -que no lo es tanto para quienes hemos seguido el magisterio de la especialista-queremos dejar constancia, por nuestra parte, en una analítica descripción, que no va más allá del desglose de sus líneas de investigación.

La obra *Afroamérica* en su conjunto, es clara y precisa y, sin embargo, compleja en su desarrollo y en sus variables. Admite puntos de vista que fijan los sucesos en sus diferentes perspectivas: históricos, antropológicos, geográficos, etnológicos, sociológicos, políticos y aun de matices artísticos y culturales; la interdisciplina los engloba en su más amplia perspectiva metodológica. Desde el ángulo de su contenido

semántico -los materiales del tejido documental-, los niveles del relato se centran en la deportación masiva de africanos y su ingreso en las colonias americanas como esclavos; las rutas de ese tráfico humano (la trata y su institución jurídica y social) se triangula continentalmente entre África, Europa y América. El producto de este intercambio son los diversos grados y matices del mestizaje y los procesos de *interculturación*, que en su forma de rotación geográfica se han caracterizado como *transculturación* (en la terminología de Fernando Ortiz y Bronislaw Malinowski) y en la de asimilación por los grupos de poder en forma de aculturación, según la vieja propuesta de Herskovits y de Aguirre Beltrán.

Los esclavos -tal su condición de acomodo según el programa de sus necesidades-se integran primero a la estructura de los empleadores, urgidos por los apremios de la subsistencia; al tiempo que se ubican -operación de simultaneidad social-en los estratos estamentarios de la población y sus clases para, finalmente, incidir en el componente original de las culturas en conflicto, que sobreviven en los rasgos del estilo y de la sensibilidad, al igual que en todas las formas sincréticas de la religión, del arte y del pensamiento mágico. “Las comunidades afroamericanas, es verdad, han dejado su huella en la cultura de diversos países -dice la autora-y actualmente, las poblaciones descendientes de los esclavos negros son parte de la problemática de cada país en el que están insertos, y en muchos de ellos son objeto de marginación y discriminación”. Los especialistas no sólo encontrarán novedad en el ordenamiento y en la interpretación de los temas expuestos sino rigor académico y holgura disciplinaria, para entender los fenómenos etnográficos y etnológicos como parte de una visión culturoológica de más amplio alcance y mayores perspectivas; los neófitos gustarán del panorama global como de un paseo por el mundo de la historia ilustrada, que se problematiza en un presente que a todos interesa porque es parte de la injusticia cotidiana.

Tal vez no esté de más acentuar algunas líneas estructurales en la arquitectura conceptual de esta obra, que nos sirvan de guía para su cabal comprensión y óptimo aprovechamiento. La autora organiza su libro bajo una geografía continental -de norte a sur-y por ello en el tercer volumen inicia su investigación con el relato del negro en Canadá, para descender por altiplanos y mesetas hasta costas y playas: Estados Unidos de América, México, Centroamérica, el Caribe, etcétera. Al no utilizar la historia en su obligada diacronía sino en su relación geográfico-antropológica, muestra más la topología visual del problema que su tradicional abstracción temporal. Bien pudo añadir al título del libro, sin embargo, los parámetros de su espacio cronológico: del siglo XVI al XX, y el lector hubiese sabido que la obra abarca la historia del negro desde la Colonia hasta la época actual: esto es, del negro esclavo -pasando por la abolición de la esclavitud-hasta el negro liberto. Tres o cuatro años del siglo XXI no son, todavía, significativos de un cambio en el estatus histórico del negrismo y la negritud.

Hay una correlación -señalada por la autora-entre la descolonización del mundo, esto es, la independencia de los países sometidos y la proclamación de sus respectivos decretos de abolición de la esclavitud. Por ejemplo, en el caso de México -en el año 1810- el intendente José María Anzorena proclama -por órdenes del generalísimo Hidalgo-la abolición de la esclavitud el 19 de octubre, y el propio caudillo Miguel Hidalgo y Costilla lo hace el 6 de diciembre, José María Morelos y Pavón el 17 de noviembre y más tarde Vicente Guerrero en 1829.

Un cuadro de países, fechas de independencia y de la esclavitud nos ayuda a visualizar

<i>País</i>	<i>Fecha de independencia</i>	<i>Fecha de abolición de la esclavitud</i>
Haití	1804	1804
Argentina	1816	1813
México	1821	1810
América Central	1823	1824
Ecuador	1822	1851
Estados Unidos	1776	1865
Cuba	1998	1886
Brasil	1822	1888

correspondencias y fechas límite como las que a continuación se señalan:

El estudio del negro en el periodo de la abolición de la esclavitud es la segunda parte de la investigación en cada uno de los países de América, y ello duplica la importancia del libro. En Canadá, después de tratar al negro esclavo, señala el hecho de que los negros libres fueron la mano de obra en la construcción de los ferrocarriles. Estos grupos no llegaron a mezclarse con los negros residentes y, por ello, tienen otras costumbres, que acentúan el escalón de comunidades heterogéneas. El libro no solamente explica la vida del negro histórico sino la historia del negro vivo -como en Cuba-en un pasado que se actualiza constantemente.

Hacía tiempo que la investigación sobre los grupos marginales estaba atenta a las líneas de continuidad de la monumental Historia de la esclavitud de José Antonio Saco, así como a las obras monográficas que cubrían las necesidades del estudio de negros en los diversos países americanos, tales como *La población negra de México* (1946) y *Cuijla* (1948) de Gonzalo Aguirre Beltrán, obras que abrieron los estudios afromexicanistas, aplicando el método etnohistórico a una realidad más presentida que descubierta; a otras obras de singular trascendencia, tal el caso de *Os Africanos no Brasil* (1931) de

Raimundo Nina Rodrigues, con sus estudios comparativos de tipo cultural, que integró la Escuela Bahiana, así como *Las culturas negras en el Nuevo Mundo* (1937) del más brillante de sus discípulos, Arthur Ramos, que sintetizó el acuerdo de todos los africanistas sobre el estudio de las culturas negras en el Nuevo Mundo: *a)* que es indispensable el estudio previo de las culturas africanas para comprender las supervivencias de éstas en tierras americanas, y *b)* que el trasplante de aquéllas es una mezcla que las transformó en un producto diferente, mediante un proceso de intercambio cultural, lo que entonces se llamaba *aculturación*. Herskovitz, Carvalho-Neto, Fernando Ortiz, Roger Bastide, J. L. Franco, Moreno Friginalis, R. Mellafe y otros, iban tejiendo el apretado bastidor de los estudios monográficos afroestizos; es, sin embargo, hasta *Afroamérica I, II y III* de Luz María Martínez Montiel, cuando se reanuda una tarea de tan vastas proporciones, enlazando diversos hitos de la investigación: los de etnohistoria con los de la antropología cultural y los de la sociología comparada con los de la estadística aplicada, para proponer una lectura más articulada del continuo histórico.

Esquematicemos, a título de itinerario personal, las escalas de su trabajo programático. Veamos.

Estudios que se realizan sobre el esclavo negro en las colonias inglesas, holandesas, francesas, españolas y portuguesas:

1. Al exponer el comercio de la trata de esclavos se incluye -generalmente-el estudio de fenotipo del negro trasterrado.
2. Al examinar la procedencia del negro trasterrado se hace un estudio del marco de las instituciones sociales que lo conforman: políticas, económicas y culturales.
3. En el aspecto económico se destaca la sustitución laboral de la mano de obra del indio por la del negro: como agricultor en las plantaciones azucareras, como minero y obrajero; en la arriería y la pesca y en los servicios domésticos principalmente. En este sentido, la institución esclavista debe verse no sólo a la luz del exterminio dominador sino de la "plusvalía humana".
4. En el aspecto jurídico, la legislación -arma siempre de doble filo-establecía las condiciones de explotación y control, para las que se requería un mínimo de protección que garantizase la sobrevivencia del negro. A estos propósitos obedecieron las Leyes de

Indias, los códigos especiales para las colonias iberoamericanas, el Código Negrero o Real Cédula de Aranjuez, y para las colonias francesas el Código Negro. En los Estados Unidos de América la Declaración de los Derechos del Hombre (1776) que establecía la igualdad exclusivamente para los blancos y fue sólo hasta la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano en Francia (1789), que se consagró el carácter universal de la igualdad.

5. Fue, sin duda, el grupo negroide (mestizos, mulatos y castas) uno de los elementos más importantes que formaron en las colonias iberoamericanas el contingente de los movimientos armados de independencia. Los grupos antillanos que se manifiestan en América a partir de los decretos de abolición de la esclavitud, principalmente en los Estados Unidos de América y los países de Centro y Sudamérica, en el siglo XX, son promotores significativos de los movimientos libertarios.

Gracias a estas mezclas raciales, portadoras de elementos nuevos, el negro es un factor poderoso de interculturación, etnoculturación, asimilación e integración, que aporta estilos de vida, de arte, de religión y cultura, particularmente en sus manifestaciones musicales.

Afroamérica incluye aspectos no estudiados hasta ahora y otros vistos con un espíritu crítico totalmente novedoso. Se trata de una reflexión sobre los castigos que se imponían a los negros huidos -los cimarrones- que se rebelaban en busca de una vida mejor, reflexión en la cual cabría analizar no sólo el deseo sino el miedo a la libertad, que se erige como categoría ambigua entre el enfrentamiento a lo desconocido y el proceso de individuación: *a)* en la medida en que el esclavo veía a su amo como proveedor de seguridad en un medio hostil; *b)* en cuanto los libertos y manumitidos, no siempre sabían aprovechar su nueva condición y regresaban voluntariamente a la tutela de sus amos y *c)* tomando en cuenta que los negros cimarrones asumían en el ejercicio de su rebeldía el camino de la libertad. Sin embargo, entre el esfuerzo de individuación y los mecanismos de evasión hay, siempre, ese proceso doloroso de crecimiento social que la historia atestigua.

Tal vez una de las hazañas menos exploradas en esta crónica de la injusticia (por lo menos en lengua castellana) sea la de los negros en los Estados Unidos de América. Una cronología de hitos formadores, que la doctora Martínez Montiel realiza en su obra, nos ayudaría a visualizar el itinerario de esta gesta como *hazaña de la libertad*:

Desde el siglo XVI, cuando Lucas Vázquez Ayllón intentó fundar una colonia de negros (1526) en lo que más tarde sería Jamestown, Virginia, las sucesivas oleadas de africanos (capturados y llevados en barcos españoles por corsarios holandeses o comprados por colonos norteamericanos) incrementó la mano de obra esclava en el sur y permitió la expansión de la economía de plantaciones.

En el siglo XVII, Holanda era ya propietaria de la Compañía de las Indias Occidentales, con libranza para el comercio directo de prisioneros esclavos con África; en 1672, la Compañía Real Africana operaba igualmente desde Inglaterra para beneficio de su Corona. Así, pues, el duopolio de la mano de obra esclava estableció las bases del comercio infamante durante más de dos siglos. La decadencia y el confinamiento del imperio español y la supremacía de la Inglaterra y los Países Bajos se había establecido desde 1713 con el conjunto de tratados firmados en Utrech, junto con los de Rastodt (1714) y Amberes (1715) mediante los cuales Felipe V cedía Gibraltar y Menorca a la Gran Bretaña. Esta naciente potencia industrial (destacada en el pillaje marítimo) enviaba una libranza de 5 000 esclavos anuales a las colonias americanas. La colonización norteamericana -esto es evidente-estuvo sostenida por la fuerza del trabajo esclavo; la liberación del trabajo semiesclavo blanco, por la del negro. El análisis puntual y la síntesis acabada de este proceso intercomercial (que devenía necesariamente en interculturación étnica) está relatado con documentación más que suficiente en la obra de la doctora Martínez Montiel, en una geografía transmarítima, que enlaza los esfuerzos de liberación política y social durante el siglo XIX con los movimientos protestatarios del Black Power y la reivindicación de los derechos humanos y civiles de los negros. Testimonio y presencia de una actualidad que no cesa ni acaba.

Los estudios afroestizos, esto es, la presencia negra de África en América, son hoy la orgullosa delación de la "tercera raíz" como factor de mezcla biológica, social y cultural en los países de sustrato indio y de conquista blancoeuropea, un factor más en el crisol de las mixturas humanas que integran la raza universal. Los investigadores americanos descifran estas claves genéticas y estos códigos culturales mediante el trabajo paciente de confrontar archivos olvidados con interpretaciones audaces; en esta cruzada múltiple destaca de manera excepcional mi maestra, Luz María Martínez Montiel, para quien estas líneas son homenaje de reconocimiento e intento de valoración de su obra.

[1](#) Tal vez la expresión acuñada es más antigua, la propia doctora Luz María Martínez Montiel la utiliza por primera vez en investigaciones anteriores a 1980, y se ha ido repitiendo en muchos estudios que la convalidan y enriquecen.

[2](#) Rene Depestre, “Problema de la identidad del hombre negro en las literaturas antillanas”, revista *Casa de las Américas*, 1969, y en *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 14, México, UN AM, Facultad de Filosofía y Letras, 1978, p. 6.

[3](#) Gonzalo Aguirre Beltrán, *El negro esclavo en la Nueva España*, FCE, p. 13.

Presentación

El orden en los contenidos del texto que sigue obedece a la intención de llevar al lector no iniciado en los temas afroamericanos por un itinerario que le muestre sucesivamente la historia y la evolución de Afroamérica como un complejo de culturas de raíz africana.¹

En el primer volumen se expone un panorama de los estudios afroamericanos que precede al contexto del momento en que se producen las exploraciones de las costas africanas y los grandes descubrimientos que de manera directa propician la expansión europea y el capitalismo en su fase mercantilista, la colonización de América y la trata atlántica, como se le llamó al comercio de esclavos, mismo que significó el traslado masivo a las colonias americanas de cerca de 40 millones de africanos durante los casi cuatro siglos que duró el infame comercio.

Se hace un resumen de la ruta del esclavo, para echar luz en términos generales sobre cómo se realizaba el comercio de seres humanos y se establecían las rutas de este tráfico.

En el segundo volumen se abordan las formaciones afroamericanas en sus tres niveles: trabajo, sociedad y cultura.

El tercer volumen está conformado por la relación geográfica y la etnografía de las culturas afroamericanas, desde Canadá hasta Argentina.

Es conveniente ante todo hacer referencia al marco en el cual se sitúa nuestro trabajo sobre el universo global de Afroamérica y de ésta como la tercera raíz de nuestra identidad latinoamericana. Para ello, el punto de partida es la llegada de Cristóbal Colón al nuevo continente que abrió una etapa en la historia de la humanidad e inició el nuevo orden económico mundial y la era de los imperios transcontinentales.

En este contexto, es imprescindible subrayar que por lo menos hasta la primera mitad del siglo XIX una de las consecuencias fundamentales de la conquista y la colonización del Nuevo Mundo por los europeos, fue la relación permanente entre Europa y el África negra en los escenarios de América; aunque los viajes de Colón y el dominio de la isla

La Española sellan el violento y fatal para unos, feliz para otros, encuentro de los cuatro mundos, el hecho relevante es que a partir del siglo XVI el traslado forzado de millones de africanos transformó las relaciones económicas, sociales y culturales de los tres continentes: Europa, América y África. Los planteamientos en las líneas del proyecto Afroamérica. La Tercera Raíz retoman algunos aspectos relevantes del proceso esclavista que se procuraron mantener en la serie monográfica editada en CD ROM por el Instituto Histórico Tavera y la Fundación Larramendi de Madrid en 2004 (Gallegos, 1991). Estos planteamientos se consideraron pertinentes para cimentar las propuestas a las universidades iberoamericanas respecto a la investigación y enseñanza de nuestra historia cultural y el ocultamiento de la presencia africana, en general, en la historia oficial.

Las investigaciones históricas han confirmado la presencia de negros africanos en el sur de España desde tiempos anteriores a Colón.

Entre otros documentos, se han transcrito libros parroquiales de iglesias andaluzas que a finales del siglo XV y comienzos del XVI confirman la existencia de una numerosa población de negros. "Hacia 1442 un explorador portugués, Antonio González capturó moros en Río de Oro, pero se le obligó a devolverlos a su país natal, lo cual hizo mediante una recompensa, no en oro, sino en cierto número de moros negros" (Ramos, 1943: 65).

Igualmente se afirma que en los viajes de Cristóbal Colón venían en las naves tripulantes negros, lo que prueba que desde esa época estaban integrados a la vida de la península. Los esclavos católicos que vivían en Sevilla participaban en las festividades religiosas desde finales del siglo XV. Esto nos permite dar por cierto algo que era dudoso: también Cortés y Pizarro trajeron negros para emprender la conquista de América.

El primer momento del acarreo masivo de esclavos es el año 1501, cuando se transporta un numeroso grupo de negros africanos a La Española traídos directamente desde África.

El final del inicuo tráfico es cuando el último cargamento de la "mercancía de ébano", del cual hay documentos probatorios, fue desembarcado según los historiadores cubanos, en abril de 1873, y trasladado al ingenio de azúcar de Juraguá en el sur de Cuba. Es decir, que sin contar el arribo individual de negros africanos, antes y después de estas fechas, el comercio de esclavos duró aproximadamente 400 años y el número de los que llegaron a América se calcula entre 30 y 40 millones.

Ningún otro proceso migratorio en el mundo ha tenido una dimensión igual. A esta cifra hay que agregar un alto número de muertos en la travesía, en el proceso de captura y en la dispersión de las sociedades africanas a las que pertenecieron los africanos destinados a ser vendidos y esclavizados. Aún más, a esta demografía de la trata atlántica "legal", hay que añadir el comercio clandestino y la piratería que introdujeron un número aún no calculado de esclavos.

Concentrados principalmente en la amplia zona del sistema americano de plantaciones en el Caribe, Brasil y Estados Unidos, los africanos fueron mano de obra en todo el territorio americano, por eso no hay región ni cultura del continente, ni sector social, ni actividad económica alguna que no esté marcada por su presencia.

En la actualidad el estudio y la comprensión de nuestra realidad sin el análisis de los aportes africanos en la construcción de América es a todas luces incompleto. En el terreno cultural, las contribuciones de los africanos son relevantes desde el proceso mismo de formación continental y desde cualquier perspectiva: antropológica, histórica, demográfica, económica y social.

Lo que marca de manera más profunda la conformación americana es haber sido el crisol en el que la aportación negroafricana es una de las tres más importantes, tanto o más que la indígena (según el país de que se trate) y demográficamente, más que la europea.

Los mestizajes entre negros e indios o entre negros y europeos llamados afromestizajes, no han tenido la misma atención por parte de los estudiosos que la que se le ha dado a la dicotomía europeo-indígena. La mayoría de los especialistas de la historia de América no desconocen la presencia de los africanos, pero han reducido su interés a ciertos aspectos de la esclavitud como el de las diversas formas de explotación y la demografía de la población esclava o el problema de los derechos civiles.

Por otro lado, mientras a la población indígena se la considera como el sector propietario desposeído y vencido en sus territorios naturales, al africano se le analiza como un intruso forzado a causa de la esclavitud. En la mayoría de los textos de historia para la educación escolar y en los museos, se le designa como "negro" o "esclavo", de ahí que se ignoren por desconocimiento sus aportes a la cultura americana ya acumulados durante cinco siglos.

Desde esta perspectiva se puede afirmar que la configuración de lo que es hoy América, no se debe sólo a la transformación de sus raíces indias por la acción europea colonizadora, sino que también deben incluirse los injertos de africanía que se

arraigaron en la población desde los primeros años de su mestizaje. Éste es uno de los aspectos que desde el proyecto Afroamérica. La Tercera Raíz se ha venido analizando para fundamentar el estudio de nuestra raíz africana.

Las aportaciones negroafricanas en general se integraron en un primer momento bajo el régimen de la esclavitud; las condiciones de trabajo limitaban la posibilidad de los negros de participar en la vida social y cultural. Desde tiempos coloniales muchos cronistas -los misioneros sobre todo-se vieron obligados a enfrentar el tema de la esclavitud africana y la presencia del negro libre o esclavo, en la nueva sociedad en formación. Hoy en día, los estudiosos de todas las ramas del conocimiento, incluyendo poetas, novelistas, pintores y músicos, se interesan por el tema.

En los Estados Unidos, el estudio del negro ha sido reiteradamente tratado por la historiografía y la sociología con un enfoque racista y con una marcada tendencia a la cuantificación de las formaciones sociales en los que los negros tienen alguna participación que se reduce a una: la de la familia negra, un problema permanente de integración conflictiva. En ese país el negro sigue siendo objeto de discriminación y marginación, mantiene el estigma de la criminalidad, y la sociedad mayoritaria que conserva el modelo anglosajón le concede muy pocas veces la igualdad.

La paradoja es mayor cuando constatamos que en el ámbito internacional de las artes del espectáculo y las figuras famosas en los deportes, los exponentes de los Estados Unidos son hasta hace muy poco, en su mayoría, negros.

Durante los últimos 50 años en Latinoamérica ha tenido lugar una intensa época de investigaciones en torno a nuestra identidad como pueblos multiculturales. Una nueva visión se desprende de la reflexión en torno a la conmemoración del V Centenario: ha llegado la hora de analizar más profundamente la conformación de la sociedad americana en su triple dimensión india, europea y africana.

A la luz de estas nuevas investigaciones, surge la primera afirmación: en su implantación en las sociedades americanas, el negro fue siempre un componente no sólo biológico, sino también cultural. Entre 1492 y 1890, la presencia africana en América fue mucho mayor que la europea y, en ciertas regiones como el Caribe, mayor que la población aborigen a la cual sustituyó. En gran parte de las colonias donde los indígenas americanos fueron más numerosos, está claro que el mestizaje se consumó fundamentalmente entre indios y negros.

Ante esta evidencia no resulta una tarea infructuosa cuantificar los aportes culturales de unos y otros. Frente a un proceso de interculturación que reunió en el mismo escenario

a la humanidad existente en varios mundos, debemos partir del hecho inobjetable que de este encuentro multicultural se derivaron todas las sociedades americanas. Desde el principio se debe entender que la construcción de América, al exigir la cacería de esclavos negros para la explotación económica del continente, determinó, a su vez, la desestructuración de las sociedades africanas y por supuesto la transformación de la cultura europea dominante y la cultura y sociedades indígenas receptoras.

No se trata sólo de ampliar los estudios latinoamericanos con la temática del negro, sino de incluir en la historia oficial una visión coherente de la interrelación de América y África vía Europa que, necesariamente, significó cambios profundos para los tres continentes. El que esta interrelación estuviese motivada fundamentalmente por los intereses económicos del expansionismo europeo, y por lo tanto impuesta y no libremente originada, orienta el enfoque de la inclusión del negro en nuestra historia. Su presencia forzada en América implicó su desarraigo del hogar ancestral para servir a otros como esclavo en un espacio cultural y geográfico totalmente extraño a él. Su condición de cautivo condicionó a su vez la restricción de sus tradiciones y la anulación de su identidad. Pero siendo su presencia tan temprana, pues llega al mismo tiempo que sus captores, y puesto que contribuye a la construcción de América, es justo reconocerla como una de sus raíces.

La historia y la interpretación cultural de América han estado dominadas por la visión eurocéntrica -cuya secuela todavía padecemos-en la que el africano, siguiendo la posición de los esclavistas, sólo representa un número en la demografía, una cifra en la fuerza de trabajo y otra más en la cuenta de la plusvalía; así la presencia africana ha sido reducida a un dato demográfico o económico, derivado de la óptica que dejaron los mismos negreros, que sólo veían en el africano la mano de obra útil que aseguraba la explotación colonial y la plusvalía en la compraventa de esclavos.

Por otra parte, todavía en algunos países de nuestro continente el negro es “un problema de integración”, lo mismo que la población india. En los libros de historia las sociedades aborígenes pierden su historicidad y son tratadas en la sociedad criolla como “el problema indio”. Hasta la fecha la integración nacional en la diversidad étnica sigue siendo una deuda pendiente en México, Guatemala, Bolivia y otros países de población mayoritariamente india.

La división étnica que impusieron los conquistadores para justificar la colonización, fue adoptada por los criollos de la clase dominante para, a su vez, justificar la separación de España y legitimar su poder en los países independientes. La cultura dominante, por tanto, siguió siendo la de los hijos de europeos. La misma que imperó y se difundió desde los nuevos centros de dominación neocolonial después de haber obtenido la

separación de las metrópolis y que continuó predominando. Por eso ni los indios ni los negros han alcanzado los niveles de igualdad consagrados en el derecho.

La conmemoración del V Centenario puso el acento en las sociedades autóctonas americanas; por ello, se hace imprescindible entre nosotros el análisis de las sociedades negras y de toda la rica interacción entre ambos pueblos y los europeos, pues sólo así se completa la reflexión sobre la cultura americana.

No se trata de una tarea nueva, sino de vigorizar los programas que están en marcha e insistir ante las organizaciones internacionales para multiplicar los esfuerzos en la creación de centros de investigación y museos regionales e interregionales de las culturas afroamericanas.

Los logros que culminen con estas instituciones permitirían, al mismo tiempo, la creación de los productos culturales de síntesis y resumen: los libros, discos, cine y otros medios para que se reconozca como uno de los componentes fundamentales a la población americana, más allá del prejuicio y del olvido.

En el Coloquio Internacional sobre La Tercera Raíz (México, 1992) se examinaron los acontecimientos del fin de siglo, revelándose como más notables los conflictos étnicos en el mundo entero. El culto a la tecnología que propicia la desigualdad social, la pobreza, el subdesarrollo, la explotación de las masas campesinas y obreras, ha originado también los conflictos nacionales internos y generado violentos antagonismos. Las diferencias étnicas, manipuladas por los grupos en pugna por el poder, han desembocado en algunos países en guerras civiles con su secuela de drásticos cambios en las sociedades y miles de muertes ante la indiferencia o la impotencia internacionales.

Actualmente, como en el siglo XVI, hay etnias que mueren violentamente, poblaciones enteras en vías de extinción; los actos de genocidio se multiplican en un mundo altamente tecnificado. Con frecuencia, el shock biológico -bacular y viral-entre poblaciones que entran en contacto repentino, causa un descenso considerable en la demografía. A causa del ecocidio generalizado en el planeta numerosos grupos étnicos se extinguirán antes de alcanzar su florecimiento y expansión cultural.

Otros más, privados de sus derechos durante siglos, están en pie de lucha impugnando las estructuras políticas y mentales que pretenden mantenerlos en la marginación, la opresión y la negación de sus valores. Éstas son las condiciones en las cuales la mayoría de los pueblos afroamericanos e indoamericanos mantienen su resistencia cultural aferrados ante todo a su herencia ancestral.

Roger Bastide llamó *Las Americas negras* a las culturas creadas por los africanos y conservadas por sus descendientes. Otros empleamos el término *Afroamérica* en el mismo sentido, abarcando desde el nivel de la estructura económica hasta el de las representaciones colectivas, es decir, todo aquello creado por el hombre negro americano; técnicas de producción y formas de trabajo, sistemas de conocimiento, de pensamiento, artes y lenguas que, en su conjunto, constituyeron el universo cultural de los pueblos afroamericanos.

Los movimientos culturales en América nos conducen hacia el reconocimiento de nuestras raíces; a medida que asumimos nuestra identidad, somos, al mismo tiempo, más específicos y más universales. En la actualidad, las culturas afroamericanas regresan a sus orígenes, se vierten en las africanas en una nueva fusión ancestral. Esto es reflejo del anhelo que inspira el mundo moderno de los pueblos pacíficos, aquello que fue creado por la fuerza puede ahora, pacíficamente, ir al encuentro de su raíz.

Pero no se puede pretender la autonomía de las culturas afroamericanas pues, por muy distintas que parezcan, son inseparables del campo cultural global, en el cual y en relación con el cual se configuran y se desarrollan de manera particular; Afroamérica designa algunas formas específicas que integran la cultura global americana. De ahí que se insista en que toda cultura o subcultura se inscribe en un sistema de intercambio en el que se efectúan los procesos de interculturación, influencias y asimilación.

La singularidad e importancia de las culturas populares afroamericanas, se debe tratar con un enfoque interdisciplinario, en el cual la historia, la antropología y otras disciplinas como la sociología analicen los modelos culturales implícitos y explícitos que reglamentan la conducta y los valores de esos grupos. Estos sistemas, considerados microculturales en relación con la cultura mayoritaria, han desarrollado mecanismos de retención de lo africano, con una dinámica particular que los singulariza.

Desde las primeras décadas del siglo XVI en que se registra la presencia histórica del africano en América, la demografía del comercio de seres humanos que fueron arrancados al continente africano ha sido, como ya se dijo, múltiples veces discutida: según Du Bois el número de esclavos deportados es de 15 millones; De la Ronciere señala 20 millones, un cálculo que no incluye a los que morían en la captura y el traslado del interior del continente a los puertos de embarque, en los depósitos de las factorías de las costas africanas y en los barcos negreros durante la travesía, lo que eleva las cifras de los sacrificados. Según los últimos estudios, llegaron a América 40 millones, lo que significa para algunos demógrafos, que fueron capturados, esclavizados o asesinados diariamente un número incalculable de africanos, ¡durante casi cuatro siglos

que duró la esclavitud! Habiendo recibido esa enorme fuerza de trabajo, nuestra deuda con África es infinita.

Si nos remitimos a la demografía, tomemos el caso de México. Los esclavos introducidos por la costa atlántica principalmente, al ser factor de mezcla racial además de mano de obra, llegaron a constituir en su descendencia amplios sectores que conformaron la base del mestizaje mexicano. Así ha quedado plenamente demostrado en las recientes investigaciones sobre la población colonial de diversos estados de nuestra República, en los que se confirma la presencia africana y sus aportaciones en la economía, en la estructura social y la cultura. El área mesoamericana en su conjunto representa un mestizaje en el que el negro fue más numeroso que el español.

En cuanto a los niveles de africanía en las culturas latinoamericanas, debe considerarse el desarrollo de una red de relaciones entre América y África a lo largo de los siglos de esclavitud y en los subsecuentes después de las independencias de los países americanos en el siglo XIX.

En el XX la influencia ideológica de los afroamericanos en los movimientos de independencia africanos, derivó en un complejo sistema de nuevas influencias e intercambios en todos los niveles de la cultura. La presencia africana como factor histórico, de hacerse consciente, podría constituir una fuerza integradora entre los países de América Latina y el Caribe.

También en los Estados Unidos, sólo para hacer una breve referencia a este caso, ha sido ampliamente reconocida la contribución africana como elemento formativo y punto de partida en la tradición cultural. Los afroamericanos recrean lo que se ha llamado, en un lenguaje especializado, el *folk-life*, es decir, la síntesis de rasgos africanos y europeos legitimados en América y, por lo tanto original, con una forma de lenguaje que al paso de los años alberga formas, estilos y estructuras propias.

La música y el ritmo siguen siendo un componente esencialmente integrador en África y por herencia, en América, en todas las culturas de los dos continentes son dos elementos indispensables de las actividades comunitarias, sociales y religiosas. En los Estados Unidos tienen esa función: acompañar los actos de la población afro y por extensión o adopción la de los anglos también.

Esta tradición forma parte de las relaciones culturales, siempre vigentes entre África y América. Es un hecho muy reconocido que en el proceso de la creación cultural en América Latina y el Caribe, se han producido formas y técnicas musicales de origen africano adaptadas e incorporadas a las sociedades locales, que hacen patente el

mestizaje en el desarrollo cultural entre pueblos y países de origen común. Éste, es tema de una nueva historia cultural.

En la tradición oral y el valor de la palabra, residen otros rasgos que revelan afinidad entre los descendientes de africanos; se manifiestan en lo que se llama en nuestro continente la “cultura criolla”, que permea a todas las clases sociales. A dicha tradición debe dársele preferencia en la nueva historia cultural.

El estudio de la literatura popular y de la tradición oral es fundamental para reescribir la historia de las sociedades afroamericanas. Hasta ahora, esta fuente de valor inapreciable ha sido explorada bajo ángulos diferentes, según las disciplinas de los estudiosos que se han interesado en ella. Los folcloristas han visto en estas formas de expresión colectiva sobrevivencias de otras ya desaparecidas; los etnólogos las interpretan como un reflejo de la sociedad contemporánea y de un modo de enseñanza o de transmisión de los valores de grupo; los psicólogos, en fin, las explican como medio para expresar aspectos psicológicos del inconsciente colectivo.

Reescribir la historia cultural de nuestra América es un imperativo que se hace más urgente en este momento de revaloración de la llegada de los europeos a nuestro continente. La proyección de América en el Viejo Mundo y en África misma, se realiza ya, en un flujo de retorno, no sólo mediante las actuales ideologías, sino a través de las artes como la danza y la música. Entre los factores que deben integrarse a esa nueva historia, dos son prioritarios: los lazos genéticos y culturales que unen a los pueblos de África y América y el incontestable pluralismo cultural de nuestras sociedades actuales, que tuvo su origen en el mestizaje y la interculturación.

La idea del pluralismo implica, en relación con la cultura, el rechazo a toda definición elitista; la afirmación del patrimonio colectivo da reconocimientos a otras nociones que se derivan de ella, como la de “culturas populares”, que sin establecer jerarquías definen los componentes específicos que, dentro del conjunto total, son del dominio de amplios sectores sociales.

La cultura, al ser enseñada y aprendida como un sistema de obras, modelos de referencia y normas, obliga a que en la política educacional y de difusión cultural, se tomen en cuenta las particularidades de los diferentes medios sociales que producen sus formas específicas de cultura.

La historia, al incorporar la raíz africana, hará más comprensible el mestizaje como proceso global que produjo, además del crecimiento de las fuerzas productivas, una

pluralidad de bienes culturales: lenguas criollas, tradiciones orales, religiones sincréticas, entre otros aportes no menos importantes que ya se han señalado.

En la crisis actual que abarca la economía y los valores de la cultura, se nos ofrece un momento propicio para reajustar los lazos de identidad que pueden auxiliar en el planteamiento de nuevos proyectos, actuando, igualmente, como refuerzo en los acuerdos económicos y las alianzas políticas.

América es una en su conjunto, y diversa en su pluralidad. No hay futuro posible sin la participación plena, a la cual tienen derecho todas las etnias que la conforman. Cualquier rechazo a nuestras raíces indias, europeas o africanas, impide erradicar los conceptos racistas que, de una u otra forma, cuestionan nuestra identidad, pues como se ha afirmado, “todo pueblo que se niega a sí mismo está en trance de suicidio”.

La esclavitud africana en América, a partir de la trata negrera atlántica y el sistema esclavista, nos plantea numerosas particularidades dentro de la complejidad general. En esta vasta problemática encontramos un denominador común que tiene su origen en América: el negro, es decir el africano convertido en mercancía y en esclavo. Para estudiarlo como agente cultural, es preciso ubicarlo en los dos contextos que le dan origen. Por una parte, el de la trata negrera que lo capturaba en su hogar nativo y lo vendía en América; y, por la otra, en el sistema esclavista que le impuso el trabajo forzado en el régimen colonial americano para, de ahí, partir a sus orígenes y darle su dimensión cultural.

Con frecuencia se han empleado fórmulas matemáticas frías y rigurosas en la historia económica del negro. Pero, para la historia integral de la trata atlántica, se imponen otros procedimientos si lo que se busca es obtener una visión completa del papel sociohistórico y cultural del africano.

En una perspectiva teórica más actual, después de inventariar las fuentes documentales de que se dispone en países europeos y americanos, éstas deben utilizarse de diversas maneras y con distintos enfoques.

En reuniones internacionales, los expertos han examinado las repercusiones de la trata en África y en los países receptores así como en los países europeos que la originaron. Se ha buscado obtener una evaluación no solamente de la importancia numérica de la población deportada de África sino, también, de las consecuencias sobre la evolución y el crecimiento de las fuerzas productivas en América y del financiamiento de la revolución industrial en Europa.

En efecto, diversos especialistas han examinado el enriquecimiento de las economías y el desarrollo industrial de los países europeos, procurado por el comercio de los esclavos, en particular, durante la fase de acumulación primitiva de capital, así como el enriquecimiento de las tierras receptoras de la mano de obra africana. Los numerosos estudios, que se han multiplicado particularmente durante los últimos 15 años, han intentado hacer una evaluación de los mismos y, por otra parte, se han examinado las consecuencias de la mezcla cultural en las mentalidades y en las estructuras sociales y económicas en los países americanos.

Entre estos trabajos, es importante el examen de las posiciones y la evolución de la doctrina de las iglesias cristianas, que intervinieron e incluso respaldaron y tuvieron intereses en el comercio de esclavos africanos, sobre todo, en los siglos XVII y XVIII.

Sin embargo, ahora se hace necesario un estudio de conjunto sobre el papel de los africanos y los afroamericanos en el desarrollo económico, social y cultural de América; esto requiere la organización de redes de investigación interdisciplinaria integradas por especialistas, en especial de los países con población de ascendencia africana; de este trabajo de conjunto se derivarán nuevos conocimientos aprovechando el avance y desarrollo de las ciencias sociales. Es importante, también, crear directorios e inventarios de las fuentes de documentación disponibles en toda América para el estudio integral, tanto de la trata, como de la esclavitud y de sus consecuencias económicas y culturales en todo el mundo.

En los coloquios y reuniones auspiciados en las dos últimas décadas por la UNESCO, se ha favorecido la realización de los objetivos científicos apuntados y se ha establecido como necesaria la vinculación de lo afroamericano con su tronco africano; para avanzar en esta tarea compleja todavía se requieren recursos que rebasan las posibilidades y presupuestos nacionales que se conceden a este campo de investigación.

Los materiales impresos y la bibliografía existente, en muchos casos no han traspuesto las fronteras del país en que se producen. No obstante, puede afirmarse que, actualmente, existe un creciente interés por difundir los valores de Afroamérica: así lo indican las innumerables expresiones culturales que incluyen al negro como tema y como protagonista en la literatura, poesía, música, danza, escultura y pintura. Pero el negro no está presente sólo en las bellas artes, su ámbito ancestral y natural lo ubica en la cultura popular; es ahí donde habremos de buscarlo, porque es ahí donde siempre ha hecho sus mayores aportaciones.

Incluso, estas investigaciones, de tomarse en cuenta, podrían orientar los programas de desarrollo, asociados a los problemas característicos de los países de América Latina: el

cambio social y cultural, la problemática de la reforma agraria, la educación y el mejoramiento de las condiciones de vida de la familia rural y la de los barrios urbanos.

Son problemas de interés mundial que tienen una gran importancia sociológica y política.

En los últimos 50 años, numerosos especialistas, desde diversas posiciones políticas, han estudiado las relaciones económicas entre negros y otras minorías marginadas en Estados Unidos, el Caribe y Sudamérica.

Los negros siguen siendo tema en revistas y periódicos y continúan estando relacionados con lo que se ha llamado las "subculturas" y con los movimientos de emigración a los centros industriales de los países del Norte, que ocasionan la desintegración familiar, los choques interétnicos y la formación de guetos en zonas pobres. El tópico de las minorías y su asimilación a las culturas mayoritarias es, hoy en día, materia de gran discusión en libros, ensayos, revistas, periódicos, coloquios y reuniones internacionales.

Con las independencias de los países americanos, el negro pasó de esclavo a ciudadano; se cuestionó entonces, como en el caso de los Estados Unidos ya mencionado, su capacidad de asimilar los modelos de cultura anglosajona o latina, considerándose que su cultura, costumbres diferentes, formas de pensar y de sentir impedían o, por lo menos, ofrecían serios obstáculos para su incorporación a las sociedades americanas y a la cultura occidental.

Es importante notar que hayan sido las religiones afroamericanas las que, inicialmente, llamaran la atención de los primeros investigadores como Nina Rodrigues en Brasil y Fernando Ortiz en Cuba; en Haití se pensó también al principio, que el vudú, como religión de la masa rural compuesta de negros, era el mayor obstáculo para el desarrollo económico y social de la isla. Sin embargo, fue en ese país, precisamente, donde se dio uno de los primeros pasos del movimiento de la negritud, reclamando el reconocimiento del vudú como fuente cultural y no como un conjunto de "supersticiones", ya que su desprestigio se debió, mayormente, al desconocimiento de esta religión.

La ocupación estadounidense en Haití fue lo que despertó el nacionalismo de la élite, que la llevó a la toma de conciencia y a la unidad cultural. Todos los haitianos reivindican su herencia africana.

Lo anterior nos lleva a constatar que el estudio de la cultura de los negros en América se ha abordado desde una perspectiva más política que científica; desde el principio, la ciencia está bajo la influencia de una ideología, bien sea ésta una ideología racista, de rechazo a los valores de la cultura afroamericana o una ideología de reivindicación de esos mismos valores, como la del movimiento de la negritud.

A juicio de algunos autores, en las últimas décadas la ciencia ha ido rompiendo sus nexos con la ideología; esta ruptura ha tenido el mérito de aplicar sistemáticamente los análisis y las teorías científicas al estudio de las supervivencias africanas, en lo que Roger Bastide llamó, como ya se ha citado, *Las Américas negras*. Sin embargo, no puede afirmarse que los lazos entre la ciencia y la ideología estén totalmente rotos, parecería que no es posible una neutralidad y una objetividad absolutas en una época como la presente, en la que el problema de integración racial y étnica se plantea en todo el mundo y en toda América, especialmente en países en donde dicha integración ha tenido épocas violentas.

En el Caribe se da actualmente un gran movimiento religioso que recrea las antiguas formas de los cultos de santería de origen nigeriano; es como un segundo retorno a la africanía radicada en estas religiones llamadas sincréticas; se trata de una práctica de los grupos étnicos que hoy están en plena actividad y que realizan una reinterpretación de sus propias tradiciones. Con estas manifestaciones de identificación hacia lo africano se comprueba que la esclavitud, contrariamente a lo que se había pensado, no destruyó totalmente la cultura negra.

Cuando se habla de la asimilación del negro americano, no debe pensarse, por ejemplo, sino en el paso de la desorganización impuesta por el blanco a una reorganización de los núcleos negros, según las posibilidades y modelos que les permite la sociedad mayoritaria. Más aún, la práctica cotidiana de algunas religiones como la santería, que comúnmente se tenía como “cosa de negros”, incorpora cada vez más a otros sectores de los países en donde se practica. Estos rituales colectivos de convivencia religiosa dan como resultado la africanización del blanco; lo que demuestra que en el largo proceso de mestizaje fue como negros, blancos e indios introdujeron nuevas formas de vivir, de bailar, nuevas creencias y hasta recetas culinarias originales.

Es oportuno recordar en este punto lo que Bastide (1969) proponía en su obra: “La ideología de la negritud nacida en las Antillas, pretende enraizar de nuevo al negro americano en sus culturas ancestrales; el sabio que se inclina sobre los problemas afroamericanos se encuentra implicado, quiéralo o no, en un angustioso debate, pues de la solución que se le dé, saldrá la América del mañana”.

En la actualidad, es ya una efemérides en la historia de América la participación que tuvieron los afrodescendientes en las luchas de independencia. En las filas de los ejércitos insurgentes hubo negros y castas que habían adquirido la conciencia liberataria a fuerza de resistir durante siglos a la dominación colonial luchando contra las fuerzas opresoras. De hecho, se les reconoce un papel importante en la liberación de nuestro continente, al grado que es posible afirmar que fueron los cimarrones quienes, al minar el poder colonial desde sus cimientos, marcaron la ruta de la libertad americana; el caso de Haití, primer territorio libre de América, confirma que la idea de la libertad en América fue la herencia más preciada de los esclavos africanos.

La relación entre el negro y el indio procuró evitarse e incluso prohibirse por la vía legal: se prohibió por ejemplo, el matrimonio entre negros e indias, para evitar que los descendientes, que adquirirían por ley el estatuto de la madre, fuesen libres; innumerables procesos atestiguan la separación racial entre indio y negro. Al decir que fue un invento del blanco, no interpretamos que no haya existido, sino que esta separación estuvo alimentada, mediante las leyes, por el poder colonial.

A pesar de todo, el negro y el indio se mezclaron y la fusión de sangres comenzó tan pronto como se establecieron los primeros contactos; pueden haber sido espontáneos o forzados, a pesar de las leyes, por los propios amos, pero de esta unión múltiple y permanente se fue conformando la población de mestizos que, actualmente, son la mayoría de nuestras poblaciones, especialmente en Iberoamérica. El mestizaje, por consecuencia, significó la interrelación cultural y el surgimiento de civilizaciones que más propiamente debieran llamarse, como ya lo han propuesto algunos: culturas indoafroeuroamericanas.

Las consecuencias de la crisis de crecimiento por la que el mundo atraviesa actualmente, deben combatirse en el terreno de la educación con la afirmación de la identidad, basada ésta en el reconocimiento y la difusión de todas nuestras raíces. Dentro del marco de los acuerdos económicos entre países pobres y ricos, la cultura de los primeros parece estar en peligro por su desventaja material, y por cultura entendemos la totalidad de las realizaciones de una nación, sean éstas de orden material o espiritual.

Una de las primeras conquistas de la ciencia antropológica en el siglo pasado, fue la de hacer reconocer que no hay sociedad sin cultura y que todos los grupos humanos son detentores de una herencia cultural que no puede ser disuelta ni cancelada por un cambio en la estructura económica, siempre y cuando se mantenga tanto en el discurso oficial, como en las instituciones educativas públicas y privadas. Los acontecimientos en

el mundo de hoy son elocuentes a ese respecto: los valores étnicos constituyen el reclamo general de la humanidad.

En América, los factores que caracterizan su evolución cultural residen, por igual, en el vigor de las culturas precoloniales, en los resultados del mestizaje durante los siglos de dominio colonial y en las transformaciones producidas durante los periodos de posindependencia. A este respecto, José Vasconcelos anhelaba que en la América española la naturaleza no repitiera uno de sus ensayos parciales, “ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha del genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal” (Vasconcelos, 1988: 16).

Y Leopoldo Zea (1993) escribe: “Todos iguales entre sí por ser distintos, pero no tan distintos que unos pueden ser más o menos hombres que otros”.

Desde la conquista hasta nuestros días, los países americanos han estado orientados hacia la asimilación de los valores de Occidente pero, por otra parte, la búsqueda de la identidad de las poblaciones producto del mestizaje es, aun hoy día, un propósito vital. Nuestra historia, en los dos últimos siglos es, en parte, la suma de las dificultades o logros por consolidar un proyecto de cultura nacional. En la nueva historia se deben incluir todos los procesos y movimientos culturales -como el de la negritud- que han contribuido a la formación de esa identidad como pueblos multiétnicos y plurales.

Hace falta, pues, para activar los factores de la identidad, escribir una nueva historia que incluya la de nuestros indios y nuestros negros, además de los europeos. En consecuencia, en varios países de América tendríamos que crear en los museos los espacios que difundan la existencia de nuestra tercera raíz africana y sus actuales expresiones.

Para realizar todas estas acciones, debemos contar, ante todo, con el apoyo de los organismos internacionales y de los que en cada nación tienen a su cargo la tarea educativa; debe insistirse en estos foros en el trabajo conjunto de los especialistas que son el producto de años de preparación y de reflexión acerca de los problemas que plantea la educación de las poblaciones en los países americanos. “La historia -dice el pensador veracruzano Rafael Arreola Molina- no se derrumba, la historia sigue ahí, los pueblos que no valoran su pasado no son capaces de imaginar un porvenir acorde con su tránsito por la historia”.

Por lo demás, son precisamente los pueblos de América quienes reclaman su identidad y la conservación de sus tradiciones.

Para fomentar un debate en torno a la enseñanza de la historia multicultural de América, se han propuesto en varios foros internacionales algunas recomendaciones con un enfoque adaptado a sus variantes geográficas, teniendo como directrices las siguientes:

- El método interdisciplinario: historia, sociología, antropología, economía.
- La crítica, por igual, del paternalismo folclorista y las visiones centristas: blancocentrismo, negrocentrismo, afrocentrismo, euro-centrismo, para ir hacia la visión americana de un fenómeno continental en un proceso esencial de autorreconocimiento.
- La erosión de la cultura de las poblaciones afroamericanas por una política dominante de desarraigo donde su idioma, religión, vestido, vivienda, comida y modelos de comportamiento, junto con sus valores éticos y estéticos, tratan de ser borrados en función de objetivos productivos, so pretexto de modernidad y desarrollo.
- Características de la sociedad bipolar donde las diferencias clasistas se unen a las diferencias fenotípicas.
- El doble movimiento defensivo del hombre negro americano: o renunciando a sus valores de origen que la cultura dominante le ha enseñado a despreciar, o refugiándose en ellos como recurso de identidad y sobrevivencia cultural amparado en su cultura y su color.
- Revisar el pasado y el presente de las culturas portadas por los esclavos negros, la revitalización y readaptación de esas culturas en el mundo moderno, con el surgimiento de las nacionalidades africanas y los movimientos sociales que se expresan en las teorías de Marcus Garvey, la negritud de Aime Cesaire, el *black to África* de Jamaica o el *black is beautiful* de los años sesenta.
- El análisis de la negrofilia y la negrofobia como respuesta a los reclamos de los afroamericanos.
- Intentar el avance hacia una visión de auténtico autorreconocimiento: lo que significó y significa la presencia africana en América.

Lazos culturales entre América Latina, el Caribe y África

La vigencia de las retenciones africanas en la cultura y los contenidos ideológicos en varios países de América Latina y el Caribe, constituyen la red de lazos culturales que han unido y siguen comunicando al continente africano con esta parte de América que, más propiamente, podemos llamar Afroamérica, aunque el término se ha aplicado a los contenidos de africanía de todas las culturas americanas.

El tráfico de esclavos trasladó a representantes de los más diversos grupos bantúes y sudaneses. Esta diversidad étnica significó una pluralidad de costumbres y concepciones del universo que aunada a la diversidad de vías y pautas de integración en la estructura económica de la Colonia, crearon diferentes zonas de influencia africana con sus consecuentes manifestaciones culturales regionales.

En Brasil, los negros de origen bantú del Congo y Angola fueron repartidos en pequeños grupos en las plantaciones, principalmente en el centro del litoral brasileño: Río de Janeiro, Guanabara, Sao Paulo, Minas Gerais y Espíritu Santo. Los de origen sudanés fueron concentrados en las zonas urbanas y suburbanas de los estados del norte y del noreste del litoral -Bahía y Pernambuco-particularmente en sus capitales: Recife y San Salvador. En esta última se reconocen aún barrios y calles que estuvieron ocupados por los diversos grupos étnicos de origen sudanés, verdaderos guetos en los que continuó viva la cultura y la tradición de cada nacionalidad.

Los nagóes -grupo sudanés-fueron traídos en el siglo XIX y concentrados en una zona rica y desarrollada, en el marco de una economía floreciente y centros urbanos en apogeo; procedían de una de las civilizaciones del mundo africano más urbanizadas. Estos grupos de cultura yoruba (llamados nagóes en Brasil) desarrollaron muy pronto la comunicación entre ellos y preservaron con eficacia sus creencias y costumbres.

Los estrechos lazos que unieron a los yorubas hicieron posible la implantación de su religión y la práctica de sus cultos. El vehículo fundamental de cohesión cultural fue la poderosa tradición oral, según la cual la identidad de origen los agrupaba como descendientes de un mismo ancestro mítico: Oduwa; su lugar de procedencia era también mítico: la ciudad santa de Ile-Ife, cuna de la cultura yoruba desde donde se propagó su influencia a todo el oeste africano (siglos XII y XIII).

En América la expansión de la cultura yoruba se realiza por su dinámica incluyente, que le permitió absorber a los esclavos que no tenían una firme cohesión o estaban fuera de las organizaciones comunitarias. En Brasil los nagóes o yoruba-nagóes logran constituir una organización étnica que les permite establecer casas de culto para venerar

a las deidades africanas y a los ancestros ilustres: los egungun, manteniendo así los lazos de unión con la tierra de sus antepasados.

De esta manera se implanta públicamente la tradición africana en Brasil. Las casas de culto y la religión sincrética afrocristiana han sido hasta hoy un complejo cultural en el que la liturgia incluye la danza y el canto ancestrales. La tradición religiosa es la institución guardiana de la *africanidad* brasileña.

En otros países de América Latina, Colombia, Venezuela y Perú, la diáspora africana también deja su huella profunda en los sistemas religiosos, la mitología y las prácticas mágico-curativas. Muchas de las formas de ritualización del ciclo vital rebasan el plan litúrgico para convertirse en un código de normas y formas de vida. Es de notar que las comunidades afrolatinoamericanas reconocen en el pasado colonial su origen común por la presencia africana, e incluso mantienen una tradición que se considera más *conservadora* que la que se encuentra en África.

La zona del Caribe que ha incorporado la influencia africana en diversos momentos, que van desde el periodo colonial hasta los procesos recientes, ha intensificado los lazos de africanía en el contacto con los movimientos de liberación de las nuevas naciones africanas (Cuba y Jamaica principalmente) reanudando los intercambios y reconociéndose como miembros de una comunidad cultural unida por lazos ancestrales. Así lo han declarado los líderes de los movimientos de liberación africanos y los afrodescendientes de los países de América; igualmente se ha incrementado en la conciencia de los pueblos latinoamericanos y caribeños el sentimiento de pertenencia común a una cultura con tres raíces fundamentales: la autóctona, la europea y la africana cuyos valores fueron legados por los antepasados esclavos. Las nuevas generaciones pasan actualmente por un despertar que las impulsa a identificarse con esos valores y a transmitirlos; es muy probable que en los tiempos que vienen, con la emigración incesante de sudaneses, magrebinos y bantúes, esa africanía forme parte de la identidad de nuestros descendientes.

El término *Afroamérica* en principio no debe hacernos pensar en un sistema cultural autónomo como tampoco el de *Indoamérica*. Al usarlos no se está señalando una división en la que quedan por un lado lo indio y por otro lo africano. En realidad lo "americano" es una fusión de lo europeo, lo indio y lo africano; lo "americano" y más precisamente lo iberoamericano incluye todas esas herencias.

Los organismos internacionales con frecuencia convocan a los productores y promotores de cultura, para discutir la problemática de la comercialización de los

bienes culturales que afecta a quienes los producen, al mismo tiempo que los transforman, y pierden su valor original.

En estas reuniones los expertos discuten lo inevitable de esta comercialización, puesto que obedecen a la dinámica de la internacionalización y mercadización; aunque los propios productores de cultura reclaman la difusión de sus obras, no siempre se benefician; muchas veces ellos mismos venden su universo simbólico en las celebraciones populares, por ejemplo, de las religiones afroamericanas.

Todo esto que depende de las políticas culturales, nos hace ver que no necesariamente las empresas comerciales son las únicas demolidoras de las obras culturales, también el Estado lo puede ser.

Las instituciones contra la iniciativa privada pretenden una nueva relación entre el Estado, la academia y la sociedad civil organizada; en esta circunstancia los bienes culturales están aún desatendidos, al igual que los derechos de autoría sobre todo cuando son comunitarios.

La danza, la música y los rituales sagrados expresan la manera de sentir y de pensar el tiempo, por ello son las formas alternativas de salvar la crisis y al mismo tiempo la incorporación de elementos que los migrantes llevan consigo.

Por otro lado, la globalización empobrece la producción cultural: en el circuito comercial frecuentemente se pierde su originalidad. Hay que conciliar con los productores las finalidades de comercialización que deben controlarse en la política cultural que debe tener como mira principal a las industrias globales del entretenimiento.

La proliferación de guerras en algunas regiones de América Latina (Colombia, principalmente), que está alimentada por el narcotráfico, está involucrando a la población afrodescendiente y dada la precariedad causada por estas guerras, se pierde la posibilidad de los estudios de esas poblaciones.

La continuidad del "indio" y el "negro" como rezago colonial en la mentalidad iberoamericana, en su lugar los afrodescendientes y las etnias nacionales o indígenas, como problema económico y de integración, reclaman igualdad, justicia, salud y educación, los dos son parte sustancial del campesinado de América Latina.

Se estima que en los próximos 25 años se llevará a cabo un proceso de reafricanización en Europa; solamente en ese continente se necesitarán para los próximos 10 años más de

12 millones de inmigrantes para mantener los niveles de producción y de consumo en la Unión Europea.

Cientos de miles de afrodescendientes indoamericanos y africanos están emigrando al Canadá y los Estados Unidos: mexicanos de la Costa Chica y otras regiones rurales, haitianos, dominicanos, cubanos, y de todas las nacionalidades latinoamericanas.

Las políticas migratorias y los acuerdos bilaterales en relación con los intercambios están siendo cuestionados permanentemente; los medios de información dan cuenta de todo tipo de explotación y formas de esclavitud moderna a que son sometidos los emigrantes. Repensar el futuro dentro de la integración global nos obliga a tomar en cuenta las condiciones de opresión a las que se ven sometidas las culturas indígenas y afroamericanas en los procesos de migración.

Se trata de promover actividades culturales, didácticas y artísticas, relacionadas con las tradiciones africanas, es decir, el patrimonio común, material e intangible de los pueblos africanos, amerindios y europeos que la trata forzó a vivir juntos en sociedades plurales.

En este programa se deben incluir los diálogos interculturales que permitan la identificación, el reconocimiento y la unión en la diversidad de todos los componentes nacionales. En ese proceso se abrirán las posibilidades de las transformaciones democráticas, la integración nacional.

Por esta razón uno de los aspectos fundamentales de nuestro proyecto es enfatizar el extraordinario proceso de "multiculturalización" que la presencia africana produjo en toda América.

Al procurar la dinamización de los estudios africanos en las universidades iberoamericanas, se está descubriendo que esos sistemas mestizos fueron y son importantes, a medida que se rehabilitan las culturas africanas. Hoy en el Caribe se expresa un mayor pluralismo cultural. En América Latina, las iglesias católica y protestante, menos hegemónicas, aceptan movimientos religiosos de tipo "afroamericano". Y sobre todo se empieza a reconocer que esas culturas fueron la matriz de numerosas creaciones artísticas, alimentadas por sus ritos, ritmos y mitos. El novelista de Martinica Patrick Chamoiseau los resume como músicas, artes culinarias, bailes, literaturas, artes plásticas, situados fuera de los sistemas. Las lenguas criollas aparecen como naves de todas las lenguas del mundo.

Durante décadas, se lamenta Laennec Hurbon (1993), sólo se ha querido ver en eso un primitivismo incompatible con la modernidad. Pero cuanto más se practiquen esos

sistemas de manera libre y tolerada, más posibilidades habrá de que evolucionen y se racionalicen. El individuo puede adquirir la visión crítica que requiere la modernidad mediante la educación, el trabajo político y la democratización progresiva de las sociedades. Pero en ningún caso es necesaria la adopción de un modelo cultural único. La posibilidad de que 100 flores se abran es, al contrario, la riqueza de la humanidad.

1 Afroamérica constituye un área de distribución étnica y cultural que no sigue los linderos de una sola colonización europea sino que abarca varias de ellas; cruza particularmente las regiones angloamericanas de Norteamérica, las islas antillanas de España, Francia, Inglaterra, Holanda y Dinamarca, las Guayanas, algunas costas españolas de norte, centro y Sudamérica y el Brasil portugués” (Silvio Zavala, *El mundo americano en la época colonial*, Porrúa, México, 1967, p. XIX).

Perspectiva de los estudios afroamericanos

Desde hace algunos años se ha señalado reiteradamente que en los países hispanoamericanos se les presta escaso interés a los estudios de la población negra. Gonzalo Aguirre Beltrán se refiere a ello en varios de sus libros y ensayos. Su obra pionera, *La población negra de México*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1946, es una excepción en el campo de la antropología mexicana. Hasta varias décadas después aparecen los estudios sistemáticos sobre la esclavitud africana en diferentes partes de la República. No obstante se deben mencionar los trabajos sobre el folclor de las poblaciones afroestizas que algunos investigadores como Gabriel Moedano, Antonio Zedillo, Adriana Naveda, Fernando Winfield y otros realizaron con regular constancia en México entre los años sesenta y setenta cuando comienzan a sistematizarse estas investigaciones.

Para tener una visión histórica del proceso esclavista en México, es preciso ubicarnos en la perspectiva colonial continental, por cuanto la Nueva España fue una colonia sujeta al mismo régimen y legislación que el resto de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo.

En atención a que el presente trabajo tiene como destinatarios no a los especialistas ya versados en los temas de la esclavitud africana en el Nuevo Mundo, sino a los estudiosos que provienen de diferentes disciplinas, este texto pretende ser una lectura para los que se inician en el camino del afroamericanismo.

En este empeño, forzoso es hacer una síntesis de los pioneros en el campo de las investigaciones que tienen como eje la esclavitud africana en los pueblos de América.

El ilustre afroamericanista Roger Bastide señalaba en su cátedra en los años setenta que los estudios afroamericanos no ocuparon jamás un lugar importante en el *Journal de la Société des Americanistes*; al parecer la razón de esto era que los problemas negros de América fueron hasta muy recientemente el objeto de investigaciones más de naturaleza sociológica que antropológica; pero los colaboradores de esta revista se reclutaban sobre todo entre los antropólogos, los prehistoriadores y los arqueólogos o los historiadores, más que entre los sociólogos, no obstante la existencia de millones de negros en

América Latina, de los cuales más de 60 por ciento están en las Antillas en donde además existe una república negra, y que junto con la población de color en los Estados Unidos plantean problemas políticos y de integración.

La importancia de las cifras y la de los problemas del negro en América, ameritó un número especial de la revista *Journal de la Société des Americanistes* en el cual Bastide (1969: t. LVIII) plantea tres etapas en la investigación de las culturas afroamericanas.

La primera es la que se refiere a la investigación científica que en general nace en el dominio de las cuestiones prácticas planteadas por la supresión de la esclavitud y la necesidad de incorporar a los africanos y sus descendientes en las sociedades nacionales. Éste sería el enfoque de las primeras investigaciones en los Estados Unidos después de la emancipación.

Pero estos problemas no se plantean de la misma manera en América Latina, donde numerosas sobrevivencias africanas se mantendrían, tanto en el dominio religioso como en el dominio del folclor; y es que en la América anglosajona donde también hay sobrevivencias, éstas han estado camufladas detrás de las instituciones impuestas por el blanco. Por esto desde el principio se produce una escisión entre los conocedores. Los de América Latina como Nina Rodrigues y Manuel Quirino en Brasil, Jean Price Mars en Haití y Fernando Ortiz en Cuba, enfocaron el problema de la incorporación del negro desde la perspectiva antropológica y esto los llevó a concentrarse en las sobrevivencias africanas y a buscar su origen, lo que dio lugar a comprender la razón de su permanencia y sus transformaciones para adaptarse en el Nuevo Mundo al nuevo medio cultural, a fin de ver mejor en qué medida la existencia de una mentalidad mística precapitalista podría generar el progreso de un país, y en qué medida estas comunidades de color vivían o constituían un freno a la formación de una conciencia nacional.

Al contrario en la América anglosajona, salvo algunos estudios sobre folclor, la lengua y el vudú de Nueva Orleans, son los sociólogos, los economistas y los políticos quienes toman a su cargo el problema negro para encontrarle una solución. Esta prioridad la marcan: el éxodo del campo del sur hacia las ciudades del norte, la formación de los "harlems" o guetos negros, los rezagos consecuentes en las regiones de las plantaciones, sobre todo a partir de la primera Guerra Mundial en que cambia la naturaleza de los problemas que se plantean al estudioso y la naturaleza de la ciencia considerada como la única capaz de resolverlos: la sociología. Ésta conserva su estructura conceptual a través de la cual son enfocados todos los problemas, donde no se hace siquiera la distinción fundamental entre casta y clase.

La bibliografía norteamericana sobre este tema, sea que se trate de obras de universitarios blancos o de color, es enorme. Basta con recorrerla para ver que a pesar de todas las diferencias que se reconocen entre los inmigrantes europeos y el negro, este último se enfoca no como portador de cultura sino como elemento -entre otros-del *melting pot*; más aún, quizás el afroamericano que lucha contra la segregación y la discriminación del entorno, funda su protesta sobre los valores fundamentales de la sociedad de los blancos, lo que lo hace aparecer en esta literatura sociológica como un anglosajón con el mismo rango que los otros; incluso aparece como más consciente y más consecuente que los otros sectores del *melting pot* (polacos, latinos, italianos), es decir, un anglosajón en potencia.

Sin duda, cuando se trata del “sur profundo” que interesa sobre todo a los antropólogos, se habla de un proceso de asimilación, como una forma de introducir este concepto antropológico, pero no se trata propiamente de la asimilación de la cultura africana a la cultura blanca, sino del paso de una ausencia de cultura (puesto que se supone que la esclavitud destruyó las civilizaciones africanas sin remplazarlas por otras) a la mentalidad de la clase media de los Estados Unidos.

Durante el periodo que señala Bastide, que abarca desde la primera a la segunda Guerra Mundial, pocos libros fundamentales se producen en América Latina, más particularmente en América hispánica.

El enfoque evolucionó poco a poco, los juicios negativos pasaron a una valoración del negro (y del mulato, más que del negro). En América Central y América del Sur después de un periodo racista en que el subdesarrollo estaba ligado a la inferioridad del indio y del descendiente de africanos, o al mestizaje “corrupto y libidinoso” según la religión católica, los negros toman conciencia de su originalidad en relación con la América del Norte.

Esta etapa en que las Américas Latinas pretenden alcanzar una democracia racial, está marcada por la obra pionera de importancia capital de Gilberto Freire en el Brasil que descubre en su país la presencia definitiva del negro y su especificidad.

Con el desarrollo de las ideologías nacionalistas en la misma época, se insiste sobre las particularidades que a veces se contemplan como manifestaciones “exóticas”, antes de que surja el interés por la economía y la política propiamente dichas; en consecuencia, en un primer momento lo que se produce son sobre todo obras literarias y casi filosóficas. Para los intelectuales es necesario ponderar lo que el indio en ciertos países y el africano en las Antillas y el Brasil han aportado de su riqueza original y dinámica para transformar a las culturas europeas trasplantadas al Nuevo Mundo.

Mientras Europa desgarraba su identidad en guerras intestinas, peleando por la hegemonía sin importar su integridad cultural, en América Latina se comienza a gestar el orgullo de oponer el sabor único de su cultura mixta donde se armonizan en mestizajes extraordinarios las tres herencias: la europea, la india y la negra.

En los años treinta, en efecto, con el color de la novela costumbrista y la inspiración de los *griots* africanos, los haitianos Jean Price Mars y Jaques Romain fundan el Instituto de Etnología en Haití. Su primer empeño: revalorizar el vudú.

Éste es un momento en que los actores del modernismo ante todo, y después la escuela regionalista, realizan en Brasil una multitud de trabajos sobre el folclor con Edison Carneiro, de etnomusicología con Renato Almeida, de antropología con Arturo Ramos quien va a realizar el inventario (el más completo posible) de los aportes de África a la cultura brasileña en el triple dominio de la religión, la música, la danza y aun de las artes plásticas.

Incuestionablemente éste es el enfoque que domina la bibliografía latinoamericana en el curso de este periodo y del tercero que va de la segunda Guerra Mundial a los años setenta.

Por otra parte, tanto los trabajos de los historiadores europeos como los de los americanos se centran sobre dos grandes problemas: primero la trata atlántica, su demografía, y a través de ella el origen de los esclavos importados que, según Bastide, las culturas importadas sólo se pueden entender a través del análisis antropológico de las instituciones y las costumbres afroamericanas actuales; el otro problema que ocupa la atención sobre todo de los historiadores europeos y norteamericanos es el de la esclavitud y su abolición.

Dependiendo de los momentos y los autores, el acento se pone sobre las rebeliones esclavas, el cimarronaje, la formación de las repúblicas negras independientes, también sobre la contribución de los negros en las guerras coloniales como la de los portugueses contra los holandeses y más aún en las guerras de independencia y finalmente sobre las empresas económicas que pudieron ser desarrolladas gracias a la mano de obra servil; el negro se introduce entonces en la trama de la historia económica: de las minas, de las plantaciones, de las haciendas y la construcción de las ciudades. Bien se entiende que esta historia, siempre queriendo ser objetiva, se funda no sólo en los documentos y archivos de África, Europa y América, pero no está desprovista enteramente de ideología. Los historiadores lusos y los hispanos se disputan contra los anglosajones, los holandeses y los franceses, el honor de haber establecido un régimen más "humano" del

trabajo servil, porque supuestamente en las colonias hispanas el mestizaje entre negros y dueños de esclavos se suavizó por el cristianismo y el paternalismo afectivo.

Portugueses y españoles se confrontan con los códigos negros y las leyes metropolitanas. La esclavitud ciertamente es condenada pero hay que observar, dice Bastide, que en la misma época los obreros de las fábricas de Inglaterra y de Francia estaban bajo un régimen peor que el de los negros en el Nuevo Mundo.

En la siguiente etapa, el libro de Melville Herskovitz, *The Myth of the Negro Past* publicado en 1941, marca el giro de la antropología estadounidense y descubre el valor de un concepto: la reinterpretación, en la ciencia que Bastide mismo llama la afroamericanología.

Este concepto es en efecto un giro en sentido estricto, puesto que la antropología estadounidense no se interesaba más que en el indio, probablemente por su proximidad, pero también, como lo sugiere Bastide, porque el negro era el objeto privilegiado de los sociólogos y se descubre bruscamente el interés por los estudios afroamericanos. Sin duda Herskovitz sigue a Boas que propone buscar ante todo la pureza de lo primitivo, a interesarse en lo que no está contaminado y a dedicarse, como los antropólogos latinoamericanos que lo presidieron, a buscar los orígenes esenciales de los negros. Herskovitz compartía la idea de su maestro de que hacía falta remontar a los primitivos para justificar a los afroamericanos como objeto de estudio antropológico, pero estaba obligado de todas maneras a tomar en cuenta el sincretismo, los fenómenos de adaptación tanto como los fenómenos de conflicto o de resistencia a la asimilación. Así se abrió un campo nuevo al estudio de la cultura, del cual Herskovitz fue el representante más célebre en los Estados Unidos.

No obstante que él propone en *The Myth of the Negro Past* el concepto de reinterpretación, éste ya había sido vislumbrado por Boas en los Estados Unidos y por Emile Durkheim en Francia en *Las reglas del método sociológico*, lo que le va a permitir, bajo el cambio aparente de las instituciones, aceptar la posesión por el Espíritu Santo, en lugar de la posesión por los Osunes o los Orishas, y a la mujer legítima y las queridas en lugar de la poligamia ancestral, es decir, las transformaciones en vez de reencontrar siempre intacta a la África primitiva bajo el vestido prestado de la civilización occidental.

Así se distinguió una escala de intensidad de estas sobrevivencias africanas según los países americanos, como según las diversas categorías antropológicas que van desde las técnicas corporales, la manera de caminar, de saludar, de cargar un niño, de hablar,

hasta el mantenimiento por lo menos ritual en la santería y los candombes de las lenguas africanas.

Es evidente que la noción de cultura ha cambiado después de la época de Boas. En los años setenta se asiste a una ola de objeciones contra este autor, que vienen, ya de la antropología social inglesa, ya de la antropología cultural estadounidense.

Bastide critica igualmente a Herskovitz en uno de sus libros: *Las religiones africanas en Brasil* (1960) en la introducción, recibiendo como respuesta de los estadounidenses el que haya sido demasiado severo por no haber estado de acuerdo en todos sus postulados.

Pero más tarde, el mismo Bastide reconoce que, si bien no se puede aceptar el conjunto de las conclusiones de Herskovitz, eso no significa que haga la eliminación sumaria de su obra, como lo hicieron los antropólogos de Estados Unidos que son sin duda los científicos de la nueva cultura negra del gueto, pero que ignoraron o intentan ignorar las Americas Latinas negras.

En conclusión, la obra de Herskovitz ha sido fundamental: primero, por el aporte teórico y práctico de los estudios afroamericanos, por los progresos de la africanología misma. Segundo: Herskovitz nos hace pasar de la época de la investigación localizada más o menos impresionista, a la época de la investigación sistemática. Él señaló sobre la carta de América las sobrevivencias africanas todavía no estudiadas o mal estudiadas. Exigió a sus alumnos o discípulos llevar a cabo encuestas más rigurosas en el Maranhao de Brasil, los Caribes negros de Honduras, etcétera. Él mismo estudió a los cimarrones criollos de Surinam, los batuques de Porto Alegre, la cultura del valle de Haití, las religiones de la isla de la Trinidad y mostró contra los blancos de los Estados Unidos que los negros norteamericanos habían guardado una cultura en el sentido de herencia social de unidades venidas de sus ancestros.

Otro de sus aciertos fue el de no comparar los datos afroamericanos recogidos en la investigación actual, con los datos afroafricanos actuales, dado que en África los cambios producidos por el colonialismo hacen incompatible la comparación. Para que ésta sea válida hay que tomar, por ejemplo, los datos de los antiguos viajeros y misioneros de los siglos XVIII y XIX que se refieren a las religiones, para descubrir entre las sobrevivencias en América, no algunos rasgos africanos que hayan podido mantenerse, sino constatar que las funciones que cumplían en el nuevo nicho social descubrían su procedencia africana. El doctor René Ribeiro en Recife, Brasil, es quien más insiste en esta investigación funcional esencial.

Finalmente, en el transcurso de su carrera, Herskovitz no se dejó encerrar en un sistema, pidió prestadas algunas ideas importantes, por ejemplo, de los investigadores brasileños tomó la experiencia de que los elementos culturales negros no se encuentran solamente en las poblaciones negras, que algunas veces los abandonan, sino también en los grupos no negros: claboclos y blancos en Brasil; pero aún más, emprende investigaciones nuevas a partir de sus experiencias personales. Después de su viaje a Brasil, muestra la necesidad de hacer un estudio de los aspectos económicos de los candombes (los gastos del culto). Sobre todo, reclamó la interdisciplinaria; el antropólogo debe auxiliarse de un historiador y de un psicólogo, pero el historiador no debe ser historiador puro tal como se entendía antes, debía crear una rama nueva: la etnohistoria, aunque nunca definió suficientemente esta nueva disciplina. A medida que Herskovitz envejeció y renovó los estudios afroamericanos con la introducción del psicoanálisis, tal como se comprendía en la escuela norteamericana “de cultura y personalidad”, es decir, el análisis de los métodos de educación y de socialización de los niños y los procesos de aprendizaje y de condicionamiento de los reflejos, introdujo la psicología experimental con la intención de penetrar en los procesos perceptivos y afectivos de los negros americanos. No debemos subestimar su obra incluso si ha sido superada en bastantes de sus renglones.

Llegamos al tercer momento de la evolución de la ciencia afroamericanista; la época contemporánea que está marcada por el advenimiento de la antropología social inglesa. Sabemos que esta escuela se interesa no en los orígenes, aunque los haya abordado por un momento, sino por el funcionamiento de la sociedad. Esta escuela es funcionalista no en el mismo sentido de Herskovitz.

Lo que interesa buscar son las funciones de las instituciones en relación con los individuos o los grupos, desde el terreno sociológico o psicológico. La antropología inglesa se basa en las funciones de las instituciones en relación con el conjunto. De esta manera en su último carácter constitutivo, no incluye a los negros más que por las redes que los unen a la totalidad social o nacional que los engloba y los determina.

Bastide critica algunos aspectos de esta escuela en su libro *Las Americas negras*, recordándonos el proceso de evolución de la familia negra, que pasa por diferentes momentos estructurales en América; cuando es matrifocal, tiene similitudes estructurales con el régimen de la esclavitud, se relaciona como una consecuencia del régimen económico de la gran plantación, por lo que no se le puede relacionar con la organización matrilineal de algunas etnias africanas; es decir la discusión en este renglón se da en torno a que no se puede identificar la poliginia sucesiva de los afroafricanos con la poligamia simultánea de los afroamericanos, puesto que la poligamia verdaderamente africana es simultánea en América, en particular en las

regiones donde se refugiaron los negros cimarrones, igual que en el mundo de las cofradías religiosas cubanas y en el candomble brasileño. Además otros factores ocasionaron cambios en las estructuras nativas bajo las formas distintas introducidas por los africanos.

Un poco más tarde, cuando los antropólogos que surgieron de los mismos guetos negros, en la medida en que se descubría el dinamismo de sus culturas en perpetuo cambio, se demostró la imposibilidad, en consecuencia, de seguir la fidelidad al modelo de Boas de buscar lo puro, lo primitivo, lo no contaminado. Esta antropología cultural pasa entonces de la preocupación de descubrir la herencia africana a la preocupación de definir una cierta cultura. En principio la cultura del folk, después la cultura de la pobreza o de la miseria, que tenía normas y valores diferentes de los de la clase media blanca y urbana, pero también de las normas y los valores de las etnias africanas transportadas tiempo atrás al Nuevo Mundo.

Aquí aparece una negación del afroamericano, porque lo cambia de perspectiva, pues si el negro es percibido como marginal, está desnudo igual que el indio, que el mestizo y que el pobre blanco de las barriadas y no tiene una cultura propia. Pero precisamente, en las Américas negras se habla de una cultura negra y se ve claramente que Bastide llama así a una cultura no africana, que pertenece a un segmento de la sociedad, cualquiera que sea el color de la piel de los miembros de esta sociedad.

Bien entendido, no se pretende hacer una crítica total de esta nueva antropología cultural, simplemente decimos que aplicada radicalmente puede destruir la posibilidad de un afroamericanismo independiente.

Cuando los partidarios de la antropología cultural van a estudiar la cultura de la pobreza en los sectores negros de una población, constatan que las reacciones de estos negros son diferentes de las que se encontraron en los sectores indios o mestizos, y como ejemplo están las de las barriadas peruanas donde los psiquiatras, psicólogos y etnólogos que las estudiaron, encontraron que los negros no reaccionaban de la misma manera que los indios. Los primeros encontraban una solución a sus problemas en la agresividad y los segundos en la pasividad y replegándose sobre ellos mismos.

Una afroamericanología nueva se vislumbra ya en los años sesenta; esta nueva moda antropológica triunfará y quedará fija sobre las especificidades, sobre la dinámica propia de las culturas negras y mantendrá la continuidad al límite, para hacer remontar la investigación hasta África a través de todas las discontinuidades.

Así es posible, al fin de este recorrido, hacer el inventario de los terrenos explorados y de los que están todavía sin explorar, rutas recorridas y caminos todavía poco dibujados.

En 1968 Magnus Mörner tentado por la historia, a partir de una rica bibliografía, hace una crítica de algunos métodos y reconstruye la realidad social de la esclavitud a partir de los documentos jurídicos, no siendo el aspecto jurídico del trabajo servil más importante que los aspectos económicos, por lo que se demuestra la falsedad de las ideas sobre la pretendida bondad de la esclavitud en ciertos países más que en otros; no obstante las ideologías que tuvieron luego un lugar preponderante, sobre todo en el marxismo, condujeron a una simplificación de la realidad histórica; se generó la pluralización a partir de las ideas del capitalismo, sin tener en cuenta las relaciones cuantitativas entre los negros libres y los esclavos, entre los hombres liberados y los hombres blancos, entre los liberados, los negros líderes y los mulatos libres; asimismo Bagú oculta bajo las “castas” el régimen económico de clases. Pero no se tiene suficiente información sobre los ingresos y la ocupación de los individuos para saber y afirmar que los miembros de diferentes grupos étnicos que se dedicaban a una misma profesión recibían salarios diferentes según el color de la piel.

Esta cuestión en particular llamó la atención de Bastide que recomendó a sus alumnos hacer una historia del trabajo y los salarios en Sao Paulo, donde la documentación era abundante.

Si dejamos de lado las partes que interesan a la demografía y a las ideologías políticas, lo que nos señala Magnus Mörner es la laguna sobre la movilidad ascendente de los mulatos a partir de las guerras de emancipación nacional en los países hispánicos, y en especial la vinculación de esta movilidad con el caudillismo latinoamericano, los efectos económicos y sociales de la abolición, y los procesos de absorción de los negros emancipados en los países donde la demografía de la población autóctona siguió siendo importante, lo que nos puede llevar a conclusiones más precisas.

En esos años faltaban también estudios sobre el comercio de esclavos entre los países de América Latina y su redistribución a partir de los puertos de entrada; se sabía poco de la guerra de razas en Cuba (1912) y en general, a pesar de algunos trabajos valiosos (como los de José Luis Massini, Ildefonso Pereda Valdés, Robert L. Gilmore y Richard M. Morse), el panorama histórico de los afrodescendientes después de las independencias latinoamericanas, siguió siendo un tema que aún hoy día está pendiente.

También de la etnohistoria en los estudios afroamericanos se puede decir que es una rama científica reciente, que empieza a dar frutos en los años cincuenta concebida como una antropología diacrónica, más que como una etnología de los pueblos sin escritura basada en documentos orales.

La etnohistoria se consagra a reconstruir, incluso con documentos escritos, la cimentación de las culturas afroamericanas: medicina empírica, magia, religiones, en fin, todo lo que amuebla el universo material y espiritual de los hijos de África que fueron transportados en inmigración forzada, desarraigados de su hogar natal, sin equipaje material, pero que viajaron con sus dioses, sus creencias y tradiciones custodiadas por la memoria colectiva, y con sensibilidad creativa se supieron adaptar a su nuevo nicho ecológico y social, haciendo evolucionar sus culturas.

La etnohistoria nos ha permitido conocer la vida familiar y sexual de los esclavos y sus amos, la utilización de plantas traídas de África, los contactos y las relaciones interétnicas entre indios y esclavos negros, las jefaturas y las instituciones de los negros cimarrones del Caribe holandés, la ritualización del ciclo vital en la vida familiar. Además de los documentos de la Inquisición y los archivos eclesiásticos (parroquiales), la documentación de la trata y la esclavitud que ha sido utilizada en numerosas obras tiene principalmente dos fuentes de apoyo. Una son los repositorios documentales que se encuentran en los archivos coloniales europeos y americanos. Constituyen en su mayor parte la base sobre la cual se edifican los trabajos pioneros que abren, en el siglo XX, los estudios y la literatura del tema. Estas obras tienen en general un carácter etnohistórico. Al tiempo que se comprueba en ellas la importancia de la presencia africana en América, se accede al universo esclavo que como un abismo se abre a la historia de los que fueron traídos por la fuerza para hacer crecer las riquezas del continente descubierto por los europeos.

La otra es el caudal de publicaciones de historiadores, antropólogos, sociólogos y de otras disciplinas, que han emprendido tareas de síntesis de lo que se ha producido a partir de las propias fuentes documentales, basándose en la consulta hemerobibliográfica.

Las primeras obras que tratan del negro en América, en general se basan en la observación cercana de la vida, costumbres, rituales y creencias de los descendientes de esclavos africanos, y aunque muchas de estas obras pioneras reflejan la tendencia a interpretar estas manifestaciones con las categorías de la cultura occidental o de las corrientes científicas de su época, generalmente del positivismo del siglo XIX, son testimonio inapreciable para la reconstrucción de la historia social y cultural de

América, es decir, para la etnohistoria de estas poblaciones. Así está orientada la obra de Gilberto Freyre en Brasil y de Miguel Acosta Saignes en Venezuela.

Aquí podría caber la aportación de los marxistas a una historia económica, social y política del negro durante el siglo XIX y principios del XX, de la escuela paulista con Florestan Fernandes, Octavio Ianni y Henrique Cardoso.

En el esquema básico del análisis marxista: el paso del capitalismo comercial (mercantilismo) al capitalismo industrial con la supresión del trabajo servil, se da a pesar de que se mantienen las antiguas discriminaciones como una herencia de "raza" para desplazar a los negros de los mercados de trabajo; el paso de la "casta" a la "clase" tiene como consecuencia la integración progresiva del negro a la sociedad capitalista. En este esquema se verán más tarde transformaciones profundas en sus grandes líneas directrices.

Durante muchos años la exploración de las comunidades afroamericanas se concentró en las Antillas y Brasil donde las huellas africanas eran visibles e incontestables, aun cuando no quedara mucho de lo originalmente africano. Aparte de los estudios históricos, aparecían aquí y allá algunos trabajos sobre los negros de Perú, Bolivia, Uruguay o Argentina, buscando en el idioma las trazas de alguna lengua africana o el nombre de algún orisha, sin ir más lejos.

En esa búsqueda aparecen nuevos investigadores en diferentes países que vienen a renovar la óptica y los aportes afroamericanistas: Growley Jr. y Ch. Edwards en Bahamas; Aquiles Escalante en Colombia; W. Bascom, Lydia Cabrera, Fernando Ortiz y Rómulo Lachatañere en Cuba; Bryce Laporte en Costa Rica; una pléyade de etnólogos haitianos continuadores de la obra de Jaques Roumain, Alfred Metraux, J. P. Mars y el poeta martiniqués Aimé Césaire; Nancie L. Sohen, N. L. González y Douglas Taylor en Honduras; Enrique F. M. Bayley, J. C. Moore y G. E. Simpson en Jamaica; Gonzalo Aguirre Beltrán en México; Abraham y Braitwaite en las Antillas inglesas; Westeman, A. Fortune y R. L. Bryce en Panamá; Hurault, L. Deprés y P. Neuman en las Guayanas; Carvalho Neto y Pereda Valdez en Uruguay.

Al mismo tiempo entre los años cincuenta y los sesenta los investigadores se reparten el terreno en cada país, se descubren nuevos puntos de interés aún no estudiados, por ejemplo en Brasil: Porto Alegre, S. Luiz do Maranhão, los negros de la Amazonia, aparte de los centros más estudiados: Recife, Bahía y Río de Janeiro.

En 1967 aparece la obra esclarecedora de Silvio Zavala, *El mundo americano en la época colonial*, editada por Porrúa en la que el autor se detiene en los contactos con África, la

trata, la distribución de los esclavos, agrupaciones, ocupaciones, gérmenes de libertad y emancipación además de la áreas de colonización y los aspectos regionales.

En este punto hay que precisar que siempre hubo regiones más estudiadas que otras: el mapa de las comunidades afroamericanas hasta hoy día no es preciso, muchas no alcanzan la categoría de conocidas por la ambigüedad de su propia identidad, o por el oscurecimiento e “invisibilidad” a que la historia oficial las ha relegado.

Gran parte de la existencia del negro en algunos de nuestros países se debe a los novelistas y poetas: está ahí, en la poesía y la novela, pero no en la historia.

Cabe interpretar lo que Roger Bastide, en los años setenta, recomendaba en su seminario para orientar las investigaciones:

1° Aun cuando se conserve la misma perspectiva teórica, una cultura no es jamás estática, cambia, en consecuencia los mismos problemas pueden retomarse en dos momentos distintos, por ejemplo: la investigación en torno a las tendencias a la aculturación.

2° Si se cambia de perspectiva en el enfoque, cada punto de vista es como un proyector que hace retroceder a nuevos puntos que estaban en la oscuridad; se puede pasar de una perspectiva descriptiva a una funcionalista, de un punto de vista funcionalista a uno estructuralista, etcétera.

3° Es necesario pasar de la investigación global general a la investigación profunda sobre cuestiones precisas; no hay por qué creer o no creer que los anteriores investigadores lo vieron “todo”, o que hayan dado descripciones “completas”. En ese sentido los trabajos de Fernando Ortiz en Cuba son de un valor infinito por la cantidad de datos y descripciones que contienen. Con el tiempo hubo que reinterpretarlos a la luz de nuevos enfoques.

En sus primeros viajes a Brasil, Roger Bastide se dio cuenta trabajando en Bahía de que los antropólogos habían descuidado el estudio de los mitos, el de los procedimientos de la adivinación, el de las ceremonias privadas, la descripción minuciosa de las ceremonias públicas y el conjunto de cantos, de ritmos, la descripción de los pasos de

danza. Incluso en los libros sobre santería cubana, se decía poco sobre los ritos de iniciación. Todo ello con el argumento de que siempre hay una cultura dominante, se descuidaron las influencias yoruba, fon, ashanti como corrientes integrantes de las culturas recreadas en América.

Desde entonces hasta ahora la antropología cultural ha producido una serie de obras centradas en la dinámica cultural en la que nacen nuevas religiones: la umbanda, el rastafarismo, los movimientos mesiánicos; incluso aparecen los estudios monográficos que dan cuenta exhaustiva de una cofradía o formación religiosa, de sus orígenes, su estructura propia, su calendario de festividades, y en colaboración con la ciencia médica, de sus psicosis y neurosis funcionales, así como de las terapias tradicionales que sin duda tuvieron algunos préstamos africanos, como en el caso de los negros a los indios mexicanos.

A este respecto, habrá que distinguir entre la medicina religiosa como la que Bastide estudió en los candombes, y la medicina mágica como la que estudió Aguirre Beltrán y Goncálves Fernández.

Los estudios demográficos, siempre importantes, fueron la base de la estimación e importancia de la trata; entre los autores de consulta obligada, Pierre y Huguette Chaunu son la principal fuente para la América hispana. Pero los estudios demográficos de una región o país en concreto reciben una aportación metodológica en *La población negra de México*, obra con la que Gonzalo Aguirre Beltrán se convierte en un clásico del tema.

Los estudios demográficos de las poblaciones afrodescendientes se desarrollaron en dos direcciones: estableciendo una demografía antigua de población esclava basada en los papeles de las antiguas plantaciones y la de las poblaciones de afrodescendientes actuales, que se rectifica constantemente debido a que los censos y estudios formales se han hecho con diferentes criterios, tantos como países hay en América, tomando en cuenta los criterios raciales o de color que se aplican en los censos.

Pero aun así en algunos países se dispone de datos importantes sobre la tasa de natalidad y mortalidad, la fecundidad y las enfermedades de muchos *stocks* étnicos.

Pero lo que todavía no se ha podido reconstruir satisfactoriamente, son los procesos de migración de las poblaciones negras dentro del continente americano a lo largo de los años después de las independencias. Esta movilidad geográfica explica muchas formaciones culturales que ya son producto de nuevos asentamientos y mestizajes entre poblaciones recientes. Por ejemplo, la población haitiana que practica el vudú tanto en

Cuba como en la República Dominicana. Los negros de Jamaica que fueron atraídos por la costa de América Central: Panamá y Costa Rica. En la Guyana francesa hay una colonia antillana. La identificación de estas poblaciones se basa en juicios de valor que establecen al mismo tiempo una jerarquía: en ciertas épocas, los negros anglófonos no se mezclaban con los panameños o dominicanos; los haitianos son maltratados y explotados en República Dominicana; los martiniqueños y guadalupeños desprecian a los negros criollos de la Guyana; según los vaivenes de los prejuicios, entre ellos, el menosprecio y la marginación recae sobre el que está en desventaja.

Hasta los años cincuenta la corriente psicologista no produce estudios trascendentes. La psicología social de Norteamérica, muy criticada, se basó siempre en los tests de inteligencia, los tests proyectivos, etcétera; la preocupación mayor: la familia negra como fuente de conductas delictivas (A. Meyer Ginsberg. O. Klinsberg en los Estados Unidos).

En el campo fascinante de la lingüística, los estudiosos siempre estuvieron atraídos por las lenguas africanas y lo que quedó de ellas, especialmente en los rituales religiosos de los negros.

Los primeros investigadores testigos de la última etapa de la trata, dejaron vocabularios de las lenguas que hablaban los esclavos, que posteriormente sirvieron para comparar las lenguas africanas y discernir las tendencias de las variaciones fonéticas. También y no menos importantes ha sido el estudio de las lenguas criollas y los *pidgin* en el Caribe.

Esta multidisciplinaria que se observa en las obras de distintos autores, tardó mucho en llevarse al terreno de la práctica interdisciplinaria.

La serie monográfica *Afroamérica. La tercera raíz* (17 volúmenes), dirigida por el doctor José Andrés Gallego, se ha publicado en edición CD ROM (2005) por el Instituto Histórico Tavera de Madrid, bajo el patrocinio de la Fundación MAPFRE Ignacio Hernando de Larramendi y bajo la dirección de J. A. Gallego. Con especialistas europeos y latinoamericanos, recoge la investigación interdisciplinaria de los temas fundamentales sobre *El impacto de la esclavitud africana en América*.

Las principales líneas de investigación son:

La esclavitud en 1492. Estudio de la práctica esclavista en los tres continentes que en el siglo XVI se involucraron en la esclavitud americana poscolombina y el África magrebí y negra, en los siglos XIV y xv, su trasposición a la América recién conquistada, así como los dictámenes teológicos y jurídicos en pro y en contra.

La esclavitud negra: arquetipos y prejuicios. Visión de las diversas teorías de justificación o condena de la esclavitud y demás argumentos referidos a esta institución y a las etnias africanas. Las religiones y la esclavitud: diversas respuestas dadas a lo largo de la historia por los teólogos musulmanes, judíos y cristianos para justificar o rechazar la esclavitud en general y la concreta de los negros, en relación con América. Negrofilia y negrofobia.

El tráfico de esclavos hacia la América hispana y el Brasil. Revisión de todo el proceso relacionado con el trasiego de negros en ambas orillas del Atlántico, incluido el papel de los filibusteros y piratas. La trata por el Pacífico.

El trabajo en la América hispana. El recurso a los negros. La presencia negra en América se ha de situar necesariamente en la demanda de trabajo y, por tanto, en una concepción del trabajo mismo, de la economía y en último término de la relación entre los hombres y la naturaleza. Se toma en cuenta el modelo canario para esclarecer si fue o no factor importante para implementar el trabajo esclavo en América. En el estudio se incluye la propia creatividad de los negros, que no se limitaron a aceptar unas técnicas y unos sistemas organizativos impuestos.

Modelos de resistencia esclava en el Brasil y la América hispana: cimarrones, rebeldes, libertos. Resistencia pasiva, huida, cimarronaje, rebeliones, palenques, manteles, mocambos, quilombos. Introducción al debate sobre la cultura cimarrona con dos puntos de vista principales: primero, su carácter pluriétnico y no sólo negro; segundo, su probable tipología: gente de isla, gente de a caballo y gente de río.

Vida cotidiana de los negros en Brasil y la América hispana. Las condiciones de los negros norteamericanos del siglo XIX y las de los obreros ingleses de la misma época fueron objeto de una comparación (Fogel) y debate subsiguiente que deberían extenderse a los esclavos negros de todo el continente y de las diversas épocas.

La esclavitud urbana en Hispanoamérica y el Brasil. El nacimiento de las ciudades, la contribución de los negros en su construcción y como trabajadores urbanos de oficios y servicios.

El negro en la literatura hispanoamericana, desde la conquista hasta la actualidad. El estudio de la esclavitud requiere conocer previamente el mito de la esclavitud, sobre todo tal como nos llega hasta hoy, que es tal como lo deja el filtro romántico de los historiadores en las últimas décadas.

El derecho de esclavos en América hispana. Estudio de los Códigos Negros de 1783 y 1789, de sus antecedentes y consecuencias, incluida la ampliación real de las normas y la oposición que hubo contra su cumplimiento. Siempre en comparación con lo legislado y aplicado a las trece colonias, el Brasil y las Antillas no españolas.

Relaciones interétnicas de Afroamérica. Los negros y las castas en las diversas etapas, señalando las diferencias entre Iberoamérica y Angloamérica, entre el Caribe y el continente. Papel de las instituciones de control: la Inquisición. Instituciones de refugio cultural y concentración étnica: cabildos y cofradías. Acción de la Iglesia y demás confesiones. Demografía por castas; uniones libres, matrimonio y familia. Evolución social del negro y las castas. Proyección de los patrones europeos en América. El mestizaje.

Religiones afrohispanas: el exilio de los dioses. Examen de la gestión y características de las religiones afrohispanas existentes con especial atención en sus orígenes africanos. Cosmogonías, mitos, prácticas mágico-religiosas. La transculturación África-América. Sincretismos, integración ritual: comidas, música, danza. Transmisión de los conocimientos religiosos: tradición oral, registros, escritos, procesos de folclorización y secularización. El Caribe: santería, gagá, vudú, obeah, rastafarismo, mesianismos. Facetas regionales y expresiones populares.

Abolición de la esclavitud. Estudio de las repercusiones del movimiento y legislación abolicionista británicos en el mundo hispánico, así como el proceso emancipador en este ámbito. Antecedentes: alfo-rria, manumisión, liberación testamentaria, siempre en comparación con otros territorios americanos. Fases de la emancipación. Decretos de abolición. Últimas sombras de la esclavitud. Integración de los negros y castas en los nuevos países.

La bibliografía que aquí se propone, tiene la intención de orientar a quienes se inician en los aportes africanos y en la historia de la cultura latinoamericana; el propósito es ofrecer un panorama sucinto sobre el proceso esclavista en su desarrollo histórico y sus consecuencias económicas, políticas, sociales y culturales.

En su obra, Van Sertina (1981) cita a Leo Weiner y Harold Lawrence, quienes afirman la presencia negroafricana en los años que preceden al descubrimiento colombiano. Esta teoría se basa en los diarios de esos autores y en diversos testimonios. Pero la presencia africana en la América precolonial se sigue considerando como una hipótesis hasta ahora no comprobada.

Sobre esta teoría, es prudente tomar en cuenta la opinión de científicos de alto prestigio como Juan Comas (1980: 74-75) que respecto al pretendido origen africano de los olmecas se manifiesta de la manera siguiente:

Pero calificar de negroides las cabezas colosales de la cultura olmeca sólo por el hecho de reconocer en ellas labios gruesos y nariz aplastada, concluyendo además que son fiel reproducción del tipo racial negroide llegado a América en fechas precolombinas, es olvidar otros muchos caracteres peculiares de los negroides y que no encontramos en esas esculturas, ni en otras que no se mencionan aquí[...] nos parece muy controvertible, más bien dudoso, que el testimonio arqueológico pueda servir de apoyo a la hipótesis de inmigraciones negroides o negras a través del Atlántico en época anterior al siglo X a. C., ya que la cultura olmeca parece fecharse en 1200 a. C.

Una magnífica obra que proporciona un amplio, sistemático y objetivo planteamiento de los factores sociales, políticos, económicos y éticos que condicionan el atroz y persistente tráfico esclavista es la de J. A. Saco, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y, en especial, en los países américo-hispanos*, Cultura, La Habana, 1938, cuatro vols. Esta obra, la primera de gran magnitud, demuestra que durante el periodo colonial, el fenómeno de la esclavitud acarreó grandes transformaciones demográficas, económicas y sociales, tanto en África como en América.

Con el mismo valor esclarecedor está la obra de P. D. Curtis, *The Atlantic Slave Trade. A Census*, Madison, The University of Wisconsin Press, Londres, 1969, así como la del historiador inglés Hugh Thomas quien publica en 1997 *La trata de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos*, editorial Planeta. Se trata de un análisis exhaustivo de este comercio, desde su inicio por los portugueses hasta su fin tras la guerra civil norteamericana. También estudia el proceso abolicionista y sus raíces entre los cuáqueros de los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Además hace referencia a algunos de los personajes más destacados en el tráfico negrero. Igualmente destacan: J. L. Franco, *Comercio clandestino de esclavos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985; H. S. Klein, *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Alianza Editorial, Madrid, 1986; D. P. Mannix, y M. Cowley, *Historia de la trata de negros*, Alianza Editorial, Madrid, 1970; G. Scelle, *La traite negriere aux Indes de Castille. Contrats et traites d'asiento*, París, 1906. Esta última es fundamental ajuicio de algunos investigadores. Constituye una

base para la comprensión de los aspectos demográficos de la esclavitud. Citada en la mayoría de los estudios sobre negros en América, es el antecedente del estudio de las instituciones españolas en América y de los estudios sobre historia económica y demográfica.

Asimismo, en este sentido resultan relevantes las siguientes obras:

H. P. Chaunu, *Seville et L'Atlantique (1504-1650)*, Flammarion, París, 1956-1959. El autor mantiene la preocupación por los aspectos económicos y demográficos de la esclavitud. Su publicación despertó el interés entre los investigadores americanos que produjeron estudios sociodemográficos en los cuales se menciona reiteradamente la laboriosa y paciente tarea de Chaunu. La importancia de este tipo de obra, hizo evidente la necesidad de organizar los archivos de diferentes repositorios coloniales.

R. Mellafe, *Breve historia de la esclavitud en América Latina*, SEP, México, 1973, col. Setecientos, núm. 115. Presenta un panorama claro de la evolución histórica de la esclavitud negra en su contenido institucional y socioeconómico. En una síntesis magníficamente lograda, el autor subraya los problemas básicos y sustanciales de la esclavitud como institución generadora de una serie de factores que modifican totalmente la vida de tres continentes. En la bibliografía, Mellafe nos suministra una valiosa herramienta para emprender el conocimiento de América y su cultura.

Enriqueta Vila Vilar, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos. Los asientos portugueses*, EEHA/CSIC, Sevilla, 1977. Recurriendo a las fuentes documentales y bibliográficas, la autora examina a profundidad medio siglo de tráfico negrero y sus repercusiones en América. Describe la evolución de los asientos portugueses, y penetra también en la administración en sus varias facetas, contribuyendo notablemente a la comprensión de la trascendencia económica que tuvo el sistema de asientos. En su análisis de la personalidad de los asentistas logra, acertadamente, determinar el perfil social, económico y cultural de los protagonistas del tráfico negrero. Su atención se centra en Cartagena, Buenos Aires y México, puntos claves del comercio de esclavos.

M. Herskovitz, *The Myth of the Negro Past*, Beacon Press, Boston, 1941. En el campo de los estudios comparados que se fundamentan en la antropología cultural, esta obra marca en Estados Unidos una importante ruta para el estudio del aporte cultural del negro en las distintas regiones americanas. Su interés fundamental consiste en demostrar que el negro es una realidad evidente y viva.

Magnus Morner (comp.), *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1969. El crisol de razas en el Nuevo Mundo ha originado naciones multirraciales que afrontan el problema de la identidad; el mestizaje biológico conlleva la pérdida de algunos rasgos y la conservación de otros. El pluralismo racial es una de las grandes variables del proceso de consolidación del poder político y de la diferenciación socioeconómica de cada una de las razas que componen la población. En la base de todo prejuicio está la oposición de color y de clase: negro-blanco.

Roger Bastide, *Las Américas negras*, Alianza Editorial, México, 1967. Desde el punto de vista cultural, el acervo de procedencia africana incluye aquellos rasgos que son el resultado no sólo de una transculturación directa, sino, también, aquellos que resultan de la interculturación entre los diferentes pueblos africanos que entran en contacto con suelo americano. Por efecto de la transculturación, el negro de descendencia africana ya se debe considerar americano, puesto que, como el europeo y el asiático, ha pasado a formar parte de un universo forjado en sus cuatro raíces fundamentales: india, europea, africana y asiática.

Sobre este proceso de la formación afroamericana, se recomiendan las siguientes obras:

José Luciano Franco, "La presencia negra en el Nuevo Mundo", en *Cuadernos de la Revista Casa de las Americas*, La Habana, 1968.

J. E. Gallardo, *Presencia africana en la cultura de América Latina. Vigencia de los cultos afroamericanos*, Fernando García Cambeiro, Buenos Aires, 1986.

J. Jahn, *Muntu las culturas neoafricanas*, FCE, México, 1963.

Manuel Moreno Fraginals (comp.), *África en América Latina, Siglo XXI*, México, 1977.

Arthur Ramos, *Las culturas negras del Nuevo Mundo*, FCE, México, 1943.

Los sincretismos religiosos afroiberoamericanos constituyeron, en un principio, religiones minoritarias circunscritas a esclavos y gente de color; desde su implantación van permeando la sociedad mayoritaria para, después de abolida la esclavitud en el siglo XIX y particularmente en el XX, dejar de ser una manifestación religiosa exclusiva

de un grupo racial para convertirse en verdaderas religiones que se practican en todos los niveles sociales y en los distintos sectores de algunos países como Brasil y Cuba. En una apasionante exposición, Bastide en *Las Americas negras* distingue las “religiones vivas” de las “religiones en conserva”, según se ven acompañadas de la evolución económica y social. Gallardo, por su parte, actualiza la transferencia de las religiones populares de un país a otro, sobre la base de un conocimiento que es fruto de numerosos viajes y variados testimonios.

P. Carvalho-Neto, *El folclore de las luchas sociales*, Siglo XXI, México, 1973. Dada la importancia del impacto africano en la cultura americana, el folclor de la mayoría de los países es, sin duda, el repositorio en el cual se ha conservado y mezclado la rica herencia africana. El folclor popular nacional y regional incluye música, danzas, fiestas y acontecimientos, así como la tradición oral, artesanía e instrumentos musicales. Constituye, en definitiva, la expresión más auténtica de la cultura nacional. La obra de Carvalho-Neto es un ensayo marxista, en el cual plantea la lucha sociorracial y la lucha de clases que se manifiestan en el folclor.

Otras dos obras importantes sobre este tema de Fernando Ortiz, son: *Los bailes y el teatro de los negros en el folclore de Cuba*, Letras Cubanas, La Habana, 1981, y *Africanía de la música folclórica de Cuba*, Universidad Central de las Villas, Santa Clara, 1965.

También son importantes las siguientes aportaciones:

Price, Richard, *Sociedades cimarronas. Comunidades esclavas rebeldes en las Americas*, México, Siglo XXI, 1981. Ofrece una amplia visión de los movimientos negros de rebelión contra el poder colonial, y aborda las experiencias de las comunidades que lograron su independencia dentro del sistema colonial. Esta parte de la historia de América protagonizada por los esclavos cimarrones reviste un interés especial no sólo por el hecho libertario de la oposición al colonialismo, sino también como fenómeno económico y social de los quilombos, palenques, cumbes y marieles que alcanzaron su autonomía.

C. Moura, O Negro. *De bom escravo a mau a' dadao. falta ficha*. En este libro el autor aborda la trayectoria del negro, interpretando la secuencia de las barreras que van surgiendo para impedirle su participación en los movimientos integradores; dentro de una constante marginación, el negro desarrolla mecanismos de defensa y compensación para neutralizar y superar las fuerzas desintegradoras de su cultura.

Las ciencias sociales se revelan como un instrumento científico de transformación de la sociedad.

J. Manuel de Jahn, *Litterature Neo-Africaine, du XVI siecle a nos jours, de l'Ajrique a VAmérique. falta ficha*. El fenómeno literario es revelador de algunos aspectos culturales que la economía y la historia no pueden subrayar. La literatura afroamericana ha sido considerada como "ne-grista". Hace referencia superficialmente al negro y a la literatura de la negritud, en la que se expresan las reivindicaciones de la población de color. Es en este género donde se expresan con mayor intensidad y riqueza no sólo las hablas criollas, sino también todas aquellas formas de africanía que sólo se pueden apreciar en la poesía, la narración, la descripción y otros géneros cultos o populares.

Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México. Estudio etnohistórico*, FCE, México, 1972, y *Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro*, FCE, México, 1958. La primera obra de este autor abrió el camino de los estudios afromexicanistas, siendo objeto de reconocimiento por parte de otros investigadores en diferentes países de América Latina, principalmente por haber aplicado el método etnohistórico y por tener en cuenta los valores demográficos para demostrar la contribución del negro a la genética y a la cultura nacional. La segunda obra es una monografía de carácter etnográfico, concentrada en una reducida comunidad del occidente de México que, desde una perspectiva antropológica, establece la influencia africana en la estructura de la sociedad regional fundamentalmente indomestiza.

N. S. de Friedemann, yj. Arocha, *De sol a sol, génesis y presencia de los negros en Colombia*, Planeta Colombiana, Colombia, 1986. En esta obra, los autores utilizan la tradición oral para ilustrar el origen, las costumbres y todo el conjunto cultural del negro, producto de su creatividad.

R. Nina Rodrigues, *Os Africanos no Brasil*, Brazilian Series, Sao Paulo, 1931. El autor, eminente investigador, orientó su obra hacia el aporte, el intercambio y los préstamos culturales. Iniciando los estudios comparativos, se formó en torno a ellos una corriente a la que se llamó escuela bahiana; su fundamento principal es el estudio de las culturas africanas en el continente de origen y en América.

La América hispánica

Un concepto que no se puede dejar de considerar con toda atención, es el de *africanía*, surgido en España. Luis Beltrán lo explica comenzando por la definición de cultura hispánica como una cultura sincrética y mestiza, producto de los procesos transculturadores que durante cuatro siglos mezclaron lo asiático, lo indio, lo africano y lo hispánico. Sin embargo, estos procesos dieron variados y específicos resultados, tanto en la América española como en la portuguesa. En este aspecto, debe reconocerse que la cultura de procedencia africana no sólo logró sobrevivir sino que, al incorporarse, pudo imponerse entre los otros sectores de la cultura colonial gracias a su vigor y a su flexibilidad adaptadora. El caso de Cuba y Brasil son más que elocuentes. La principal bibliografía que trata este tema es la siguiente:

M. Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, Hespérides, Caracas, 1967.

L. Beltrán, "Los estudios afroamericanos y africanistas en Iberoamérica", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, julio-agosto, 1974.

F. P. Bowser, *El esclavo africano en el Perú colonial (1524-1650)*, Siglo XXI, México, 1977.

Lidia Cabrera, *El Monte*, La Habana, reimpresión, Nueva York, s.e., 1974.

E. Isola, *La esclavitud en el Uruguay desde sus comienzos hasta su extinción (1743-1852)* falta.

J. Pía, *Hermano negro. La esclavitud en el Paraguay*, Paraninfo, Madrid, 1972.

L. B. Rout, *The African Experience in Spanish America*, Cambridge U.P./ Nueva York, 1976.

E. F.S. De Studer, *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII* Libros de Hispanoamérica, Buenos Aires, 1984.

Pierre Verger, *Flux et reflux de la traite des negres entre le golfe de Benin et Bahia de todos Santos*, Mouton, París, 1968.

G. Vial Correa, *El africano en el reino de Chile: ensayo histórico-jurídico*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1957.

Aunque no se pueden ignorar los movimientos indoamericanos de oposición a la conquista, los primeros actos de rebelión organizada frente al poder colonial, así como los primeros asentamientos de comunidades libres en tierras americanas los protagonizaron esclavos cimarrones que huían y se organizaban en enclaves autónomos que fueron minando el sistema colonial. Ésta es la bibliografía respectiva:

R. Arrazola, *Palenque, primer pueblo libre de América (historia de las sublevaciones de esclavos en Cartagena)*, Editorial Hernández, Cartagena, s/f.

E. Brito Figueroa, *Las insurrecciones de los negros en la sociedad colonial venezolana*, Editorial Cantaclaro, Caracas, 1961.

E. Carneiro, *O Quilombo dos Palmares*, Editorial Civilizacao Brasileira, Río de Janeiro, 1966.

W. Kapsoli, *Sublevaciones de esclavos en el Perú*, Universidad Ricardo Palma, DUI, Lima, 1975.

Como consecuencia de la abolición y de la supresión del tráfico de esclavos, se dieron algunos casos de retorno a África, especialmente de Brasil y Cuba. Caso aparte es el de Liberia, primera república africana fundada por descendientes de esclavos de las colonias inglesas. Bibliografía:

M. Carneiro da Cunha, *Negros, estrangeiros. Os escravos libertos e sua volta a Africa*, Brasiliense, Sao Paulo, 1985.

A. Olinto, *Brasileiros na Africa*, Ediciones GRD, Rio de Janeiro, 1964. Rodolfo Sarracino, *Los que volvieron a África*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1968.

La población negra hispánica se extiende desde México hasta Argentina incluyendo las islas del Caribe: Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Distribuida en la geografía del continente, el elemento negro varía en todos estos países, por lo cual en cada uno de ellos se ha desarrollado una cultura específica con algunas características comunes. Una de ellas podría ser la actual convivencia que, aunque pacífica, oculta aún la marginación de los negros y el prejuicio racial todavía presente. Al respecto, las principales obras son las siguientes:

R. Bastide, *Branços e negros em Sao Paulo*, Companhia Editora Nacional, Sao Paulo, 1959.

A Dzidzienyo, *The Position of Blacks in Brazilian Society*, Report núm. 7, Minority Rights Group, Londres, 1971.

M. Morner, *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1969.

R. B. Toplin, *Slavery and Race Relations in Latin America*, Greenwood Press, Wesport/Londres, 1974.

La bibliografía sobre la cultura indoafroiberoamericana es abundante, cubre casi todos los aspectos de las formas de vida, creencias, lenguas, prácticas sociales, religiosas, etcétera. Sin embargo, todavía muchos archivos esperan la consulta sistemática que revelará nuevos factores del negro latinoamericano.

M. Alvarez Nazario, *El elemento afronegroide en el español de Puerto Rico. Contribución al estudio del negro en América*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, segunda edición revisada y aumentada, San Juan, 1974.

L. M. Ansón, L. M., *La negritud*, Ediciones Revista de Occidente, Madrid, 1971.

- E. Ballagas, *Antología de la poesía negra hispanoamericana*, Aguilar, Madrid, 1935.
- S. Feijóo, *El negro en la literatura folclórica cubana*, Edición Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- F. J. Franco, *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1969.
- G. de Granda, *Estudios sobre un área dialectal hispanoamericana de población negra. Las tierras bajas occidentales de Colombia*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1977.
- Nicolás Guillen, *Antología mayor*, Instituto del Libro, La Habana, 1969.
- Introducción a la cultura africana en América Latina*, UNESCO, París, 1979, segunda edición.
- Las culturas del Caribe. Documentos de la Reunión de Expertos sobre el Caribe*, organizada en Santo Domingo (República Dominicana), del 18 al 22 de septiembre de 1978, UNESCO, París, 1981.
- Argelies León, *Música folclórica cubana*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1964.
- Rafael López Valdés, *Componentes africanos en el etnos cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- W. W. Magenny, "África en Venezuela: su herencia lingüística y su cultura literaria", *Montalban*, núm. 15, Caracas, 1985, pp. 207-260.
- Fernando Ortiz, *Ensayos etnográficos* (selección de Miguel Barnet y Ángel L. Fernández), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- N. Ortiz Oderigo, *Aspectos de la cultura africana en el Río de la Plata*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1974.
- Y. Pereda Valdés, "El negro en la literatura iberoamericana", *Cuadernos*, núm. 19, París, 1956, pp. 104-110.
- L. F. Ramón y Rivera, *La música afrovenezolana*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1971.
- J. M• Ramos Guedes, *El negro en la novela venezolana*, Caracas, 1980.

Arthur Ramos, *Aculturacao Negra No Brasil*, Companhia Editora Nacional, Sao Paulo, 1942.

_____, *Las culturas negras en el Nuevo Mundo*, FCE, México, 1943.

S. Roberts, "Danza negra en América", *Toda la Danza*, núms. 1 y 7, Buenos Aires, 1975, pp. 20-31.

"Situación de la poesía afroamericana", *Revista Cubana de Educación*, vol. 21, La Habana, enero de 1946, pp. 5-60.

V Valente, *Sincretismo religioso afrobrasileiro*, Editora Nacional, Sao Paulo, 1950.

R. F. Vázquez Rodríguez, *La práctica musical de la población negra en Perú*, Ediciones Casa de las Americas, La Habana, 1980.

Pierre Verger, *Les dieux yoruba en Afrique et au Nouveau Monde*, PUF, París, 1982.

La América anglófona

Las obras de que se dispone en las bibliotecas de los países hispanoamericanos sobre el mundo negro anglófono son reducidas y tratan con más frecuencia el fenómeno sociológico del negro en las sociedades actuales. Sin embargo, pueden señalarse algunas que abordan el tema desde la perspectiva histórica.

Los acontecimientos políticos que dan a Inglaterra una ventaja sobre las demás potencias europeas, permiten que aquélla obtenga, en 1713, el monopolio de la trata sobre los territorios de España en América, durante un periodo de 30 años asegurando, al mismo tiempo, el transporte de negros hasta Perú. En estos años de principios del siglo XVIII, los anglosajones imponen su presencia en el istmo mediante el comercio esclavista, dominando al mismo tiempo la reexportación, es decir, la economía de Panamá. En 1739, tres años antes de su término, el asiento inglés toca a su fin. Sin embargo, más tarde habrá otras licencias acordadas a los Frier de Londres quienes,

entre 1752-1753 y 1758-1761, aseguraron su injerencia directa en el comercio panameño. Para entonces, Jamaica se convierte definitivamente en la principal reserva de esclavos que ofrece su mercancía a los traficantes negreros del Caribe.

A los ingleses suceden los franceses, favorecidos por licencias libres acordadas a particulares como Barboteau, entre 1743 y 1745, y Malhorty, entre 1746 y 1748, para regresar, en 1764-1779, a las modalidades del siglo XVIII, otorgando un asiento de monopolio a unos comerciantes de Cádiz que formaban la sociedad Aristegui y Aguirre; a pesar de todo, los capitales eran de Flandes e Inglaterra y los esclavos salían de Jamaica que, como se ha visto, era el gran depósito de esclavos en el Caribe. La bibliografía es ésta:

Julio Ángel Carreras, *Breve historia de Jamaica*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

Cristina Cavalcanti, "El movimiento rastafari y la lucha por la identidad", *El Caribe Contemporáneo*, núm. 10, UNAM, México, 1987.

Mario G. Cueto, *Historia, economía y sociedad en los pueblos de habla inglesa del Caribe*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.

Melville Herskovitz, *The Myth of the Negro Past*, Beacon Press, Boston, 1941.

Dwight W. Hoover, *Understanding Negro History*, Quadrangle Books, Chicago, 1968.

Margaret Just Butcher, *El negro en la cultura norteamericana*, Letras, México, 1958.

William Loren Katz, *Teachers' Guide to American Negro History* Quadrangle, Books Chicago, 1968.

R. R Labat, *Viajes a las islas de la America*, Casa de las Americas, La Habana, 1979.

James Millette, *El sistema colonial inglés en Trinidad (1783-1810)*, Casa de las Américas, La Habana, 1985.

Siendo W. Minas, *Slavery, Colonialism, and Racism*, W. W. Norton, Nueva York, 1974.

J. L. Nichols, *The New Progress of a Race*, DLI, J. L. Nichols, Naperville, 1929.

Varios autores, *El movimiento negro en Estados Unidos-Now*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

La América de habla holandesa

Las comunidades cimarronas de la Guayana no llegaron a constituir una unidad geográfica; de hecho han sido consideradas como un conjunto de tribus, de las cuales se distinguen cuatro grupos: el sarama-ca, el auca llamado también djuka, el boni y el matawaai.

Desconocidos durante largo tiempo, los bushes de la selva guaya-nesa despertaron el interés de los etnólogos que, al estudiarlos, creyeron encontrar una cultura conservada en toda su pureza africana, cuyo origen estaba localizado en la cultura de los agni-ashantis. Las obras que abordan este tema son las siguientes:

Cornelio Ch. Gaslinga, *Los holandeses en el Caribe*, Casa de las Américas (Serie Estudios), Cuba, 1983.

Silvia W. Groot, *Djuka Society and Social Change*, Teassien By Van Gorcum, Holanda, 1969.

H. E. Lamur, *The Demographic Evolution of Surinam, 1920-1970*, Martinus Nyhoff, La Haya, 1973.

A. de Kom, *Nosotros esclavos de Surinam*, Casa de las Américas, Cuba, 1981.

Fuentes no impresas

ARA, Algemeen Ryksarchief (Archivos Generales del Gobierno), West Indische Compagnie Oude compagnie, La Haya.

J. A. Bueno de Mesquita *et al.*, *Geshuedkundige tydtafel van Suriname Paramaribo*, 1924.

V. Berkis Alexander, *The Reign of Duke James in Courland, 1638-1682*, Lincoln Nebraska, 1960.

Cámara de Amsterdam, núms. 14-18, actas, comisiones, instrucciones, resoluciones.

Collectie Fagel.

Collectie Rademaeker zaken Oude Wic, 1621-1674, núms. 77-84.

Eleazar Córdoba Bello, *Compañías holandesas de navegación*, Sevilla, 1964.

P. A. Eurvens, *De eerste jood up Curazao West Indische Gids*, XII (1930), pp. 360-366.,

Gedenkboek Nederland Curazao, 1634-1934, Amsterdam, 1934.

Nieuw Nederland, núms. 2-6.

Resolucioeboeken van de Staten General, 1580-1680.

Reuniones del XIX, núms. 1-13, actas, minutas secretas, deducciones, copiadores, patentes.

Suriname, núms. 463, 764, 766, 767, 768, 769, 770, 973, 1117.

Verspreide West Indische Stukken, núm. 501.

West Indische Compagnie. *Nieuwe compagnie Cámara de Amsterdam*, núms. 52, 452, 467.
Cartas y papeles de Curazao, núm. 1160.

El Caribe francófono

La atención especial que ha merecido la zona francófona del Caribe, tiene como piedra angular a Haití, donde se produjo la primera gran revolución de esclavos del continente latinoamericano. El resto de las islas o pequeñas Antillas, en las que se incluyen Guadalupe y Martinica, se mantuvieron hasta nuestros días en un permanente sistema colonial que les confiere una connotación especial; su aislamiento, más que la barrera del idioma, se debe al estatus psicosocial de las dos islas que no ha trascendido sus marcos, por lo que es escaso el conocimiento que se tiene de ellas.

Dejando de lado la leyenda, la revolución haitiana es considerada como la primera revolución de esclavos triunfante en la historia debido a que la derrota de los franceses y su salida del territorio colonial significó la toma del poder y del gobierno por el grupo social antes sometido al poder colonial. Éstos son los antecedentes que hicieron posible la reflexión profunda del negro liberado, acerca de su situación cultural y de su identidad asimilada a los valores de la cultura blanca.

Felice Bellati, *Alaou Haití*, Leonardo da Vinci Editrice, Bari, 1964.

Jean Casimir, *La cultura oprimida*, Nueva Imagen, México, 1980.

Aimé Césaire, *Cuaderno de un retorno al país natal*, ERA, México, 1969.

O. R. Dathorne, *Caribbean Aspirations and Achievements*, Association of Caribbean Studies, Florida, 1985.

Jean Fouchard, *Le Marrons de la Liberté*, Editions de Ecole, Paris, 1972.

José Luciano Franco, *Ensayos sobre el Caribe*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

Antoine Gisler, *L'esclavage aux Antilles Francaises*, Editions Universitaires Fribourg, Suiza, 1965.

Johanna von Graferstein, *América Latina. Una breve historia: Haití*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1988.

Laennec Hurbon, *Culture et Dictature en Haiti Port-au-Prince*, Henri Des-champs, 1987.

Micheline Labelle, *Idéologie de couleur et classes sociales en Haïti*, Quebec, Canadá, Montreal, 1978.

Serge Larose, *L'exploitation Agricole en Haïti*, Centre de Recherches Caraí-bes, Montreal, 1976.

Alfred Métraux, *Le Vaudou Haïtien*, Gallimard, Francia, 1968.

Jean Price-Mars, *Así habló el tío*, Casa de las Américas, La Habana, 1968.

Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe: Haití, 1 y 2. Nueva Imagen, México, 1988-1989.

Pedro Jorge Vera, *Haití*, Casa de las Américas, La Habana, 1967.

Las lecturas recomendadas podrán dar a los estudiantes una visión de conjunto en las coordenadas histórica y antropológica de los estudios afroamericanos en sus momentos más importantes.

Las fuentes documentales siempre fueron básicas para conseguir una visión completa sobre la trata, para investigar las causas y las consecuencias del movimiento esclavista y los resultados del sistema colonial, el volumen del tráfico de esclavos por épocas, periodos y siglos, así como la forma en que éste se realizó, y las consecuencias que en América, Europa y África tuvo la inmigración masiva de africanos.

Algunos autores se han basado incluso en la documentación existente para estudiar otros aspectos de la trata esclavista, tales como la personalidad de los asentistas, sus relaciones comerciales y estatus social, además de todo lo que directamente se refiere a los encargados de transportar a los esclavos, es decir, los negreros en todas sus variantes: factores, maestros de navios, encomenderos de negros, cargadores, etcétera (Vila Vilar, 1992: 9).

Para Hispanoamérica, los archivos españoles son la fuente principal que documenta las etapas iniciales de la trata, a pesar de que los asentistas del primer periodo fueron portugueses. Los historiadores confirman que en España la dirección y el control del negocio esclavista se dividía entre el Consejo de Indias, la Casa de Contratación y el Consejo de Hacienda. Los navios se registraban en Sevilla y las cuentas se efectuaban en la Contaduría Mayor de Hacienda. El Archivo General de Indias es, por lo tanto, el primero en importancia para la documentación del tráfico. Le siguen el Archivo General de Simancas, el Archivo Histórico Provenzal de Valladolid y el Archivo Histórico Nacional de Madrid, así como el Museo Naval y la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (*idem*).

Los repositorios documentales de los países europeos que intervinieron en la trata esclavista son abundantes; por su evidente y manifiesta importancia han sido la base de muchas obra que se escribieron en los siglos XIX y XX. Tanto Portugal como Inglaterra y Francia y, por otra parte, Holanda, tienen acervos documentales riquísimos ya sistematizados, que pueden aprovecharse.

Se puede explorar, también, la tradición oral que de diversas maneras alude a la mengua demográfica sufrida en el continente negro. La esclavitud debe formar parte, con toda seguridad, del cuerpo de mitos y leyendas que alimentan la tradición hablada de los pueblos africanos. Ésta es una veta de investigación inapreciable e insuficientemente explorada. Aunque recientemente en el proyecto La ruta del esclavo de UNESCO empiezan a publicarse algunos textos orales con la memoria de la esclavitud.

La información sobre fuentes documentales de los africanos y sus descendientes en América debe sistematizarse, como es lógico, en los mismos países americanos. La que poseemos actualmente se debe a los esfuerzos de las organizaciones internacionales como la misma UNESCO, en el seno de las cuales se ha insistido en su rescate. Varias reuniones de expertos han tenido como punto central las relaciones culturales entre África y América Latina. Se ha establecido una serie de recomendaciones para acciones a corto y a largo plazo. Así, se planteó la necesidad de un centro de documentación e información especializado en el estudio de las culturas africanas en América Latina. En el documento final de la reunión de 1964, se aconsejó, asimismo, el intercambio de facsímiles, documentos, bibliografías y ficheros de documentación entre África y América Latina, así como la necesidad de realizar un inventario de los institutos culturales especializados en los problemas afrolatinoamericanos y de la documentación disponible en África, en América Latina y en todos los países tradicionalmente interesados en su estudio.

De la información recabada podemos enumerar una serie de documentos y de obras sobre el tema que suman cientos de volúmenes; para mencionar las más difundidas tenemos el resultado de una primera exploración que ha presentado a los expertos numerosas dificultades, tomando en cuenta que para realizar un catálogo de los documentos relativos al tema de los negros en América, sería preciso que todos los archivos estuvieran ordenados de acuerdo con sistemas internacionales. Las bibliotecas y más tardíamente los archivos, han sido clasificados de manera irregular en cada país, con diferentes criterios relacionados, directamente, con las necesidades de las investigaciones emprendidas.

En América Latina, las clasificaciones de los documentos por asuntos coloniales son las mayormente utilizadas, pero sólo en los últimos 100 años el negro aparece como tema de investigación; al comenzar apenas, diversas instituciones incluyen en los rubros de clasificación los temas de esclavitud, la trata, las rebeliones de esclavos y asuntos de especial interés como las formas de manumisión y libertad.

Una vez aceptados como objeto de estudio, los negros se convierten en títulos de libros de autores altamente especializados y reconocidos dentro del medio de las investigaciones en humanidades y ciencias sociales.

Por lo general, podemos afirmar que los principales centros de documentación se encuentran en las capitales de los países latinoamericanos, al igual que la mayoría de los especialistas e instituciones que los patrocinan. Sin embargo, en un mismo país existen, a veces, varias ciudades con archivos importantes, lo cual hace necesario establecer una jerarquía de estos centros de documentación; tal sería el caso de Sevilla, Simancas y Valladolid en España, y de Córdoba, Jalapa y la ciudad de México en la República mexicana.

Entre las causas que no han propiciado la clasificación adecuada en la mayor parte de los archivos de América Latina, está la reticencia al tema como objeto de investigación; todavía en muchos países no se enseña una historia en la que estén incluidos los aportes y la presencia de los africanos en cada región de América; ni siquiera en las universidades existen cursos sistemáticos sobre culturas negras. Los prejuicios generados por la esclavitud contribuyeron a negar su valor y a marginar la historia de África de los sistemas de enseñanza en todos los niveles, desde la escuela elemental hasta la universidad. Es apenas en las recientes décadas cuando se incorporan a los estudios de historia la enseñanza de África y de su cultura, arte y folclor; también la antropología y la sociología, así como la literatura, han sido las difusoras de las culturas africanas.

Pero queda mucho por hacer, actualmente son excepcionales las cátedras de cultura afroamericana. Inclusive en los programas de enseñanza especializados en Latinoamérica, sólo en ciertas instituciones de estudios e investigaciones superiores se han incorporado los análisis del pasado y el presente de Asia y África. Esto comprueba que los prejuicios no han desaparecido totalmente, que alcanzan a los propios historiadores, ya que muy pocos han visto con objetividad el desarrollo étnico y social del continente americano; recientemente han surgido especialistas sobre culturas negras que destacan la participación de los africanos en las luchas sociales de la Colonia, así como en las guerras de independencia.

La marcha de los procesos históricos ha obligado a historiadores y científicos a ampliar sus campos de estudio; aparecen trabajos que plantean cuestiones teóricas como la significación del régimen esclavista en América, la correlación de la economía entre los países americanos en el ámbito mundial en los siglos de la esclavitud, y el proceso de auge y decadencia del régimen esclavista en América, entre otros temas de gran interés.

Aunque ya suman cientos las obras dedicadas a la vida de los negros en América, la producción es muy desigual: muy escasa en algunos países y muy numerosa en otros. En toda América Latina existen pocas revistas dedicadas a temas afroamericanos y de algunas aparecieron sólo unos números, tal es el caso de *Afroamérica* en México, que publicó tres números solamente en 1945, una experiencia prometedora, pues era la revista del Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos fundado por los grandes representantes de la negritud y otros científicos de gran prestigio (Estados Unidos: W. E. B Du Bois, Melville Herskovitz y Alain Locke; América Central: Rafael Heliodoro Valle; Antillas Francesas: Aimé Cesaire y Auguste Remy Bastien; Antillas Inglesas: Eric Williams; Argentina: Francisco de Aparicio; Brasil: Gilberto Freyre, Arthur Ramos, Renato de Mendoza y Aires de Mata Machado; Colombia: Antonio García; Cuba: Julio le Riverend, Fernando Ortiz, Nicolás Guillén, José Antonio Portuondo, Lino Novás Calvo e Israel Castellanos; Chile: Guillermo Feliú Cruz; Ecuador: Víctor A. García y Adalberto Ortiz; México: Jorge A. Vivó, Miguel Covarrubias, Gonzalo A. Beltrán y Alfonso Caso; Perú: Fernando Romero y Roberto MacLean Estenos; Uruguay: Ildefonso Pereda Valdés; Venezuela: Juan Lizcano).

En países de numerosa población india como Perú, México, Ecuador y Bolivia la presencia del negro no tiene la magnitud que muestran Brasil, Venezuela y Colombia, en los que predominó extensamente y en donde todavía es abundante la población descendiente de africanos; por ello, la documentación que hay sobre negros en esos países es tan importante como el estudio directo de las comunidades afroamericanas.

De Ecuador se conocen solamente algunas monografías dispersas, basadas en documentos de archivos. En Bolivia y Chile es escasa la bibliografía y, de hecho, hay pocos especialistas y obras especializadas como la afroparaguaya de Paulo de Carvalho Neto o la de Alfonso Pereda Valdez, en Uruguay.

Cuba y Brasil son, definitivamente, los dos países en donde se han hecho más investigaciones sobre bases documentales y poblaciones actuales de ascendencia africana que conservan y mantienen vivas sus tradiciones y su folclor, y donde la influencia africana ha sido más permanente. En ambos países los estudios de las culturas negras se ofrecen en las universidades y aprenden las diversas lenguas que todavía se utilizan en los rituales religiosos. De especial importancia es el estudio de las migraciones recientes de Brasil hacia África.

Para dar una idea de los repositorios documentales resumimos los que figuran en los catálogos de la UNESCO.

Argentina. Archivo General de la Nación: la fuente de información más importante sobre negros. Archivo de la Biblioteca Nacional: contiene obras referentes a negros, esclavos y a esclavitud en el país. Archivo de la Biblioteca del Congreso: documentos referentes a negros. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto: documentos sobre asientos de esclavos y tráfico negrero. Archivo del Instituto Nacional de Antropología: datos sobre el folclor de las poblaciones negras. Archivo de Aduana de Buenos Aires: noticias sobre el tráfico negrero y la trata de negros. En algunas bibliotecas privadas y archivos pueden encontrarse, igualmente, materiales antiguos y recientes sobre negros.

Bolivia. Archivo Histórico de Potosí: el material sobre negros se encuentra inserto en el total de la documentación; documentos relacionados con negros esclavos que se dedicaron a las labores de fundición de metales. Archivo Eclesiástico: partidas de bautismos de esclavos negros. Archivo Nacional de Bolivia: se encuentran los documentos que corresponden a los periodos colonial y nacional. Biblioteca Nacional de Bolivia: impresos coloniales sobre el negro en la historia de Bolivia.

Brasil. Este país, paradójicamente, no es rico en documentos relativos a los negros; a pesar de que existen todavía cartas reales, decretos, reglamentos y una escasa documentación. Se sabe que los documentos oficiales sobre esclavos fueron destruidos en su mayor parte en 1890, en el momento de la liberación de los esclavos y de la abolición. Se partió de la idea de que la esclavitud era una mancha que había que borrar para siempre: con base en esa opinión general, la confederación abolicionista, que congregaba a los más ardientes defensores de la libertad del negro, pidió y obtuvo del

ministro de Hacienda del Gobierno Provisional de la República, que era el abolicionista Ruy Barbosa, la quema de todos los papeles, libros y documentos (...) relativos a elementos servil, matrículas de esclavos, de los ingenuos (hijos de esclavos nacidos después de la emancipación), hijos libres de mujer esclava, y libertos sexagenarios, pues como decía la orden del ministro, la República está obligada a destruir esos vestigios de la esclavitud por el honor de la patria.¹

A pesar de esa enorme pérdida para la historia del negro, en Brasil todavía pueden encontrarse documentos en el Archivo Nacional, en el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, en el Archivo del Estado de Bahía y en varias bibliotecas, entre ellas, la Nacional; en cambio, la bibliografía brasileña sobre este tema es muy extensa y de gran profundidad, cubre los aspectos más significativos de la vida del negro en Brasil; entre los autores brasileños que destacan están además de los muy conocidos: Raimundo Nina Rodrigues y Arthur Ramos, René Ribeiro, Gilberto Freyre y Octavio Ianni ya mencionados, Henrique Cardoso, Manuel Querino, L. A. Costa Pinto, Tales de Acevedo, Florestan Fernandes, algunos de la escuela paulista que aportan una visión nueva de la historia social, económica y política del negro en el transcurso del siglo XIX y el XX, en la que el marxismo es más sumario que ideológico.

Colombia. Archivo Histórico Nacional de Colombia: fondos sobre minas, tierras, poblaciones, capellanías, censos y un fondo para asuntos de población negra y esclavos que se denomina "Negros y Esclavos". Archivo Histórico de Antioquia: documentación correspondiente a colonia e independencia; un apartado más específico contiene una sección sobre esclavos, además de documentos dispersos referentes a población negra.

Cuba. El Archivo General, catalogado por especialistas del Instituto de Historia de la Academia de Ciencia de Cuba, publicó un catálogo sumario de los fondos documentales. Muchos de los materiales del archivo cubano fueron trasladados a España, por lo cual algunos de los aspectos más relevantes de la vida colonial deben consultarse en el Archivo General de Indias; de cualquier manera los materiales referentes a negros abundan en la sección denominada Archivo Histórico; en ella encontramos datos para el estudio de la trata y la piratería estrechamente relacionadas con el tráfico de esclavos. No debemos olvidar que en Cuba, como en otros países, los archivos provinciales o regionales son, en general, materia de consulta fundamental que no debe dejarse de tomar en cuenta.

Chile. Archivo Nacional de Chile: reúne toda la documentación histórica de carácter público que pueda encontrarse en el país; las acciones, notarios y real audiencia son de particular interés para el estudio de los negros.

República Dominicana. Archivo General de la Nación: comprende diversas secciones correspondientes a los periodos históricos: época colonial, española, periodo colonial francés, dominación haitiana, etcétera. Archivo de la Catedral: libros de bautismo, matrimonios y defunciones de negros.

Ecuador. Archivo Municipal de Quito: uno de los centros principales de investigación documental; sección especialmente importante es la de libros de cabildos. Archivo del Poder Legislativo: referencias a esclavos y manumisos. Archivo Arzobispal: datos en diversos documentos sobre la esclavitud de los negros. Archivo de Guayaquil: referencias a negros en diversas ciudades.

El Salvador. Archivo General de la Nación: los documentos se encuentran dispersos y no hay una sección dedicada a la población negra.

Guatemala. Archivo General del Gobierno: en la sección "Colonia" interesan especialmente los títulos de escribanías, real patronato, providencias de gobierno e importantes referencias a negros en la sección dedicada a las reales cédulas.

Honduras. Archivo Nacional de Honduras: referencias dispersas sobre negros.

México. Archivo General de la Nación: uno de los más importantes archivos de historia, contiene cerca de 25 000 volúmenes; secciones que se refieren al tema de los negros: inquisición, reales cédulas, general de partes, ordenanzas, mercedes, Hospital de Jesús, historia y padrones; lo importante de este archivo es que se han incorporado fondos de otras instituciones y que actualmente se está procediendo a una clasificación exhaustiva, en donde quedarán más específicamente señaladas las secciones que contienen los datos referentes a negros. Archivo Histórico de Hacienda: ofrece numerosos materiales sobre negros. Archivo del Ayuntamiento de México: materiales relativos a la esclavitud. Archivo de Notarías del Departamento del Distrito Federal: numerosas informaciones sobre negros. Todavía poco explorados y de mucha importancia, los archivos parroquiales y notariales de los estados.

Nicaragua. Archivo Nacional de Nicaragua: destruido en su totalidad por el terremoto en 1931. Archivos Parroquiales: fuente de información de bautizos, muertes, nacimientos y matrimonios de negros.

Panamá. Archivo Nacional: es de interés especial la sección jurídica que contiene testamentos sobre ventas de esclavos. En el índice de cédulas se encuentran documentos referentes a la introducción de negros esclavos y sublevación de los cimarrones, distribución de los negros, guerra contra los cimarrones, castigo y delitos,

alianzas entre cimarrones y corsarios, liberación y derechos de negros y otros documentos importantes sobre el trabajo esclavo.

Paraguay. Archivo Nacional de Paraguay: documentos sobre negros. Archivo Parroquial; documentos sobre negros.

Puerto Rico. Archivo General de Puerto Rico: numerosos contratos de compraventa así como datos sobre matrimonios, huidas, manumisión, testamentos de negros. Archivos Parroquiales: se encuentran documentos relacionados con negros y pardos. Archivos Municipales de San Juan: información sobre esclavos y negros libres, pardos, etcétera. Biblioteca Pública Carnegie: datos sobre esclavos y esclavitud. Biblioteca del Ateneo Puertorriqueño: tiene una colección del diario de sesiones de las Cortes españolas, en las que se encuentran las acciones de los diputados y los debates sobre la cuestión esclavista.

Perú. Archivo Nacional de Perú; rico en información sobre negros, reúne materiales provenientes de cajas reales, aduanas, tribunal de cuentas, hacienda. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores: documentos relativos a esclavos. Archivos de Cuzco: referencias a esclavos negros. Biblioteca Nacional: documentación relativa a negros.

Uruguay. Archivos Generales de la Nación y Archivos Parroquiales: en estos últimos se encuentran actas de nacimiento de esclavos y expedientes que se refieren a la manumisión, testamentos, ventas, etcétera. Los documentos que se encuentran en el Archivo General de la Nación contienen datos sobre la aprehensión de esclavos, permisos para su venta, autorización para la compra de buques destinados a la trata, cacerías de negros, censos, manumisión, etcétera. También existen interesantes listas de esclavos como parte de los bienes de los vecinos de Montevideo. Archivo de la Aduana de Montevideo: listas de barcos negreros con los nombres de los buques, nacionalidad, tripulación y número de esclavos. Biblioteca Nacional: importante acervo que contiene información, en general, sobre el negro en Uruguay.

Venezuela. El principal repositorio de documentos relativo a negros está en el Archivo General de la Nación. Le siguen: el Archivo Arzobispal y algunos registros principales como el de Caracas y los archivos parroquiales, en extremo importantes.

[1](#) Varios autores, "Introducción al estudio de los repositorios documentales sobre los africanos y sus descendientes en América", en *Introducción a la cultura africana en América Latina*, pp. 47-122.

Los escenarios de la historia¹

El mundo precolonial

En 1492 cuando inician las relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo y de éstos con África a través de los océanos, todos los continentes tenían sociedades organizadas y habían alcanzado diferentes estadios de civilización. La llegada de los europeos a lo que se llamaría América, previa exploración de las costas africanas, marca el punto de partida del largo proceso de interculturación oceánica que transformó al mundo.

El análisis diacrónico-sincrónico fundamentado en la información histórica y etnológica del desarrollo de las nuevas culturas que surgieron de ese proceso, permite profundizar en las complejidades de cada una, así como descubrir algunos aspectos poco estudiados del perfil cultural de los pueblos que conformaron las poblaciones en lo que hoy se define como Latinoamérica.

Europa

Desde Irlanda hasta lo que se conoce como Rusia europea, la acumulación de conocimientos, formas de vida, tradiciones y en general todo lo que conforma la cultura, llevó a estos pueblos a un alto desarrollo de las técnicas para transformar los productos agrícolas y animales. Siglos después de la domesticación del trigo y la cebada, aparecen

con el uso de los metales nuevas armas para consolidar los imperios y emprender el dominio y la exploración de otras tierras con nuevos instrumentos para la navegación.

Se ha dicho que los estudios humanísticos, además de la observación de la naturaleza y un nuevo espíritu de investigación superaron las concepciones aristotélica y ptolemaica del universo que se consideraban tradicionales. Dentro del mismo ámbito, desde la misma Antigüedad griega, en algunos escritos se encuentra ya la revelación de la redondez de la Tierra. Se sabe que el astrónomo e impresor de Nuremberg de apellido Müller, calcula en los calendarios a partir de 1475 la posición diaria de las constelaciones. Algunas crónicas hablan de un Martin Beheim quien se asegura dibuja en 1492 el primer *globo celeste*.

En reconocimiento a las influencias de Grecia, especialmente las pitagóricas, se afirma que el médico y canónigo Nicolás Copérnico, en *De revolutionibus orbium celestium* (1543) enuncia la teoría heliocéntrica del sistema solar. Poco más tarde, Giordano Bruno amplía el sistema con una visión panteísta del universo infinito sin punto central.

En estos siglos luminosos (xv y XVI) de descubrimientos e inventos, un danés funda el primer observatorio; más tarde Kepler contribuye al progreso de la astronomía moderna. En el siglo XVI, William Gilbert descubre las propiedades magnéticas de los metales. De hecho, la mineralogía y la metalurgia habían surgido a finales del siglo XV. Paracelso, que vive entre las postrimerías del siglo XV y mediados del XVI, reforma la medicina, y revoluciona individualizando los fundamentos químicos y físicos de la vida. Cuando el español Miguel Serveto a mediados del siglo XVI descubre la circulación de la sangre, se inicia el estudio experimental de la anatomía.

Estos avances en todos los órdenes del conocimiento, enmarcaron la vida de los habitantes del Mediterráneo que habían construido grandes ciudades y centros de intercambio en los que se comerciaba con los excedentes de la producción, navegando desde el Mar Negro hasta lo que actualmente es Inglaterra. El dominio de esa ruta les permitió acumular conocimientos, información y creaciones de todo tipo. En el siglo XV desarrollaron sistemas de expansión y de dominio tanto sobre la naturaleza como sobre otros pueblos. En esta empresa, se apropiaron de los adelantos alcanzados por otras civilizaciones que enfrentaron otros tantos retos para impulsar su desarrollo. De Egipto, Occidente recoge el sistema calendárico y de medición del tiempo; del Asia Menor el alfabeto que hoy utilizamos; de los árabes el sistema de numeración, amén de otros bienes culturales que los europeos reciben de otras civilizaciones.

Esta era de expansión que los navegantes habían iniciado a partir del siglo XI con el comercio en el mundo mediterráneo, se extendió a lo largo de las siguientes centurias

hasta el Asia Menor teniendo como límites el norte de Europa, Inglaterra y el Báltico. El tráfico intenso fue necesario para la circulación de la producción que se incrementó en cada región. También se multiplicaron los bienes y servicios. Con el auge de la domesticación animal, aumentaron la producción y los excedentes de tejidos, la venta de esos y otros productos permitió la especialización en los más diversos oficios y servicios como la construcción, las artesanías e incluso la producción en las bellas artes tuvo un auge al que se llamó Renacimiento. La producción de excedentes, como es sabido, además de permitir su concentración, exigió nuevos mercados e hizo necesario que tanto bienes como servicios tuvieran que ser llevados a los centros de distribución. Se multiplicaron las migraciones de artesanos, comerciantes, científicos y artistas. Todo en su conjunto preparó la movilidad espacial de hombres y la transferencia de conocimientos y tecnologías, que serían llevados a nuevos escenarios.

Surgió la necesidad de habilitar y construir centros de intercambio en los puertos o lugares de reuniones estacionarias; florecieron las ciudades y burgos a los que concurrían los comerciantes para adquirir y ofrecer los productos provenientes de todas partes; otros más acudían para ofrecer sus servicios o sus artes: pintores, textileros, alfareros, orfebres, etcétera, igual que los músicos, poetas o simples trovadores surgidos de los gremios medievales. Como se desprende de los textos de la época, con el fin de asegurar la continuidad de los intercambios fue imperativo mejorar los medios de transporte, pero sobre todo se hizo necesario asegurar la eficacia de la navegación. Esto resolvió dos cosas fundamentales: el traslado de grandes volúmenes de carga y una mayor protección de los embarques amenazados por la piratería a la que se combatió perfeccionando las armas. Salvando el riesgo de los ataques piratas, fue posible trasladar bienes y servicios hasta cualquier punto y desde cualquier puerto, de Venecia hasta Brujas o Leiden, de Barcelona hasta el Bósforo. La construcción de mejores naves aseguró también la navegación de cabotaje en los grandes ríos como el Danubio, el Rin o el Támesis.

El llamado de los océanos llevó a inventar nuevos instrumentos de navegación como el sextante y la brújula; se sistematizaron los registros de datos en la cartografía. Otro imperativo fundamental, la transferencia a amplios sectores de los conocimientos y descubrimientos acumulados por los científicos, pudo realizarse con esa gran aportación de China que significó un paso gigantesco para la cultura occidental: la imprenta. Este invento hizo posible la trasmisión en forma ilimitada de la información, los razonamientos, las deducciones y todos los conocimientos.

Pero Occidente reivindica la invención de la imprenta; muchos textos de historia le otorgan este invento a Johann Gensfleisch, llamado Gutenberg de Maguncia, quien alrededor de 1455 entrega al mundo la imprenta de caracteres móviles de metal, que

imprime con la prensa y sobre las dos caras de la página, sobre papel borrador (a fines del siglo XIII estaba en uso en Europa el sistema de la xilografía). La primera gran obra de la imprenta de Gutenberg es la *Biblia de las 42 líneas*.

El maravilloso invento se difunde rápidamente en Europa y abre nuevas e infinitas posibilidades para la información, la instrucción y la cultura. Como se sabe, a las primeras obras impresas se les llama *incunables*. En 1494, ya descubierta América, Aldo Manuzio inicia en Venecia la producción en imprenta de las obras de arte.

A partir de la comunicación intensa entre Occidente y otras culturas, los europeos pudieron conocer y utilizar el producto de su experiencia, su información, descubrimientos e inventos, entre los cuales destaca uno que fue muy importante para la guerra: la pólvora.

A estos recursos se sumaron otros como las fundiciones del cobre y las amalgamas con el estaño, el empleo del hierro en las técnicas y herramientas de producción y algunos usos del acero para lo mismo. Unidos todos estos factores: conocimientos, capacidades, explotación de minas, producción y creación de nuevos bienes para el consumo de productores y compradores, se hizo necesario el medio para realizar el intercambio intenso y a grandes distancias: la moneda. Utilizada en las culturas de la antigüedad entre griegos y fenicios, había caído en desuso durante la Edad Media.

En la etapa de referencia, al acelerarse los intercambios, era imperativo contar con valores equivalentes o medidas comparativas que sólo podían conseguirse con los metales, entre ellos se impuso el de mayor maleabilidad: el oro. Al no abundar en todas partes, su búsqueda se convirtió en una necesidad que impulsó con mayor fuerza las exploraciones y los viajes.

Otro imperativo: la obtención de especias necesarias para la alimentación del mundo y la conservación de alimentos. Así se llega al siglo XVI. Conviene recordar que en esa época los europeos no producían muchos de los satisfactores que tenían mayor demanda, entre ellos los ingredientes que dan sabor a la comida y la conservan: no había tomate, ají, clavo, canela, pimienta; la sal no era muy abundante, al igual que el azúcar y la miel. Considerándola con los criterios modernos, la comida era insípida y poco agradable.

Las especias necesitadas, que abundaban en Oriente, no podían ser cambiadas por lana o tejidos que ofrecían los europeos; las poblaciones de esa parte del mundo demandaban también y sobre todo, oro. Estos hechos bien conocidos, fueron cambiando la vida de los pueblos, imperó la idea del poder por la posesión del metal-moneda;

surgen los cambistas y los banqueros que hacen corriente el uso de papel moneda, letras de cambio, giros y otros medios de intercambio.

El desarrollo de la tecnología militar alcanza altos niveles; con la superioridad de las armas, en los albores del siglo XVI el capitalismo mercantil se abre paso. En este sistema el trabajo, la tierra y el capital convertidos en mercancía se venden, rentan o se invierten libremente en el mercado. Los imperios que crecen con los avances tecnológicos de la navegación oceánica guiados por la brújula, el sextante, el astro-labio y las cartas celestes, llevan por la inmensidad de las rutas marítimas a las grandes naos y carabelas con timón fijo, correderas y otros adelantos. Entre éstos estaba también la metalurgia con nuevos artefactos y sistemas mecánicos, tornos, taladros, manivelas, ejes, etcétera.

Se perfeccionó el pulido de metales; las armas de fuego, cada vez más efectivas, aseguraban el triunfo en la guerra; se fabricaron cañones y morteros, la artillería naval dominó los océanos y lanzó a los mares las grandes flotas. Esa superioridad militar, preciso es comprenderlo, basada en las armas de fuego, permitió a los ejércitos europeos vencer y dominar a los pueblos invadidos. La desventaja de éstos frente a los invasores fue un factor decisivo que inclinó la balanza en favor de Occidente. Ni América ni África subsahariana pudieron resistir a las fuerzas europeas que sometieron a los imperios terrestres desde el mar, con sus naves artilladas.

En definitiva, los descubrimientos geográficos vinculan las áreas culturales hasta entonces desconocidas, e inician la época de la historia mundial bajo la guía de las naciones marítimas europeas.

Desde los tiempos de la avanzada otomana en el Levante, los derechos aduanales turcos pesaban sobre el comercio de tránsito árabe entre Asia y Europa.

Impulsado por la rivalidad entre las potencias expansionistas, el Infante de Portugal Enrique II *el Navegante* (1394-1460), que había creado la primera escuela naval del mundo, proyecta en el siglo XV la exploración de la costa occidental de África argumentando la necesidad de combatir al Islam y reconquistar la Tierra Santa con ayuda del presunto reino cristiano del *Prete Gianni* en Abisinia. En realidad eran otros los propósitos: establecer intercambios directos con los mercaderes de oro y con los mercenarios que traficaban con esclavos africanos.

Los exploradores portugueses alcanzaron en 1419 el archipiélago de Madeira; las Azores en 1431, las islas de Cabo Verde en 1445, llegan a la desembocadura del Congo en 1482. En 1487, Bartolomeo Díaz dobla la punta meridional de África (Cabo de Buena

Esperanza) con tres naves y 150 hombres. Finalmente en 1498 Vasco de Gama abre la vía marítima hacia las Indias.

Mientras tanto, España ocupa el continente que Américo Vespucio definió como Nuevo. En su honor nuestras tierras se llamaron América.

Así surgen los imperios mercantiles durante el transcurso del último tercio del siglo XV y se abren paso en una expansión mundial en el siglo XVI. En este proceso las dos potencias que destacaron por la conquista y ocupación de nuevos territorios y por su fuerza expansionista fueron: Hispania y Rusia; al respecto explica Darcy Ribeiro (1977: 106):

Las potencialidades de la nueva revolución tecnológica se realizaron a través de dos procesos civilizatorios sucesivos aunque nítidamente correlacionados. El primero, con el advenimiento y la expansión de los *imperios mercantiles salvacionistas*, mediante guerras de reconquista de territorios dominados por imperios despóticos salvacionistas. El segundo, por la maduración de esfuerzos seculares de restauración de la Europa feudalizada que resultaron en la instauración del *capitalismo mercantil*.

Lo anterior hace evidente que los dos procesos que Ribeiro llama civilizatorios tuvieron un efecto globalizador puesto que abarcaron al mundo en su totalidad; a diferencia de procesos anteriores que tuvieron efectos sobre zonas limitadas, esta primera globalización destruyó las economías primitivas de los pueblos sometidos, lo que significó el progreso de Europa y América y el estancamiento de África, “tanto en su proyección geográfica sobre la tierra entera como en su capacidad de estancar el desarrollo paralelo de otros procesos civilizatorios” (idem).

Definitivamente la expansión europea fue desastrosa para los pueblos africanos forzados a convertirse en mano de obra y a ceder las materias primas que contribuyeron sustancialmente al triunfo de los imperios mercantiles y al establecimiento de los europeos en América, para más tarde financiar, con el comercio de esclavos, la revolución industrial. Al surgimiento de los estados nacionales que acompañó a la expansión mercantilista, se añaden los descubrimientos geográficos con los que culmina la actividad marítima de los iberos, cuando alcanzan las costas de Guinea en África.

A partir de entonces el tráfico comercial, incluyendo el de los esclavos, fue impulsado por el capital mercantil, sobre el cual se apoyaba la política expansionista. Establecido el enlace con la costa de Guinea, se modificó el itinerario de la corriente comercial entre África y la Hispania; si antes el circuito era: Marruecos, Sevilla, Lisboa y Cádiz, a partir del establecimiento de portugueses y españoles en las islas del Atlántico, Madeira, Canarias y Azores, teniendo ya el enlace con Guinea, eliminando obstáculos y habiendo descubierto nuevas tierras, los hispanos se dedican al comercio trasatlántico en el que los esclavos africanos convertidos en “mercancía de ébano”, constituyen el capital-mano de obra que se invierte en la explotación, primero, de las islas antillanas.

El antecedente inmediato de la esclavitud atlántica que llevaría más tarde a los africanos a las colonias de América, fue la expansión ultramarina europea que hemos delineado, se manifestaba como una empresa comercial en la que estaban aliados el capital privado y el de las arcas reales de Portugal y España, gracias a lo cual se creó una fuente de mano de obra a bajo costo y se adquirió experiencia en este tráfico, además se establecieron alianzas económicas que multiplicaron el surgimiento de empresas ultramarinas controladas por mercaderes designados por los soberanos, que, en definitiva, llevaron a cabo la expansión y conquista en todas las tierras descubiertas allende los mares.

Al respecto, se dice que fue en las islas frente a las costas africanas donde se puso a prueba el cultivo de la caña de azúcar, que más tarde definiría el destino de las tierras del Caribe. A fines del siglo XV, la exportación del azúcar que se producía en las islas del Atlántico (frente a las costas africanas) estaba asegurada por los capitales de genoveses y judíos europeos interesados en ese negocio, por lo tanto es probable que desde entonces esos mismos inversionistas hayan estado comprometidos en el tráfico de esclavos destinados, primero, al trabajo en las plantaciones en las islas Madeira, Canarias y Azores. Después en las Antillas se empezó a producir sobre todo el azúcar, un producto que además de tener una fuerte demanda en Europa, creaba un precedente en los sistemas de colonización y de explotación de las nuevas tierras; los dos pilares de esta economía fueron el tráfico de esclavos y el empleo de su mano de obra. Así nacieron las plantaciones azucareras y los trapiches, primer espacio y hogar de los africanos esclavizados en el Nuevo Mundo.

Estableciendo las nuevas rutas marítimas desde el siglo XV, la expansión ibérica creció en poder frente a sus competidores; Francia, Inglaterra y Holanda tuvieron que resolver primero sus conflictos internos para poder entrar en la carrera expansionista. Mientras tanto, Portugal ya había descubierto, sucesivamente, Cabo Verde, Costa de Oro y Guinea en la costa occidental de África, estableciendo también la ruta marítima a la India y Malasia, interviniendo la ruta de las especias. España, entretanto, alcanza las

Antillas e inicia su expansión en el nuevo continente. Comienza así el capítulo del encuentro universal. Con el descubrimiento de otros mundos la humanidad se multiplica y Occidente debe asumir la existencia de Asia, África, América y Oceanía, los nuevos escenarios de la historia.

América

De los cinco continentes, América es el que tiene la mayor superficie austral en la que se encuentran todos los climas: desde regiones polares, zonas subtropicales, templadas, ecuatoriales, hasta el vasto mundo insular que conforma el Caribe.

Según exploraciones realizadas recientemente en el Brasil, se ha sabido que algunos grupos humanos vivieron en este continente desde hace más de 40 000 y hasta 70 000 años. Hay evidencias de que hace aproximadamente 6 000 años apareció la domesticación de plantas que se convirtió en la base de un proceso civilizatorio en toda América.

Como todos los pueblos de la Tierra, los americanos practicaron la recolección de frutos, insectos, peces, raíces, tubérculos, hojas y flores para su alimentación; también desarrollaron técnicas eficaces para la caza y la pesca. En regiones como la andina, se domesticaron la alpaca y un tipo de camélido denominado llama; en otras regiones, además del perro se domesticó el guajolote o pavo y el pato.

Otros avances mesoamericanos son la domesticación de plantas como la patata en la región andina y la gramínea con el nombre común de maíz, en lo que hoy es México. La primera es una excepción dentro del proceso de domesticación porque no es una planta de la cual se aproveche el fruto del que virtualmente crece puesto que no se reproduce por semillas; respecto a la segunda, su importancia en la alimentación de las poblaciones autóctonas dio a las culturas del maíz el símbolo sagrado de su existencia y un arraigo profundo a la tierra; sin la intervención del hombre es imposible su transformación. Ambos, papa y maíz, son aportes mesoamericanos a la cultura universal.

Al alcanzar un dominio completo de la agricultura, las culturas del norte y sur mesoamericano domesticaron el tomate, la piña, la calabaza, algunas variedades de frijoles, el aguacate, el girasol, un sinnúmero de hortalizas, plantas aromáticas como la vainilla, saborizantes como el achiote, muchos frutos y el cacao, base del chocolate. Se considera que los mesoamericanos y andinos desarrollaron con tal acierto la agricultura que hoy, con todos los recursos modernos, no se iguala en ninguna cultura la magnitud alcanzada por los agricultores mesoamericanos. Sus extraordinarios conocimientos les permitieron el aprovechamiento de una gran variedad de plantas como el algodón y el agave llamado maguey, de donde extrajeron fibras para confeccionar ropa y telas para satisfacer las necesidades de vestido y transporte; con las fibras vegetales tejían todo lo referente a cordelería, cestería y textiles. La diversidad de aplicaciones de los recursos naturales les permitió resolver los problemas de vivienda y la construcción de embarcaciones. Con el manejo del fuego generaron permanentemente combustibles con los que, además de cocinar alimentos, podían producir cerámica.

Los pueblos del continente americano fueron curanderos eficaces, su profundo conocimiento de las plantas medicinales les permitió curar muchas enfermedades. Sabían aprovechar según sus propiedades: flores, hojas, cortezas de árboles y raíces. Elaboraron productos de calidad universal como el tabaco, la coca y la psilocibina; utilizaron el peyote y algunas variedades de hongos con fines curativos. El manejo adecuado de este tipo de plantas les permitió aplicarlas y generar conocimientos sobre sus efectos en la conducta humana; no eran de consumo general, estaban reservadas para la curación y la investigación.

Los conocimientos que les permitieron identificar flores y plantas no sólo con fines ornamentales y médicos, fueron útiles también para la observación de procesos y acontecimientos de la naturaleza, previendo los periodos de lluvias y de acuerdo con las estaciones establecieron los calendarios rituales que acompañaban los ciclos agrarios; un ejemplo de esto es la planta conocida como zempaxúchitl, que florece en el otoño, época en que se honra a los muertos.

En esa misma ruta del dominio de la agricultura está el uso de los impermeabilizantes como la *hevea americana* comúnmente llamada látex, caucho o hule.

Los habitantes de Mesoamérica supieron sistematizar su experiencia y trasmitirla por la vía de la tradición que se conserva hasta nuestros días. Podemos afirmar que en igualdad de circunstancias ningún otro pueblo del planeta alcanzó el desarrollo de la agricultura y el conocimiento de la botánica que tuvieron los habitantes autóctonos de América.

En el uso de suelos, aprovechaban las épocas de germinación, florecimiento y cosecha a los que sólo se llega por la experimentación. Los sistemas de almacenamiento aseguraban los excedentes y los intercambios.

Estos pueblos tuvieron un tipo de organización social (distinto al de las tribus nómadas) basado en la división y especialización del trabajo. De ahí surgieron los grupos de canteros, mineros, alfareros, agricultores, guerreros y los que se dedicaron a observar y enseñar lo experimentado.

Dos hechos fundamentales pueden señalarse en estas culturas: el primero, que sus poblaciones asentadas en un territorio identificaron en forma colectiva el producto de su trabajo en la agricultura, con lo cual surge el concepto de propiedad, es decir, el uso exclusivo de los bienes por sus productores excluyendo por lo tanto a grupos ajenos a la producción. El segundo es la diferenciación social que se funda en las cualidades personales de algunos miembros de la comunidad, como los guerreros, que poseían habilidades privilegiadas para el combate. Otros demostraban capacidad para conducir a su pueblo ya fuera con objeto de emprender nuevas obras, emigrar o afrontar catástrofes.

Con el dominio de la agricultura y el fuego, desarrollaron la técnica para el uso de la arcilla en la fabricación de utensilios y objetos ornamentales para ceremonias y rituales.

Utilizaron progresivamente la piedra en utensilios de trabajo primero, y después para hacer esculturas, además de las arcillas para la producción de vasos ceremoniales, y aprovecharon también la madera para tallar, grabar y construir viviendas, los textiles y el cuero para vestir y finalmente diversos tipos de papel hechos con la corteza de los árboles.

Los indios de América crearon asimismo sistemas permanentes de comunicación. Algunos hicieron la crónica de los acontecimientos más importantes que fueron plasmados en los asombrosos códices, el último de ellos fue la irrupción violenta y voraz de los europeos.

A lo largo de los siglos, en diferentes periodos, establecieron numerosos contactos entre pueblos cercanos y distantes, con lo que se transfirieron conocimientos de unos a otros; las influencias recíprocas en el curso de su historia fueron muy ricas y variadas. Existen evidencias, en los idiomas y sistemas de pensamiento, de que los hábitos y costumbres, así como las tradiciones de grupos separados por grandes distancias en el tiempo y en el espacio acortaron esos abismos naturales estableciendo relaciones y alianzas. Es por lo tanto una limitación de criterio estimar a los indios de América como un solo grupo,

con un desarrollo único, o inferir del conocimiento de una región que ésta sea el patrón único, que además explique todo el riquísimo proceso civilizatorio americano.

Tanto los grupos de la zona norte, como los del centro, las islas y el mundo andino adoptaron patrones de jerarquización bastante complejos dentro de las formas de organización social. Ésta se basó en diversos sistemas de parentesco fundados en lazos consanguíneos y políticos. Las estructuras comunales estaban delimitadas por la unión de los linajes, un modelo era el *calpulli*, que agrupaba a los habitantes de un barrio unidos por vínculos de parentesco patrilineal.

La cohesión en la estructura familiar les permitió unirse, reproducirse y ampliarse socialmente, consolidando las normas de comportamiento entre los miembros de la comunidad de todas las edades. Las jerarquías fundadas en la experiencia, así como el prestigio adquirido por la capacidad y los conocimientos, eran plenamente reconocidos y respetados.

Dentro de las formas de socialización estaban la enseñanza informal y la enseñanza institucionalizada. Para la transmisión de conocimientos en las técnicas de producción, crearon sistemas de enseñanza-aprendizaje de las actividades básicas, por ejemplo la enseñanza de las técnicas de la agricultura, de la caza, la confección de los textiles, etcétera; en la enseñanza más especializada se establecieron sistemas para grupos de personas con determinadas capacidades como el de la observación astronómica, los cálculos matemáticos y la invención de sistemas de numeración o leyes de comportamiento y control social. En el caso de México, estas instituciones estuvieron representadas por los *calmecac*, que sería el equivalente a una escuela en sus aspectos formales.

Al acumular suficiente información y experiencia en la producción de alimentos, tuvieron los recursos suficientes para su crecimiento demográfico, construyeron grandes ciudades en las que la organización urbana tenía resueltos los problemas básicos de comunicación, abastecimiento, manejo de desechos, zonas de ampliación y las áreas que hoy denominaríamos centros político-administrativos. Entre las que más se han explorado están las ciudades de Teotihuacán, Tikal, Kaminal-Juyú, Chan-Chan y Machu-Pichu. La ciudad de México-Tenochtitlan, fundada sobre un lago, fue trazada entre canales dentro de una isla, para circular libremente en canoas y poder transportar productos hacia la ciudad desde zonas muy lejanas.

Historiadores y arqueólogos han puesto al descubierto las monumentales obras de riego y acueductos; estas hazañas hidráulicas que se han encontrado en toda el área mesoamericana constituyen la base de la agricultura. Los habitantes de la región

lacustre de México antiguo, con un riguroso trabajo matemático de ingeniería y calzadas para entrar y salir de la isla central además de un albardón para separar aguas salobres de aguas dulces en el lago, tenían líquido suficiente para usos agrícolas y alimenticios.

En la zona andina, el trabajo de armonizar pisos ecológicos puede considerarse como uno de los más avanzados en la historia humana; aprovechando cada nivel, se organizaron culturas en forma vertical aportando cada zona sus productos al conjunto agrícola diverso. Además, se comunicaban todas las zonas por medio de dos sistemas de rutas, una al nivel del mar y otra en la parte superior de la cordillera de los Andes. Ambas estaban enlazadas por puentes que colgaban sobre ríos y desfiladeros. Las rutas eran recorridas constantemente por los chasavis que transportaban productos a la vez que llevaban mensajes. Para ello se generó un sistema de comunicación en el que, como en los pueblos mesoamericanos, se empleaban nudos o cuentas montadas sobre hilos de colores, conocidos como *kipus*.

El alto desarrollo organizativo generó la posibilidad de levantar estructuras monumentales. Debe resaltarse especialmente la capacidad de los americanos para mantener la cohesión de sus sociedades; originalmente se pensó que la monumentalidad de sus construcciones se debía a la fuerza o la violencia de los gobernantes para procurarse la mano de obra, pero dado que estas sociedades eran autosuficientes y la observación de las jerarquías era rigurosa, fue la efectiva organización entre los estamentos que detentaban el poder y el trabajo especializado de grupos de trabajadores dedicados a una sola rama del saber o la producción, lo que hizo posible levantar edificios y templos magníficos.

Sin posibilidad de innovar los recursos energéticos, fuera de la leña y la fuerza humana, tenían el imperativo de contar con suficientes reservas alimenticias. La fragilidad de estas sociedades ante sequías, huracanes o plagas, obligaba a una parte de la población a la producción permanente de alimentos.

Enfatizando la división del trabajo, el contacto entre grupos selectos propició el reforzamiento de los aparatos de defensa y seguridad, siendo necesario contar permanentemente con hombres armados para realizar acciones de conquista. Todo esto iba aunado a la necesidad constante de tener a la mayor parte de la población dedicada a la producción de alimentos, armas, viviendas, vestidos y producción de energéticos (en este caso la leña) que había que transportar.

Mucho se ha discutido sobre la práctica de la esclavitud entre los habitantes de América. Una de las teorías establece que en periodos de agudas crisis alimenticias,

algunos individuos se entregaban voluntariamente a quien pudiera proveer de alimentos a su familia, trabajando por un periodo determinado para cubrir el monto de esos bienes. Esa relación no privaba de su calidad de persona al “entregado” que conservaba su familia y propiedades, pudiendo retornar, saldada su deuda, a su posición anterior a la “entrega”.

Otros autores consideran que por el tipo de sus organizaciones, los pueblos americanos civilizados, además de no necesitar grandes excedentes, no practicaron la esclavitud como en la antigüedad romana, y menos como la que surgió en la etapa de la expansión capitalista a partir del siglo XVI. Pese a todo, hay que decir que existía el sometimiento de pueblos completos mediante la tributación forzada. Algunas investigaciones se han concentrado en ciertas prácticas sociales que, más que imponer el trabajo forzado “permanente”, exigían el pago de prestaciones en objetos, materiales o productos y el pago de tributos en plumas, granos de cacao, cargas de maíz, pieles de animales o piedras preciosas.

Las relaciones entre unos grupos que imponían tributos a otros generaron profundas rivalidades; las guerras casi continuas fueron aprovechadas por los invasores-conquistadores europeos en el siglo XVI y los siguientes. Son conocidas las pugnas entre mexicas o aztecas y tlaxcaltecas, entre quichés y cakchiqueles, o los enfrentamientos de los áscas contra Atahualpa en la zona inca. Estos temas rebasan el contenido de esta semblanza de las culturas indias precoloniales.

África

La existencia de población humana en África puede remontarse a 2 500 000 años atrás. Los últimos hallazgos permiten añmarlo. Es en este continente donde se han podido reconstruir la historia de la evolución y aparición del hombre, del desarrollo de los grupos humanos, de su dispersión y de la formación de sociedades cuyos modos de vida, inventos técnicos, tradiciones y culturas, tienen un lugar significativo en la historia universal. Su importancia es capital entre las demás naciones y pueblos del mundo; pero esa historia, sin embargo, es poco conocida.

La multiplicación del hombre en África -después de su aparición, millones de años atrás-es relativamente reciente. Pero en términos de milenios su antigüedad establecida por la paleontología muestra la misma sucesión de técnicas aparecidas en Europa mucho después. Éstas son la comprobación de la complejidad de las civilizaciones africanas en las que, desde épocas remotas, se yuxtaponen elementos que sería improbable encontrar simultáneamente en otras partes. La fase del neolítico, caracterizada por la agricultura y la domesticación, es especialmente importante en el norte, región que mantiene a través del mar Mediterráneo y desde épocas remotas un estrecho contacto con el continente europeo.

Los neandertales de Europa, emparentados con los cromagnon, tienen como ascendiente al *homo sapiens* de África. Las características físicas de los africanos derivan de la aparición de las razas negras (ligada a las relaciones del hombre con el medio geográfico), en la época del Egipto predinástico. En este sentido la civilización egipcia es una de las más africanas del continente, con ella culminaron las técnicas y conocimientos que evolucionaron millones de años atrás. La presencia humana en África austral tiene como testimonio las pinturas rupestres halladas en esa zona, así como en el Sahara y en otras partes del continente.

Desde edades arcaicas, cuando el hombre ejercía su dominio sobre la naturaleza, practicaba -según testimonio de este arte rupestre prehistórico-danzas de encantamiento de las presas de caza y rituales que celebraban la vida y la muerte.

Cuatro mil años antes de nuestra era, África era ya escenario de civilizaciones que mantenían contactos e intercambios; dejaron, para nuestro asombro, el testimonio indudable de su evolución. La prehistoria africana fue un periodo que se significó por la celeridad tecnológica que alcanzaron las poblaciones del continente, apareciendo el uso de los metales muchos años antes que en Europa.

Se consideran de suma importancia las deslumbrantes primeras edades, cuando el hombre empieza a ser constructor de cultura y aplica, por primera vez, su inteligencia y sensibilidad, hasta hacer posible el imperio del Nilo, uno de los más grandiosos de la gesta humana de todos los tiempos.

Antes de la formación de las civilizaciones del Sudán occidental, el fenómeno natural de la desecación del Sahara dividió a las poblaciones, regulando la demografía de manera paulatina desde el sexto milenio antes de nuestra era. Esta zona, hasta entonces fértil, concentró una importante población que desarrolló la agricultura, la pesca y la domesticación de animales. Mantenía contacto con la región egipcia por lo que se puede afirmar que hubo entre las dos regiones intercambios significativos que más tarde, al

quedar separadas por el desierto, se integraron a la base de sus tradiciones y concepciones religiosas.

En el Sahara prehistórico ya había poblaciones de negros. Fueron parte de un mestizaje del que aún quedan huellas entre los actuales moros y tuaregs habitantes del desierto. Asimismo algunos elementos bereberes -correspondientes a las antiguas razas del norte africano-están presentes en las áreas consideradas de África negra o subsahariana.

Al sur del Sahara, más abajo de la línea divisoria habitada por grupos sedentarios y nómadas, la frontera natural se curva hacia el este y llega hasta la meseta etiópica terminando en el océano Índico. La inmensa zona comprendida al sur de la línea sahariana quedó habitada por una mayoría de melanoafricanos caracterizados por el color negro de la piel, variable en intensidad, asociado a otras características físicas: cabellos crespos, cuerpo lampiño, hombros anchos, caderas estrechas, etcétera.

Lo más importante de esta característica racial, en cuanto a la división de los melanoafricanos, es su denominación geográfica que corresponde, a su vez, a una área de civilización particular con fronteras delimitadas por el clima y la geografía. Obviamente, del medio natural y las relaciones que los hombres establecieron con él, se derivaron las formas económicas específicas de cada región, poblada por grupos también específicos. Desde que los negros aparecen en África como "raza" diferenciada, tienen contacto con los pueblos de África oriental, con los del cercano Oriente y con los europeos, a través del Mahgreb y el Mar Rojo. Tales contactos llevaron en un principio a los estudiosos a llamarlos, por sus características físicas, "razas" camíticas, bereberes, camitosemitas, hamitas, etcétera.

Además de las pinturas rupestres prehistóricas, la arqueología ha descubierto ruinas prodigiosas que son testimonio de civilizaciones más recientes. Además de las egipcias, en otras regiones de África hay impresionantes ruinas pétreas, como las de Zimbabwe, Engarouka y Koumbi Saleh.

Más recientemente, ya en épocas históricas, florecen las civilizaciones y los imperios que sirvieron de base a las culturas actuales. Estas civilizaciones fueron el resultado de una larga e ininterrumpida evolución tecnológica, de la conquista del medio natural, de los excedentes de producción, los intercambios, la organización social y los complejos sistemas de pensamiento en los que se tejieron creencias, tradiciones y ritos. Todo ello se mantuvo durante siglos y siglos hasta que las fuerzas destructoras de las conquistas -árabes primero y europeas después- irrumpieron en el ámbito de sociedades ricamente armonizadas con las fuerzas naturales y la geografía, gracias a lo cual en el régimen de

la división del trabajo habían podido fundar ciudades, cultivar el arte y acumular conocimientos.

Volviendo a la evolución de la base económica, encontramos una serie de factores comunes en la mayoría de las regiones. A partir del neolítico, las comunidades se convierten en agrícolas al darse las condiciones necesarias para su sedentarización; están conformadas cianica y tribalmente, por lo tanto su apropiación del suelo se da en términos comunales desde el principio.

La economía de subsistencia y la relación con otros grupos vecinos no altera su autonomía; el avance de las fuerzas productivas es notable a partir del momento en que la utilización del hierro permite producir excedentes. El cultivo de la tierra a partir del conocimiento de las técnicas agrícolas, se extiende por todos los territorios, observándose con ello una evolución en las formas sociales de organización hasta llegar a la formación de los estados, reinos e imperios.

Un aspecto poco difundido en el que hay que insistir para comprender la evolución cultural de África, es el de la importancia que tuvo el uso de los metales. Desde hace más de 20 siglos el dominio del hierro permitió la creación de herramientas que hicieron progresar la agricultura; su propagación impulsó la emigración y el paso acelerado de unas formas a otras de la complejidad social, en pocas palabras, el uso del hierro está en el origen del proceso de creación del África moderna.

La economía de los últimos 15 siglos da lugar a la formación de una cultura africana que tiene en la antigüedad influencias determinantes recibidas de los centros de utilización de los metales: Meroe, Egipto, Libia y Khush.

La civilización kushita, surgida de la decadencia egipcia 800 a. C. y vencida en 300 d. C. aporta mil años de historia durante los cuales difundió sus conquistas culturales de tal importancia, que sus evidencias se encuentran después de centurias en el oeste, en lugares muy alejados. El fundido del bronce es la más prodigiosa de ellas. Aún más, en las excavaciones se han encontrado obras de arquitectura, cerámica y escultura.

El dominio de los metales es uno de los factores de progreso que definitivamente sitúan al continente en un nivel de importancia cultural muy avanzado, equivalente y hasta anticipado al de otros continentes. La discusión del origen del uso del hierro no reviste mayor importancia. Lo que define el genio de los pueblos es la creatividad y los logros que obtienen con sus recursos y las influencias exógenas. La combinación de estos dos factores es lo que permite que la cultura avance; nada es patrimonio exclusivo de un solo grupo, todos tienen las mismas capacidades. La diferencia está en las

oportunidades que el medio natural ofrece a cada uno y después los niveles de dominio que por intereses de explotación han ejercido algunos grupos sobre otros, algunas naciones sobre otras.

La propiedad colectiva de la tierra se inicia cuando sus ocupantes están organizados en unidades sociales capaces de realizar la producción agrícola. En África, la familia extensa es la unidad social básica de este proceso. En su mayoría esta formación tiene como característica el patriarcado aunque la línea materna es la que rige la descendencia en muchas tribus selváticas. En los dos casos, los parientes y los extranjeros que se unen a la familia se convierten en miembros de la misma y, al fijarse al suelo, todos forman la unidad económico-social que requiere el trabajo de la tierra.

Muchas etnias observan un orden natural en la división del trabajo y en el desempeño de las funciones colectivas. En estos periodos los pueblos no tienen gobierno; basan su vida social en la igualdad y la democracia comunitarias. Es lo que Evans Pritchard ha llamado "anarquías ordenadas". En su evolución se forman los estratos y su continuidad puede alcanzar una complejidad que llegue a las sociedades clasistas de los imperios como Ife y Benin. Para que se dé este cambio o evolución en las formas sociales, tienen que progresar la producción y la distribución. A su vez, el consumo es lo que da paso a la sociedad de clases, dado que aparecen los excedentes en la producción y se hace posible la especialización en el trabajo.

Hemos mencionado el reino de Benin. Su metalurgia es representativa del paso de la sociedad ciánica a la formación de las clases sociales, porque precisamente el primer oficio o actividad especializada que hubo en África, fue el trabajo de los metales y el reino de Benin estuvo entre los que más destacaron en este dominio; después de la fabricación de armas y utensilios, las esculturas en metal se convirtieron en un arte de corte.

Los sudaneses son los negros de la estepa. Ocupan las sabanas del sur del Sahara, marco de imperios poderosos. Los denominados guineos viven en la franja selvática que costea el golfo de ese nombre. Son agricultores que desarrollaron estructuras sociales alcanzando la importancia de verdaderos estados.

Los congolese, ocupantes de la selva ecuatorial, tuvieron una fragmentación social extrema; los nombres de sus soberanos fueron perpetuados en obras de arte. Utilizaron los recursos vegetales de manera exhaustiva y mantienen aún vigorosas tradiciones que sobrevivieron al desastre del dominio colonial.

Los nilóticos son pastores y habitan una gran franja que va desde el Sudán oriental hasta el lago Victoria en el sur. Los sudafricanos también llevan vida pastoril, víctimas de guerras e invasiones, aún proveen de mano de obra a las empresas industriales de África del Sur. Desde tiempos coloniales han sufrido la devastación de sus territorios y la segregación económica y social de sus tribus.

La meseta abisinia, situada en la parte más oriental de África, está ocupada por los etíopes, a los cuales se considera una mezcla entre negros africanos y blancos de Arabia. Además de los ya señalados, existen tres grupos de poblaciones en vías de extinción, remanentes de las poblaciones primitivas del continente: los pigmeos, de la selva ecuatorial; los bosquimanos, del desierto del Kalahari en el sur, y los hotentotes, pastores de la estepa meridional del sudoeste africano.

El África blanca está poblada por árabes y bereberes del Mahgreb, moros y tuaregs, estos dos últimos transitan en la zona desértica y en Mauritania.

Estas divisiones no señalan, de ninguna manera, que haya regiones autónomas en su totalidad, incomunicadas unas de otras. Por el contrario, en las relaciones mantenidas desde siempre entre ellas, incluso la división por "razas" no es sino el intento de simplificar su estudio. También el desierto, que fue barrera de división, ha sido paso de comunicación y tránsito. Otro factor sobre el cual ha de insistirse, es el de la evolución cultural de África, entendida ésta como el dominio de ciertas técnicas que, como ya se dijo, aparecieron en Europa posteriormente. Como se ha señalado, hacia el primer milenio antes de nuestra era, toda el África negra dominaba la metalurgia del hierro, cobre, oro y bronce. La división del trabajo alcanzó niveles de especialización en los primeros cinco siglos de nuestra era.

La producción de excedentes, la división del trabajo y la especialización fueron factores con base en los cuales los africanos pudieron establecer intercambios, con lo que aparecieron formas complejas de organización social y vastos conocimientos. Los sistemas de pensamiento revelan una compleja abstracción, su concepción del universo está manifiesta en sus cosmogonías.

Siguiendo el criterio de quienes han marcado el rumbo de los estudios africanistas, al hablar de civilizaciones nos remitimos a un conjunto amplio de culturas o pueblos, agrupados en función de elementos esenciales que comparten y de las influencias recíprocas que ejercen entre sí.

Uno de los elementos que define toda cultura es la lengua. En el caso de África los expertos han calculado 1 500 de ellas, lo cual haría difícil acordar una cultura o una

civilización para cada una. Los especialistas establecen 16 familias lingüísticas fundamentales de las que se derivan multitud de lenguas, unas con miles y otras con millones de hablantes.

Aceptando plenamente que los primeros “negros” o melanoafricanos aparecen en África como tipo humano entre 7 000 y 6 000 a. C., con la desecación del Sahara, después de ese prodigioso periodo en que las poblaciones de la región antes fértil tuvieron una economía compleja y avanzada, desaparecen agricultores y cazadores que expresaban en ritos y danzas las creencias derivadas de las representaciones colectivas.

Luego de ese largo proceso en que un fenómeno natural transforma la vida de los pueblos y los obliga a emigrar durante los siguientes siglos, se producen las diversificaciones culturales; se multiplican los contactos, las influencias y las lenguas; los grupos humanos se arraigan en determinadas regiones. En esta secuencia comprobada plenamente por los científicos, puede afirmarse una vez más que los primitivos negros parecen haber sido los antepasados de todas las culturas, incluyendo la del antiguo Egipto. Los milenios se eslabonaron en una evolución de vida material, de dominio de las técnicas, de sociedades sustentadas en una complejidad social extrema, que a la vez son prueba de unidad y avance tecnológico.

En todo este horizonte, queda muy clara la inexistencia de razas puras y la trascendencia de este hecho subraya lo obtuso del criterio de superioridad o inferioridad de las mismas. Es preciso comprender de una manera general y amplia que el sedentarismo, en las regiones en que fue posible el arraigo de los grupos humanos, la producción rebasó la economía de subsistencia, dando impulso a los intercambios interregionales. Con el crecimiento demográfico y los desplazamientos continuos surgieron los cruceros comerciales y las ciudades.

El encuentro, la mezcla y la dispersión se repiten constantemente entre los pueblos negros. De hecho las formaciones tribales que conocieron los europeos, o las que se formaron en tiempos más recientes, son a su vez una amalgama del encuentro de tribus emparentadas por la lengua, los modos de vida, los intercambios y el mestizaje. En esos procesos, la invención y la adaptación se renuevan constantemente, siendo notable la conservación de su memoria histórica en la leyenda y la tradición oral, hasta que se pierde en la memoria colectiva, para volver a inventarse y comenzar otro ciclo.

El Islam en África

Muy pocos años después de la muerte de Mahoma en Arabia (siglo VII), sus seguidores se dispersaron para difundir su fe. Transponiendo las fronteras de Egipto y del reino cristiano etíope, penetraron también por el oeste y norte de África, región que se llamó Mahgreb.

Los primeros emisarios del Islam en tierras de África negra llegaban hasta las cortes de los reyes predicando su credo. La conversión de los soberanos al Islam legitimó a esta religión en el ámbito de las culturas autóctonas.

Con la islamización de los pueblos del sur del Sahara nace una etapa en que un rasgo portador de nuevos valores culturales no solamente se integra, sino que se hace propio de quienes lo reciben y al transformarlo lo africanizan.

Las fuentes que documentan los periodos de los reinos del Sudán están escritas en árabe, y se deben a los exploradores mahometanos que avanzaron desde el este al oeste y del norte al sur. En estas primeras páginas sobre África negra se puede ver la impresión que los poderosos imperios africanos causaban en los extranjeros. Su asombro no deja dudas sobre la complejidad de las formas sociales que encuentran. Aquí se resalta la existencia de culturas muy antiguas en el occidente de África; con el proceso de islamización, los que llegan aportan un bagaje cultural que se suma a los pueblos receptores. Las nuevas culturas de esta parte del continente son la resultante de ambos componentes.

Los africanos se rindieron ante la disciplina y el poder de las armas de los árabes, éstos les impusieron el libre tránsito comercial con esclavos, oro y marfil que extraían del continente.

En lo que respecta a las estructuras económicas, ha quedado establecido que las sociedades africanas precoloniales vivían de la agricultura, sólo una porción menor se dedicaba al artesanado o al comercio. La industria, por así llamarla estaba en la etapa artesanal. Casi en toda África han existido yacimientos minerales, los cuales fueron explotados, como se ha indicado, desde épocas tempranas. Como recursos energéticos sólo se contó con la fuerza humana, algunos animales de tiro y la producción de calor por medio de la combustión vegetal.

Los grandes imperios del occidente africano alcanzan su máximo apogeo entre los siglos IX y XV. Entre los más notables están Ghana, Shongay, Malí, Ife y Benin; estos dos últimos corresponden al pueblo yoruba; contemporáneos de ellos, están al sureste de Katanga (hoy Zaire), los lubas o balubas, que se asentaron en la región desde el siglo X. Se destaca entre ellos el reino del Congo que se desarrolló en la región del río del mismo nombre. Son motivo de asombro hasta el día de hoy, sus tejidos, sus sistemas de percusión de códigos semánticos, sus danzas y trabajos artesanales en general.

Las ciudades crecieron con el movimiento mercantil, constituyéndose en las capitales o centros importantes de los reinos: Kounbi fue capital del reino de Ghana; Malí fue la residencia de su soberano; Tombuctu y Djene eran los centros del saber de su época; Daura, Kano, Gobir, Katzena, Biram, Rano y Zaria son las siete ciudades houssas de una etnia de Kanem en el Chad; Gao fue capital del imperio Shongay, en el Níger; Darfur el punto de encuentro de las caravanas del Sahara, que venían del Nilo y el Chad.

En la mayoría de estas ciudades además de la actividad mercantil hubo otras que cumplían con todas las demandas del movimiento ciudadano; había especialistas artesanos, constructores, administradores, centros docentes, religiosos, etcétera.

Nos hemos referido a las ciudades del occidente y el centro de África. En las del sur también se desarrollaron sociedades urbanas y artesanales que comerciaron con el exterior. Estos centros de concentración de mercancías y productos naturales tuvieron como marco ecológico las sabanas cercanas al mar y la agricultura de los bosques. Estas civilizaciones son las ciudades-Estado. Otras descubiertas en tiempos recientes, indican que en la zona de los pastores guerreros existió también una civilización urbana. Las ruinas de Zimbabwe en Rhodesia y Ankola en territorio de Ruanda así lo testimonian.

Para comprender las culturas africanas debemos conocer las representaciones plásticas de cada uno de los grupos que conforman las distintas civilizaciones. Se ha llamado *arte africano* a las numerosas representaciones en pinturas, esculturas, máscaras y objetos ornamentados de uso permanente y cotidiano. Son representaciones para conmemorar a los ancestros, rendir culto a las fuerzas naturales, llamar a los espíritus, propiciar las cosechas y los objetos en general que acompañan a los ritos, las danzas y las ceremonias religiosas en su amplia gama de singularidades y significados.

Este *arte* ha estado siempre vinculado con el desarrollo de las capacidades técnicas o artesanales y las formas económicas, con las relaciones sociales y las instituciones que rigen los vínculos entre los miembros de una sociedad.

La capacidad en el trabajo de metales, la talla en madera, conchas, piedras, etcétera, de los artesanos africanos, ha alcanzado altos niveles de valor estético. A la vez que expresa jerarquías sociales, algunos objetos son símbolo de poder y prestigio social. En síntesis en la producción plástica se encuentran todas las representaciones colectivas.

Los negros africanos tuvieron como principal religión el animismo, no el fetichismo como se suele decir. Creen en la existencia de un dios supremo y se aproximan a él a través de intermediarios que están en la naturaleza en forma de genios o espíritus; los antepasados también son intermediarios entre lo divino y lo terrenal. Estos espíritus se materializan en símbolos que se consultan y se usan en los rituales con funciones religiosas. En las ceremonias se efectúa la integración del individuo a su grupo y a sus ancestros. Se obtiene la protección y prosperidad del pueblo, fundamento del poder político, puesto que el soberano es el representante o sacerdote de los cultos.

En relación con los ritos, al igual que en otras culturas, son celebraciones públicas que permiten las reuniones grupales con expresiones estéticas, la vida en colectividades, la generación en nexos o vínculos y todos los procesos de socialización.

Desde tiempos muy antiguos, la esclavitud existió en África a una escala reducida, como actividad económica; esta forma de explotación, que será tratada más adelante, debe ser entendida no como comercialización o mercantilización de personas. Aunque no se dispone de información más precisa, por lo que no pueden hacerse estimaciones certeras, se puede afirmar que la práctica esclavista en el interior del continente africano se ejercía sobre los cautivos de guerra o sobrevivientes de catástrofes, que de esa forma quedaban integrados a las sociedades. Por ese mecanismo se incorporaban sin perturbar el orden social existente.

Desde el siglo XVI, los pueblos africanos quedan vinculados al Atlántico por el infame tráfico negrero.

¹ Luz María Martínez Montiel, *Antropología. Conocimiento y comprensión de la humanidad*. México, Esfinge, 2006. Europa

² *Op. cit.*

La ruta del esclavo

La esclavitud que como actividad económica existió en África desde tiempos antiguos, tuvo una importancia relativa en los siglos que precedieron a la llegada de los europeos; su práctica se redujo a un sistema de servidumbre doméstica a la que se sometía un número reducido de personas que por catástrofes naturales o guerras intertribales quedaban desvinculadas y desarraigadas de sus comunidades de origen. En su nuevo entorno social se les integraba a la unidad familiar.

Sin romper el orden comunitario, esta forma de servidumbre forzada operaba en un sistema de cohesión impidiendo el aislamiento y el individualismo. En las sociedades africanas basadas en el comunitarismo, la vida de un individuo sólo se justificaba como parte del conjunto social.

La trata árabe

A partir del siglo VIII, las sociedades del oeste africano alcanzaron su apogeo, impulsado, entre otros factores, por el proceso de islamización que intensificó los intercambios, las comunicaciones y el comercio. La incontenible expansión árabe impuso a los pueblos del Sudán occidental, así como a los del este africano, el pago de un tributo con esclavos que eran llevados hasta zonas muy lejanas: el Magreb, Iraq, Arabia y China.

No obstante ser continuo, este tráfico no representó un despoblamiento intenso y repentino, las rutas no permitían desplazamientos de grandes contingentes y los esclavos eran sólo una parte del gran comercio transcontinental dominado por los

árabes. En realidad, entre los siglos VIII y XVI, el oro fue la mercancía de más demanda. En África este metal se obtenía en grandes cantidades.

En cuanto a la esclavitud interna, la que se practicó entre las sociedades africanas con prisioneros de guerra y esclavos domésticos, de acuerdo con la tradición, eran considerados como parte de la familia que los adquiriría; si pertenecían a la misma etnia podían redimir a sus hijos pagando su precio sin separarse de ellos; aunque trabajaban para un amo les estaba permitido poseer algunos bienes y trabajar para su familia. Cuando eran extranjeros (procedentes de otras etnias o tribus) se les respetaba la libertad de creencias. A veces, se pagaba con ellos la dote de personas importantes o deudas de sus dueños, siempre y cuando fueran esclavos adquiridos en las guerras; de otro modo los que pertenecían a la familia no se podían separar de ella.

Un medio que emplearon los árabes para procurarse esclavos fue el rapto de africanos, que se sumaban a los que los mismos reyes o soberanos entregaban como parte de los acuerdos comerciales con los mercaderes. Este comercio considerado parte de la expansión islámica en África, combinó la trata interna y de exportación de esclavos por las rutas comerciales que iban hacia el Mahgreb, el Mediterráneo, el Mar Rojo y el océano Índico.

Algunos historiadores de la demografía esclavista islámica, atendiendo a los documentos de los cronistas árabes, en el debate sobre la importancia de este tráfico, insisten en que el trasiego de africanos hasta el siglo XVI no significó una disminución poblacional importante, si acaso algunas regiones habrían sido más afectadas que otras por el saqueo sistemático de sus recursos humanos. La preferencia de los propios tratantes y la conveniencia comercial de los soberanos africanos, era lo que en definitiva condicionaba este tráfico. El número de los deportados en términos generales, se estima en 10 millones en un periodo que abarca casi 10 siglos: de 850 a 1800.

Tanto la esclavitud doméstica como la transahariana que se practicaron antes de la llegada de los europeos en el continente africano, pueden considerarse como formas de esclavitud simbiótica, en atención a su función preservadora del esclavo como persona. Maurice Lenguelé (1976: 14), quien considera la esclavitud doméstica como una institución patriarcal en la que el servidor está protegido del hambre, la persecución y el infortunio, ve en esta relación de esclavitud moderada, la necesidad recíproca entre el pobre y el rico, una forma de equilibrio social y de utilidad civil, para resolver el hambre y las consecuencias de los desastres naturales.

Desde el siglo XV, con las exploraciones y descubrimientos de los navegantes portugueses en el Atlántico, en las costas africanas se propició el traslado de africanos al

continente europeo, destinados también al servicio doméstico. En esta etapa es notoria la presencia de negros en todo el Mediterráneo, sobre todo en la península ibérica. En su condición de protegidos, aunque señalados por su color, fueron procurados y alimentados, exhibidos como objetos suntuarios en el ámbito del esplendor de las familias palaciegas europeas y los comerciantes acaudalados. Estos negros se reprodujeron y mestizaron entre la población de algunos reinos, sobre todo en las ciudades. Poblando algunas de ellas alcanzaron un número elevado. En Sevilla, por ejemplo, cuando se hicieron frecuentes los viajes de la flota naviera en el siglo XVI, eran tan numerosos que muchos de ellos fueron embarcados en las primeras cargazonas de esclavos con destino a La Española y la Nueva España.

De este acarreo de negros que los portugueses llevaron a Europa en cada uno de sus viajes, hay también estimaciones cuantitativas; se calcula que durante el siglo XV eran embarcados anualmente en la costa occidental africana 3 500 esclavos. Con su venta y la plusvalía obtenida se financiaron las subsecuentes expediciones.

Para el siglo XVI los negros residentes en Europa ya habían sido cristianizados; en las crónicas de la época se puede apreciar la integración de los esclavos católicos de Sevilla por su participación en algunas festividades religiosas.

A mediados del mismo siglo, los africanos seguían llegando del África a la península ibérica; de Lisboa y Sevilla se distribuían por el Mediterráneo occidental y fueron aumentando en las principales ciudades europeas, sobresaliendo Lisboa, Sevilla y Amberes. En estos países donde la esclavitud ya existía, los esclavos no sólo se empleaban en los servicios domésticos, sino también en oficios especializados; a otros se les improvisaba como marineros en naves que traficaban igual con esclavos y productos manufacturados.

Lo anterior explica que los primeros negros que llegaron a América fueran traídos al poco tiempo del descubrimiento, no teniendo los europeos una idea precisa de la extensión de territorio que se hallaba a su alcance, al ir conociendo primero las islas y pequeñas franjas de tierra continental se acompañaban de los negros que estaban a su servicio. A éstos que habían sido cristianizados y aculturados en la península ibérica, se les llamó “ladinos” para distinguirlos de los “bozales” traídos directamente de África; muchos ladinos acompañaron a sus amos en las guerras de conquista.

Estos antecedentes aclaran, como se verá, que se hizo necesario tener una sede para el control sobre el comercio en los territorios recién descubiertos, para lo cual fue creada la Casa de Contratación de Sevilla en 1503, siendo Francisco de Pinelo, jurado y fiel ejecutor de esa ciudad, nombrado el 4 de febrero de 1503, factor de la Casa de

Contratación; este funcionario creó un sistema conocido como “pacto colonial” el cual consistía en llevar todos los productos de las colonias a España en navios españoles; a su vez los navios debían suministrar productos manufacturados a las provincias de ultramar, al mismo tiempo que todos estos productos debían ser registrados en la Casa de Contratación de Sevilla para el pago de los impuestos. De ahí salían los barcos rumbo a las Indias Occidentales, evitando así que los colonos establecieran algún tráfico con otras naciones; debe decirse que no sólo los comerciantes con permiso se dedicaban al tráfico de productos y esclavos sino que también lo hacía gran parte de la población andaluza.

Para comprender las etapas de la trata atlántica, se debe observar cómo este tráfico pasa de unas manos a otras. En el periodo que va de 1500 a 1550 Sevilla fue una de las principales ciudades españolas en donde se efectuaba gran parte de las transacciones comerciales; incluso, en ella se concentró un gran número de negociantes de diversas nacionalidades entre los cuales había portugueses, pisanos, lombardos, venecianos, franceses, ingleses, tedescos y flamencos.

Como se ha enfatizado, con el descubrimiento de América, Sevilla tomó un primer lugar en las transacciones, siendo también un depósito que concentraba las más diversas mercancías procedentes de Flandes, Francia, Inglaterra, Italia y Venecia; así, en Sevilla se acumulan grandes riquezas. Los privilegios concedidos a los genoveses y la centralización del comercio africano, además del establecimiento de la Receptoría del Quinto de África y Guinea y la variedad del comercio fueron los factores que le dieron opulencia y riqueza a esa ciudad-puerto. Desde Sevilla, los genoveses, haciendo uso de los privilegios concedidos, emprenden, desde los primeros años de la conquista de América, la navegación y el comercio con nuestro continente.

La trata atlántica

Un siglo después de las primeras operaciones ultramarinas de tráfico atlántico, África entró en un vértigo de guerras por el afán desmedido de obtener prisioneros. La actividad más productiva fue su venta. Se abandonó la agricultura. Prácticamente los reyes del litoral occidental mantenían un monopolio en el acarreo masivo de cautivos.

Procedentes de todas las regiones, se entregaban para su venta en las factorías de la costa. Esta sangría humana detuvo el progreso y el avance de regiones eúteras, África fue despoblada de sus hombres y mujeres en edad productiva, y al faltar la fuerza de trabajo, convertido el ser humano en mercancía, sobrevino la ruptura de la unidad tradicional; el espíritu comunitario africano se corrompió por la oferta europea que a cambio de esclavos ofreció bienes materiales.

Así se inició una etapa de casi cuatro siglos en la que se consumó el tráfico de seres humanos más infame y de mayores consecuencias en la historia de la humanidad.

La deportación masiva de 40 millones de africanos transformó la vida de los tres continentes. África perdió a sus hijos más jóvenes; al faltar su fuerza de trabajo, se perdió la posibilidad de continuidad y progreso; América, cuya población autóctona fue exterminada en parte o totalmente en algunas regiones, recibió en cambio esa mano de obra extraída de África que hizo crecer sus fuerzas productivas y construyó el nuevo continente. Para Europa, la esclavitud africana implicó la conquista de dos continentes en la que se empleó toda la violencia desencadenada por la codicia. La corrupción y la ambición fueron los andamios del capital que se invirtió en los cultivos, las minas, las plantaciones y otras empresas coloniales. Las ganancias colosales que se obtuvieron, financiaron la Revolución industrial.

El acarreo sistemático de esclavos entre los dos continentes estimuló el desarrollo de las flotas mercantes, los transportes, las industrias manufactureras, la exportación desde América de café, tabaco, algodón, azúcar y otros productos que enriquecieron e hicieron más confortable la vida. Todo esto dio a Europa occidental la supremacía mundial en las finanzas y el comercio.

El desarrollo del tráfico negrero se sustentó en mecanismos muy complejos de una enmarañada estrategia económica. Para financiarla los tratantes de esclavos tenían que recurrir a los seguros que cubrían los riesgos del mercado, haciéndose indispensables los seguros marítimos. Hubo que incrementar los créditos a los mercaderes y empleadores de mano de obra servil que operaban en las costas africanas y en las Américas. El tráfico contribuyó en Europa al desarrollo de bancos, astilleros e industrias como la del carbón, el transporte y la metalurgia. La acelerada urbanización transformó a las metrópolis.

Como parte de los intercambios que acompañaban al movimiento transoceánico, ciertos cultivos americanos fueron introducidos en África: la mandioca, el maíz, el cacahuete, la batata, etcétera, pero si bien los reinos de la costa atlántica africana se enriquecieron con el comercio negrero, éste no benefició a los africanos; no incrementó la capacidad de

producción, ni acrecentó el comercio de los productos locales. Además del desastre demográfico, se creó una serie de instituciones que, al cesar el tráfico, fueron un obstáculo para la recuperación económica de África. La trata atlántica abarcó cuatro siglos de intercambio internacional desigual y desfavorable para África.

En cuanto al despoblamiento del continente negro, no se ha concluido todavía en las cifras de las víctimas de la trata. Tomando en cuenta no solamente el número de africanos deportados sino también el de los que murieron durante las guerras o la captura, en las factorías (depósitos de esclavos en las costas), y los que morían en la travesía, las cifras se elevan por encima de las que consigna la trata legal que consta en documentos y la que se practicó en el contrabando.

Ante esta dificultad para hacer una evaluación cuantitativa, baste señalar que la cifra de las pérdidas humanas fue definitivamente mayor a la de los esclavos deportados, que la producción en África pudo haberse desarrollado de manera diferente pudiendo alcanzar niveles muy altos, si esa población se hubiera quedado en el continente, considerando que la tasa de natalidad por razones de edad era más alta entre los deportados que entre los que se quedaron, que habían rebasado las edades fértiles. En este marco Curtin (1971: 39-53) señala que en América del Norte se importaron 430000 africanos que produjeron, para 1863, una población de color que sumaba 4 500 000 personas.

Una estimación global de la población que produjo la masa de deportados al Nuevo Mundo, debe considerar que la tasa de natalidad entre las esclavas, siendo alta por su juventud, tuvo que haber disminuido por efectos, además de las enfermedades y de las condiciones a que se veían sometidas en el régimen de la esclavitud. Estos factores de orden demográfico se confirman con los datos de épocas más recientes. Para fines del siglo XIX, cuando la demanda de esclavos cesó, se desarrolló el comercio internacional de África, multiplicándose regularmente los intercambios. Suspendida la demanda de cautivos, se restableció la paz interétnica. El progreso económico propició el aumento de la población en el continente; en los primeros 50 años del siglo XX África alcanzó una de las tasas de crecimiento más elevadas del mundo.

Volviendo a los móviles de la trata esclavista que aumentó la importancia del comercio entre europeos y africanos por la ruta marítima del Atlántico, debemos atender a los productos de mayor demanda en Europa: de África se obtenía: oro, pimienta, marfil y tejidos. Éstos eran transportados de una región a otra de África para su venta, lo mismo que los esclavos.

En las costas africanas la producción agrícola era variada, se cultivaban cereales, caña, añil, algodón. Se producían el azúcar y el ron. También se comerciaba con animales. Aunque este comercio ya existía en los siglos XV, XVI y XVII, cobró mayor importancia en el siglo XVIII cuando se producían en los litorales africanos, además de la caña de azúcar, el algodón, el índigo, el tabaco y otros productos que beneficiaban, más que a los productores, a los consumidores de las colonias americanas. Así, la explotación de África en beneficio de Europa y América se extendió a todos los niveles de su economía.

En el tráfico que se generó entre los tres continentes, de todas las mercancías, los esclavos fueron claves para la prosperidad de América que dependía de su mano de obra; por eso ya en el siglo XIX, suspendida la trata atlántica, los Estados Unidos transgrediendo todas las disposiciones internacionales, seguían obteniendo esclavos en la costa de Zanzíbar. Incluso se impidió la introducción de las industrias y los cultivos en los pueblos africanos para obligarlos a seguir vendiendo su fuerza de trabajo.

Esto nos permite afirmar que los beneficios obtenidos del comercio con África, incluyendo la trata de esclavos, fueron inmensos para Europa occidental y América del Norte, ambos favorecidos por el comercio mundial desarrollado durante los cuatro siglos que van de 1451 a 1870. En este sentido Joseph E. Inikori afirma:

Podemos concluir diciendo que la trata de negros ha jugado un papel determinante en el desarrollo de Europa occidental y de América del Norte durante el periodo considerado. América Latina y las Antillas en general no sacaron más que un pobre beneficio del sistema atlántico, en razón de las funciones económicas que les estaban reservadas, de los numerosos factores de producción extranjeros que estaban en juego, *etc.* Pero los verdaderos perdedores a costa de los cuales se edificó el sistema atlántico han sido desgraciadamente los países de África (Inikori; 1981: 74).

Ahora bien, hay que considerar que los beneficios de la trata para los países europeos fueron desiguales. Portugal benefició más al Brasil que a la metrópoli; los esclavos desarrollaron tanto las minas como las plantaciones coloniales. Ello se debió a que este país no pudo orientar su economía hacia el capitalismo ascendente, entre otros factores por carecer de una burguesía con capital disponible. Pero incluso España no pudo obtener mayores ventajas sobre sus competidores franceses e ingleses, porque al igual

que Portugal había perdido su hegemonía y no desarrolló una burguesía mercantil. No es aventurado afirmar que en los dos países esta burguesía se debilitó a causa de la expulsión de los judíos que emigraron llevándose consigo parte de sus capitales. España tampoco tuvo el monopolio de la trata, ni desarrolló un comercio de grandes beneficios con los productos procedentes de las plantaciones; sus colonias en el siglo XVII no fueron igual de prósperas que las de sus rivales europeos, como el caso de la parte francesa de Santo Domingo, que superó en riqueza azucarera a la parte española de la misma isla. Debido a la importancia de la población autóctona, en la Nueva España no fue tan intensa la importación de mano de obra para la agricultura, por lo que la producción de mercancías exportables se sustituyó en gran parte por la obtención del oro y la plata.

En este panorama general, para esclarecer los aspectos estadísticos y la dinámica del comercio esclavista, sobre todo el gran comercio de los siglos XVI y XVII que tuvo su impulso desde América, se pueden considerar con más detenimiento los elementos que dan sustento al movimiento mercantil colonizador: la duración y el espacio geográfico que enmarcan la coyuntura del comercio atlántico europeo.

La historia entre América y España, por ejemplo, cuando esta potencia se encontraba en la competencia crucial entre las naciones de Europa (los siglos XVI y XVII precisamente), se documenta sobre todo en los estudios de la administración del comercio atlántico y en las estadísticas del tráfico marítimo, además de que se da cuenta documentalmente de los factores que intervinieron en el comercio entre Sevilla y América enfatizado líneas atrás, el más importante de los cuales fue la geografía que condicionó el tráfico.

En la interpretación estadística con fechas y cifras, en las reseñas dedicadas a Sevilla y el Atlántico, el enfoque más utilizado se ha centrado en el aspecto puramente económico de la relación-correlación entre los precios de las mercancías y el tráfico marítimo. Otros factores nos remiten a la teoría de los “ciclos” según la cual se pueden situar los significados del descubrimiento, de la conquista y de la colonización de América en el marco de la economía europea. Dado que ésta era la más desarrollada de la época, incrementó el movimiento de expansión y generalización de la economía mercantil sobre una gran parte del planeta, abriendo el ciclo mercantilista. En ese contexto, la empresa del gran comercio Europa-América representa el motor del comercio mundial. El desarrollo mercantilista hacia una forma nueva del capitalismo se inicia en Europa occidental con la coyuntura del mundo americano como parte de ese proceso.

Sevilla y el Atlántico, la obra de Huguette y Pierre Chaunu, es una valiosa guía de interpretación económica, y un texto en el que se redefinen en su significado profundo

algunas nociones: estructura, coyuntura y ciclo, entendidas en sus dimensiones diacrónica y sincrónica.

Según la concepción de Chaunu, en la historia social la economía forma parte de ella. Incluye el dominio de la cultura puesto que la civilización es un proceso que avanza con los niveles de la producción; de ésta se derivan los intercambios y las relaciones sociales; una historia global da cabida a las estructuras del pensamiento y a las representaciones colectivas, que no pueden dejar de lado lo étnico, la religiosidad y lo ontológico. Es una historia que atiende a la organización de la cultura a partir de todos los aspectos materiales contenidos en el hacer y proceder humanos (Chaunu; 1977).

En esta concepción de la historia y del mundo, en los siglos XVI y XVII está presente la idea de una economía mundial en la que las regiones pierden su aislamiento para entrar en una relación global. Es la expansión europea la que transforma la historia del mundo en una visión euro-céntrica: la diacronía dictada por Europa marcará también la sincronía.

La economía mundial, en un primer momento en sus comienzos, estará concentrada en las costas que limitan la ruta transoceánica y desde ahí avanzará tierra adentro de los continentes explorados.

Al inicio, la navegación europea por el Atlántico y el Pacífico, tiene como objetivo final la ruta de China y del comercio oriental. Pero los comerciantes no encontraron como lo imaginaban los productos codiciados: especias, sederías y oro, sino espacios con una densidad demográfica que hubo que tomar en cuenta para la explotación de su fuerza de trabajo lo cual redundaría en la producción de otras mercancías; la variedad de éstas crearía la demanda.

Los imperios de Occidente querían apoderarse del comercio de Oriente: América o lo que se consideró *las nuevas tierras* duplicaron la codicia. Antes ya se habían explorado las costas del África occidental; los grandes imperios impulsados por el Islam establecieron con los portugueses un comercio transcontinental.

Los comerciantes europeos crearon en los siglos XV y XVI dos continentes de posible abordaje mercantil.

El gran comercio marítimo de las potencias europeas significó la conquista del capital comercial, fundado sobre el beneficio mercantil, incrementado por la especulación entre la oferta y la demanda de un mercado que no por lejano estaba fuera del control de las metrópolis.

En este primer periodo de la expansión europea, según la visión economicista, los beneficios mercantiles son parte de la acumulación previa necesaria para que pueda aparecer el capital propiamente dicho; éste es el capital comercial que encontrará su utilidad en la producción, incrementada por los intercambios de mercancías basados en las relaciones sociales que se establecen con la esclavitud en África y por el tributo en América con la encomienda, el repartimiento y la mita, además de la producción artesanal, dado que el trabajo asalariado al ser poco frecuente no ofrece estabilidad.

Los poseedores del capital mercantil, en tanto que empresarios del descubrimiento y de la conquista del Nuevo Mundo, son además de proveedores, propietarios de los navios y factores comerciantes. Asumiendo todos los mandos: de los viajes, del intercambio de productos y de la defensa de los navios, siendo los portadores del capital comercial, fueron ellos quienes crearon en América un continente a la medida de las necesidades de Europa. A decir de Chaunu, una América que será una simple prolongación trasatlántica del extremo occidente cristiano.

De la visión macroeconómica surge la teoría de los círculos, según la cual algunos procesos producen mutaciones espaciales de duración indeterminada con cambios geográficos universales. Es el caso del "tercer círculo", el del gran comercio que viene a ser el primer esbozo de una economía-mundo la cual está precedida por otros círculos: el primero, de comercio intercomunitario, que consiste en el intercambio entre poblaciones pequeñas en una área de límites cercanos. Otro círculo de comercio regional más amplio en extensión y en intercambios. El tercero es el que además de tener una duración más larga, también abarca una extensión mayor. Corresponde al momento en que el intercambio comercial en Europa (véase el capítulo anterior) satura los mercados del Mediterráneo y los mares del norte. Lo que se llamará la economía-mundo es la que lleva la producción a los límites de la expansión geográfica europea de intercambio global. En la economía globalizada los medios trasatlánticos de transporte son un factor definitivo puesto que ponen al alcance del consumidor (la demanda) los productos de la producción (la oferta).

Por otra parte, la curva trazada por el tráfico marítimo hispanoamericano constituye una coyuntura que se mantiene durante 146 años: el gran comercio, su cronología, su periodización y su frecuencia marcan la duración de un espacio nuevo, durante el cual se crean las estructuras que lo mantienen. A medida que se dan las pulsaciones de la coyuntura Sevilla-América, ésta tiene como regulador las necesidades de la producción de las materias primas objeto de los intercambios.

En las empresas mercantiles privadas del siglo XVI que hicieron posible el descubrimiento, la conquista y la colonización de América, el rol del empresario vuelve

a ser clave en la ampliación del espacio económico europeo y se convierte en el primer constructor de una economía-mundo. En esta interpretación tanto Europa como América se caracterizan por tener economías mercantiles donde la oferta y la demanda están en la base de todo movimiento teniendo tres ejes: espacio, producción y técnicas de navegación.

En el esquema geográfico del espacio Sevilla-Atlántico-América los puntos de partida son las islas Canarias y las Azores.

En América, este espacio tiene su marco en los puntos de llegada: las islas de Santo Domingo (La Española) y todas las demás Antillas, Cuba, Puerto Rico, Jamaica y las pequeñas Antillas; las islas de Bermudas y Bahamas, Trinidad y Margarita. Los puertos continentales de América: la Florida al norte; al sur: Caracas, Maracaibo, Río Hacha, Santa Martha, Cartagena, Chile, Uruguay, Buenos Aires y Montevideo. En el centro: Veracruz, Campeche y Pánuco; en la costa del Pacífico sus puertos: Acapulco, Barra de Navidad, Huatulco, hacia las Filipinas. Los istmos: Tehuantepec, Darien, Castilla de Oro o Panamá con sus puertos de Porto Belo y Nombre de Dios, puntos de comunicación entre el Pacífico, el Perú y el Atlántico americano y español. En el Perú: la capital Lima y el Puerto el Callao.¹

Licencias y asientos

Se ha dicho que antes del descubrimiento de América existía la esclavitud africana en la península ibérica, sin embargo este hecho no explica suficientemente la presencia de los negros en el Nuevo Mundo, como tampoco explica la importación de esclavos a gran escala. Nueve años después del Descubrimiento se establecen las instrucciones dadas por la Corona española que prohibían la inmigración de judíos, esclavos, moros y nuevos convertidos a las tierras descubiertas. La emigración se limitaba a los cristianos nacidos en la península.

Los documentos existentes dan por cierto que desde la segunda mitad del siglo XV, los navegantes portugueses, genoveses y españoles emplearon esclavos negros en las tripulaciones de sus naves; incluso existe la certidumbre de que algunos acompañaron a

Colón desde su segundo viaje, de ahí que la Corona previera en sus instrucciones de 1501 la no importación de negros.

Pese a todo, las causas económicas del proceso de colonización obligaron a introducir las primeras decenas de negros para explotar las minas desde 1503, y la mayoría de los personajes importantes de las primeras posesiones españolas en la región del Caribe se manifestó inclinada a importarlos directamente desde África, en concreto de las islas de Cabo Verde, amparados por una licencia especial del rey.

Con el incremento de la producción de azúcar en las Antillas se acentuó también la demanda de fuerza de trabajo para este cultivo; en las primeras décadas del siglo XVI más de nueve ciudades de las Antillas presentan solicitudes para conseguir negros que trabajen en los lavaderos de oro y en las minas, insistiendo en el argumento de la protección de la población indígena incapaz de afrontar todos los trabajos necesarios para la colonización europea. De aquí nace el mito de que el trabajo de un negro equivalía al de cuatro indios.

Las leyes de Burgos de 1512 expresan la intención de la Corona de proteger a la población indígena. De esta manera se va tejiendo la consolidación de la esclavitud negra en la región antillana, en donde se dan por primera vez en forma más o menos completa los fenómenos socioeconómicos que acompañan a la esclavitud y que son los mismos que sucesivamente se van presentando en las regiones de América a medida que iban siendo colonizadas.

En el Caribe, los europeos se aclimatan a la vez que introducen nuevas plantas y animales y ponen en juego los primeros métodos de producción y de administración de las poblaciones indígenas; es así como la esclavitud proporcionó el potencial de fuerza de trabajo que permitió preparar desde las Antillas la conquista del continente, produciendo los bienes de consumo necesarios y aportando, con la extracción del oro, parte del capital indispensable para financiarla. A este proceso se le ha llamado el ciclo de oro. Los negros, además de trabajar en los lavaderos del codiciado metal, estuvieron al servicio de los señores conquistadores y fueron incluso auxiliares en las expediciones de nuevos descubrimientos y conquistas. A medida que se incrementaba la mano de obra negra para producir alimentos, cuidar ganados, transportar cargas y extraer oro, se utilizaba también en plantaciones y trapiches azucareros; paulatinamente la población indígena iba disminuyendo.

En La Española, por ejemplo, de 60 000 indios que había en 1508 quedaron 500 en 1570. Todo esto demuestra claramente que la esclavitud negra en las Antillas se impuso por necesidades de la expansión europea.

En 1513 la demanda de mano de obra por parte de los funcionarios reales y de los particulares que ya habitaban las colonias, se intensificó y obligó a la Corona a instrumentar una política de importación de mano de obra; en ese mismo año, la primera medida que reglamentó la trata negrera en gran escala impuso un impuesto de dos ducados por cada cabeza de esclavo que entrara en las Indias, lo que implicó la licencia que autorizaba la introducción de negros y el comienzo de una fuente de dinero para la Corona española.

A partir de ese momento las *licencias* fueron instrumentos económicos y políticos que eran objeto de competencia, pues todo aquel que quería intervenir en el tráfico de negros debía obtener ese instrumento legal que solamente la Corona concedía. Hacia 1578 cada licencia tenía el precio de 30 ducados. En muy poco tiempo la demanda de licencias creció a tal punto que los esclavos que eran llevados por los mercaderes portugueses a Sevilla para satisfacer la demanda de los españoles ya no eran suficientes; se pensó entonces en extraer a los esclavos directamente de África para eliminar a todos los intermediarios.

Siendo los territorios africanos de la costa occidental propiedad de compañías y comerciantes portugueses, hubo que recurrir a los oficios de mercaderes y banqueros que tenían relaciones con ellos; según algunos documentos, la primera licencia monopolista fue otorgada por Carlos V a uno de sus favoritos, el mercader Laurent de Gouvenot en 1518; una segunda licencia parece haber sido concedida en 1528 a dos mercaderes alemanes de la casa Welser. El comercio de las licencias se mantuvo de hecho durante todo el siglo XVI; a fines de este siglo el comercio negrero se concentraba en manos de los portugueses debido a que los lusitanos eran quienes tenían el dominio de las tierras africanas en la extracción de esclavos, lo que definió el monopolio portugués sobre esta actividad mercantil.

Otro factor que operó para que se mantuviera este monopolio, fue el incremento del mercado-demanda, señalado líneas atrás, de abastecimiento de mano de obra en tierras americanas, reforzado por la importancia de la renta que percibía la Corona por concepto de impuestos a la importación de negros en América. La esclavitud africana, pues, fue un hecho admitido por todos, y una institución respaldada por la Iglesia y la Corona, así como por la legislación de la época, considerándose indispensable para mantener la economía del azúcar y los intereses de los países ibéricos.

Hasta mediados del siglo XVII no se encuentra una actitud antiesclavista, a pesar de que son frecuentes las rebeliones de esclavos y de que aumenta la compasión de algunos sectores europeos ante el destino de los hombres de color. Hay que decir, sin embargo, que el papa Urbano VIII condenó en 1639 la trata africana, señalándola como

un vil procedimiento para privar de la libertad a los negros. Pese a ello, el comercio de esclavos que había empezado a funcionar con el sistema de asientos desde 1595, se fue incrementando paulatinamente.

A este periodo llamado de los *asientos portugueses*, se le considera diferente y no menos importante por sus características específicas; fue un ciclo en el cual los portugueses habían determinado combatir el monopolio comercial establecido en las Indias por parte de los españoles; con el sistema de asientos se ejerció el control estatal de este comercio de evidente importancia y trascendencia para Europa.

La función del negro en la nueva sociedad americana significó, en algunos casos, la sustitución de la mano de obra de la población india en descenso vertiginoso. Al establecerse el control y los cómputos de la cantidad de negros exportados al Nuevo Mundo, se hizo necesario un sistema fiscal que favoreció a la economía española y en general a la de otros países europeos, dada la importancia económica que se vislumbró desde el principio de este comercio humano tan amplio y espectacular, como cruel e infame.

El hecho que definió la implantación del régimen de asientos en el tráfico de esclavos a favor de las casas comerciales de los portugueses, fue la unión de las coronas española y portuguesa; las licencias estaban repartidas aparentemente entre las grandes firmas alemanas, genovesas y francesas, no obstante eran los portugueses quienes ejercían el control sobre ellas a través del mercado africano del cual eran poseedores; fueron pues los portugueses quienes conocieron mejor que nadie la estrategia de la trata de esclavos.

En el siglo XVI, cuando subió al trono Felipe II, que respetó los derechos y privilegios portugueses, éstos pasaron a ser súbditos del rey de España, pese a lo cual las costas africanas siguieron dependiendo económicamente de ellos, por lo que ya no fue necesaria ninguna otra nación extranjera para el suministro de mano de obra negra que se solicitaba con mayor urgencia en el Nuevo Mundo; así fue como la institución del régimen de asientos se consolidó a partir del primer contrato de Pedro Gómez Reynal en 1595 y continuó sin interrupción hasta 1640; hay que señalar que en el control de estas transacciones ya intervenía la Casa de Contratación de España.

Cada concesión, licencia o asiento estipulaba un número máximo de negros que deberían llevarse al Nuevo Mundo en un lapso determinado. Entre los primeros hubo un asiento de 4 000 negros para ser transportados en cinco años; el segundo, de la misma cantidad, tenía que ser transportado en cuatro años; ambos constituyen un precedente que reservó a la Corona el privilegio de señalar de dónde se debían sacar los esclavos y a qué lugares de América deberían llevarse para su venta. Los *rendeiros*,

comerciantes portugueses, establecían pactos con la Corona para asegurar la extracción de esclavos de las franjas costeras africanas; tres de los principales puntos fueron: Cabo Verde, con su capital Santiago, situada en una de las islas del archipiélago atlántico; la isla de Santo Tomé y la región de Angola, cuya capital, Luanda, tuvo un crecimiento económico considerable en esta época de los asentos portugueses.

Durante la intervención de la Casa de Contratación y del Consulado de Sevilla aumentó el contrabando del comercio negrero a pesar de las celosas medidas del monopolio portugués; el trasiego clandestino de esclavos afectaba directamente a los colonos que requerían mano de obra en las colonias americanas, sobre todo en las colonias portuguesas debido a que quienes conseguían las licencias de la Corona preferían distribuir su comercio en las posesiones españolas; el resultado fue el desabastecimiento de esclavos en el Brasil.

Todo ello debido a la falta de coordinación de la política económica entre España y Portugal; por conveniencia comercial los esclavos eran encaminados en mayor número a las posesiones españolas pues siendo el Brasil posesión portuguesa pagaba menos derechos de exportación y los esclavos se vendían a menor precio que en las posesiones españolas.

Conviene indicar que este periodo, en el que intervienen la Casa de Contratación y el Consulado de Sevilla, corresponde a la época de la conquista de América, es decir, la de mayor expansión de España en el Nuevo Mundo, cuyas condiciones imponían al conquistador empresario-encomendero la necesidad de mano de obra importada.

En esta época las licencias se daban por parte del monarca a determinados individuos que favorecían los intereses de la Corona; con frecuencia el rey incautaba capitales como pago por las licencias que concedía para importar negros. La multiplicación de estas licencias, que muchas veces autorizaban el traslado de más de 1 000 negros por cada una, fue tal que no se ha podido definir su número. Los beneficiarios de estas concesiones fueron en primer lugar los oficiales reales o los representantes de la Corona así como los religiosos que ocupaban algún cargo en América.

Los esclavos, *entrados por concesión graciosa*, estaban exentos del pago de impuestos y gavetas. Después venían los conquistadores o beneméritos de la conquista, que recibían esas licencias como pago por los servicios y gastos efectuados en la expansión española en el Nuevo Mundo. También se concedían por capitulaciones o por pago de juros. Otros beneficiarios eran los cabildos, que se aprovecharon de este comercio para poder adquirir beneficios que les permitieran pagar los gastos de su institución; estas concesiones se conocen como *licencias de propios para la ciudad*; hubo instituciones de

beneficio público, como hospitales, conventos, etcétera, que también recibieron licencias para obtener negros. Esta modalidad de obtención de esclavos no fue privativa de las colonias ibéricas en el Nuevo Mundo sino que otras regiones del Atlántico se vieron favorecidas igualmente con la mano de obra, por ejemplo las islas Canarias. En todos estos casos la concesión se hacía a las instituciones y no a los individuos.

Algunos peninsulares que se habían distinguido por algún servicio especial rendido a la Corona obtenían asimismo *licencias* para adquirir esclavos. Otros beneficiados fueron los que estando cercanos a algunos personajes de la corte, del Consejo de Indias, o de la misma Casa de Contratación, pedían licencias a manera de privilegios. Por último, obtuvieron licencias los mercaderes, hombres de empresa y conquistadores que firmaban las capitulaciones entre el rey y los particulares en virtud de las cuales estos últimos entregaban el producto o una parte de las explotaciones de las minas a la Corona, la cual a su vez otorgaba un periodo de tiempo para el cumplimiento del contrato.

Después del primer asiento monopolista ya señalado (1595), los que siguieron siempre tuvieron la prohibición de llevar a vender los esclavos a tierra firme; no obstante, en 1615 se autorizó como puerto de entrada Veracruz, y posteriormente las preferencias se desplazaron de las Antillas a la costa atlántica americana, pudiendo afirmarse que los principales puertos de entrada de esclavos en América estuvieron en las Antillas, México y la costa atlántica de Venezuela y Colombia, en lo que a posesiones hispanas se refiere.

Otros lugares del imperio colonial fueron mantenidos con bajas cuotas de esclavos, en parte porque para llegar a ellos era necesario pasar por Panamá, lo cual significaba permisos especiales y desde luego más riesgos y gastos mayores; fue el caso de Ecuador, Perú, Chile, Paraguay y Tucumán, posesiones españolas que reclamaban con avidez la mano de obra esclava y, al no conseguirla, tuvieron que abastecerse de forma ilícita a través del contrabando, organizado ya a gran escala en Río de la Plata, por su conexión con los puertos brasileños.

Fue precisamente el contrabando lo que motivó el cese de los asientos portugueses, produciéndose una nueva etapa de la trata negrera; pero no fue desde luego el único factor, pues desde 1599 la isla de Santo Tomé, habiendo caído en manos de los holandeses, obligó a que los portugueses descuidaran sus posesiones en África y por lo mismo perdieran el monopolio de la trata. El contrabando holandés motivó cuantiosas pérdidas de algunos asentistas portugueses. Otro hecho fundamental que dio fin a la hegemonía portuguesa fue la separación de las coronas de Portugal y España en 1640.

Para explicar la administración de los asientos, tan compleja, así como las funciones que tenían en la intrincada situación económica de la época, debemos atenernos en primer lugar al carácter jurídico de estos contratos que se definen como: contratos de derecho público por el cual un particular o una compañía cercana al gobierno español se encarga de reemplazar a la administración en el comercio de la mano de obra negra en las Indias o en una parte de ella (Vila, 1977: 32).

El comercio esclavista requería la participación de los ejecutores en los tres extremos del comercio triangular, por lo menos en tres instancias, siendo la primera la de la potencia expansionista que desde Europa respaldaba y patrocinaba el comercio negrero; ésta era representada por los asentistas que, de hecho, eran agentes cuya responsabilidad consistía en obtener compradores para las licencias, es decir, aquellos que iban a hacerse cargo de vincular al gobierno con los mercaderes y mantener asegurada la actividad de factores que contabilizaban las remesas de esclavos, lo que ayudaba a regular el comercio; la segunda la constituían los mercaderes de esclavos a los que nos referiremos con detalle más adelante; una tercera estaba representada por los compradores y vendedores de esclavos cuyo ámbito de acción estaba en los mercados de esclavos. La trata, por consiguiente, estaba respaldada por una estructura administrativa y por otra particular. La Corona, por una parte, se reservaba el derecho del control del comercio negrero, e intervenía a través de sus organismos tanto portugueses como españoles dándole un carácter mixto a los asientos; por otra, los asentistas, provistos de todas las prerrogativas para actuar con plena libertad, necesitaban del apoyo de los factores, guardas, encomenderos de negros y de otros funcionarios que constituían la red comercial sobre la cual se sustentó el comercio esclavista durante el periodo de los asientos portugueses.

El Consejo de Indias estaba encargado de la organización y administración de los asientos por parte del gobierno, pero intervenía también el Consejo de Hacienda, que era la instancia encargada de aprobar las finanzas y llevar las cuentas; hay que notar que era el Consejo de Indias el que administraba los asientos por tratarse de un comercio con las Indias occidentales o tierras americanas.

Alrededor de 1621 se creó una instancia que se llamó “junta de negros” que se reunía con motivo del acuerdo de un nuevo asiento, teniendo el rey facultades para intervenir cuando lo considerara pertinente; funcionó desde ese año hasta 1640 y tenía el papel de moderador conservando el rey la supremacía. La instancia estatal que ejecutaba las órdenes emanadas de las otras dos era la designada Casa de Contratación, recibía el dinero de las licencias y se hacía cargo de su distribución a través de su tesorero. La Casa contratada los juros que existían sobre la renta de las licencias, sus funcionarios eran los encargados de revisar los barcos negreros antes de salir para África, también

registraba a los armadores y maestros o dueños de navios para obtener la autorización de navegar con los esclavos adquiridos. Una vez en América, los derechos que causaban la importación de negros ingresaban en las arcas de negros llamadas cajas o arcas de esclavos que estaban en poder de un funcionario de la Casa de Contratación.

Al quedar el comercio de esclavos en manos de los asentistas, éstos ejercían su monopolio y disponían de la venta de las licencias; como intermediarios tenían que mantener oficinas tanto en Lisboa como en Sevilla y Madrid, para llevar a cabo la venta de las licencias o beneficiarse de algunas; los asentistas, además de procurar la vigilancia para evitar el comercio clandestino y otras anomalías, tenían a su cargo los gastos de navegación, como el flete, las fianzas, los seguros y otros. Por ello, era necesario para ellos procurarse una serie de agentes o factores establecidos en las costas de África, en Sevilla y en los puertos americanos. Para combatir el contrabando tenían el auxilio de los jueces de comisión; además de las disposiciones reales emitidas para este objeto, los jueces de comisión integraban la “junta de negros” y tenían injerencia en todos los asuntos relacionados con el asiento, como los embargos, las comisiones, las requisitorias, etcétera. También había jueces de comisión en América, designados por las autoridades indianas y pagados por los mismos asentistas; como tales fungieron algunos gobernadores, corregidores o alcaldes mayores; por estos procedimientos obtenían los asentistas privilegios excepcionales.

Los factores que procuraban despachar los trámites con eficacia, residían en los puntos claves del comercio o el contrabando, el primero de los cuales era Sevilla; considerados como motores del tráfico de esclavos, hacían fluir la navegación. Una parte de ellos podían ser portugueses o españoles, lo indispensable era que residieran en Sevilla. Pero los factores de mayor responsabilidad en el comercio, eran los que estaban ubicados en los puertos americanos; en este caso se requería que fueran de la confianza de los asentistas, la mayor parte de las veces parientes, teniendo que asumir sus responsabilidades ante el mismo Consejo de Indias. Dos de las factorías más importantes en América eran las de Cartagena y Veracruz, además de la de Buenos Aires, puertos principales de ingreso de esclavos.

En cuanto a la personalidad de los tratantes de esclavos en las Indias españolas, se puede decir que en general eran individuos de una variada condición social; no todos eran verdaderos negreros sino que en algunos casos se trataba de intermediarios ocasionales entre ellos funcionarios, oficiales, eclesiásticos o simples transportistas, que a través del comercio obtenían ingresos por concepto de traslado de un punto a otro de la “mercancía de ébano”.

Los tratantes que realizaban comercio en tierras americanas se diferenciaban de los asentistas, quienes en su mayoría eran gente de fortuna y en numerosos casos de posición social destacada, muchos de ellos, se dice, judíos y conversos en estrecha relación con banqueros e influyentes de entonces.

En esta época inicial de los asientos portugueses, la primera etapa del transporte de los esclavos era la que enfrentaba mayores complicaciones por la serie de operaciones que requería. Comprendía el despacho de los barcos en Sevilla, Canarias o Lisboa después de haber sido visitados por los oficiales reales, la travesía y llegada a las costas africanas para cargar a los negros y pasar los trámites necesarios; sólo en ese momento los tratantes tenían asegurada su carga y podían considerar concluida esa primera etapa.

De las costas africanas se iniciaba el largo y penoso viaje a través del océano Atlántico hasta los puertos del Caribe o de tierra firme donde los esclavos eran desembarcados. Cuando se consumaba la venta en las costas americanas, los esclavos eran trasladados a los puntos de los mercados interiores que estaban a veces distantes de los puertos de desembarco.

Pero los tratantes tenían que sumar a todos los gastos, las vidas de los cautivos que perecían en los barcos; la mortandad, como se aprecia en la documentación, era una amenaza desde el momento mismo de su captura. Estas cifras no se pueden calcular con exactitud, pero ciertamente eran muy altas; se deben tomar en cuenta las condiciones de salubridad en las que los cautivos eran transportados, comenzando porque los navios de esta primera etapa no se adecuaban al transporte de seres humanos; en las descripciones de la época se dice que los esclavos viajaban en condiciones tan precarias y tan maltratados, que al subir a los navios ya iban con argollas en el cuerpo y con grillos en los pies, completamente inmovilizados; así viajaban en el fondo de los barcos donde no entraba ni aire ni sol; era repugnante lo que tenían que sufrir, y el riesgo de contraer alguna epidemia era permanente. Tal era el hacinamiento y la miseria en que viajaban. Recibían una comida al día, que consistía en una escudilla de harina de maíz o de mijo crudo y una ración precaria de agua; por lo demás, los negreros guardaban el orden con azotes y malos tratos; así se vivía la travesía que podía durar meses; como ejemplo de la mortandad en los navios Enriqueta Vila Vilar aporta en el siguiente cuadro algunos cálculos sobre 29 navios en los que se consignan los negros embarcados en África; el número de los que llegaron a Veracruz según la cuenta de los oficiales reales, y el número de licencias registradas en la Casa de Contratación arrojan las siguientes cifras:

Años	Navíos	Núm. de esclavos embarcados en África	Núm. de esclavos llegados a Veracruz	Licencias
1605	2	572	381	280
1606	2	200	165	120
1608	7	1 876	1 461	910
1609	3	604	545	480
1611	1	613	151	169
1616	1	235	172	180
1617	1	170	120	150
1618	5	992	628	800
1619	2	570	350	400
1620	1	464	464	150
1621	3	817	817	370
s/f	2	330	297	280
Total	30	7 443	5 551	4 289

El periodo que va de 1640 a 1692, es un lapso en el cual la trata negrera presenta ciertas confusiones en cuanto al monto, debido a que se había convertido en una de las empresas más codiciadas por las potencias europeas mercantilistas que se disputaban el dominio de los océanos; siendo el nuevo continente un polo de mayor consumo de esclavos, este comercio constituía el mejor negocio del momento, así como el vehículo de penetración económica más eficaz por la posibilidad que ofrecía de importar para Europa todo tipo de productos exóticos además de los metales preciosos tan codiciados. De esta manera, la trata negrera constituyó el motivo central de todas las negociaciones políticas entre los monarcas europeos, salvando la primacía de la monarquía española y siendo el objetivo fundamental de todos los tratados y alianzas concertados.

España estaba cada vez más acosada por las otras potencias expansionistas que practicaban el contrabando de esclavos, lo que finalmente causó la consiguiente pérdida para la monarquía española que dejaba de percibir los impuestos por la importación de los negros. Además, casi todas las potencias europeas tenían ya en esos años posesiones en el continente africano, menos España. Por otro lado, el dominio de este país sobre Portugal se terminó con su independencia. Al entrar en conflicto, las dos potencias ibéricas, Holanda se convirtió en la principal transportista de esclavos llegando a obtener ganancias tan elevadas que alcanzó a competir con las demás potencias en el proceso de expansión mercantilista.

Las compañías monopolistas

En apoyo a la interpretación sobre el proceso de desarrollo del capitalismo europeo que activó la política colonial, se puede observar que a partir de la segunda mitad del siglo XVI España y Portugal empezaron a perder su monopolio en América y África; a su vez, Holanda, Inglaterra y Francia iniciaron conquistas poniendo los cimientos de sus imperios coloniales en el Nuevo Mundo, Asia y África. En esta última ocuparon la costa occidental, donde establecieron colonias y construyeron fuertes.

Por su parte, de este lado del Atlántico, en el Caribe, Holanda se estableció en Curacao y Aruba; Francia ocupó primero la Martinica y Guadalupe y después Santo Domingo; Inglaterra se apoderó de Jamaica y Barbados. A mediados del siglo XVII ya habían surgido, además del Brasil en América del Sur, las colonias de Virginia y Nueva Amsterdam en América del Norte, Cayena y Surinam en el Caribe, así como otras colonias que emplearían mano de obra africana; es indiscutible que sin este recurso hubiera sido imposible la explotación y auge de las colonias americanas. Para mantener e incrementar el comercio de esclavos, los europeos se valieron de las compañías comerciales fundadas para ese propósito. Los holandeses, como se verá más adelante, intentando arrebatarse a los portugueses los puntos claves de la trata negrera, en 1637 habían logrado instalarse en Goré, Tacorari, Jaquín y Mina. Para 1688, todos los fuertes de la costa africana habían cambiado de bandera.

No hay que olvidar que el control del asiento había llevado a los portugueses a crear, en esas mismas costas, depósitos y almacenes para realizar el tráfico comercial, instalándose en la desembocadura del Senegal, en Gorea, Rufisque, Saloum, Gambia, Casamance, el río Núñez y en los ríos de Sierra Leona; habían poseído los fuertes de Samá y Mina; todavía en 1667 quienes visitaban las costas africanas podían constatar que desde Senegal hasta Guinea, dominaban los portugueses. Éstos tuvieron que defenderse de sus competidores daneses, alemanes, franceses e ingleses, quienes los desalojaron del territorio de Guinea. De suerte que para finales de ese siglo, los holandeses establecidos ya en San Jorge de Mina, manejaban la trata de esclavos desde este punto estratégico.

Cesa entonces la importancia de los asientos, regulándose el tráfico mediante verdaderos tratados entre naciones, dado que el comercio en general había rebasado los límites particulares convirtiéndose en factor decisivo para el desarrollo y prosperidad de las potencias marítimas europeas. La incorporación del sistema comercial de compañías fue la norma que adoptaron Francia, Inglaterra, Portugal y Holanda para competir por el dominio de América y el monopolio comercial. La trata de negros era

parte de ese monopolio que se pretendía controlar a través de las compañías que concentraban un volumen considerable de capitales.

Sin embargo, si bien la trata y el trabajo esclavo son dos factores determinantes para la producción, en la etapa del mercantilismo, la pugna política entre las potencias europeas es inevitable y la trata adquiere una dimensión que ya no tiene relación directa con la necesidad de mano de obra en las colonias americanas. Es decir, llegó a haber más esclavos de los necesarios; o dicho de otro modo: había regiones en donde su trabajo era improductivo. Mellafe lo explica así:

La complejidad de la historia de la esclavitud negra en Latinoamérica debe entenderse pues con este desfase entre la trata y las necesidades y economía de la producción esclavista. La creación de las grandes compañías negreras obedece más al requerimiento de la trata, y del desplazamiento del capital monetario en Europa, que a un definido modo de producción. Evidentemente las potencias europeas negocian políticamente la trata negrera si ésta estaba globalizada en unas cuantas grandes compañías. Las casas reinantes en Europa a través de sus principales cabezas: los Felipes en España, Luis XIV en Francia, la reina Ana en Inglaterra, Pedro II de Portugal, se convirtieron así en socios y promotores del comercio de esclavos al fomentar y participar con dinero en estas compañías (Mellafe, 1975: 56).

Podemos ver con cierto detalle la relación entre el acarreo excesivo y la concentración de esclavos en el Caribe como región intermedia propicia al contrabando, partiendo de algunos autores que afirman que el tráfico de esclavos al Caribe se inició de modo formal hacia el 12 de febrero de 1528, aunque otros refieren 1503 como el año de llegada de los primeros africanos a Santo Domingo. El historiador cubano José Luciano Franco afirma que fueron dos comerciantes alemanes, Henri Ehinger y Jérôme Saylor, quienes como agentes de los banqueros Wel-ser dominaban las finanzas de la Corona española y que junto con los Fugger obtuvieron la primera autorización para importar esclavos.

Otras fuentes señalan a los genoveses como los primeros negreros del Caribe. Lo cierto es que unos y otros tal vez precedieron a los portugueses, franceses e ingleses, quienes llevaron a cabo la empresa de la trata sistemática e ininterrumpida. Portugal perdió el

monopolio del mercado de “ébano”, mientras que las otras naciones europeas creaban sus propios mecanismos para participar en el lucrativo negocio.

Los traficantes ingleses aparecen en el escenario del mar Caribe entre 1562 y 1569, cuando John Hawkins llega a la región y cede a los colonos españoles en Santo Domingo un número importante de africanos a cambio de oro, azúcar y cueros. Para entonces, Hawkins se había convertido en uno de los principales promotores del comercio de contrabando en la región, con el cual era burlado el férreo monopolio comercial impuesto por España en sus colonias. Después, en 1588, la armada invencible es derrotada, pero la decadencia de la Casa de Austria y la ocupación de Jamaica en 1655 impulsan nuevamente el tráfico de esclavos en el Caribe a manos de los británicos.

La Isla Tortuga se convirtió en refugio seguro de negreros, contrabandistas y piratas, mientras la Company of Royal Adventures disfrutaba del derecho exclusivo de organizar el inhumano comercio en África que abarcaba desde el cabo Branco hasta el de Buena Esperanza. Los británicos gozaban de los beneficios obtenidos en virtud de ese supuesto derecho concedido en 1661, que se redujeron sensiblemente en el contexto de la guerra contra los holandeses, por lo que surgió, en 1672, la Royal African Company, teniendo ya como accionistas a miembros de la realeza inglesa. Esta compañía transportó a las colonias españolas, sobre todo a las caribeñas, una cifra que alcanza los 50000 esclavos en un lapso relativamente corto de nueve años. En las Antillas francesas, la trata negrera fue impulsada por Du Casse, el gobernador de Saint Domingue, quien en 1701 negoció entre los reyes católicos Luis XIV de Francia y Felipe V de España, la firma del Tratado de Asiento. Este hábil negociador era el cabecilla de los piratas del Rey Sol; después de nombrado caballero de la orden de San Luis fue promovido a almirante de la flota del monarca, quien lo distinguió y le otorgó privilegios.

El convenio de 1701 daba a la Compañía de Guinea el monopolio de la venta de mano de obra africana en las colonias españolas del Caribe y en algunas del continente. Esa empresa capitalista adquirió el compromiso de enviar 4 800 esclavos cada año, durante dos lustros, extraídos de varios puertos de África occidental, para entregarlos en Veracruz, Cumaná, Portobelo, La Habana y Cartagena de Indias. Para que la carga humana alcanzara el Perú, la compañía se sirvió del istmo de Panamá.

La sucesión del trono español provocó la guerra que a la vez modificó radicalmente las relaciones de fuerza en Europa y dio a Inglaterra y a sus aliados, Portugal y Holanda, la hegemonía absoluta sobre el comercio negrero en la zona del Caribe, especialmente en Cuba.

El acuerdo de paz que se firma en Madrid el 27 de marzo de 1713, es ratificado en uno de los artículos del Tratado de Utrecht, en el cual se le reconoce a los ingleses el monopolio, durante 30 años, del comercio de esclavos en la codiciada área del Caribe.

La South Sea Company, fundada en Londres, concentró la mayor parte de esa licencia; uno de sus representantes, el irlandés Richard O'Farrill, proveniente de la isla de Monserrat, asumiría la organización de la trata desde las Antillas. Al parecer es desde una de las Antillas donde O'Farrill creó un depósito de esclavos para redistribuir mano de obra africana que incluso llegó a la Nueva España a inicios del siglo XVIII.

Para dar fin al privilegio comercial de los traficantes ingleses aprovechando la confrontación entre Gran Bretaña y España, en 1740, los comerciantes cubanos y españoles tomaron el negocio bajo su control.

Así, la Real Compañía de Comercio de La Habana se apodera del monopolio del comercio exterior de los territorios más importantes del área y asume el compromiso de proveer de esclavos a los plantadores azucareros criollos; los beneficios obtenidos se repartían entre los tratantes asentados en Cuba. Cuando la empresa deja de funcionar en 1799, el Real Decreto del 23 de enero del año siguiente autorizaría a los negreros cubanos, dominicanos y puertorriqueños a satisfacer la demanda de fuerza de trabajo en las colonias francesas del Caribe.

Cuando la demanda de esclavos crece, la Corona se ve obligada a admitir el libre comercio en las grandes Antillas, lo cual se extendió por Real Decisión el 24 de noviembre de 1791 a los traficantes de Santa Fe, Buenos Aires y Caracas. Varios especialistas coinciden en el papel primordial desempeñado por los mercaderes de esclavos de Cuba a inicios del siglo XIX, pero a decir verdad fueron los contrabandistas ingleses, franceses e, incluso, estadounidenses quienes disfrutaron del tráfico en época tan reciente.

Así se llega al momento en que realizada la Revolución industrial en Inglaterra, al avanzar la producción con excedentes, ocurre el cambio del mercantilismo a la etapa premonopolista del capitalismo que reclamaba nuevos mercados para sus excedentes y en vez de mano de obra que sustituyó con las máquinas, requería masas de asalariados con capacidad adquisitiva. Cobró entonces fuerza la campaña por la supresión de la trata y de la esclavitud.

Líneas adelante se verá cómo muchos discursos abolicionistas, pronunciados principalmente desde la sede del desarrollo industrial de entonces, Inglaterra, mezclaron reclamos justos con alegorías de todo tipo, mismas que ocultaban los

verdaderos intereses económicos de muchos abolicionistas. Aunque la esclavitud se suprimió en Haití y Santo Domingo tras la primera revolución esclava de América y en 1807 se prohibió armar navios negreros en las colonias británicas e introducir esclavos en ellas, todavía pasarían muchos años para dar fin al tráfico que no se detuvo pues las ex colonias inglesas de Norteamérica siguieron importando desde Zanzíbar numerosos esclavos.

Para precisar con más certeza la participación de Francia en la trata negrera, salvando el ocultamiento de los historiadores, partimos de finales del siglo XVI, cuando Francia no poseía colonias ni en África ni en América. Su incorporación al comercio internacional, y en especial a la trata negrera, ya se ha dicho, es tardía debido a las guerras de religión que tuvo que librar. Enrique IV sólo alcanzó a proyectar una política colonial que no se realizó sino hasta que el cardenal Richelieu ejerció el ministerio y actuó como jefe y superintendente de la flota, cuando Francia inició su expansión allende los mares.

En 1626 se fundó la Compañía de San Cristóbal para la explotación del tabaco y la madera en las islas del Caribe; es el momento en que Francia ocupó las pequeñas Antillas, la Isla Tortuga y una parte de Santo Domingo.

En 1633, algunos comerciantes asociados obtuvieron permiso para traficar en Cabo Verde y Senegal. En 1640 se levantó un fortín en Saint-Louis. Se crea la Compañía del Senegal, que quebró en 1658.

Todavía al empezar el reinado de Luis XIV, su gobierno no tenía ni recursos financieros ni marina, por lo cual el comercio entre Francia, África y las Antillas era irregular. Las costas africanas desde el Cabo Verde hasta el Congo estaban en manos de portugueses, holandeses, ingleses e incluso de brandeburgueses y suecos que habían levantado edificaciones en Guinea. Es en 1664 cuando la trata francesa se organiza oficialmente a la par que organiza el comercio marítimo regular, gracias a los capitales de la iniciativa privada con los que se formaron compañías de comercio; éstas fueron encargadas de las factorías de ultramar, estimuladas por las subvenciones y los monopolios.

El proyecto concebido antaño por Richelieu se realizaba al fin a través del administrador de la Marina, Colbert, quien la convirtió en secretaría de Estado en 1669 y se valió de su posición para asegurarse los beneficios monopolistas, de suerte que las plantaciones vendieran sus productos agrícolas a las metrópolis, comprándoles a éstas sus productos fabricados; era un doble tráfico practicado en exclusividad por los navieros reales de los Borbones franceses.

El comercio de Guinea llegó a ser un punto clave para la economía de Francia, a tal punto que los negociantes de la época lo consideraban como el principal objetivo de su actividad, temiendo que al mínimo descuido otros países pudieran apoderarse del mercado de esclavos en sus colonias y del aprovisionamiento de los productos europeos de consumo permanente; a la vez que el Estado francés se preocupaba por las ganancias de la exportación, se interesaba en la importación de los productos de las colonias para su propio consumo.

Se ha hecho referencia a que en 1701 Luis XIV de Francia y Felipe V de España, ambos católicos por excelencia, habrían de firmar un contrato considerado por algunos como asiento, en el cual se le concedió a la Compañía de Guinea el monopolio, durante 10 años, para introducir esclavos africanos en las colonias españolas de América. El privilegio del asiento negro fue objeto de disputa entre las naciones marítimas, conservándolo los portugueses hasta 1640.

En esta era llamada de los negreros, había llegado a su fin la hegemonía holandesa; la Corona española, deseando evitar el contrabando, intentaba manejar el asiento desde las Indias a través de un comerciante de Caracas que tenía amplias relaciones comerciales con Lisboa y Sevilla, Marín de Guzmán, quien había establecido un contrato con la Compañía del Cacheo o Compañía Real de Guinea para cumplir con el asiento; a su muerte, la compañía obtuvo el contrato, con el cual los portugueses se quedaron nuevamente con el comercio de esclavos durante los años 1696-1703, cuando España ya había firmado el contrato con Francia para que ésta se encargara de introducir esclavos en las Indias españolas por concesión; el número de negros a introducir anualmente era de 4 800. La procedencia de los esclavos podía ser de cualquier parte de África menos de Mina y Cabo Verde, y los navios españoles o franceses podían desembarcar en cualquier puerto incluyendo Callao y Buenos Aires, que hasta el momento no habían sido frecuentados por el comercio negrero oficial, aunque se supone que el comercio clandestino era especialmente intenso en Buenos Aires. En realidad, el contrabando de esclavos era practicado en las colonias hispánicas por ingleses, portugueses y holandeses, quienes con la complicidad de las autoridades coloniales burlaban el monopolio del asiento concedido a los franceses.

La Real Compañía Francesa de Guinea no alcanzó a cumplir con sus compromisos y en 1710, dos años antes de su vencimiento, se declaró en bancarrota. Esto le abrió el camino a los ingleses quienes obtuvieron con la Paz de Utrech el privilegio del asiento en 1713.

Además del derecho a proveer de esclavos negros a la Indias españolas, Inglaterra logró otros privilegios comerciales y el territorio de Gibraltar. La Compañía del Mar del Sur (South Sea Company) sería la que disfrutaría todos los derechos del asiento inglés. Sus

antecesores, la Real Compañía de África (The Royal African Company, 1672) y la Compañía de Reales Aventureros (The Royal Adventurers Company, 1663), habían logrado establecer una serie de fuertes y factorías en la costa de Guinea, pero Holanda había conquistado los fuertes y barrido las factorías, por lo que en 1667 Inglaterra poseía solamente el castillo de Cape Coast, que inicialmente había sido sueco, y Cromantine en la Costa de Oro.

La Real Compañía Africana se había fundado en 1672 para mantener los fuertes e ir ejerciendo progresivamente el control de la trata en las costas africanas desde los puertos franceses del Senegal hasta Loango y Angola, que continuaban en posesión de Portugal. La compañía tuvo que afrontar, además de la defensa de los fuertes y las negociaciones con los reyezuelos africanos, a los mercaderes ingleses independientes que traficaban libremente, desconociendo su monopolio.

Estas irregularidades tuvieron como consecuencia la fluctuación en los precios de los esclavos, que llegaron a subir de tal manera que los plantadores de las colonias inglesas protestaron acremente. Generalizadas estas protestas, la compañía se vio obligada a admitir que la trata se abriera a todos los traficantes ingleses, quienes se obligaban a pagar a la compañía el diez por ciento del valor de sus cargamentos. A pesar de ello, los costos de mantenimiento de los fuertes eran muy altos y la compañía perdía cada vez más dinero, con lo que la trata peligraba. Por todas estas razones la compañía fue disuelta en 1752.

El Asiento de Negros, firmado en marzo de 1713 entre España e Inglaterra, ratificado en Utrecht en abril del mismo año, permitió la expansión británica tanto de sus colonias como de su comercio. Su victoria significó la eliminación de Francia del comercio indiano y la posibilidad, durante 30 años, no sólo de ejercer el monopolio de la trata y el comercio, sino de respaldarlos con la ocupación de algunos territorios en las Indias occidentales.

Entre las actividades comerciales a que tenían derecho los ingleses, estaba la del “navio de permiso”, que consistía en el envío anual de un navio con cargamento y tonelaje fijos con destino a los mercados de los puertos indios: Veracruz, Cartagena y Portobelo. También obtuvieron permisos de navegación libre y directa y la autorización de establecer factorías en algunos puntos de las colonias hispanoamericanas. Éstas se utilizaron como depósitos de esclavos y de mercancías de contrabando, el cual lejos de disminuir aumentó, propiciado por la red de navios de redistribución tanto de esclavos como de mercancías.

Para mantener el monopolio de la trata y aprovecharlo al máximo, la Compañía del Mar del Sur estableció un acuerdo con la Royal African Company que todavía existía y que mantenía contactos comerciales con las factorías africanas.²

En América, los puertos de entrada de los pequeños y grandes navios ingleses eran: Caracas, Campeche, Veracruz, Cartagena, Buenos Aires, Portobelo y La Habana. Por Panamá se hacía la distribución a Perú, Bolivia y Chile. Los ingleses vendían sus productos a precios más bajos que los españoles, quienes tenían que pagar altas sumas por concepto de derechos sobre sus mercancías, lo cual, además de vencer a los importadores, redujo al máximo el comercio legal. De hecho, lo que los ingleses practicaban, era un comercio de contrabando amparado en el “navio de permiso” al que se agregaban barcos menores que anclaban en lugares donde no podían ser controlados. Los centros ingleses de depósito y redistribución de negros así como del contrabando estaban en Barbados y Jamaica.

Legalmente Inglaterra tenía en las manos el control del tráfico marítimo, a pesar de lo cual no pudo impedir que sus competidores franceses, holandeses y portugueses continuaran el comercio ilícito en Sudamérica y el Caribe; esto dio lugar a reclamaciones mutuas entre España e Inglaterra alegando derechos y violaciones a los efímeros tratados de 1713. Tras varios intentos de negociaciones y alegatos acompañados de algunas escaramuzas en 1718 y 1727, Gran Bretaña declaró la guerra en 1739, su Compañía del Mar del Sur sufrió ataques de piratas españoles, confiscaciones y desmantelamientos en sus factorías americanas. El contrabando desde Jamaica siguió ininterrumpidamente. Pero esta isla no tuvo la exclusividad del comercio ilícito, también en La Habana y en las 13 colonias de Norteamérica se constituyó en actividad habitual de los angloamericanos.

Se habrá de insistir en el llamado “comercio triangular” que algunos autores rebaten.

Consistía fundamentalmente en operaciones de trueque, en las que la compra de esclavos era pagada con mercancías; en la triangulación Europa-África-América se transportaba de la primera: barras de hierro, pólvora, baratijas, armas de fuego, licores, telas, sedas, quitasoles, gorros, sombreros, pipas de fumar, espejos, navajas, cuchillos, sables, cuentas y objetos de vidrio, vajillas, porcelanas, caracoles marinos utilizados como moneda por los africanos, tabaco y otras mercaderías; de África salían: esclavos, pimienta, oro y marfil, y de las colonias americanas se llevaba a las metrópolis: oro y plata, azúcar, tabaco, algodón, melaza, ron, variados frutos tropicales, café y materias primas para las industrias europeas. Los principales puertos de la era de los negreros que rivalizaron entre sí, eran en Inglaterra: Liverpool, Londres y Bristol; en Holanda, Amsterdam; y en Francia Nantes, La Rochelle, Rouen, Saint Malo, Burdeos, Marsella y

Dunquerque. Hacia finales del siglo XVIII, el tráfico negrero se elevó a la cifra de un millón de esclavos anuales, de los cuales la mitad correspondía a Inglaterra.

La rivalidad entre las potencias europeas no sólo causaba acciones bélicas internacionales, sino conflictos internos en cada país entre comerciantes y compañías detentadoras de los beneficios del tráfico. En Inglaterra, por ejemplo, la Real Compañía de África poseía 100 barcos que mantenía en las costas africanas; para competir con ella, los mercaderes pusieron 200, lo cual no constituía nada extraordinario si tenemos en cuenta que en 1735 había en Londres 135 mercaderes, en Bristol 150 y en Liverpool 135, todos interesados en el comercio de negros. El tráfico de estos particulares superaba el monto del que realizaban los del monopolio, por el cual se desató una campaña en su contra. Por otro lado, la compañía había acrecentado sus deudas y los subsidios del Tesoro Inglés eran insuficientes para el mantenimiento de los fuertes en Guinea. Ante el desastroso estado de negocios de la citada empresa, el Parlamento inglés revocó la carta de la compañía indemnizando a sus acreedores; la sociedad fue disuelta en abril de 1752, obligándose a transferir las posesiones que tenía, fuertes, tierras, esclavos y municiones, a la Compañía de Mercaderes y Comerciantes de África, formada por negreros ingleses que se comprometieron a mantener las factorías y a realizar el comercio.

La rivalidad francobritánica no se debía sólo a la disputa por el dominio de las factorías de las costas africanas, sino también a la carrera por el control del comercio en las colonias hispánicas de las Indias occidentales, puesto que el tráfico negrero legal ocultaba el comercio fraudulento (*interlope*), que llegó a producir mayores beneficios que el de los esclavos.

El libre comercio

La producción y el comercio de los imperios coloniales en el Nuevo Mundo crearon una serie de necesidades que fueron transformando la política económica de las metrópolis europeas, afectando también al comercio de esclavos.

Las colonias inglesas de América del Norte habían desarrollado con gran rapidez su producción, la cual tenía excedentes considerables en productos que se comerciaban en las Antillas, al igual que los negros esclavos. No habiéndose constituido aún en nación independiente, los norteamericanos aprovecharon el asiento que España había concedido a Gran Bretaña para habilitar numerosos buques que sirvieron de transporte de esclavos entre las costas africanas y las colonias hispánicas. En este tráfico, los africanos eran cambiados por ron, los norteamericanos obtenían azúcar y melaza de las Antillas a cambio de animales, maderas y alimentos. Los mismos buques que transportaban mercancías, llevaban esclavos a las colonias. Así se desarrolló otro comercio triangular que enriqueció a individuos y regiones, entre las cuales Nueva Inglaterra y los puertos de las colonias centrales fueron los más beneficiados, alcanzando su economía una expansión notable ya en las primeras décadas del siglo XVIII. Esto fue posible porque Inglaterra permitió, antes que terminara el monopolio del asiento, el libre comercio de esclavos entre sus súbditos, que llegaron a controlar gran parte del tráfico entre África y América. La libre trata era un recurso para equilibrar a las compañías monopolistas en la que Inglaterra favoreció el sistema de las grandes compañías, el cual se mantuvo durante mucho tiempo.

La economía de las colonias de Norteamérica, basada en el libre comercio que los ingleses impusieron, implicó la inclusión de las Antillas; los buques proveían a los plantadores antillanos de implementos de trabajo, alimentos y animales. Los puertos de salida eran Boston, Bristol, Salem, Nueva York y Newport, con destino a Jamaica y Barbados, para después tocar Barlovento y los establecimientos españoles, holandeses, daneses y franceses de las islas del Caribe. Allí recibían, además de metales preciosos con los que se pagaba a la metrópoli, jengibre, pimienta, maderas tintóreas, algodón e índigo, todo lo cual era transportado a Inglaterra; la melaza y parte del azúcar se llevaban a las refinerías de Rhode Island y Massachusetts donde se hacía el ron, con el se adquirían esclavos, marfil, cera de abejas y goma. Este comercio iba acompañado, en el tiempo que duró, de una intensa actividad de contrabando que practicaban los mismos comerciantes norteamericanos; la piratería no cesó, así como el *comercio interlope* que tenía como cómplices a las mismas autoridades coloniales.

A raíz de la guerra con Inglaterra en 1739, España se vio obligada a firmar algunos asientos con particulares, limitados y aplicados sobre todo al mercado esclavista americano, aunque también causaron el rompimiento con la Compañía del Mar del Sur que tenía el monopolio del asiento. Las concesiones fueron otorgadas a mercaderes españoles que por fuerza tenían que negociar con los representantes de la misma compañía, cuyos intereses se liquidaron con el Tratado del Buen Retiro en 1750. El regreso al sistema de concesiones limitadas, otorgadas a asentistas españoles, acarrió

complicaciones burocráticas y aumentó el contrabando que, por las mismas rutas, ejercían asentistas y funcionarios coloniales en franca complicidad.

Dos años antes de un nuevo conflicto armado contra Inglaterra, los comerciantes españoles obtuvieron contratos para la introducción de más esclavos por los puertos de Campeche, Portobelo, Honduras y Cartagena. En 1762, al declararse la guerra contra Inglaterra, las concesiones se prolongaron hasta su terminación. Todo esto contribuyó a la transformación de la trata, consiguiéndose en 1789 la total libertad del comercio negrero de las colonias españolas.

En ese mismo año, siendo rey de España Carlos IV, se decretó la libertad de comercio de negros en las provincias caribeñas de Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico y Caracas. En 1791 se sumaron los virreinos de Buenos Aires y Santa Fe, así los barcos negreros podían permanecer en los puertos americanos el tiempo necesario para sus negociaciones. Ya en 1793, los súbditos hispanoamericanos estaban autorizados para ir directamente a África y adquirir esclavos sin pagar derechos. Chile, La Plata y el virreinato del Perú consiguieron las mismas concesiones en 1795 aunque limitadas a periodos de cuatro años, que se prorrogaron hasta 1804, de este modo todos los puertos importantes de Hispanoamérica se beneficiaban del comercio libre de esclavos.

Durante la guerra por la independencia de las colonias inglesas de Norteamérica, el tráfico con los aliados permitió a los norteamericanos apoderarse del comercio cubano, en el que se intercambiaban libremente los productos de cada región sin pagar derechos a los europeos. Los norteamericanos entraron en La Habana inundando de mercancías el puerto y originando con su actividad ilícita toda suerte de conflictos, al perjudicar el comercio entre España y los virreinos. En 1783 fueron expulsados de La Habana los que se habían establecido en ese puerto desde 1778.

Aunque las relaciones comerciales con Norteamérica fueron prohibidas, el contrabando continuó hasta que en febrero de 1789 se autorizó a los extranjeros la introducción en Cuba de esclavos negros. La entrada de buques en los puertos de la isla favoreció el contrabando humano en el que participaban tanto los abolicionistas ingleses como los antiesclavistas norteamericanos. A decir verdad, los norteamericanos sacaron partido desde 1783 de los conflictos bélicos entre las potencias europeas para dominar el comercio negrero; amparados por las reales disposiciones, numerosos navios transportaban esclavos y mercaderías. Este tráfico mercantil sólo era interrumpido por los corsarios franceses que interceptaban y capturaban los barcos negreros. Aunque en menor escala, los norteamericanos continuaron su negocio introduciendo negros en los puertos cubanos hasta 1790 con el imperativo de la abolición de la esclavitud.

En el siglo XIX comienza, pues, aún bajo el régimen de libre comercio, una etapa que para Mellafe (op. cit.) es, desde principios de ese siglo, una forma de libre comercio; la trata negrera sufre vicisitudes que a veces la anulan completamente. La guerra con Inglaterra de 1804 y la iniciación del movimiento abolicionista de la trata inglesa, en 1807, repercutieron directamente en la importación de negros. Poco después, en 1810, desde la iniciación de los movimientos de emancipación en Hispanoamérica y durante las guerras a que dieron origen, la corriente negrera se suspendió casi absolutamente, pero esto no significó ni su extinción, ni la abolición inmediata de la esclavitud.

Conviene detenerse en la organización que tuvo que tejerse con redes internacionales para asegurar la eficacia y utilidades del comercio de esclavos, especialmente en la última etapa de libertad de comercio. De hecho, era una gran organización mercantil con armadores, consignatarios y banqueros, entre otros, que residían en las bases europeas del triángulo comercial: Liverpool, Burdeos, Nantes, Cádiz, Sevilla, Lisboa, etcétera.

La importancia de las transacciones y la tardanza de las comunicaciones, hacía necesaria la inversión de grandes capitales en el negocio de la época. Los buques negreros zarpaban de las costas europeas con su cargamento de productos coloniales para el intercambio en África por esclavos. Después de este primer intercambio, habiendo vendido la “mercancía de ébano” en los puertos americanos, regresaban a los puertos de origen con cargamento de los productos tropicales (azúcar, tabaco, cera, mieles, etcétera) para un segundo intercambio de éstos por esclavos y con el precio de lo vendido en letras de cambio. Todos estos intercambios se efectuaban en el transcurso de largos meses teniendo que realizarse sucesivamente transacciones de todo tipo que derivaban de esa complejidad, y aquí, un ejemplo (*Papel periódico de La Habana*, del 26 de diciembre de 1799) en el que se puede apreciar el mecanismo de la trata y los intereses de los ingleses en ella:

El comercio de África es para Inglaterra de la mayor importancia. Por esta razón, los armadores han procurado cuanto podría contribuir a la seguridad de sus capitales. Atendiendo a que es imposible realizar de contado el valor de las ventas hechas en las colonias, a que por otra parte sus remesas en especie ocasionan pérdidas, no pueden los capitanes africanos ser los agentes de sus poderdantes para vender las armazones, y así sus dueños a fin de remediar estos inconvenientes, y recibir con facilidad el capital y beneficio de las expediciones luego que regresan sus bajeles, han concurrido a las casas

coloniales, cuyo establecimiento es el más sólido, de la suerte que aquí se verá explicado. (Ortiz, 1975).

Las etapas de la ruta del esclavo

La reconstrucción de las etapas del tráfico negrero, hace difícil tener una versión más o menos puntual de la captura de hombres y mujeres en sus comunidades, poblados y hogares en el interior del continente africano: esta etapa se puede inferir de algunas crónicas de los mismos negreros y de testimonios depositados en la tradición oral que apenas ha comenzado a rescatarse. Para las etapas sucesivas se puede comenzar con la información sobre los barracones de concentración de los esclavos donde eran depositados por sus captores; tanto en esos depósitos como en los buques de transporte, los navegantes y los negros de la costa realizaban sus negociaciones en un clima de desconfianza, perfidia e indudablemente culpa compartida.

Repasando diferentes textos someramente, se lee que los buques se aproximaban muy poco a la costa, temerosos de un abordaje sorpresivo de los africanos desde las piraguas, infundiendo en las poblaciones de aquellos parajes de la costa el temor a la superioridad de las armas. Algún avezado aconseja que en ciertos fondeaderos los tratantes no bajen a tierra, ni permitan que se les acerque más de una piragua a la vez, debiendo celebrar todas las negociaciones a bordo del buque negrero mismo.

Pero poco a poco fueron estableciéndose factorías permanentes en la costa, donde la trata era mas fácil y el fondeadero más seguro.

Las factorías, construidas como verdaderas fortalezas, estaban defendidas con las armas y cañones que daban seguridad a los traficantes; estas construcciones, se sabía, eran el lugar donde se compraban seres humanos, residencia de negreros, que al mismo tiempo atraían a las caravanas de esclavos acarreados del interior. Unos y otros esperaban detrás de los muros a los buques de la trata para cambiar los productos europeos por la “mercancía de ébano” (*idem*).

Así surgieron las segundas bases del comercio triangular, los puertos negreros: Gorea, Arguim, Badagri, Albreda, Ouidah, el Mina, etcétera.

En la iconografía de la infamia, se aprecia el poderío de lo que fueron esas factorías negreras, sus barracones y sus fortalezas. Hoy conocemos su historia por los testimonios de los viajeros y los vestigios, testigos materiales de los siglos de la trata en las costas africanas, principalmente las de la costa occidental y Mozambique, en la costa oriental. Continuamente, en especial desde la segunda mitad del siglo XVII, ingleses, franceses, holandeses, portugueses y daneses sostuvieron pugnas por delimitar su control en las zonas de litoral africano favorables para el comercio de esclavos. Las factorías cambiaban de manos una y otra vez, según los vaivenes del expansionismo europeo y de la trata.

La fundación de estos establecimientos, iniciativa de los tratantes, tuvo al principio solamente el fin de comerciar con los africanos, puesto que los europeos no intentaban todavía la ocupación directa ni una colonización territorial. Llamados pragmáticamente *comptoirs* por los franceses, *loges* por los ingleses, empezaron siendo depósitos provisionales mientras que las circunstancias favorecían el comercio, para hacerse permanentes cuando se comprobaba plenamente su eficacia comercial. Entonces se edificaban como fortalezas, para convertirse en base de las futuras colonias territoriales europeas.

Por esas variantes en los factores de la trata, es difícil trazar con precisión su itinerario geográfico. Apenas con los datos de las crónicas parciales, seguramente muchas fantasiosas o deliberadamente alteradas de los tiempos que nos ocupan, se logra una visión más o menos aproximada de lo que fue este proceso, con sus accidentes y sus dramáticas implicaciones.

Fernando Ortiz toma de José Antonio Saco algunas páginas que acredita como inéditas y que aparecen en su obra *Los negros esclavos* (1975: capítulos VII, VIII y XIX) que resumidas dan cuenta de que:

La trata se hacía al norte y al sur de la línea norte ecuatorial. Al norte empezaba en Cabo Branco, junto a Arguim y no lejos de Portendic. Los holandeses quitaron a los portugueses estos puntos en 1638. Aquéllos los cedieron a los ingleses en 1666 pero en pocos meses los volvieron a adquirir. En 1687 Luis XIV los arrojó de ellos contentándose en destruir sus obras.

Por entonces Federico Guillermo, elector de Brandeburgo, queriendo dar actividad a sus estados arruinados por las guerras, oye las proposiciones de algunos comerciantes de las Provincias Unidas que deseaban participar del tráfico del África occidental, y lo persuaden a levantar altos fuertes y comprar esclavos para América. Se formó una compañía que en 1682 adquirió tres establecimientos en la Costa de Oro, y uno en la isla de Argulm. Los corsarios, la rivalidad de esas naciones y la ignorancia o mala fe de los agentes de la compañía, la arruinaron. El rey de Prusia vendió estas propiedades a la compañía de Holanda en 1717, antes de haber tomado los holandeses posesión de Arguim, una posesión de Francia, que por el Tratado de Nimega la tomó en 1721; después la perdió y la volvió a ocupar en 1724. Desde entonces ocupó estas posesiones hasta 1763 cuando Inglaterra, que durante la guerra que había cesado en ese año había adquirido el Niger o el Senegal, las reclamó como sus dependencias. La victoria le dio a Arguim y a Portendic.

Por la paz de 1783, estas radas se hicieron comunes y ambas naciones pudieron frecuentarlas, aunque Inglaterra no pudiera levantar ningún establecimiento en ellas.

De la ribera izquierda del Senegal sacaba Francia las gomas, y de la ribera derecha de 1 200 a 1 500 esclavos anualmente.

La paz de 1783 restituyó el Senegal a Francia, además, 50 leguas de costa desde la boca de este río hasta la del Gambia. Aunque siempre gozaron pacíficamente del comercio exclusivo de ese espacio de costa y sus tres *comptoirs* de Joal, Portugal y Albreda nunca dieron al año más de 300 o 400 esclavos. La pequeña isla de Goré es la capital de estos pobres establecimientos (*idem*).

De la obra de Saco estudiada por Ortiz, se infiere un itinerario que, abreviado, conduce a un recorrido, durante los siglos XVII y XVIII, por el litoral de la costa africana (Ortiz, 1975: 129-153)

Cerca de la embocadura del Gambia, en una isla, los ingleses establecieron a mediados del siglo XVII el fuerte James, que en un solo siglo fue tomado, rescatado y saqueado siete u ocho veces. De aquí salían anualmente 3 000 negros traídos del interior.

Por su parte, los portugueses construyeron en las márgenes de los ríos Bissagos y Gazamanza tres poblados y dos fuertes pequeños, mismos que no fueron respetados por otras naciones que también traficaron esclavos en estos puntos.

En Sierra Leona los ingleses concentraron sus negocios. De aquí y de otros puntos vecinos sacaban cera, marfil, oro y un número indeterminado de negros.

La frecuencia de este comercio en las costas, que consistía en adquirir esclavos, marfil y arroz, entregando mercancías diversas y armas de fuego, era irregular y se efectuaba tanto en *comptoirs* provisionales o bien a bordo de los mismos buques.

En otros puntos como en cabo Apollonia, los ingleses no pudieron establecer un comercio exclusivo, porque ahí la trata tenía un movimiento considerable, siendo frecuentada por varias naciones.

La Costa de Oro ubicada entre el cabo mencionado y el río Volta, fue de mucha utilidad para los portugueses. Cuando España dominó a Portugal, esta nación descuidó sus intereses en África y los holandeses ocuparon el Fuerte de la Mina en 1637 y Axim en 1643, tratando, como los portugueses, de excluir a las demás naciones del comercio en este sitio. Los navegantes que se dirigían a la Costa de Oro tenían que pagar el paso a los holandeses con la décima parte de los cargamentos.

Los esclavos de la Costa de Oro, considerados por su gran fortaleza física, eran muy apreciados. Eso explica que en esta costa, los holandeses tuvieran 12 o 13 *comptoirs*, los dinamarqueses cinco, y los ingleses 10, siendo el más importante cabo Corso, punto al cual los ingleses impidieron el acceso.

Ingleses, franceses y portugueses iban a buscar negros con frecuencia al Petit Popo en Dahomey, donde hubo un mercado famoso por el número y la calidad de sus esclavos. Cada nación tenía un fuerte en la isla de Gregory, a dos millas de la costa.

En la misma costa de Dahomey, en Portonovo, los portugueses ofrecían tabaco del Brasil a cambio de negros; los tratantes africanos tenían un extremado aprecio por este producto americano y aceptaban con gusto el intercambio. Los demás traficantes adquirían los remanentes de los cargamentos portugueses. Ouidah fue sin duda el puerto de salida más importante de la costa dahomeyana.

Badagri fue muy frecuentado por franceses y portugueses pues era un punto en donde se concentraban muchos esclavos. Aquí, los europeos concurrían juntos, gracias a que las mercaderías de oferta eran muy variadas y los intercambios se efectuaban sin disputas.

Athoni, situado en las islas de Curamo, y la costa de Benin, abundante en marfil y esclavos, sostuvieron comercio exclusivamente con los ingleses que se impusieron sobre los demás competidores.

Situado relativamente cerca de cabo Formoso, está el nuevo y el viejo Calabar, una región de epidemias y naufragios que sin embargo atrajo a los tratantes por los bajos precios de los cautivos. Los ingleses adquirían de 7 000 a 8 000 negros al año. Ningún otro europeo se arriesgaba a incursionar por la zona.

Un sitio de gran actividad fue el río Gabón; mientras que desde ahí los holandeses exportaban marfil, cera y palo de tinte, los ingleses, en cambio, compraban esclavos que venían de las pequeñas naciones de esa costa. Estos esclavos de Benin, Calbari y Gabón se consideraban "inferiores", sin embargo los ingleses los llevaban para venderlos mezclados con otros en los mercados de las colonias.

Hacia el sur, después de Cabo López, en una costa de difícil acceso y clima nada favorable, hasta la bahía Mayomba, se compraba sobre todo palo de tinte, pero en ocasiones tanto ingleses como franceses compraban esclavos que llegaban eventualmente.

Loango era un punto más al sur todavía, con clima difícil y malsano; los europeos acudían sólo cuando otros puertos estaban saturados por el comercio y la demanda en las colonias era apremiante.

En Molembo y Cabinda se compraban negros considerados de "excelente calidad", a pesar de ser dos regiones de alto riesgo por las enfermedades que ahí se contraían.

Los holandeses se apoderaron de las posesiones portuguesas en Angola en 1645, pero éstas fueron recuperadas en 1648.

San Pablo de Loanda fue la capital de las posesiones portuguesas que abarcaban de los ocho a los 180 grados de latitud sur, y hasta 100 leguas al interior. En este punto se terminaban los establecimientos y el tráfico europeos.

Sin duda fueron los portugueses quienes realizaban el comercio más extenso en las costas africanas. Sus buques se abastecían en San Pablo o San Felipe. Una vez aseguradas las provisiones, compraban el mayor número de esclavos de diferentes regiones, destinando para sus colonias a los más robustos. Del otro lado del Atlántico, la mayor parte de estos buques, después de tocar los puertos de entrega, llegaban y volvían a salir de sus dominios americanos: Río de Janeiro, Brasil.

Haciendo una estimación general, los esclavos que se compraban al noroeste africano, que eran mayoría, se cotizaban más baratos que los del sur porque las costas de esta parte eran de más difícil acceso, también porque sus mercados no estaban tan bien surtidos como los del litoral norte-oeste. Además, siendo la travesía más larga desde el sur-oeste, moría un mayor número de cautivos.

España adquiere en 1777 las islas de Fernando Poo, Annobon y Coriseo para impedir el contrabando, pero la trata, de todos modos, pudo desarrollarse mientras los franceses ocuparon el estuario del Gabon.

El contrabando cobró gran fuerza después de la supresión legal de la trata. Tanto los negreros de Cuba, Brasil y los Estados Unidos como los piratas de todos los países acudían con frecuencia al río Pongo, al norte de Sierra Leona, de donde extrajeron muchos negros fulas y mandingas; de la costa de la Guinea portuguesa y del Congo también salieron en pleno siglo XIX numerosos cautivos.

Cuando esos *comptoirs* fueron destruidos por los ingleses y franceses, los tratantes se establecieron en la colonia de Gallinhas. Precisamente desde este punto el malagueño Pedro Blanco controlaba un gran comercio de esclavos en toda la costa de lo que después se llamaría Liberia. Desde 1822 este puerto exportaba hasta 5 000 negros anualmente al Brasil, las Antillas y otros países de Suramérica. En 1839 el español se retiró del tráfico que para entonces le había aportado en ganancias un millón de libras esterlinas.³

En 1847, los españoles se retiraron obligados por los ingleses, de los puertos que ocupaban. La trata fue decayendo poco a poco hasta que, como se explicará líneas adelante, en 1853 se consideró prácticamente suprimida.

Lo que hasta ahora se ha dicho sobre el comercio que se iniciaba en las factorías, remite a la lectura de las obras de los clásicos que como A. Saco emplearon muchos años en investigar y escribir tanto los tratados sobre la esclavitud en todos los pueblos de la antigüedad, como el estudio sistemático de la esclavitud en el Nuevo Mundo. Esta consulta nos permite comparar con otros el proceso esclavista atlántico desde su inicio, que rebasa los datos estrictamente económicos, de por sí importantes.

No son pocos los relatos, testimonios y diarios, además de la documentación oficial, que constituyen lo que podríamos considerar la etnografía del comercio de esclavos. Aun cuando se suelen poner de relieve la brutalidad y crueldad, es la esclavitud como institución la que merece condena permanente y total. Los actores no serán

suficientemente en este corpus testimonial, para no pasar de largo frente a los aspectos de carácter descriptivo que tienen siempre implicaciones de diversa índole.

Son dignas de atención algunas observaciones: por ejemplo, la venta de esclavos en las factorías, que generalmente se hacía por lotes en los que entraban hombres, mujeres, viejos y niños: vendiendo a todos se lograba obtener un precio medio. El esclavo tipo que recibía el nombre de pieza de Indias tenía entre 15 y 30 años, debía estar sano, bien conformado y con la dentadura completa. En la jerga negrera una *pieza* equivalía a un esclavo perfecto.

Los cautivos eran examinados minuciosamente por los compradores, y una vez efectuada la compraventa no se podía anular la operación. Si al cautivo le faltaba un diente, un dedo o un ojo, su precio bajaba. Por eso se le sometía a algunas pruebas haciéndolo correr, saltar y hablar, para poder descubrir cualquier imperfección oculta que disminuyera su precio o significara una mala inversión.

Algunos testigos hacían notar que aunque el pudor de las esclavas no era muy riguroso, se avergonzaban de la minuciosidad indiscreta con que se verificaba la inspección de su cuerpo.

También hay referencias de que ciertos traficantes lamían la barbilla de los esclavos para descubrir, según el sabor del sudor, sus enfermedades. Por la dureza del pelo de la barba se sabía la edad del esclavo, independientemente de la declarada por sus vendedores.

Las operaciones comerciales en África hacían muy largas y costosas las estadías de los buques. Los factores, encargados del transporte, debían pagar a los reyezuelos, rapaces y pérfidos, derechos de anclaje en los fondeaderos. Además había que cubrir los pagos a los numerosos intermediarios entre los habitantes de la costa, que aprovechaban el tráfico para desempeñarse como servidores y proveedores de los factores, quienes habitualmente dependían de ellos.

Las operaciones se complicaban aún más cuando se tenía que calcular el valor de los esclavos en especie o en monedas de exclusivo valor local. En cierta época, las más comunes, por ejemplo, fueron los cauris o cowries, pequeñas Conchitas marinas provenientes de las islas Maldivas, de Zanzíbar o de Mozambique, llamadas por los naturalistas *Cypraea moneta*, muy difundidas y apreciadas en África noroccidental. Se piensa que estos cowries fueron traídos a las colonias por los mismos esclavos, principalmente a las Antillas. Son los “caracoles” con que hasta hoy día se lee el oráculo del Dilogún en la Santería cubana.

Otra moneda que se usó en la trata, fue la *barra de hierro*, que pesaba de 40 a 50 libras, tenía 13 pies de longitud por dos pulgadas y media de ancho y de cuatro a cinco libras de espesor.

También existe la versión de que en los primeros tiempos de la trata, los esclavos se compraban con “bujerías y abalorios” engañándolos “como a los indios”. De entonces (1612) son unas quintillas de fray Pedro Beltrán, en las que dice:

Vidrios con dos mil reflejos
Y espejos que allá se estañan;
Que a todos, niños y viejos,
Como negros nos engañan
Con vidrios y con espejos.

Por todo eso se hace difícil, cuando se lee la cuenta de una cargazón de esclavos, tener una idea más o menos precisa del precio que se pagaba por ellos.

De las mercancías que servían para ese comercio de cambio, así como del valor de éstas, se puede tener una idea en la siguiente síntesis de las páginas inéditas, de Saco, citado por Orttz:

Un misionero en el África francesa observa que en 1764 algunas mercancías europeas con las que se compraban negros 40 años antes, ya no tenían en aquella época ningún valor y que éste había variado mucho en donde todavía lo tenían. Los artículos más útiles para el tráfico eran los siguientes:

Hierro en barras. Éstas, según la costumbre de la Compañía del Senegal, eran para navegar el río Gambia más fuertes, y por lo mismo más caras que en otras partes de

África. En la factoría de Goré cada barra valía cinco libras y cinco sueldos de Francia; pero los negros no la recibían sino por cuatro libras, de suerte que en cada barra se perdía una libra y cinco sueldos. Por esto en los tratos con los negros, a los europeos les interesaba dar el menor número posible de barras. Como éstas en el río Gambia eran diferentes de las del resto de la costa de África, también lo era la cantidad de mercancías que con ellas se podían comprar; por ejemplo, con una barra de Gambia se obtenían cuatro pintas de aguardiente, y sólo tres con una de la costa de África. Un fusil se vendía por cinco barras del Gambia y por seis de la costa de África.

Para adquirir esclavos las mercancías más comunes eran éstas:

Aguardiente. Junto con el hierro era el artículo más necesario para el tráfico africano. Con ellos, todo se podía; sin ellos nada se lograba.

Armas. Debían estar recubiertas de cobre, pues las que lo estaban en hierro o cuero no eran susceptibles de trueque, por hallarse expuestas al enmohecimiento u oxidación.

Pataques de Holanda. Éstas y las piastras fueron las únicas monedas que conocían los negros y su uso era indispensable para la trata de esclavos en la Gambia y sus inmediaciones. La pataca de Holanda, que según el precio corriente de Francia no tenía en Gambia un valor sino de tres libras y un sueldo, valía entre los negros lo mismo que una *piastra gouldre*, que en Francia llegaba a valer hasta cinco libras y cinco sueldos. Por consiguiente, en cada pataca había una ganancia de dos libras y cuatro sueldos.

Fusiles finos y pistolas, de un solo cañón o de dos. Los de dos cañones se destinaban únicamente para los reyes y los grandes de su corte.

Pólvora y balas de plomo. Después del hierro y el aguardiente, eran los artículos más necesarios para la trata.

Tijeras, cuchillos, navajas, hebillas de zapato, espejos, jabón, tabaqueros y tabaco. Este último era entre todos los artículos mencionados en este párrafo el más estimado.

Medias de hilo y zapatos para quienes en la costa se vestían a la francesa. Canequines blancos o rayados, telas rayadas y baftas.

Las agujas, los candados, cascabeles, relojes, pajuelas, lana hilada de colores y cintas de seda de fondo rosado y con brillo de oro o de plata, eran efectos que dejaban una utilidad de 400 por ciento.

El clavo, especia que se empleaba en collares y cinturones de las negras que gustaban de hacer cuentas con estos granos.

El papel lo empleaban los marabouts para escribir algunos pasajes del Corán y los grigris u oraciones con que mantenían la devoción de los negros.

Los *pañuelos* de fondo rojo brillante los usaban mucho las negras para envolverse la cabeza, y dejaban gran ganancia. Aún mayor era la que rendían los *rasos* y las *piezas pequeñas de seda de fondo blanco* y de rayas rojas; particularmente las mulatas compraban esas telas para hacer *pagnes* con que cubrirse. Vendíanse también con mucha estimación las telas de Bretaña y las camisas ordinarias, pues en toda la costa del Senegambia y particularmente en el río Gambia, las buscaban los mulatos, los negros cristianos y aun los mahometanos. Una camisa y unos calzones de esa tela que se ponía un negro, le hacían creer que era superior a los demás que andaban desnudos.

El *ámbar amarillo* y el *coral* eran artículos de gran demanda. El coral fino de Marsella era tan estimado que en el interior del África se cambiaba por el oro, peso por peso. Para la compra de esclavos no se daba de ese coral, sino otro común al que también se le denominaba *rassate*.

Las *brujeñas de vidrio* eran las mercancías que dejaban más ganancia a los europeos, las que los negros compraban y las de mayor consumo en la costa de África. “Negros y negras, mulatos y mulatas -dice Demanet- usan cinturones enormes que a veces tienen un pie de largo y tres o cuatro hileras de grueso. Las *verreteries* finas son para las personas acomodadas y las comunes para sus esclavos” (Ortiz, 1975; 134-137).

En este punto debemos considerar que en la tradición africana, una mujer no se consideraría digna de ser vista sin sus collares y cinturones de coral, de ámbar, de *loquis*, de *gallet*, de cornalinas, de cristales o de granos de oro, que fabrican los africanos mismos. De ahí que toda clase de abalorios eran apreciados y por tanto absolutamente necesarios para la trata de esclavos, tanto como otras mercancías que satisfacían muchas necesidades.

Los precios de esas otras mercancías se detallan en algunos relatos de viajeros, por ejemplo el francés Le Maire, quien hizo un viaje por las costas africanas en 1682. En la isla de San Luis, en la boca del Senegal, observó que los comerciantes negros ofrecían a los franceses: cueros, marfil, esclavos y algunas veces ámbar gris. Los moros ofrecían la

goma arábica. Para adquirir estos productos, los franceses daban, en cambio, cobre, estaño, algodón, telas, aguardientes y granos de vidrio, obteniendo una ganancia de 800 por ciento. Un buen esclavo que se vendía después en moneda fuerte, se compraba por ocho francos o bien por cuatro o cinco botellas de aguardiente. Así, los esclavos se enviaban a América, y las demás mercaderías a Francia.

En el reino de Galam, a mediados del siglo XVII, se podían adquirir esclavos varones entre los 18 y los 30 años por mercaderías con un valor de 20 libras de Francia. Según consta en los testimonios de la Compañía del Senegal. Para 1772, los traficantes franceses compraban en Angola los negros a 50 y 70 francos.

Aunque los comerciantes europeos que se asociaban para hacer negocios en África daban pruebas de tener capital suficiente y puntualidad en los negocios, los armadores, antes de fiarles sus intereses, exigían la firma de las grandes casas financieras como fiadoras mediante el interés de 1.5 por ciento. Las operaciones no eran complicadas; el armador de Liverpool, o de cualquier otra ciudad del reino inglés, si tenía lista su embarcación para navegar a las costas de África y después vender su carga en las islas del Caribe, escribía de antemano a la casa de Londres fiadora, y a la casa americana a quien determinaba consignar sus negros. El armador adquiría la obligación de que se aceptaran y pagaran las letras de cambio que se librasen sobre su carga, resultantes de la suma total que produjera la misma.

Por supuesto el capitán del navio, una vez llegado al puerto de destino, debía dirigirse al negociante que le indicaban sus instrucciones. Al conocer el número y calidad de los negros que componían la carga, el negociante acordaba con el capitán el plazo de las letras de cambio que se librasen en Londres, y cuyo valor era el producto total de la venta.

Aquellos plazos variaban en caso de que los esclavos estuvieran enfermos, viejos o muy jóvenes, causas que dificultaban su venta. Pero cuando la "mercancía" era de buena calidad y las cargas estaban "bien surtidas", era común librar las letras de cambio a nueve, 12 y 15 meses de vista, y alguna vez a seis y 12 cuando aseguraban una operación de una carga calificada como "óptima" como las que provenían de la Costa de Oro.

Fijado el día de la venta, que en general era el octavo o décimo después de haber llegado la embarcación, se ponían todos los negros a vista de los compradores informados del precio y condiciones de pago, se hacía un escrutinio de los esclavos separando a los de "mala calidad", por enfermedad o defectos. Después se hacían lotes de 40 o 50 en los que entraba una porción de negros *piezas*, de mujeres y niños. Los

compradores se cercioraban de su igualdad y los numeraban, repartiéndolos, cogiendo cada uno los que les destinaba la suerte.

Un ejemplo de la composición de las cargas de la Costa de Oro es éste: dos terceras partes de varones y una tercera de mujeres, en las que llegaba a haber una cuarta parte de niños de uno y otro sexos. Surtidos los lotes de estas tres clases, cada cabeza se vendía entre 180 y 190 pesos fuertes.

Las cargas de Sierra Leona, Cabo del Monte, Islas de Loes, costa de Angola y río de Gambia, se componían igual que las de la Costa de Oro. Distribuidos en estas clases y porciones se vendían entre 176 y 180 pesos fuertes cada individuo.

Las cargas de viejos y jóvenes, más numerosas en mujeres, con pocos niños, tenían más fácil salida en el mercado de los puertos de América. En la mentalidad de algunos tratantes, las mujeres de ciertas naciones tenían "mejor aspecto" que otras, las había más industriosas, según la etnia de procedencia. Las cargas consideradas "de buena calidad" eran las que se componían de negros sanos y "buenos mozos", aunque su procedencia étnica estuviera entre las consideradas como de "tercera clase", alcanzaban a venderse entre 150 y 160 pesos fuertes por "cabeza".

El consignatario que disponía de la carga recibía cinco por ciento por la venta y cinco por ciento por la remesa; pero también era responsable de los resultados de la venta, puesto que, como ya se dijo, el capitán, en el momento que concluía la venta, recibía el importe líquido de los negros en letras de cambio sobre alguna casa de Londres.

Los armadores europeos preferían las letras de cambio a cualquier otra forma de pago, porque estos valores librados por casas conocidas y bien acreditadas, reforzados con la aceptación de una casa de Londres con solidez notoria, servían para comprar en las manufacturas, navegar con las mercancías y continuar el tráfico; siendo estos documentos de fácil negociación como los del banco, el cargador se ahorraba las pérdidas que tendría con otra moneda que no fuera la moneda corriente, pérdidas que podrían ser hasta de 10 o 12 por ciento.

Cuando un comprador pactaba pagar en determinados plazos, también quedaba obligado a pagar el interés que era de seis por ciento al año, contando tres meses después del día en que se le entregaban los negros. Ese interés era para el consignatario que hacía la venta y había quedado como fiador.

Durante un tiempo, la mayor parte de los negros eran llevados a los puertos de las islas de la Dominica y Granada por ser las únicas que estaban abiertas a todos los tratantes

que acudían a este mercado de redistribución. Las cargas se consignaban a cuatro casas de las cuales había dos en cada una de las islas. Se pretendía que las cargas que se vendían en otras colonias fueran para su consumo y no para la redistribución como los mercados de las dos islas mencionadas.

Salvo grave impedimento, todos los navios empleados en el comercio de África, se quedaban pocos días en las colonias una vez vendidos los negros. Los capitanes, una vez que habían obtenido sus letras de cambio, salían rápidamente a fin de llegar a Europa y aprovechar las estaciones convenientes para navegar de nuevo a las costas africanas. Sus expectativas se frustraban cuando empleaban más tiempo en cargar en las colonias las mercancías locales, una práctica muy común de los franceses.

Las tres o cuatro casas de Jamaica que hacían comercio con África, teniendo fondos suficientes, daban una fianza de libras esterlinas en Londres para asegurar a los armadores el pago puntual de sus letras de cambio. Esta fianza era de 1.5 por ciento de todo lo que importaban sus contratos.

Por otra parte, se estableció que los factores o consignatarios recibieran un interés de seis por ciento al año sobre el importe total de los negros vendidos a crédito, comenzando a contar 30 días después que se entregaban. Este tipo de ventas, en las costas del sur de África, corrían a riesgo de los consignatarios, pues la embarcación llevaba siempre consigo en letras de cambio el total de sus fondos.

Como Jamaica era la mayor de las colonias inglesas del Caribe, las ventas se abrían después de hacer circular los avisos 14 o 15 días después de la llegada y la descarga de los barcos.

En esta isla se podía escoger a los esclavos. Si la compra se hacía el primer día y los negros eran de "primera calidad" se pagaban hasta 200 pesos por cada uno, más los derechos de introducción y venta que eran cuatro pesos fuertes por cabeza. No se tenía la obligación de comprar por lotes.

En los días que seguían, el precio bajaba desde 180 hasta ciento cincuenta pesos fuertes, pero los "mejores" siempre se vendían el primer día.

La venta de unos y otros estaba entre 42 y 47 libras esterlinas, lo que equivalía a 177 y 198 pesos fuertes. En algunas épocas se llegaron a vender los esclavos de la Costa de Oro que eran muy apreciados, en precios que iban hasta las 49 libras esterlinas o 208 pesos fuertes por cabeza.

También existieron compañías para el comercio ilícito de esclavos o contrabando. Los barcos salían de los puertos de América con bebidas destiladas para las Canarias (Tenerife), Cabo Verde, etcétera, por cuenta de negociantes acreditados y participantes o accionistas. Según testimonios, los grandes hombres de negocios de la primera mitad del siglo XIX en Cuba, fueron negreros; consta en las crónicas que eran, al mismo tiempo que amigos íntimos de los gobernantes, sus consejeros civiles y muchas veces sus consocios. Con frecuencia se contrataba a extranjeros como capitanes de los navios para el contrabando.

Las cargas rendían enormes ganancias, tantas cuanto mayores eran las dificultades de la importación de esclavos. Los barcos que se construían para transportar cargas humanas llegaban a llevar hasta mil negros por viaje. Una carta particular de los armadores del navio el Venus notifica que llegó a La Habana con 850 esclavos desembarcando en una bahía cercana a dicha ciudad. El precio de los esclavos “de primera calidad” era en esa época de 70 libras esterlinas cada uno; pero no siendo óptima toda la carga, se calcula que se vendieron a 50 libras en promedio.

El margen de ganancias de alrededor de 38 600 libras era suficiente para animar al más prudente negociante e incluso para allanar cualquier dificultad legal.

Otros gastos que debían preverse, eran el costo del equipo y armamento que en términos generales podían sumar 50 000 dólares; por consiguiente, un solo viaje exitoso bastaba para cubrir, en el siguiente viaje, la pérdida de la nave inclusive con cargamento, en caso de naufragio.

Un funcionario inglés escribió en 1838 otro cálculo: en Guinea, un esclavo de primera costaba unos 50 pesos en mercancías y se vendía en Cuba por 350 pesos. Pero deduciendo el flete, la prima del seguro, las comisiones, la alimentación durante la travesía y demás gastos accesorios, quedaba un beneficio de 200 pesos por cada *pieza de Indias* y reduciendo más aún esa cifra al destinar una cantidad para accidentes e imprevistos del negocio, siempre resultaba una ganancia de 150 pesos por cabeza. No sorprende que el contrabando negrero resistiera tanto contra las medidas de represión y tardara tanto en desaparecer.

Los franceses establecieron en Gorea una factoría, la cual comprendió el comercio de los reinos de Cayor, de Sin y de Salum. Del reino de Cayor se sacaban anualmente 200 o 300 esclavos. Dos muchachos se recibían por un hombre o tres de aquéllos por dos de éstos, atendiendo su edad y su constitución, en saberlo escoger consistía la habilidad de los factores. Los únicos puertos para el comercio con el reino de Sin eran Joale y Faquiou; y de ellos se sacaban anualmente casi 200 esclavos.

Trueque, compra y precios⁴

Los franceses establecieron en Goré tres tarifas y por ellas se gobernaron durante muchos años; aún regían en 1714. La primera la aplicaban para tratar con el rey que era, generalmente, a quien se compraban los negros; la segunda para sus empleados y la tercera para los efectos que en aquellos tiempos se daban por un esclavo. Por esta tarifa se compraban al Darnel o Soberano de Cayor.

Plata acuñada o patacas de Alemania que valian 28 s. la pieza	30
Gran Macaton 30 con su cadena	1
Ámbar grueso, amarillo, libras	3
Balas de fusil, libras	100
Coral rojo grueso, onzas	9
Cuchillos flamencos	240
Cajas de tambores a la francesa	2
Paño de escarlata, anas	4
Bandas de tafetán con franjas falsas, anas	4
Aguardiente, pintas	100
Barras de hierro	30
Fusiles comunes	4
Fusiles guarnecidos de cobre amarillo	3
Clavo, especia, libras	4
Iris de Florencia, libras	4
Lana roja hilada, libras	30
Pistola, pares	3
Pólvora, libras	50
Papel, resmas	12
Telas rojas y amarillas, anas	30
Satalas o medias fuentes de cobre	30
Tela de quintin, piezas	6
Tela indiana de 5 ½ varas, pieza	5
Cuentas o granos de vidrio, grandes y pequeñas, de mil en hilo, hilos	10

Cuadro 3.1. Cantidad de mercancías que se canjeaban por un esclavo.

Esta tarifa no regía enteramente en Rufisque, Portugal y Joal, pues allí se daban indistintamente para el soberano y los súbditos.

Pito con cadena	1	por	1	esclavo
Corneta o bocina, con cadena	1	por	1	esclavo
Macaton con cadena	1	por	1	esclavo
Bandas de tafetán con franjas	2	por	1	esclavo

Hacia el segundo tercio del siglo XVIII, el precio de los esclavos que compraban los franceses había variado mucho. Si en otro tiempo se vendieron desde 12 hasta 18 barras, o su equivalente en mercancías, ya no se podían conseguir en la costa sino a 31 barras, 41 y a 51 en el río Gambia. Procedía esta notable diferencia de la alta tarifa que habían impuesto los ingleses para excluir a los franceses y apoderarse enteramente de la trata de aquel río. El precio convenido no se pagaba todo en barras, sino en varios efectos,

Cuatro de hierro	21	-
Diez de aguardiente	15	-
Dos de pólvora	3	4
Dos de balas de plomo	3	12
Doce de dos fusiles de trata	19	12
Una en brujería de vidrios comunes	1	8
Treinta y un barras... Precio del esclavo	63	16

suponiendo que aquél fuese de 31 barras, éstas se podían repartir en el orden siguiente:

Algunas mercancías valían tanto que, a veces, ellas solas bastaban para comprar un esclavo. Así éste se obtenía por dos fusiles finos con labores de oro o plata en el cañón, o por uno de dos cañones de la misma calidad, o por un par de pistolas de dos cañones.

Cuando la mayor parte de las barras que se habían de pagar consistían en ámbar, hierro, coral o patacas de Holanda, entonces el precio del esclavo aumentaba a la proporción del valor intrínseco de las barras; pero si éstas costaban menos que las anteriores, como sucedía con las de plomo, pólvora, brujería de vidrio, armas y aguardiente, el precio bajaba en proporción. Por eso, cuando se compraban muchos negros, no sólo se hacía entrar en el número de barras toda clase de mercancías, sino que se procuraba determinar la naturaleza y calidad de las barras con que se había de

pagar. De este modo, los esclavos venían a salir en la costa de África a 70 libras de Francia.

Tres en coral y en ámbar	30	16
Cuatro en patacas de Holanda	24	4
Cinco de hierro	26	5
Doce en aguardiente	18	-
Diez en una pieza de tela fina azul o 35 indiana	18	12
Diez en dos fusiles de trata	3	4
Dos en pólvora	-	-
Cincuenta y un barras... Precio del esclavo		

No así en el Gambia, cuyo precio subía a 51 barras que se pagaban así:

En suma, el precio de un negro en el río Gambia era más del doble de otro en las costas de África, y esta enorme diferencia no provenía tanto del número de las barras sino de su calidad, pues había mucho más coral, ámbar, hierro y patacas de Holanda.

Demagnet dice que aunque a su llegada al África, en 1764, éstos eran los precios de los negros del río Gambia, él los hizo bajar y refiere el modo como lo consiguió. He aquí sus palabras:

Yo hice comprar un esclavo en mi presencia por mi cuenta particular. El precio de la trata es, se me dijo, de 51 barras. Yo las entregué. Hecho esto, observé que el vendedor de este esclavo no se llevaba dieciséis barras que eran parte del precio. Dos días después, hice mis diligencias por saber la razón de esto y encontré que esas dieciséis barras eran la ganancia de algunos intérpretes. Instituido por este descubrimiento, al día siguiente yo mismo compré otro esclavo sin el auxilio de intérpretes. Después de haber hecho alejar de la factoría a todas las personas sospechosas que hubieran podido perjudicarme sirviéndose de la lengua que yo ignoraba, él no me costó sino 36 barras. Para asegurarme más de la verdad, quise comprar otro esclavo de la manera que acabo de decir y su precio fue de 35 barras. Por entonces, los residentes de la factoría quedaron desconcertados y no supieron responderme otra cosa sino que los intérpretes

los habían engañado. Desde esa época, el precio del esclavo ha quedado reducido a 35 barras.

Tales son los precios a que se compraban negros en el occidente de África en los siglos XVII y XVIII. El escaso valor de las mercancías que daban a cambio de ellos, aseguraban una ganancia muy considerable, y esta ganancia es el argumento más poderoso que respalda la hipocresía de los que, para continuar el más infame de los tráficos, invocaban en su favor la religión y la humanidad.

El transporte de los esclavos a la costa es quizá la fase más inhumana y cruel del tráfico. Eran capturados por sorpresa, sobre todo en los primeros tiempos antes de que la noticia de la trata fuera difundida.

Arrancados de sus hogares y sus comunidades, reducidos a nada, sin identidad y sin protección alguna, desposeídos de su cultura material y negados en su dignidad como seres humanos, una vez capturados y reducidos a servidumbre, los negros comenzaban su ruta en dirección a los navios ignorando su suerte. Después de ser llevados a la costa abordaban los buques negreros.

Ya se ha señalado que la mayor parte de los esclavos eran vendidos por los propios reyezuelos y sus agentes negreros que ejecutaban redadas, en poblados y aldeas lejanas, de hombres y mujeres de preferencia jóvenes, para conducirlos en largas caravanas hasta la costa y entregarlos a los traficantes que, despreciando a los sometidos, aun sabiendo de qué pueblos procedían y estaban plenamente identificados, sólo registraban el nombre de su etnia de procedencia con fines de contabilidad y para criterios de selección en futuras operaciones.

Los viajeros de la época, algunos célebres por sus hazañas, nos describen esas trágicas caravanas (con las que se podía encontrar cualquier viajero) como largas filas que podían llegar a 60 o 70 hombres y mujeres con niños en los brazos o en la espalda, que se desplazaban atados unos a otros con cuerdas pasadas por el cuello o atadas a las piernas, custodiados por hombres armados con mosquetes que vigilaban a los infelices para impedir su huida. Caminando penosamente, recorrían distancias enormes con raciones miserables de alimento y agua.

Por las noches se les aseguraba aún más con grilletes en las manos y cadenas de hierro en el cuello. Los negreros mismos que conducían la caravana, descargaban sobre sus

víctimas la violencia que les causaba el malestar de la marcha bajo el sol y otras inclemencias durante el traslado a las factorías.⁵

Los sufrimientos eran cada vez mayores; todavía en pleno siglo XIX se escribieron testimonios sobre estas caravanas, en los que se confirma que los hombres iban atados por el cuello y las manos, las mujeres tenían las manos libres para obligarlas a cargar sobre su cabeza pesados sacos de trigo, arroz y demás provisiones, llevando además sobre sus espaldas, según la costumbre africana, los niños que no podían andar. Los tratantes, que muchas veces iban a caballo, las hacían caminar a paso rápido para no perderlas de vista.

Es fácil imaginar que en las condiciones en que iban los negros sometidos en estas caravanas, con frecuencia marchaban en largas filas, agotados, enflaquecidos y exhaustos por la falta de alimentación, flagelados por los golpes. Muchas mujeres enfermaban por el peso de su carga, sufriendo por la hinchazón de piernas, cubiertas de llagas, obligadas a apoyarse en bastones para seguir en la marcha, so pena de quedar en el camino abandonadas y morir de hambre y deshidratadas. Cuando algunos viejos iban en las caravanas, si se mantenían en pie hasta las factorías, llegaban completamente quebrantados y medio muertos de fatiga. A cada lado de la caravana, marchaban los negreros con el látigo o la lanza en la mano, golpeando a los rezagados. Si uno caía rendido, el verdugo lo sacrificaba sin contemplaciones. Los cadáveres se abandonaban para ser devorados por las hienas y los buitres.

La prisa de los que conducían las caravanas se debía, entre otros motivos, a la necesidad de alejarse lo más pronto posible de las poblaciones donde habían capturado a sus pobladores. Se abrigaba el temor de que recibieran ayuda para escapar y se perdiera la "mercancía". Ese miedo hizo a los negreros implacables en el trato, recurrían a cualquier suplicio para reducir a los negros e impedir las evasiones. Muchas veces se les ejecutaba de un tiro en el cráneo o se les rodeaba el cuerpo desnudo con ramas espinosas que al menor movimiento producían dolores espantosos. Los testimonios confirman que los actos de crueldad salvaje eran frecuentes.

Cuando el trayecto a recorrer era muy largo, se hacía el transporte por los ríos y era igualmente penoso. Se utilizaban canoas en las que se tendía a los cautivos atados de manos y pies; el viaje duraba muchos días de suerte que los infelices se mantenían expuestos a un calor intenso o a lluvias torrenciales que soportaban prácticamente inmóviles. Las distancias recorridas eran a veces considerables. Algún documento consigna cautivos procedentes de 300 y hasta de 1 200 millas lejos de la costa.

Estas caravanas que trazaron la primera parte de la ruta del esclavo, verdaderas caravanas del dolor, marchando bajo el sol ecuatorial, con alimentos racionados, sin agua apenas, por caminos pedregosos polvorientos y accidentados, ocasionaban sufrimientos y mortandad. ¿Cómo calcular el número de sacrificados durante la captura y traslado de su hogar natal a los barracones de la costa? ¿Qué cálculos pueden ser confiables a este respecto?

Los sufrimientos de los esclavos continuaban en los depósitos de las factorías negreras de la costa. Al llegar a estos lugares, muchos de ellos ya habían sido vendidos a los tratantes quienes encerraban a la “mercancía” en rústicas casas de bambú o de troncos de árbol; se les llamó *barracones*, y eran la segunda estación de la ruta del esclavo. Nuevamente encadenados y vigilados, los esclavos comenzaban a sufrir los efectos de nostalgia y tristeza que aniquilaban a muchos. ¿Cuántos murieron en estos siniestros barracones?

Para lograr su recuperación, los carceleros que los vigilaban los hacían salir dos veces al día y los obligaban a sentarse formando círculo, encadenados, en el patio del barracón; entonces se podía escuchar el canto doloroso de los negros invocando a sus deidades, que estremecía la conciencia de los tratantes. Muchas veces se les obligaba con el fuste a moverse y a golpear una mano contra otra para evitar que los afectara la inmovilidad. Se producía un movimiento enérgico de gritos, de cantos y de palmoteos en ese vasto y desventurado círculo humano en los días o semanas y hasta meses de espera, hasta que el barco negrero llegaba y metidos en el fondo del navio hacían la travesía para llegar a su destino final: la esclavitud en tierras desconocidas.

Testigos presenciales de la vida de los esclavos en el barracón dan su versión después de visitarlos en las factorías. Las versiones son similares; en esos sitios los negros eran aherrojados después de un penoso viaje por el interior. Owen escribió en 1825, después de una visita a Benguela, sobre los numerosos esclavos de ambos sexos encadenados a pares. Un centenar de estos infelices acababan de llegar de un punto muy lejano. Muchos eran verdaderos esqueletos, presas de todos los males ocasionados por la fatiga y el hambre.

En algunos de ellos el roce continuo de los grilletes había carcomido las carnes y el hueso aparecía desnudo: las heridas ulceradas eran receptáculos de insectos, en esas cavidades gangrenadas. Lo mismo aseguraban haber visto otros viajeros.

Por todo lo descrito, la gangrena, la viruela, la disentería, el hambre diezaban la población de los barracones.

Los barracones o *tumks* -como dicen los ingleses-eran lugares de horror y de condenación, verdaderas salas de putrefacción, donde los esclavos permanecían encerrados noche y día por temor de que se fugaran. Allí se experimentaban esos olores infectos que atosigaban a los europeos al penetrar en los barracones. Allí sufrían los esclavos hasta su partida, un verdadero suplicio que agotaba en pocos días su salud y su vigor.

Esta vida horrible del barracón se prolongaba a veces de modo extraordinario en espera de la llegada del buque negrero que debía cargar esa mercancía viva para las plantaciones coloniales de América. La inseguridad de la navegación a vela y, después, los temores de un apresamiento por parte de los cruceros ingleses cuando se convirtieron en perseguidores de la trata, alargaba las estadías de los barcos negreros en los fondeaderos de África.

En Badagri, costa de Benin, cuando había mercado general de negreros, no era raro que abundasen los esclavos a la venta y que escaseasen los compradores. En ese caso, el sostenimiento de “la carga” corría a cargo de los vendedores africanos; pero argumentando falta de recursos, el rey ordenaba una acción de “saneamiento”. Consistía en que los enfermos, los viejos y los débiles eran separados y encerrados en uno de los barracones. Al día siguiente, los que habían sido separados, eran llevados al mar en canoas con un peso cualquiera amarrado al cuello, se les arrojaba al agua para que muriesen. La misma suerte esperaba a los esclavos que por otras razones no eran adquiridos por los tratantes. Se menciona que quien visitó Badagri pudo constatar que había cinco barracones con mil esclavos cada uno.

En otros relatos se dice que en 1830 el rey de Loango refirió fríamente a los oficiales de un navio que él podía cargar en una semana ocho buques con 400 o 500 esclavos cada uno; como eran sus prisioneros, mataba a los que no podía vender.

Entre los testimonios de los capitanes negreros está el que contaba que después de que los buques cargaban su mercancía humana, los esclavos rechazados suplicaban para que no los devolvieran al barracón, pues para ellos significaba la muerte segura.

Cuando se daba la imposibilidad de embarcarlos -se dice de algún episodio en Lagos—, en un solo día fueron asesinados 900 esclavos que durante tres meses esperaron el buque que hubiera salvado sus vidas.

Ya en la época en que Inglaterra pugnaba por la abolición de la trata, un oficial inglés que en 1837 bloqueó en Biafra a un negrero portugués escribía: “Supe que el negrero portugués había cargado 400 esclavos. Temeroso de ser capturado por mi buque

demoró su salida durante varias semanas. Tiempo después me informaron que 300 esclavos habían muerto, principalmente de hambre, y otros muchos fueron muertos a tiros por los portugueses. El buque esclavista zarpó de Biafra sin un solo esclavo a bordo; toda su carga había perecido”.

En el caso de que la enfermedad diezmará a las cargas de esclavos, al llegar al puerto se les desembarcaba, y en vez de asesinarlos, se les dejaba a su suerte vagando, enfermos y hambrientos en espera de su muerte.

Los esclavos que morían a bordo de los navios antes de zarpar no eran inhumados; en la primera escala se les echaba al agua, si no eran devorados por los tiburones, se les veía flotar en la playa durante días, hasta que depositados en tierra por el flujo de las mareas, eran devorados por los buitres.

Los padecimientos de los esclavos en su traslado desde el barracón al buque negrero no era menos penoso. El abate Laffitte nos lo describe en un libro sobre el Dahomey.

El traslado en pocas horas de 1 200 negros a bordo parece un prodigio si no se conocen los medios empleados para asegurar el éxito en esta clase de expediciones. A la salida del barracón los esclavos se dividen en bandas; cada una cuenta 25 a 30 esclavos marchando uno tras otro. Una fuerte argolla de hierro los rodea por el cuello, a la cual va unido un eslabón por el que pasa una larga cadena que une a todos los negros de una misma banda, regulariza sus movimientos y les impide la fuga. Si el tiempo no apremia, la banda va lentamente regulando sus pasos según caminen los viejos; pero si los cruceros que persiguen el tráfico esclavista están próximos a la costa, entonces hay que ganar la orilla a la carrera. ¡Desgraciados los viejos y los débiles! Ellos son arrastrados con desesperación por sus compañeros de miseria y cuando la banda se detiene para tomar aliento, no faltan algunos que quedan suspendidos por el cuello de sus argollas como masas inertes. Dramas siniestros han resultado a veces de esos instantes de reposo. Yo he visto un pobre esclavo a punto de perecer, sin fuerza; el latigazo lo encontraba ya insensible; habría que demorar la marcha unos minutos para desatar la cadena. Pero los minutos parecen entonces horas para los negreros... y entonces, ¡horror! El viejo esclavo fue muerto de un pistolazo, le fue cortada la cabeza quedando así libre la argolla de su presa, y la banda, aligerada, emprendió de nuevo su marcha rápida hacia la orilla del mar. Todo estaba listo. No había por qué demorarse en la playa. Aquel día, por orden del rey, todas las piraguas estaban a disposición de los negreros. A los cautivos se les quitaban las cadenas, y se les arrancaba el único trozo de

tela que les servía de vestido y se les amontonaba en las piraguas. Los que caían al mar, caso frecuente, al paso de la barra, eran abandonados a los tiburones. Llegados a bordo eran arrojados a la cala; ya ellos buscarían el modo de acomodarse como pudieran. (Ortiz: 1975)

El hecho de ser vendidos significaba para los esclavos un intenso sufrimiento, pues según revelaciones de los misioneros, los negros creían, en los tiempos de la trata, que los blancos los compraban para llevárselos a lejanas tierras donde los devoraban.

En ocasiones el espacio de las naves esclavistas era insuficiente. El número de negros embarcados resultaba excesivo, a pesar de que las legislaciones inglesa, portuguesa y española habían establecido que los buques destinados a la trata no podían embarcar esclavos sino en la proporción de cinco por dos toneladas. El viaje se hacía en condiciones tan crueles como su captura y su vida en los barracones.

Para burlar las disposiciones legales, los buques registraban un tonelaje mucho mayor que el verdadero, haciéndose más penosa la condición de los cuativos. Todo ello en aras de ahorrar gastos en el *fletamento*.

Ante el temor de ser sorprendidos por los cruceros ingleses que vigilaban el comercio clandestino, los tratantes agrupaban a los esclavos en el entrepuente; los hacían permanecer ahí con las escotillas cerradas. Muchos morían asfixiados, y sus cadáveres eran arrojados al agua. Los navios volvían a tierra para reponer la "mercancía."⁴

Cuando algún comerciante o viajero llegaba a visitar los barcos que en ocasiones eran goletas de bajo tonelaje en las que encerraban hasta 400 esclavos, se refería a esta experiencia y al estado de los infelices esclavos como algo lastimoso y repulsivo. Una vez más se les describe atados por el cuello. Una corta cadena limitaba sus movimientos. Las condiciones de falta de higiene en las que vivían en aquellos barcos, hacen esta historia irrepetible. A bordo, además de atados de las muñecas y pies, materialmente hacinados unos contra otros, los esclavos se tenían que mantener agachados o acostados a causa del poco espacio. En una verdadera prisión navegante, los padecimientos duraban meses enteros. Cuando se distribuía la comida y el agua, las riñas eran frecuentes, los débiles tenían que contentarse con las raciones más escasas. Se les daba media pinta de agua con cada comida.

Para la travesía larga y agotadora, en las provisiones generalmente se calculaba una barrica de agua por individuo, y 10 toneladas de víveres por cada cien esclavos. Algunos negreros procuraban, cuando era posible, proporcionarles alimentos de África: ñame, maíz y arroz. En algunas crónicas se dice que cada esclavo recibía una pinta de agua durante el día. También se informa que además de las comidas se les daba de beber al mediodía, y una o dos veces por semana se les reanimaba con un poco de aguardiente.

El calimbo consistía en marcar a los negros con un hierro candente, en los mercados de esclavos a su llegada a los puertos de América para identificarlos con una letra u otro signo cualquiera, como propiedad del comprador. Pero también hay noticias de que en los barcos, una vez dentro, se les calimbaba. El hierro con las iniciales de los compradores se les imprimía en el estómago, en los brazos o en la espalda; las mujeres eran marcadas en el pecho y las piernas. Se decía que el dolor desaparecía con un vaso de aguardiente. Si el calimbo no se aplicaba en los barcos, seguramente se les marcaba en tierra, con el *hierro* de sus definitivos amos: los señores de las plantaciones.

En los viajes más largos de lo normal, retrasados los barcos por las calmas o cualquier otra causa, las provisiones escaseaban y las raciones eran más reducidas; algunos esclavos rehusaban la comida, dispuestos a perecer de hambre. A éstos se les quemaba la boca con carbones ardientes y se les amenazaba con obligarlos a comerlos si persistían en su negativa. En otras escenas de horror se cuenta que cuando el viaje se prolongaba por vientos contrarios o largas calmas, se dieron casos de negreros que envenenaban a los negros para ahorrar víveres. Algún comisario de marina que viajó a las Indias a bordo de un buque negrero, vio cómo el capitán, falto de víveres, tomó la resolución de matar a algunos de los negros ¡para alimentar con sus cuerpos al resto del armazón!

Cualquiera que sea el grado de veracidad de estos relatos, no es menos cierto que las sevicias y violencias eran frecuentes a bordo de esos barcos negreros a los que Mirabeau llamara “prisiones flotantes”. Por todas partes, rejas, cerraduras, barrotes, cadenas, cepos, esposas, grilletes. Las crónicas, libros y periódicos antiesclavistas están llenos de relatos espantosos, que documentan ampliamente la descripción de los horrores de la trata a bordo de los barcos negreros.

Abundan los casos en que cargas enteras eran arrojadas al mar; los nombres de los buques en que ocurrieron quedaron en la iconografía de la barbarie.

Ya en el siglo XIX, en 1814, el negrero español *Carlos* fue capturado. Tenía 200 toneladas y llevaba 512 negros, 180 más de los permitidos. Antes de la captura se echaron 80 al

agua, pero no pudieron arrojar el resto. En 1819, el negrero francés *Rodem*, con 160 esclavos, zarpó para la Guadalupe. A los pocos días la disentería y la oftalmía se propagan en la carga. A su destino llegaron 93 esclavos completamente ciegos, 12 perdieron un ojo, 14 tenían viruela; el resto fue arrojado al agua. Su importe se cobró en la compañía aseguradora. El mismo año, un crucero inglés capturó a un negrero portugués, *La Nova Felicidade*, con 71 esclavos a bordo y con ¡11 toneladas de desplazamiento! En 1826 se sorprende a la *María Pequeña*, de cinco toneladas, llevando 23 esclavos, propiedad de una tal doña María Cruz Gómez, negrera portuguesa. En 1820 fue cazado el negrero *La Jeunne Estelle*, y el capitán negó tener esclavos a bordo; pero se encontró un barril dentro del cual habían sido encerradas dos niñas esclavas. No se encontraron más; el resto del cargamento humano lo habían arrojado al mar. En 1822, al ser capturada la goleta española *La Vicuña*, se halló una mecha encendida sobre la escotilla de la santabárbara, llena de pólvora. Se esperaba que cuando la tripulación fuera trasladada al navio de guerra, saltara la goleta con 325 esclavos en la cala.

En 1823, contaba un ciudadano de Freetown cómo en los buques negreros se llevaban perros feroces para impedir que los esclavos subieran al puente de noche; también en Cuba y en Brasil se usaban perros para perseguir a los negros fugitivos.

¿A qué seguir...?

En 1825 se calculaba que cada año se arrojaban al mar por los negreros unos 3 000 esclavos vivos, bien para escapar de los cruceros, bien para librarse de *mercancía inutilizada* por la enfermedad.

Las enfermedades hacían presa en las *armazones*, durante los viajes. La viruela, la disentería, la oftalmía y el escorbuto eran las más frecuentes. El ambiente no era para menos. Falconbridge, médico, dice:

Una de las privaciones más insoportables es la del aire puro. La mayor parte de los buques tiene respiraderos; pero cuando hay mal tiempo o llueve hay que cerrarlos, así como las escotillas, por donde el aire libre puede entrar. Así se desarrolla un calor insoportable y el aire cerrado se satura de los miasmas que despiden tantos negros aglomerados y su respiración fétida basta para producir fiebre y afecciones que privan de la vida a gran número de esos infelices. A veces, el entrepuente está tan lleno de sangre y de defecaciones de los disentéricos que parece el piso de un matadero.

En ese viaje que él describe, de 380 esclavos, murieron 105.

Los enfermos, cuando hay quien los atiende -sigue Falconbridge-, son llevados bajo el puente, y allí no tienen otro lecho que la tabla desnuda. Con frecuencia los vaivenes del buque rozan la carne de los pobres negros, en los codos, los omóplatos y las caderas, produciéndoles grandes llagas, y los dolores atroces que tienen que sufrir por tener que estar varias semanas sin moverse, son indecibles. En efecto, muy pocos son los que pueden resistir. Casi todos los días, al abrir el entrepuente, se encuentran esclavos muertos, (consta en las notas de Saco citadas por Fernando Ortiz).

El *Intrépido* llegó a La Habana en 1828, había embarcado 343 esclavos en África y perdió 208 durante la travesía. Al año siguiente el buque negrero *La Fama*, de Cádiz, llegó a La Habana con 300 esclavos, diciéndose que había pirateado en las costas de África robando a otros negreros, unos 980 esclavos, de los cuales muchos murieron durante el viaje por la viruela y otras enfermedades, que asimismo redujeron la tripulación de 157 hombres a 66. Ese mismo año, *La Constancia*, desembarcó en Cuba 70 esclavos, supervivientes de los 438 negros que embarcara en África. Todavía en 1829, la captura del *Midas* reveló haber embarcado 560 esclavos de los cuales, al ser capturados, quedaban unos 400; a La Habana solamente llegaron 282. En 1838 fue capturada la goleta *Aragón*, a la altura de cabo de San Antonio, viniendo de Gallinas a La Habana, con unos 300 esclavos; más de 50 habían perecido en la travesía del Atlántico. En 1839, el negrero *Explorador* cargó 560 negros, y a La Habana llegaron solamente 360. Los casos son numerosísimos, algunos referentes a Cuba.^z

Aun en los viajes más afortunados, las bajas por enfermedades no bajaban de 7 a 8 por ciento, notándose una mayor mortalidad en los viajes desde Benin, el Calabar y la Costa de Oro, que desde Angola y el Congo.

La legislación española llegó a reconocer en 1866 (Real Decreto del 29 de septiembre) esta horrible situación, pues el artículo 12 de dicho Real Decreto pena la mortalidad de negros bozales habida en buques negreros por falta de escasez de alimentos o de agua,

o procedente de infecciones o asfixias por la desproporción del número de los negros embarcados con la capacidad del buque o “por otras causas que debieron preverse y pudieran evitarse”.

Entre las sevicias sufridas por los cautivos deben contarse los atropellos que se hacían sufrir a las mujeres. Falconbridge mismo nos habla ampliamente de ello. En un expediente que obra en el Archivo Nacional de Cuba sobre el apresamiento del bergantín *Jesús María* por el inglés *Rigdore*, se lee cómo ese buque llegó a Cuba con 252 esclavos, de los cuales 97 eran hembras de 13 a 14 años de edad. ¡Todas habían sido violadas durante el viaje! Su capitán huyó apenas ancló el buque en La Habana, y quedó impune.

El doctor J. Fernández de Madrid afirma que al embarcar las negras en África se les daban “brebajes con el objeto de suprimir el flujo menstrual”.

Cuando la nostalgia entristecía a los negros, se les subía al puente y se les obligaba a bailar y cantar. Si se resistían, el látigo los forzaba, como en los barracones; paradójicamente, una de las diversiones favoritas de los negros resultaba para éstos un suplicio.

El barón Alejandro de Humboldt decía al respecto que se azotaba a los esclavos para hacerlos bailar sobre el puente de un buque negrero, y si se les forzaba a cantar a coro: *mese, mese, Malherida* (qué alegremente se vive entre los blancos), esto sólo prueba los “cuidados” que según los negreros se tomaban por la salud de los hombres. Se recuerda que en la descripción de un auto de fe, se pondera la prodigalidad con que se distribuían refrescos a los condenados y la escalera que los familiares de la Inquisición habían hecho construir en el interior de la hoguera para comodidad de los mismos condenados.

Se comprenderá fácilmente cómo las rebeliones de los esclavos habían de estallar a bordo de las naves negreras. En tal caso la represión era igualmente cruel, sin piedad, sin freno. La voluntad del negrero, única ley de la trata, se manifestaba entonces en toda su desnuda fiereza. A los rebeldes se les mataba, se les torturaba horriblemente. Se dice que un negrero, en 1792, sospechando de una rebelión a bordo, condenó a dos esclavos a muerte. Uno de ellos fue decapitado y cortadas sus entrañas en 300 pedazos, que luego hizo comer a los demás cautivos, aterrorizados por el castigo. La otra era una mujer, a quien se le azotó hasta echar sangre, y después se le fueron cortando sus muslos hasta que los huesos quedaron al descubierto, y así murió.

Estaba prohibido, en los barcos negreros, que los blancos tripulantes bajasen al entrepuente, aunque fuese para apaciguar disgustos entre esclavos, por el temor de que éstos aprovecharan la ocasión para matarlos.

La suposición de una rebelión fue con frecuencia alegada para justificar tratamiento inhumano a los cautivos durante el viaje trasatlántico.

Los esclavos, impotentes para sacudir su servidumbre, se suicidaban a veces, arrojándose al mar saltando por la borda de los buques. Por eso, ciertos negreros hacían tender alrededor del barco una especie de redes muy resistentes, cuando los esclavos subían al puente. Moreu de Sain-Mery cita casos de esclavos sublevados a bordo, que una vez vencidos se dejaban morir de hambre y sed.

A esas causas de mortalidad durante el viaje de los buques negreros, se unían otras: las tempestades y el naufragio.

Los datos son muchos. Aquí sólo se refieren algunos sobre la trata en Cuba: la goleta *Yeanam* que en viaje a La Habana se hundió con 380 esclavos; el *Mágico* naufragó en 1826, perseguido por un crucero inglés, salvándose la tripulación y unos 200 esclavos y pereciendo muchos más; en 1827 naufragó la goleta *Teresa* con 186 esclavos; el *Invencible*, que venía en 1837 de Cabo Verde a Matanzas, naufragó con otros buques en las Bahamas, ahogándose 150 negros; la goleta *Esperanza* también embarrancó en Bahamas, perdiendo 100 esclavos; en el *Explorador*, negrero pirata que de Mozambique venía para La Habana, el mismo año, murieron 300 esclavos durante un ciclón.

Todas esas causas de mortalidad aumentaron cuando Inglaterra reprimió la trata y después, cuando fue totalmente prohibida.

Las exigencias del contrabando, como hemos visto, se traducían en mayores sufrimientos para la masa esclava.

Las persecuciones por parte de los buques de guerra ingleses y franceses obligaron a los negreros a prescindir de buques de gran calado. Todo lo sacrificaron en perjuicio del cargamento humano, adoptando barqui-chuelos de escasos tonelajes, o esos buques de rápido andar, pero de construcción detestable que los marinos conocían por *american clippers*.⁸

La tripulación de esos buques debió de tener las características del pirata. Numerosos corsarios norteamericanos, procedentes de la guerra de 1812, se dedicaron a la trata y no dudaron en combatir a los pequeños cruceros ingleses.

Estos buques llegaron a montar cañones y ejercer actos de verdadera piratería, robando sus armazones a otros negreros más débiles, como sucedió con el *Explorador* ya referido, negrero español de La Habana, y con el buque portugués *El Pocha*, también de la trata habanera con Mozambique.

Los negreros usaban el pabellón de su propia nación o de la nación que aprovisionaba los esclavos. A veces usaban pabellones usurpados, y en ocasiones dos; se sabe que el *Venus*, negrero de Baltimore, salió de La Habana en 1838 y cargó esclavos de Mozambique con pabellón norteamericano y llegó a La Habana con 890 negros, bajo el pabellón portugués.

Aun después de la prohibición, la trata se prolongó durante mucho tiempo. La línea de vigilancia de los ingleses y franceses era demasiado extensa: desde Goré a Loanda. La flota humanitaria tenía que registrar el sinnúmero de bahías, puertos y estuarios de la costa africana y luchar en velocidad y astucia con los negreros. La misión de esos buques, luchando contra el sol del ecuador, la monotonía desesperante de esas costas, lo insalubre de los fondeaderos y lo ingrato del clima, resultaba muy penosa además la mortalidad de la tripulación empeoraba las circunstancias.

Cuando la navegación a vapor se extendió, Inglaterra la utilizó montando una flota de *guardacostas* para perseguir la trata. Pero los contrabandistas también la usaron.

El padre Laffitte habla de un vapor negrero brasileño que hizo siete viajes desde Dahomey a La Habana, con 1 200 esclavos a bordo en cada viaje, y que no fue apresado cerca de dicha capital, sino después de haber desembarcado todo su *armazón*.

Sin embargo, así como la locomotora significaba el fin del bandolerismo, el buque de vapor significó el fin de la piratería y de la trata.

Los ingleses otorgaron primas en dinero a aquellos de sus marinos que alcanzaran apresar un buque con esclavos. Tanto en los fondeaderos como en alta mar, los cruceros ingleses ponían como vigías a los mismos negros. Una vela negrera señalada por ellos les valía una libra esterlina, y una bolsa con cinco libras era colgada frente al timonel para ser adjudicada a éste en caso de captura.

Cuando se apresaba un buque tratante, si llevaba esclavos, independientemente del valor del barco, éste se hundía; además, se pagaba al buque captor cinco libras por cada esclavo. Anualmente, se repartían las primas alcanzadas entre todos los que componían la escuadra encargada de perseguir el contrabando.

Inglaterra y Francia, al fin, vencieron y poco a poco fueron tomando posesión de la costa occidental de África, donde estaban las factorías esclavistas, exceptuando las zonas de Portugal y alguna que otra que después cayó en poder de Alemania. Los puertos fortificados para favorecer la trata se convirtieron en baluartes contra la misma, y quedó extinguido aquel gran comercio de piezas de Indias que a tantos enriqueció, que a tantos países dio esclavos para las plantaciones y que tantas penalidades causó entre los pueblos de África.

Orígenes étnicos de los esclavos

Para los estudiosos de las culturas afroamericanas ha sido fundamental el origen étnico de los esclavos; sin embargo, en el empeño de investigarlo han enfrentado algunas dificultades, comenzando con que al desaparecer su identidad, al esclavo se le daba casi siempre un nombre cristiano que podía ser el de su amo, estuviera o no bautizado; los comerciantes genoveses compraban sus esclavos en Lisboa, porque eran los portugueses quienes los traían de la costa de Guinea; ya en tierras europeas eran bautizados y al pasar a los barcos negreros los registraban con su nombre de bautismo. Si el esclavo era un bozal se le daba cualquier nombre y como apellido a veces conservaba el de su origen étnico. Los inventarios documentales de las plantaciones y de los centros de absorción de esclavos han aportado información muy poco confiable sobre el origen de los africanos; el amo blanco, quien generalmente imponía el nombre a sus esclavos, si les daba apellidos, muchas veces eran los de los puertos de embarque. Por esta razón en las relaciones de esclavos abundan los angolas, los minas, los guineas y otros cuyos nombres no son sino el del lugar de procedencia; las tribus más lejanas de la costa, los grupos esclavizados del interior de África, rara vez figuraban en las relaciones de los tratantes, sin embargo se ha conseguido información por otras vías de la procedencia de los esclavos, sobre todo en los siglos XVII y XVIII, cuyo origen fue más fácil de consignar porque en esos siglos los registros eran más explícitos.

Lo planteado por Bastide (véase el capítulo 1) en relación con el método de estudio de los orígenes étnicos establece lo siguiente:

En realidad cuando catalogamos los nombres de tribus que aparecen en los inventarios, como lo hicieron, por ejemplo, Beltrán para México y Escalante para Colombia, se observa que prácticamente no hay tribu africana que no haya suministrado esclavos al Nuevo Mundo: Wolof, Mandinga, Bambara, Bisago, Añi, etcétera. Pero estos negros no han dejado, generalmente, la menor traza de sus culturas nativas. De aquí que el mejor método para el análisis de las culturas afroamericanas no consista en trasladarse primero a África y ver luego lo que queda en América, sino en estudiar primero las culturas afroamericanas existentes y luego ir remontando progresivamente la evolución de los hechos hacia África. Aquí el camino óptimo es inverso al de los historiadores (Bastide, 1969: 14).

Se ha explicado ya, que en África, la Edad del Hierro precedió a la del bronce, en tanto que en Europa apareció primero el bronce y después el hierro. Los prehistoriadores y arqueólogos no dejan lugar a dudas en sus conclusiones. El desarrollo de una cultura elevada durante el periodo prehistórico, es un hecho admitido como la afirmación de que África es la cuna de la humanidad.

En las civilizaciones africanas más antiguas como la egipcia aparece la escritura, otros sistemas menos complejos se produjeron en Camerún y en alguna otra región. Pero en general, los pueblos llamados melanoafricanos o subsaharianos no tuvieron escritura, desconocieron los medios de expresión narrativa o ideológica; en cambio, desde la prehistoria, los habitantes de ciertas regiones reprodujeron en grabados, dibujos y pinturas, la vida de estas poblaciones. En el Tassili y el Kalahari, las representaciones visuales manifiestan, más que una idea, las emociones humanas. La espiritualidad y la emotividad del africano está de manifiesto desde estas épocas remotas, por eso se ha dicho que África es la reserva espiritual del mundo.

Pero si bien dentro, en la zona del África subsahariana se ignora todo tipo de escritura, en la región de Egipto, la cultura africana más antigua, aparece el uso de signos ideográficos, es decir, los jeroglíficos. Aunque en el norte existe también un cierto número de signos vocativos que se concretan en un sistema limitado, los jeroglíficos egipcios, en cambio, dieron nacimiento a una escritura formal. Todos los demás sistemas africanos de comunicación se concretaron en sistemas y códigos que van desde el lenguaje pictórico y escultórico hasta los sistemas de percusión de los tambores.

En el transcurrir de los milenios las culturas africanas tuvieron un desarrollo espectacular, así lo consignan las numerosas obras consagradas a la relación, descripción y elogio de los diversos reinos que florecieron tanto en el Sudán occidental, como en el oriental y en la parte austral del continente. De todas esas obras acerca de las civilizaciones africanas, quizá las más elocuentes sean las que escribieron, a partir de los siglos XII y XIII, los cronistas árabes que dieron fiel memoria de acontecimientos y personajes, y describieron la suntuosidad de los reinos del Sudán.

El Sudán occidental

Fueron numerosos los pueblos que alimentaron el tráfico esclavista del siglo XV, los de la costa occidental proporcionaron mayor número de hombres y mujeres para la emigración forzada al Nuevo Mundo. Los europeos esclavizaron a los descendientes de civilizaciones tan antiguas como la achanti, ewe, mina y yoruba, modelos de organización teocrática. El reino de los achantis, por ejemplo, que pertenece al grupo de los pueblos akanes, fue un reino extenso y poderoso cuyo poder se prolongaba por la costa a pueblos que pagaban tributo, como el de Beinkira, cuyo rey Osai Tutu le dio un gran esplendor.

Los pueblos akanes procedían del norte, emigraron hacia el sur durante los siglos XI y XII; sus artesanos conocían el arte de la extracción del oro y la fundición con la técnica de la cera perdida. De este arte se conservan los moldes que servían para la confección de piezas para pesar el oro, muchas de cuyas representaciones se han comparado con las del arte fenicio que se supone fue transmitido por los bereberes del norte. Los ewes que han sido designados también con los nombres de minas, popas y efes, viven en la zona meridional de Togo y Dahomey; en este último se encuentran además los fones, y los mahíes, todos bajo la influencia yoruba.

Los pueblos yorubas, que se ubican entre Nigeria y Dahomey (hoy Benin), son los pueblos del occidente africano que han recibido la acción del Islam con mayor intensidad; conservan y practican el sistema adivinatorio del oráculo de Ifa que, según la tradición, les fue revelado del este o del norte a través de la influencia islámica. Las excavaciones arqueológicas han demostrado que ya antes del siglo XIII este pueblo

poseía una cultura avanzada. Hacia 1300 el soberano de Ife, la ciudad santa de los yorubas, envió a uno de sus descendientes al reino vecino de Benin para difundir las técnicas del fundido de metales. El estilo del arte en bronce de Benin comprueba las relaciones estrechas entre los dos reinos: de acuerdo con algunos críticos, la plástica de Benin superó a Ife en la técnica y finura de su arte.

La civilización antigua de los yorubas parece venir del este de siglos atrás; su origen, como el de otros pueblos sudaneses, se ubica en la cuna del uso de los metales que es el reino Kushita, de donde parecen venir todos los pueblos del oeste africano, a los que se ha llamado "las razas negras".

En función del extraordinario panorama de supervivencias africanas que ofrece América, es lógico pensar que en esta interculturación de unas etnias con otras, algunas de ellas fueron más numerosas y vigorosas en sus rasgos culturales por lo que terminaron por imponerse. También se ha dicho que muchas tribus africanas pudieron ser esclavizadas por el hecho de haber alcanzado un nivel cultural relativamente elevado; esta hipótesis se basa en el hecho de que no existen sociedades catalogadas como verdaderamente primitivas que hayan sido incorporadas al mundo civilizado a través del proceso de la esclavitud; aquellas sociedades que han alcanzado la revolución agrícola han sido frecuentemente sometidas por otras superiores en fuerza militar. Entre los ejemplos más evidentes se cita a los kikuyus en la costa oriental africana que, siendo una tribu agraria, pudo ser esclavizada, mientras que los wuacambas, una tribu de cazadores, nunca fue sometida. Algunas tribus morían antes de sufrir el cautiverio. Es el caso de los bosquimanos y los hotentotes del sur de África, pueblos apenas cosechadores de frutos, recolectores y cazadores; es el mismo caso de los pigmeos de África central. Estas etnias no están presentes en el mosaico de América entre los pueblos afroamericanos. Todo parece indicar que la mayoría de los pueblos esclavizados habían rebasado los niveles de la revolución agrícola y que pertenecían a imperios-estados de gran cultura, verdaderas civilizaciones.

Los portugueses, que tenían sus mercados principalmente en Brasil, reclutaron la mayoría de los esclavos entre las tribus bantúes de las regiones del Congo, Angola y Mozambique, que a su vez eran las regiones que dominaban. Con regularidad, los sacerdotes portugueses bautizaban las cargas de negros antes de que los navios se dirigieran hacia América. Al igual que los franceses y holandeses, los ingleses extraían sus esclavos de las poblaciones de la alta Guinea; a pesar de que comerciaban con Angola, los grandes puertos esclavistas de donde salió la gran masa de esclavos traficados por ingleses fueron: Mina, Cape Coast, Lagos, Calabar y Bonny, todos al este y al oeste del delta del río Niger. Este río sirvió, en sus múltiples desembocaduras, como vía natural para el transporte de esclavos en canoas largas que después eran

depositadas en los barcos o en los barracones. Las arterias fluviales tuvieron gran importancia en el proceso de acarreo de grupos humanos que se encontraban internados a largas distancias de la costa, siendo ruta de mercaderes; muchos de los esclavos capturados en otras regiones eran vendidos en las desembocaduras de los ríos Niger y Congo. Se ha descubierto que a los pueblos que vivían en regiones lejanas y aparecían en las costas como cautivos, se les daba indistintamente el nombre de su región de origen o de su región de embarque, tal como se ha dicho; de ahí que en las relaciones aparezcan en gran número los esclavos de las mismas regiones costeras; es el caso de Guinea, Dahomey, Ghana y Nigeria.

Como ya se ha referido en este capítulo, Senegal fue zona de extracción de esclavos muy importante junto con otras dos regiones: la alta Guinea y la baja Guinea. La primera, como término usado por los geógrafos, comprendía también dos ríos navegables, el Senegal y el Gambia, controlados alternadamente por franceses e ingleses. De esa región salieron los grupos fulas, wolofs, sereres y mandingas. Se llamaron pueblos senegambeses y eran considerados altamente aptos para el cultivo de caña, algodón y arroz. La alta Guinea era una zona conocida como Costa de Barlovento; mencionada así en muchas crónicas, constituyó un punto de concentración de tratantes negreros hasta el siglo XVIII. Al sur de Gambia otra región que se conocía como Ríos del Sur, incluía lo que más tarde se llamaría Guinea Portuguesa y Guinea Francesa; esta región se extendió hasta Sierra Leona. Entre los ríos de esa región estaban el río Grande, el Núñez, el Pongo, en su mayor parte con amplios islotes en los que se escondían los esclavistas ilegales del siglo XIX. Cuando la trata negrera se inició, se establecieron en la zona depósitos de esclavos en los que se concentraban los de esa costa, los de las islas y los de Sierra Leona, así como los de Sherbro, tres puntos dotados de puertos para el control y embarque de esclavos.

En las cargas que se efectuaban en esa área, los esclavos procedían de numerosas - pequeñas y grandes-tribus como los mendes, bagas, baulés, kissis, danés, gueres y gouros, y de esta misma costa procedían los esclavos que se embarcaban a cambio de arroz y pimienta; aunque no existían buenos puertos, el tráfico se hacía en navios que atracaban en la orilla, recibían tanto el arroz y la pimienta como los esclavos a través de embarcaciones pequeñas que cruzaban el espacio que los separaba de los navios; a estas tribus costeras pertenecían los krume-nes, altamente estimados por los traficantes negreros.

La costa de los esclavos

La Costa de Marfil, que exportaba sobre todo colmillos de elefante, tampoco tenía buenos puertos, y su comercio se efectuaba de igual manera que en la Costa de la Pimienta; los nativos de la región no permitieron el establecimiento de factorías ni la penetración de los europeos tierra adentro. A los cautivos se les agrupaba conjuntamente, los de la Costa de la Pimienta y de Sierra Leona fueron llamados negros de la Costa de Barlovento. Entre ellos estaban: senufos, baulés, dases, kotas.

El río Volta, en la Costa de Oro, que carecía asimismo de puertos, poseía numerosos pequeños fuertes y factorías que almacenaban alimentos y esclavos, como Axln, Anamabo, El Mina y Cormantine, que además de ser depósitos servían como puntos de salida desde los cuales los esclavos eran transportados a los navios; siendo muy estimados sobre todo por los ingleses, se les vendía a precios más altos que los de otras regiones. El carácter belicoso y defensivo de los grupos de la Costa de Oro era incluso admirado, como los coromantinos que se distinguían por el valor con el que combatían y que los destacaba de los demás grupos; muchos de estos cautivos pertenecían a los grupos achantis, ibos e ibibios.

La costa de los esclavos quedaba al este del río Volta, frente a la bahía de Benin, era la zona en donde el tráfico llegó a ser más intenso y en donde los reyes nativos no permitieron que los europeos construyesen ni fuertes ni asentamientos de guarnición. De esta costa, salió la mayoría de los esclavos que pertenecían a los pueblos ya mencionados de los yorubas y ewes entre los grupos dahomeyanos.

En la extremidad del delta del Níger, se encuentra la caleta de Biafra, cuyas tierras de alrededor son pantanosas y fueron conocidas más genéricamente como la región Calabar; los puertos de esa zona son todos fluviales y estuvieron ubicados en lo que se llamó Nuevo Calabar, Bony y Viejo Calabar; los esclavos que se vendían en estos puertos eran también de los grupos ibos, ibibios y efikis. Estos cautivos se presentaban como pacíficos y amables, y se ha dicho de ellos que tenían tendencia a la melancolía y al suicidio.

La baja Guinea comprendía más de 1 500 millas de costa desde el Calabar hasta el desierto del sur, Gabon, Loango y la parte norte de Congo y Angola. Los puertos marítimos de Gabon hacia el sur estaban controlados por los portugueses. Las tribus nativas de la baja Guinea eran todas de habla bantú, y se consideraban menos

avanzadas que la de la alta Guinea, por lo cual sus esclavos eran vendidos a precios inferiores en los mercados de América. El nombre de Angola se aplicaba a todas las misiones y factorías portuguesas, incluyendo las del norte del Congo; al sur de este río, el más activo de los puertos era Luanda, y muchos esclavos que se exportaron por él provenían de Benguela y de pueblos del desierto del sur.

A los negros procedentes de la región de Angola se les consideraba de “calidad inferior”, según el criterio de los tratantes, pese a lo cual se calculaba que en el siglo XVIII 40 000 angoleños eran vendidos cada año a los franceses. Su carácter “débil” e “indolente” daba pretexto a los colonos europeos para tratarlos con mayor rigor, una vez exportados a las islas del azúcar en América; por las carencias que les atribuían los negreros, eran adquiridos a precios muy bajos que los portugueses después aumentaban al venderlos a los colonos ingleses.

Para 1798 se calcula que 69 buques negreros ingleses partieron de Angola y Bonny en la región de Biafra sobre un total de 150 buques que conformaban la flota inglesa; en ese mismo año sólo 11 compraron negros en Ghana, antigua Costa de Oro, y ninguno en las factorías de Gambia; esto nos induce a pensar que la trata se desplazó paulatinamente hacia el sur, por los bajos precios en que se vendían los negros de esa zona. Hay que tener en cuenta que este desplazamiento hacia el sur ocurría en los años en que la trata legal tocaba a su fin y que para esas fechas la mayoría de los esclavos habían llegado al continente americano. Todos esos pueblos que habían sido trasladados eran avanzados e industrioses, a pesar de las diferencias que guardaban entre sí en cuanto a lengua y otros rasgos que los diferenciaban.

En el siglo XVIII, habían nacido ya tres generaciones de descendientes de africanos en las colonias, y empezaban a evolucionar hacia una cultura criolla que comprendía el mestizaje y los sincretismos.

La costa del Índico

Otra región de reserva de esclavos fue la isla de Zanzíbar; su proximidad al continente favorecía las incursiones de los negreros por toda la costa, aunque tenían que

defenderse de los ataques de sus competidores. Los traficantes de esta isla aprovechaban los vientos para desplazar sus cargamentos, remontar la costa oriental a partir del Cabo de Buena Esperanza, recogerlos y depositarlos en la isla de Zanzíbar. En 1840, en pleno siglo XIX, en esta isla se alcanzó el mayor grado de concentración de esclavos en el mundo; en sus mercados se podían encontrar esclavos de todas las procedencias: del Congo, del centro, de toda África occidental, e incluso de otras regiones interiores del continente.

Desde las primeras etapas del tráfico de esclavos los negreros americanos habían ya incursionado en Zanzíbar; en 1678 se tiene la primera noticia en Massachusetts de la llegada de un cargamento de esclavos procedentes de África oriental, y parece que también, según documentos de la época, llegaban esclavos en cargas de negreros norteamericanos a las ciudades de Nueva York y Virginia.

En 1683 la Real Compañía Africana dio la alarma de que el tráfico de Madagascar podía perjudicar la trata y el comercio de la costa oriental; en 1821 ya se había establecido una factoría en la costa sureste de África, desde allí se despachaban las cargas. A comienzos del siglo XIX un grupo de estadounidenses estaba dedicado a la trata sistemática de negros procedentes de la costa occidental; la preferencia por los esclavos de esta región se debió al criterio de los tratantes que los señalaban como “superiores” a los demás negros. La región más señalada así era Mozambique, de donde se transportaron tantos como de Angola.

Volviendo a Zanzíbar, en el siglo XIX los capitales estadounidenses de los barcos negreros emprenden o intensifican el negocio de la trata a partir de los depósitos de esclavos en la isla; en 1846 los traficantes la convierten en un punto de vital interés de los Estados Unidos; años antes de que los británicos tuvieran allí su representante, el tráfico estadounidense se ampliaba al marfil que aportaba miles de dólares anuales; en 1858 había una flota de 24 buques de los Estados Unidos; eran tan numerosos los navios que zarpaban del puerto de Salem que incluso los nativos de Zanzíbar tenían la idea de que aquella ciudad era propiedad de los blancos.

Los esclavos y el marfil eran cambiados por los estadounidenses por tejidos que se producían en Nueva Inglaterra, sin embargo Estados Unidos no tuvo el éxito económico que esperaba porque no aprovechó la situación de la isla para ocuparla y declararla protectorado, sino que solamente guardó el monopolio del marfil y los esclavos. De cualquier modo, este comercio fue considerado ilegal por los ingleses, que defendían los territorios de la costa sudoeste y que intentaban por todos los medios impedir que los barcos de Estados Unidos continuaran con el tráfico por la costa oriental africana.

Lo que parece haber sucedido en el siglo XIX, al finalizar la trata, es que los estadounidenses embarcaban esclavos y los llevaban a las colonias españolas; por su capacidad de transporte, los buques estadounidenses rivalizaron y aventajaron a los navios europeos.

En estos viajes desde Mozambique hasta América había una alta mortalidad entre los esclavos, así lo demuestran los datos que se indican a continuación sobre los navios negreros capturados durante los años treinta del siglo XVIII:

<i>Buques</i>	<i>Esclavos embarcados</i>	<i>Esclavos muertos</i>
Cintra	970	214
Brillante	621	200
Commodore	685	300
Explorador	560	300

Fuente: Mannix y M. Cowley, Historia de la trata de negros, Madrid, 1968, p. 238.

Respecto al intenso tráfico en la isla de Zanzíbar, que tenía una de las concentraciones más cosmopolitas del mundo de la época, en las crónicas del siglo XIX (1836) todavía se habla de la presencia de ingleses, alemanes y yanquis en dicha isla, comerciantes todos que convivían con árabes e indios orientales. En esas fechas, Zanzíbar era el corazón de la trata esclavista, ahí se comerciaban anualmente más de 20 000 esclavos entre los muros de una ciudad que estaba construida en piedra y cuyo mercado de esclavos correspondía a un comercio de mercancías muy selectas en el que se traficaban, al igual que los esclavos más fuertes y más apreciados del continente, esclavas jóvenes destinadas a concubinas, ataviadas con atractivos tocados, adornadas y vestidas con finas telas que los mercaderes les procuraban; una negra “instruida” podía valer hasta 500 dólares.

En 1860 estos mercados se describen como lugares de concentración y de diversidad étnica: había árabes, turcos y abisinios, mercaderes que incluso compraban niños a precios muy bajos. Los jóvenes fornidos llegaban a valer hasta 120 dólares; había clientela para mujeres y ancianos muy baratos, que eran destinados a los trabajos domésticos.

La Gran Bretaña intervino con mayor rigor para suprimir la trata en 1842, cuando fueron enviados a la costa oriental los buques patrulleros *Cleopatra*, *Lili*, *Sappho* y *Ditern*; los capitanes de esas fragatas informaban de las dificultades para la supresión del tráfico porque el sultán de Zanzíbar lo favorecía.

También desde Zanzíbar se llevaron numerosos esclavos a la zona del golfo Pérsico, ésta fue una rama del tráfico más difícil de suprimir porque estaba en manos de los árabes y conectaba con otros mercados de exportación de esclavos; el movimiento de acarreo durante los años 1870-1890 continuó de Zanzíbar al golfo Pérsico después de haberse abolido la trata a través del Atlántico. El comercio entre Zanzíbar y Arabia fue abolido primero formalmente y suprimido mucho más tarde, casi a fines del siglo XIX.²

Entre las “naciones” que pueden señalarse como origen de los negros de América hay algunas que se conservaron más o menos organizadas, por lo que es posible localizar su origen; los de Estados Unidos del Norte, en su mayoría son del oeste africano de las tribus ashanti e ibo, otros más parecen venir de Madagascar. En Argentina había cuatro naciones: Conga, Mandinga, Ardra y Congo; en Uruguay había negros del Congo, de los grupos guandas, wuandas, angolas, mungolos, basundis y womas. En Perú había angolas, carabalíes, mozambiques, chalas y congos. En Cuba eran muy conocidos los minas, gangas, lucumíes, carabalíes y congos. En Brasil la división por naciones incluso aparecía en las relaciones administrativas de la colonia; generalmente, en el ejército los soldados negros estaban distribuidos en cuatro batallones separados: el de los criollos, el de los angolas, el de los ardras y el de los minas. Otras formas de agrupación de negros eran las cofradías religiosas; había por ejemplo la cofradía de Nuestra Señora del Rosario en Bahía en la que solamente se agrupaban los angolas; por su parte, los yorubas estaban integrados en otra cofradía de la misma ciudad; una forma más de asociación de esclavos eran los grupos que se reunían para festividades o para ayuda mutua en sus centros de barriada en las ciudades donde seguían celebrando sus ritos religiosos propiamente africanos y donde también se fraguaban las rebeliones.

En Estados Unidos se señalan congregaciones de esclavos, aparte de los fanti-ashantis originarios de Ghana, que provenían de la cultura dahomeyana y que estaban asentados en el centro de Nueva Orleans y Virginia, mezclados con una vertiente bantú; en América Central los esclavos provenían de la Costa de Oro; en Haití, como se ha dicho, predominó la cultura fon dahomeyana.

En Jamaica, los cromanties de la Costa de Oro fueron los primeros en conformar una cultura criolla. En las Guayanas, así como en las Antillas inglesas de Barbados, predominaba el grupo fanti-ashanti de la Costa de Oro.

La desigual distribución de los negros en el continente americano ha impedido trazar un mapa definitivo de su procedencia africana; pero lo que debe considerarse al establecer las zonas de origen es lo que se afirma al principio de este capítulo: siendo las zonas de extracción más intensa las de las costas occidentales, había esclavos de todas las regiones de África, incluyendo las islas de Madagascar y Zanzíbar. Queda como una evidencia general el hecho de que algunas etnias que procedían de civilizaciones más avanzadas lograron absorber e imponer su cultura a los pueblos menos desarrollados; tal es el caso de los fonos, fanti-ashantis, yorubas y congos, los de mayor predominio en América.¹⁰

La imagen que acompaña al tema de la esclavitud, es invariablemente la de los esclavos africanos que fueron trasladados en barcos a América con grillos y cadenas, para ser vendidos a los dueños de plantaciones donde les esperaba un trato inhumano y cruel. No hay otra imagen más emblemática que ésta porque revela la información oficial de la historia en general.

Cuando se abunda en el tema, acaso en las universidades, la información se amplía: millones de hombres y mujeres jóvenes arrancados de su tierra natal fueron arrojados a un mundo desconocido y hostil, en donde el látigo y la muerte rubricaban su vida. Los estudiosos la han calificado como una de las peores ignominias contra el hombre en la historia de la humanidad.

Pero los colonialistas no cesaron en sus acciones con el traslado de los africanos y el saqueo de sus recursos naturales, también los sometieron a otra variante de la esclavitud. Las mismas poblaciones africanas fueron obligadas a realizar trabajos forzados en beneficio de los saqueadores cuando éstos ocuparon sus territorios a principios del siglo XX. Para entonces las metrópolis europeas ya ejercían el control directo de África, mediante los sistemas de colonialismo moderno en el cual fueron práctica común las represiones masivas y la acultura-ción forzada.

Ésta es la historia que puede contar cualquier africano a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX. A pesar de todo lo que se ha escrito, ésta es aún la faceta menos conocida del tenebroso colonialismo europeo.

El comercio esclavista que se practicó en Madagascar, es una referencia importante por el papel coyuntural que desempeñó en el proceso esclavista, la cuarta isla del mundo considerada así por su extensión, tiene una historia poco conocida. Los orígenes de su población, según algunos investigadores datan del siglo XIII a. C; entre las hipótesis que se aventuran acerca de estas poblaciones se dice que ya sabían obtener y trabajar el hierro.

Marineros malasios, indonesios e incluso polinesios realizaban viajes de miles de millas a lo largo de las costas del océano Índico en frágiles embarcaciones para llegar a la gran isla. Lo mismo hacían los emigrantes de las tribus bantúes de la costa africana oriental atravesando una distancia más corta.

A partir del siglo VII, un siglo antes de la penetración del Islam en África continental, las costas de Madagascar fueron tocadas por navegantes árabes; pero los descubridores y exploradores del interior de la isla fueron los portugueses. El primero de ellos, Diego Díaz, arribó el 10 de agosto de 1500 y le puso por nombre isla de San Lorenzo. Encontró una población compuesta por distintas tribus, algunas de origen malayo-indonesio; había también grupos de árabes e indios. En el siglo XVI los portugueses, holandeses y franceses intentaron establecer algunos asentamientos coloniales. Por fin, Francia se instaló en el siglo XVII en la parte norte, sin ejercer mayor influencia en el resto de la isla.

Hasta el reinado de Radama I (1810-1828), se vieron favorecidos los ingleses a quienes este soberano permitió que implantaran el cristianismo. Después la sucesora Ranavalona I (1835) prohibió su práctica y además puso fin al comercio con Europa. Comenzó un periodo de relaciones difíciles con los europeos. Radama II pactó algunas concesiones con una compañía francesa, al parecer fue asesinado y sucedido por su esposa Rasoherina en 1863, quien se rehusó a ratificar el acuerdo con los franceses.

Ya en 1886, Francia reconoció a Ravalona II como reina de Madagascar y trató de imponer por la fuerza un mandato de protectorado reconocido por Gran Bretaña a cambio de concesiones en Zanzíbar.

En 1895, Francia pretendía el dominio por lo que lanzó un ultimátum. Ante este reto, los malgaches se sublevaron y fueron derrotados.

Todavía hasta 1896 persistió la continua y decidida lucha del pueblo por restablecer la soberanía nacional. En ese año, la resistencia fue objeto de una verdadera y enorme masacre. Madagascar, junto con sus dependencias, pasó a ser colonia francesa.

Entonces, el gobierno francés abolió la monarquía e inició la "pacificación" que cobró la vida de 700 000 nativos en un lapso de 20 años; la soberana Ravalona III fue deportada.

Los movimientos progresistas también fueron aniquilados; en la sublevación contra la explotación colonial, el 29 de marzo de 1947, 100 000 malgaches fueron asesinados.

Madagascar, como otras naciones, pasó por varios estatus sucesivamente: Estado asociado a la Unión Francesa; transición en semiau-tonomía, República autónoma dentro de la Comunidad Francesa. Finalmente obtuvo su independencia en 1960. El camino de la libertad malgache, como en el resto de África, fue transitado con múltiples sufrimientos y cientos de miles de muertos.

[1](#) Ver Patricia Nettel, "Sevilla y el Atlántico: una lectura", en *Historias 20*, INAH, s/f, pp. 49-80. Una referencia analítica puntual y detallada de la obra de P. y H. Chaunu.

[2](#) Ver Hugh Thomas, *La traía de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, Planeta, 1998. Es una consulta indispensable. Esta obra monumental constituye la más completa, original y profunda historia del comercio negrero; considerada como el estudio definitivo de la historia de la esclavitud.

[3](#) El libro de Lino Novás Calvo, *Pedro Blanco el negrero*, editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1997, es una brillante historia novelada acerca de uno de los más famosos negreros. Pedro Blanco operó en río Gallinas. Ex capitán mercante, acumuló una fortuna inmensa con la que se retiró a Cuba donde continuó fletando barcos para la trata.

[4](#) Fernando Ortiz, *Los negros esclavos*, editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 137.

[5](#) T. Canot, *Adventures of an African Slaver*, en Lino Novás Calvo, *op cit.*, p. 99.

[6](#) Lino Novás C. *Op. cit.* p. 97. La persecución de los negreros por los barcos ingleses estaba respaldada por Ley Brougharri, aprobada por el parlamento en 1811.

[7](#) *Idem*, p. 99.

[8](#) *Idem*, p. 98.

[9](#) *Ibidem*, p. 97.

[10](#) *Ibidem*, p. 86.

Colonización y esclavitud¹¹

En Europa los excedentes de la manufactura y después el surgimiento de la producción industrial generaron el trabajo libre que expandió el capital comercial a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. En el Nuevo Mundo el establecimiento y multiplicación de las plantaciones, ingenios y otras industrias coloniales, fueron la base de la concentración del trabajo esclavo en la producción. De esta integración económica del negro, se deriva su integración social en las poblaciones hispanoamericanas bajo el régimen de castas; estos dos procesos fueron simultáneos siendo uno consecuencia del otro.¹²

El factor dinámico de la situación colonial fue el capital comercial que al expandirse creó las condiciones para el desarrollo del capitalismo, al mismo tiempo que generó las formaciones sociales que se constituyeron en las colonias del Nuevo Mundo. La acumulación de capital en los países europeos, además de desarrollar el sistema mercantilista mundial, definió la supremacía de Inglaterra, en donde la acumulación fue mayor, por lo cual esa potencia impuso a España, Portugal y los demás países europeos las condiciones del comercio mundial que a su vez incrementaron la acumulación de capital. Esto explica que haya sido Inglaterra la potencia que inició la Revolución industrial.

Los mismos elementos crearon las condiciones básicas que produjeron en el Nuevo Mundo la esclavitud bajo diferentes formas de trabajo forzado, bien fuera con indios, con negros e incluso con blancos. Es sabido, aunque poco estudiado, que tanto ingleses como franceses emplearon al principio a esclavos blancos en sus plantaciones de América. Eran prisioneros políticos y criminales de derecho común los que se exiliaban por la fuerza a las Indias Occidentales; también estaba muy difundido el sistema de trabajadores bajo contrato, que disfrazaba las duras condiciones en que estos blancos trabajaban en las colonias americanas. Otra forma de esclavitud blanca fue la que se practicaba en ciudades como Londres y Bristol en Gran Bretaña, permitiendo el rapto de gente que después era vendida en los mercados de esclavos del Nuevo Mundo.

Las condiciones en que la esclavitud se mantuvo en las colonias, el sometimiento abierto o disimulado de indios y negros en encomiendas, plantaciones, haciendas,

ingenios y otras empresas de explotación, dan lugar a las relaciones de producción en una amplia extensión de territorios desocupados o baratos, lo que permitió el desarrollo de estas plantaciones, ingenios y demás unidades productivas. Dado que las metrópolis europeas no disponían de grandes reservas de mano de obra que pudieran ser utilizadas en las colonias, para dinamizar la producción de los cultivos y las minas fue necesaria la imposición generalizada del trabajo esclavo en las colonias. En casi todas las obras sobre el tema se ha afirmado que donde había indígenas, éstos fueron sometidos al principio a una forma de trabajo esclavo pero que su bajo rendimiento obligó, según algunos autores e incluso algunos evangelizadores de los indios como Las Casas, a recomendar la esclavitud africana, toda vez que ésta ya había sido practicada en Europa desde siglos atrás. Lo importante de este análisis es señalar que la expansión del capital comercial mantuvo la coexistencia y dependencia mutua del trabajo libre y esclavo en el ámbito del mercantilismo universal. La presencia africana en las colonias obedece a leyes económicas que impulsan la expansión europea. Mas no justifica en manera alguna la esclavitud en cualquiera de sus formas.¹³

En la actualidad abundan los estudios sobre esta contradicción del mercantilismo, emprendidos por algunos especialistas que intentan explicar la esclavitud en sus articulaciones y contradicciones con el sistema económico mundial de los siglos XVI y XVII, para abordar a lo largo del XVIII y XIX los vínculos y el antagonismo entre esclavitud y capitalismo.

La historiografía incorpora al debate una serie de categorías tales como: “modo de producción esclavista”, “modo de producción colonial”, “semifeudal”, “formas feudales”, todo lo cual expone los principales elementos de la controversia sobre las formaciones sociales y económicas que estuvieron basadas en el trabajo forzado. En el momento de la formación de los estados-nación en América, la contradicción entre trabajo esclavo y trabajo libre se agudiza y, de acuerdo con las condiciones específicas de cada país, la paradoja de la acumulación originaria y el mercantilismo se resuelve en la preeminencia del capitalismo industrial que vence a la formación esclavista y se impone en el sistema económico mundial.

La burguesía justificaba ideológicamente el esclavismo en su raíz por “las leyes de Dios” favorables a los poderosos; así, el esclavo estuvo sometido económica, social y culturalmente a los intereses de sus propietarios. Era parte del capital movilizado a la plantación, la hacienda, el ingenio o la fábrica, al igual que los demás instrumentos de trabajo: máquinas, materias primas o la misma tierra; lo que costaba su alimentación y su concentración, correspondía a los costos de mantenimiento de la maquinaria y de los mismos instrumentos de trabajo. La mano de obra se comparaba con las instalaciones de una fábrica, en donde la inversión era la compra de esclavos; la manutención de

éstos eran los costos fijos y permanentes, estuvieran o no rindiendo las máquinas y los esclavos. La compra de esclavos no era otra cosa que el capital invertido, así el esclavo formaba parte del capital fijo de los medios de producción. La vida activa del esclavo, es decir, su trabajo, suponía el beneficio capitalizado que se obtenía. Al ser vendido, el comprador adquiría una mercancía que podía revenderse con ganancia, a este beneficio de la venta había que añadir el de su fuerza de trabajo, entregada por el esclavo totalmente gratis.

En la historia de la esclavitud en América, encontramos la denuncia de la secuela de prejuicios, discriminación, segregación, conflictos y tensiones raciales que están presentes en todos nuestros países, dilemas que parecen tener su explicación en el momento en que se produce la formación social esclavista, cuando aparecen los argumentos de tipo racial para justificar el crimen de la esclavitud y las razones contenidas en el racismo implícito o explícito imperante.

Al decir de algunos autores, el hecho de que ciudades europeas como Bristol fueran el centro de la trata de sirvientes blancos, las convertían al mismo tiempo en centros de trata de esclavos, y el capital acumulado con la esclavitud de los blancos servía para financiar y edificar la esclavitud negra. Según esto, los convictos y acarreados de Europa se convirtieron en capataces de esclavos negros; es decir, al ser los africanos los últimos en llegar, fueron incorporados a un sistema previamente desarrollado con los esclavos blancos.

Desde este punto de vista el origen de la esclavitud negra debe buscarse en razones económicas y no raciales. Al principio, el precio de la fuerza de trabajo del negro no tenía que ver con el color de la piel sino con la facilidad de obtenerla y explotarla, así fue como el negro desplaza al indio y al blanco en el trabajo esclavo. Al negro se le atribuyó una pretendida superioridad física que paradójicamente lo convirtió social y culturalmente en inferior y explotable. Al fracasar la esclavitud india y la servidumbre blanca, la capacidad de trabajo del negro se identificó con sus características fenotípicas: su pelo y su color fueron estigmatizados para justificar el hecho económico de la utilidad de su fuerza de trabajo, al ser la mejor y la más barata. Lejos de ser sólo una teoría, lo anterior fue una práctica que se debe analizar para profundizar en los orígenes del racismo justificatorio como una construcción ideológica de los europeos.

A los argumentos raciales hay que añadir otros como la teoría climática de la plantación, según la cual el surgimiento de esta forma de producción se atribuye al clima, cuando en realidad la plantación es una forma de explotación agrícola asociada a la esclavitud como binomio que define ciertas regiones como el Caribe. En realidad, la esclavitud negra no tiene nada que ver con el clima; los cultivos de azúcar y algodón se

desarrollan aplicando una estrategia colonial que utilizó de forma intensiva y casi exclusiva la fuerza de trabajo esclava; es pues el triunfo de las condiciones económicas y no geográficas lo que determinó que los negros de África fueran los brazos destinados a la explotación de las colonias americanas. La riqueza que le dio la plantación a Europa, donde no se desarrolló esta forma de producción, tuvo, al principio, la fuerza de trabajo importante de los trabajadores blancos, cuya inmigración no fue progresiva como la de los africanos.

Los aspectos ideológicos del carácter capitalista de la esclavitud, mediante los cuales se explica la explotación de los negros africanos en la América del Atlántico, subrayan una forma de dominación personal en la que el empresario explota a los trabajadores en el trabajo forzado con fines capitalistas. En esta óptica, el africano es arrancado de su comunidad originaria y de su tierra reduciéndolo a objeto de intercambio, como cualquier mercancía. Eliminada su identidad, convertido en negro, en su nueva situación, su cultura sobrevive solamente en su conciencia.

En cautiverio colectivo, los negros estuvieron obligados a refugiarse en las representaciones abstractas de su mitología, su religión y su folclor, en un proceso de pérdida que los excluía tanto de su cultura original como de la cultura receptora y aún más de la cultura dominante antagónica. Su integración económica no incluyó los componentes de su personalidad cultural negada e ignorada. Enajenado en su trabajo se encauzó inevitablemente en un proceso de apropiación de la cultura tanto la del amo como la del indio.

Las declaraciones sobre la pretendida inferioridad de los africanos con respecto a los europeos e indios, no emanaron en ningún momento de los propios tratantes de esclavos; tales teorías provenían de muy diversas fuentes que no es el caso examinar aquí, aunque se pueden mencionar brevemente. El racismo tomó a lo largo de los siglos formas diferentes según se difundían en los países europeos e incluso en América donde todavía no se ha logrado extirpar ese huevo de la serpiente. La discriminación del negro se practicó y se sigue practicando.

El primer momento en el que el racismo antiafricano empezó a tomar el aspecto de una teoría, fue precisamente cuando la abolición de la trata esclavista se planteaba como una necesidad, no por razones humanitarias sino económicas; pese a todo ello, no se puede negar que la corriente humanista que soplaba a lo largo del siglo XVIII contribuyó en gran medida a la abolición de la trata y más tarde de la esclavitud africana en el mundo (Abramova, 1981: 37).

Cuando los marinos portugueses emprendieron sus viajes a África, mucho antes de que empezara el comercio de esclavos a través del Atlántico, escribieron amplios relatos en los cuales no aparecen indicios de racismo. Los europeos mismos cuando entraron en contacto con los soberanos de los reinos africanos, no consideraron a éstos como seres inferiores; pocos motivos hubieran tenido para semejante juicio puesto que, a pesar del predominio militar de los europeos, el poderío y el desarrollo de los imperios africanos dejaban pocas dudas en los europeos acerca de la capacidad y evolución civilizadora de África; en aquellos tiempos la intolerancia en el mundo era religiosa, no racial, y los historiadores saben muy bien que los africanos no fueron los únicos en sufrir la intolerancia religiosa; de hecho la época colonial no fue la más intolerante sino quizá la que enarboló la bandera religiosa para dominar a los llamados “infieles”.

Cuando las colonias francesas y británicas del Caribe empezaron a recibir esclavos africanos, después del exterminio de los indios, los negros trabajaron al lado de los blancos que ya se hallaban ahí. En las crónicas de esta época no se encuentran condenas racistas contra los esclavos africanos. Según la documentación, al trabajar juntos negros y blancos, ambos eran tratados con la misma brutalidad y exigencia. A fines del siglo XVII y principios del XVIII apareció un considerable número de obras en las que se recogían los diarios de los traficantes de esclavos y de otros empleados que habían trabajado en las compañías comerciales de los europeos en África. Se podrían citar muchos autores, entre ellos Bosman y Phillips, en los que se nota una especie de piedad por la suerte de los esclavos africanos. En otros informes, los traficantes hablan simplemente de los mercados de esclavos que resultan más ventajosos y de las rutas que seguían los navios hacia el Nuevo Mundo, con un mínimo de gastos y pérdidas. Son obras todas redactadas y escritas en función del negocio de la trata de esclavos, sin resabios de racismo. En realidad los primeros argumentos del racismo antiafricano emanaron de alguno de los científicos europeos del siglo XVIII; cabe recordar que en esa época aun los científicos estaban involucrados e interesados en la política. Se utilizaron argumentos y teorías de tipo racial para fundamentar las diferencias entre las razas, recurriendo a los estudios que se hacían sobre los primates.

La pretensión de superioridad de los europeos frente a los africanos no sólo se planteaba en el plano físico, sino también intelectualmente. Estas teorías fueron adoptadas rápidamente por los partidarios de la trata de esclavos, quienes esgrimieron tales argumentos con el fin de no abandonar su lucrativo comercio.

Durante el periodo de la práctica esclavista autorizada legalmente, no se combatió por obvias razones la idea de la supuesta inferioridad de los africanos; estas ideas racistas eran el disfraz para continuar con el tráfico negrero. Reforzados estos argumentos con otros de orden económico y religioso, se declaraba legítimo, al menos en apariencia, el

inicial comercio de esclavos; y para justificar, ya en tierras americanas, la esclavitud, la conciencia de los compradores de esclavos quedaba a salvo por el aval de las iglesias, que contribuyeron a establecer como verdad absoluta que, por el hecho de su inferioridad racial, los africanos estaban destinados a ser esclavos de sus superiores: los europeos.

El argumento de que la reducción de los africanos a la esclavitud estuvo autorizada por la Biblia, nos remite a la ridícula versión que apoyaba este argumento. Se trata de la evocación de un pasaje bíblico en el que la maldición de Noé recae en su hijo Cam y sus descendientes. En este pasaje se quiso basar la demostración o la confirmación de que los africanos estaban bíblicamente predestinados a la condición de esclavos; al respecto, el clero no se pronunció plenamente, incluso algunos obispos matizaban este pasaje bíblico diciendo que la fuente de inspiración de la religión hablaba de la esclavitud en general y no específicamente de la de los negros; pero hubo otros eclesiásticos que condenaron tajantemente la deportación de africanos al Nuevo Mundo.

Aunque en el siglo XVIII estas teorías no tuvieron un gran arraigo, ya en el XIX, cuando se discutía la abolición de la esclavitud sobre todo en las Indias Occidentales británicas, algunos de los defensores de la esclavitud más empedernidos no invocaron la Biblia pero en cambio publicaron numerosas obras en las que se debatía la cuestión de si la Biblia aprobaba o no la esclavitud de los africanos. Es así como se va conformando el concepto social de esclavo como sinónimo de negro o viceversa: el concepto racial convierte al negro en sinónimo de esclavo. Ésta fue la nefasta secuela que todavía se manifiesta en las tensiones raciales cuyo inicio se remonta a la era del comercio de esclavos.

El estudio profundo del racismo avanza analizando las diferentes formaciones sociales coloniales, el mestizaje americano y las condiciones económicas en las que el negro se integró a las sociedades americanas, y fue conformando un sector sobre el que recayó todo el peso del racismo que estigmatizó su existencia. El *negro*, como ha quedado demostrado, es una categoría racial que los europeos inventan para justificar su explotación. Este negro en América trasmite a sus descendientes el estigma étnico bajo cuyo peso se desenvuelve su vida.

Lo anterior nos remite a las diferencias fenotípicas consideradas “raciales” como el color de la piel. Podemos constatar que todavía en el siglo XX, el racismo se sigue confundiendo con la desigualdad y la marginación. La confusión se debe a que muchas veces la clase va de la mano con la etnia y el aspecto físico, la desigualdad social enfatiza las diferencias étnicas. Se expresa ideológicamente en la polarización entre

grupos socioeconómicos y culturales que la visión estrecha y reductora convierte en prejuicios y arquetipos raciales.

El tema reclama mucho más, por lo que habremos de profundizar en las teorías que engendraron la ideología que a su vez sostuvo la práctica esclavista. Es una tarea pendiente, lo dicho aquí es apenas un señalamiento de los intentos justificatorios que se tejieron alrededor del hecho humanamente lamentable. Para que la historia no siga mintiendo con su omisión, es indispensable que las naciones que tomaron parte en este crimen lo asuman plenamente como un hecho concreto. Una forma de hacerlo es - respetándola-enseñar esta historia en las escuelas y universidades.

Esclavitud en América

La ruta del esclavo tiene su dramático final en los puertos de entrada a las colonias americanas. Los sobrevivientes de la travesía oceánica quedaron a merced de sus compradores en un nuevo nicho ecológico, un territorio desconocido, entre pueblos extraños y nuevos sufrimientos: los africanos seguirían sometidos, dispersos en la geografía del Nuevo Mundo.

Aquí se inició la nueva vida del esclavo con el mismo estatus, su condición no cambió pero sí la perspectiva que adquirió al pasar a formar parte de una realidad a la que tendría que adaptarse para sobrevivir en la penuria de la esclavitud. Esta adaptación implicará la creación de espacios para arraigarse en las nuevas tierras que van a ser su hogar.

Al principio esos espacios fueron las islas del Caribe, los territorios conquistados y colonizados por España en los siglos XVI y XVII. Se agregan luego los territorios descubiertos por las exploraciones que se emprenden desde ahí hacia el continente. Esta primera etapa comprendió el periodo de lo que se llamó "conquista", término tan cuestionado en la conmemoración del V Centenario. La expansión española llega a tierra firme a lo que, después de vencida, se llamaría la Nueva España. Sigue la invasión del Perú para dar paso a la colonización total.

La América colonial, de mediados del siglo XVI, se sostiene en dos pilares de poblamiento denso: la Nueva España y el Perú. El resto eran espacios escasamente ocupados, sin mayor contacto con los españoles, territorios inmensos habitados por comunidades dispersas, la mayor parte de clima y vegetación difíciles para los europeos. Pero muchos de estos inhóspitos asentamientos eran necesarios; sobre todo Veracruz y otros puertos de los istmos, que tenían una vida intermitente. Se poblaban en épocas de movimiento comercial y se abandonaban para escapar de los inconvenientes y las enfermedades.

Santo Domingo y Cuba fueron indispensables a la navegación y la administración del comercio. Pese a que producían cuero y azúcar, estos productos no eran importantes para la economía de ese momento.

En Panamá se fundaron dos puertos: Porto Belo y Nombre de Dios, desde ahí se emprendía el camino del Pacífico hacia el Atlántico y el traslado de toda la producción peruana. Por los puertos entraban también las mercancías europeas.

La conquista duró el tiempo que le llevó a los españoles la ocupación de los territorios y terminó cuando sometieron a los principales centros de poblamiento. El cálculo de la población para el conjunto de América, antes del descubrimiento, es de 80 millones de habitantes. Hacia 1550, la población se redujo a 15 por ciento. Varios autores afirman que las causas de la caída fueron biológicas, siendo el choque microbiano el origen del despoblamiento. Fue hasta 1542, después de la intervención de los misioneros y los humanistas que abogaron por la reivindicación jurídica de los derechos de los indios, cuando la Corona tomó conciencia del dramático descenso demográfico entre la población india y creó las Leyes de Indias (Leyes Nuevas) para protegerla de los españoles.

El aparato jurídico se aplicó para defender las fuentes de trabajo de las comunidades indias de la rapacidad ciega de los colonos que obligaban a la masa autóctona al trabajo gratuito.

Una vez terminada la conquista, se suspenden las exploraciones y la expansión territorial también. Para 1550 la ocupación española abarcaba 2.5 millones de km² con una población de 10 millones de habitantes; en 1600 aumenta el territorio ocupado a tres millones de km² y en 1700 a cuatro millones de km², mientras la población se mantuvo en 10 millones de habitantes.

Bajo el reinado de Felipe II, se procura no extender la ocupación para atenuar el descenso de la población india. Así se logró mantener el equilibrio de 10 millones entre 1550 y 1770.

Los productos europeos se intercambiaban por materias primas, pero ante todo, como lo enfatizan las fuentes, por metales preciosos: oro y plata, además de cochinilla, índigo, perlas y la farmacopea americana. Vemos, pues, que en la primera fase de expansión, por la abundancia de mano de obra, es el oro el producto más importante.

En los depósitos de los ríos abundaban los “lavaderos del oro”, para la extracción del metal se ocuparon también a las mujeres indias. Al parecer esa disposición fue una de las causas del descenso demográfico; al ocupar para el trabajo al sector “reproductor” de la población, el cambio inevitable en los hábitos de lactancia de los niños no fue sustituido por un cambio en los hábitos alimenticios que compensaran la falta del alimento materno. Según esta consideración, por el trabajo obligatorio de las mujeres, la natalidad disminuía y la mortalidad infantil aumentaba.

Agotados los lavaderos de oro y disminuida la población india, la recolección no producía las ganancias esperadas. Se comenzaron a explotar entonces los yacimientos de las minas.

En las islas del Caribe, la población india se extinguió en su totalidad y rápidamente se agotó el trabajo de las minas. El flujo de los españoles se dirigió hacia el continente. La escasa población de Santo Domingo y Cuba quedó ocupada en la cría de ganado vacuno. Comenzó entonces la explotación de la caña de azúcar con mano de obra esclava importada de África.

Entre tanto en el continente, la primera fase también se caracterizó por el trabajo en la extracción del oro aluvial. Después la plata adquiere mayor importancia una vez encontradas las minas. En la Nueva España las más importantes se localizan en la zona árida de Zacatecas, Guanajuato y Durango. En el cerro del Potosí, una montaña de plata, descubierta en 1545, proporcionó entre 80 y 85 por ciento de la plata del Perú, y ya con la amalgama, después de 1570, produjo 60 por ciento de los metales preciosos del Nuevo Mundo. Un producto importante para la explotación de la plata americana fue el mercurio de Huancavelica, que se exportaba también hacia la Nueva España. La producción de plantas tintóreas y de la farmacopea fue igualmente importante tanto para la Nueva España como para el Perú, pero siempre ocupó un lugar secundario al lado del oro y de la plata.

De la Nueva España hacia el sur se llega a los istmos vacíos. No hay allí ninguna producción porque no hay una población dominable y los esclavos africanos consiguen escaparse rápidamente. En el norte del Perú, en el Reino de la Nueva Granada, se encontró el oro de Buritica. Su producción llega al punto más alto hacia la mitad del siglo XVI, y después desaparece. En el siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, el sur de Chile se encuentra sin posibilidades de producción por la escasez y dispersión de la población.

En el Perú el trabajo forzado en las minas de plata y de mercurio pesa sobre las comunidades indias a través de la institución de "la Mita". En la Nueva España, aunque también se implantó la "Mita minera", el trabajo en las minas del norte es libre y asalariado. El trabajo forzado o "repartimiento" se localiza sobre todo en el centro y sur, en la manufactura de telas burdas que proporcionan manta a los indios y en las grandes plantaciones de trigo de los españoles criollos.

Para el transporte de los productos americanos y europeos, la navegación a vela de los siglos XVI y XVII en sus bases técnicas es la misma que la del siglo XV, teniendo como motor los vientos y las corrientes marítimas. Los tipos de navios más utilizados fueron: las carabelas, los galeones y las naves. De menor importancia fueron las barcas, pataches, bergantines, filibotes y urcas. Si las carabelas fueron importantes para el descubrimiento y la exploración, los galeones y las naves se usaron sobre todo para el transporte de mercancías, aumentando su capacidad volumétrica durante los dos siglos siguientes.

La navegación entre 1538 y 1650 se llevó a cabo casi en su totalidad (80 por ciento) en convoyes, tanto por razones de defensa como por los riesgos de naufragio. Otra razón para ello, fue el reducido número de pilotos capaces de dirigirse a la estima, sin el recurso de una navegación astronómica. Colón había establecido un anillo de navegación, partiendo de Sevilla hacia las Canarias, dejándose llevar por los vientos y corrientes hasta las Antillas, Santo Domingo, Cuba o las pequeñas Antillas. Posteriormente los navegantes, una vez en el golfo de México o el mar Caribe, se dirigían indistintamente ya hacia Veracruz en dirección a la Nueva España, ya hacia Porto Belo y Nombre de Dios, los puertos de Panamá, para llegar, en fin, del lado del Pacífico a el Callao, el puerto del Perú. Hacia el extremo occidente del imperio español se encontraban las Filipinas. Para allá partían de las costas del Pacífico de la Nueva España desde los puertos de Huatulco, Acapulco y Barra de Navidad.

Para el regreso a Sevilla se hacía una escala en La Habana y se emprendía el viaje en dirección a las Bermudas y las Bahamas hasta las islas Azores, descanso casi obligado porque el regreso era siempre difícil.

Pierre Chaunu describe un convoy ideal siguiendo la línea de mayor frecuencia; idas: marzo y junio para tierra firme, de junio a agosto-septiembre para la Nueva España; de julio a octubre a partir del punto de reunión que era La Habana. El ritmo de rotación del convoy de tierra firme y de la Nueva España es el mismo: 14 o 15 meses, con cinco meses de navegación efectiva, el resto se destinaba a esperar el viento. En síntesis, para Chaunu hubo cuatro mutaciones espaciales en el proceso de expansión hacia América:

- De seis a ocho meses (escalas comprendidas): Sevilla, islas Canarias, Pequeñas Antillas, Cuba, Santo Domingo, Azores, Sevilla.
- De 15 a 18 meses hasta dos años (escalas comprendidas): Sevilla, la Nueva España.
- De tres a cuatro años (escalas comprendidas): Sevilla, el Perú.
- De tres a cuatro años (escalas comprendidas): Sevilla, Filipinas.

Las distancias no se medían en kilómetros sino en las dificultades del recorrido en distancias-tiempos. De Sevilla a las islas Canarias la distancia era corta, pero el recorrido estaba lleno de dificultades. La travesía a América era larga pero fácil. Se llegaba a las Antillas en 50 días; de regreso, de las Antillas a Sevilla, se tardaban 70 días, porque el trayecto siempre era más difícil.

En el convoy ideal trazado por Pierre Chaunu, cinco meses de navegación y 18 meses y medio en espera de los vientos, era un reporte de tiempo óptimo. En épocas de crisis se daban, en relación con este tiempo óptimo, desequilibrios considerables. En conclusión, había tiempos cortos y tiempos largos.

El número de viajes por año nos muestra que para comprender el mercado americano es necesario observar las condiciones del circuito comercial, donde la distancia, expresada en tiempo de recorrido (escalas comprendidas), domina en gran parte las fluctuaciones cíclicas. El mercado americano era un mercado en crisis por sobreabundancia de mercancías; siempre había el riesgo de llegar a un mercado sobreabastecido. La medida de la ganancia debía establecerse en relación con los riesgos del mar y mercado con poca o ninguna demanda. A esto se agregaba el elevado precio del flete por el débil rendimiento del capital, comprometido en el negocio del transporte en las condiciones descritas.

Respecto al mencionado sistema de esclavitud que ya se practicaba en Europa, fue una de las bases para el modelo de explotación que se implantaría en las colonias; cuando

los moros y algunos otros grupos raciales fueron desapareciendo en la península ibérica, los negros africanos se convirtieron en la población esclava más numerosa.

Aunque las condiciones de la producción, en sentido estricto, eran diferentes, el descubrimiento de una población densa que se presentó, por su abundancia y su nivel de subordinación, como un elemento favorable, transformó de forma radical toda la dinámica en los precios de los productos americanos, especialmente los metales preciosos y, en primer lugar, la plata.

Así, un pequeño sector de la población europea situado en América se transformó, por su capacidad de compra, en un sector dinámico, consumidor de bienes agrícolas europeos que, por el precio del transporte, se convierten junto con otros en productos de lujo. También la población india se considera un sector nuevo de demanda. Los indios, en el proceso de aculturación, fueron convertidos en consumidores de productos europeos, aunque de poco valor, por ejemplo, la ferretería y las telas de bajo precio.

Otro de los sistemas de esclavitud modelo para la América hispana, fue el surgido en las islas Canarias, las Azores y San Tomé en África, donde se habían implantado ingenios de azúcar empleando la mano de obra de las mismas islas. A estos esclavos se les llamó "bozales", término que se conservó en América para designar a los esclavos nacidos en África.

La estratificación social y económica en las islas citadas establecía el primer lugar a un grupo pequeño de europeos dueño de los ingenios y de la mayor parte de los esclavos, en segundo lugar, estaba un grupo dueño de tierras y de algunos esclavos, entre ellos algunos campesinos pobres, otros europeos eran empleados como administradores y capataces dentro de los ingenios; debajo de todos estaban los esclavos negros. Así, antes de la emigración masiva de africanos al otro lado del Atlántico había surgido ya el sistema de plantación fundada en el trabajo esclavo. Pero no quiere decir que esta práctica haya sido el factor único que definió la trata atlántica masiva.

Hasta ahora la teoría más aceptada para explicar la importación de esclavos es la que se apoya en que la eliminación de la población nativa causó un descenso demográfico; a esto se aunó la enormidad del territorio americano, lleno de riquezas minerales y tierras para cultivar el azúcar, el café y otros productos que ya tenían demanda, de ahí que los europeos vieron la utilidad de importar mano de obra africana, haciéndola coincidir en el Caribe con el sistema de explotación que ya se había practicado en las islas africanas. Las industrias y el trabajo esclavo se convirtieron en el binomio-base del desarrollo económico.

Por otra parte, la capitalización fundada en la obtención de metales preciosos fue la clave de la expansión española en América, a través de la industria extractiva y de los botines en las acciones de conquista. El imperio español, hasta los últimos decenios del siglo XVIII, se conservó dentro de una economía metalífera que iba en descenso a medida que pasaba el tiempo; en Brasil las minas de oro tuvieron un auge que sólo fue posible con la introducción de mano de obra esclava. A la primera fase de la economía colonial, llamada el ciclo de oro, corresponde la introducción de mano de obra negra para alcanzar el alto rendimiento de las provincias metalíferas.¹⁴

Durante los dos primeros ciclos el oro es predominante, casi en cien por ciento, y después, de 1531 a 1560 la plata empieza a ganar peso; Pierre Chaunu llamó a este periodo el ciclo de la plata dorada.

El ciclo de oro avanzó desde las Antillas a México por el norte y a Chile por el sur. El empleo de negros en esta época, significaba pagar altos precios puesto que la trata no había alcanzado todavía su continuidad ni su ritmo intenso. En donde la población india era numerosa, los negros trabajaban mezclados con los indios tanto en los lavaderos de oro, como en los trabajos complementarios para producir alimentos; es el caso de México, Chile y Perú cuya población indígena abundante permitía la formación de cuadrillas de indios y negros organizados para los trabajos de minas y la agricultura complementaria.

Al desaparecer los lavaderos de oro en la segunda mitad del siglo XVI, surge un segundo horizonte minero, que si bien de mayor importancia tuvo menos rendimiento por trabajador. Esta nueva fuente de riqueza fueron las minas de plata, las más importantes estaban en Zacatecas y San Luis Potosí en México y las de Potosí en el Perú.

Al comprobarse que el trabajo masivo de esclavos negros en la producción de plata no tenía mayores ventajas económicas, los indios desplazaron definitivamente a los negros en el trabajo de las minas, que se hizo obligatorio por la disposición virreinal de 1570 conocida como *Mita minera*. El negro, pues, habiendo sido auxiliar de los españoles durante la conquista, estuvo a lo largo de todo el periodo colonial trabajando en la explotación de las minas, más que como peón como mano de obra calificada, de suerte que ocupó puestos de jefe de cuadrilla, capataz y guardián. Por su jerarquía, en algunos lugares se les dio el nombre de *saya payo*, cuyas actividades y funciones estaban también bajo legislación.

Además de las concentraciones de negros en las minas de plata, donde alcanzaron porcentajes elevados, también los había en las provincias y distritos mineros de Brasil, en Bolivia, en las minas de oro de Ecuador, en las de cobre de Cuba y en las de Cocorote

de Venezuela; en general eran muchas las regiones de América que constantemente demandaban esclavos para destinarlos al trabajo en las minas que se iban descubriendo. Esta actividad de los esclavos e indios en la minería produjo una transformación económica y social entre los trabajadores mineros.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XVII y el siguiente, los distritos mineros, como Copiapo en Chile y Parral en México, se van transformando cada vez más en centros de mano de obra asalariada, donde los diferentes grupos étnicos, los subgrupos y las castas van perdiendo sus características para formar una masa asalariada de mineros. El elemento negro, esclavo y libre, junto con una elevada proporción de mestizos negros, fue una parte sustancial de este nuevo grupo social de trabajadores (Mellafe: 1975: 97).

Como se ve, el ingreso progresivo del esclavo africano en América se vio condicionado por muchos factores. Su importación estuvo estrechamente vinculada al desarrollo de los nuevos cultivos e industrias. Entre éstas, la más destacada por su importancia fue la industria azucarera; el cultivo del azúcar se desarrolló en las islas, costas y zonas tropicales de los valles, donde la colonización europea causó el exterminio de la población aborigen y el agotamiento de las minas; ante la concurrencia de esos dos factores, los colonizadores se vieron obligados a crear una riqueza sustitutiva para aprovechar los nuevos territorios; en la producción se privilegiaron los productos que tenían una demanda considerable en Europa.

A esto se debió que los europeos establecieran un nuevo sistema productivo, principalmente en las regiones donde la población autóctona menguó casi hasta su extinción, mientras que donde la población nativa se mantuvo numerosa, la introducción de negros fue menor, como en el caso de Paraguay, Bolivia, Perú, parte de América Central y México.

La sustitución progresiva de la extracción de minerales por el cultivo de caña de azúcar comenzó en las Antillas. Este cultivo se desarrolló de acuerdo con la demanda de mercados para obtener mercancías que pagaran el costo del acarreo trasatlántico de esclavos y que redituaran ganancias a los mercaderes; también se incrementaron los cultivos de trigo, papa, cebada, Idem, p. 105. cacao y algodón en las plantaciones del continente.

Es útil establecer la diferenciación entre la agricultura de subsistencia, destinada a la alimentación de las colonias y al comercio interno, y la agricultura de exportación; aunque las dos requerían mano de obra esclava, la agricultura de exportación absorbió mayor cantidad de fuerza de trabajo. El empleo de esclavos negros en la producción de alimentos básicos para la alimentación de la población americana estaba condicionado

por factores de diversa índole; por una parte los cultivos se localizaban en las áreas cercanas a los centros urbanos y a las grandes vías de comunicación; ahí la población indígena fue sustituida por esclavos negros; cuando estos faltaban se producían crisis alimentarias. Por ello, las grandes ciudades como Lima, México y Río de Janeiro, fueron centros de concentración de negros provenientes de las áreas de cultivo cercanas.

Otro factor que condicionó el empleo de esclavos en la agricultura, fue el hecho de que la población indígena, dedicada fundamentalmente al trabajo de las minas y de los obrajes no podía producir el excedente de alimentos necesario. Para ello se tuvo que recurrir al trabajo de los negros. Existía además la prohibición de ocupar a los indios en trapiches y cultivos tropicales, trabajos a los que estaban también destinados los negros, con cuya mano de obra se satisfacía la producción agraria de consumo diario para los mercados locales y la agricultura de exportación a gran escala.

La venta de alimentos tuvo una productividad que confirmó el éxito económico por el empleo de los negros a gran escala en la agricultura. El comercio agrícola se acrecentó en las regiones fértiles de los valles bajos del área andina, gracias también al trabajo de los esclavos en las viñas y en los valles azucareros de la costa del norte de Perú; en la región de Chicamo, por ejemplo, en 1760 había 3 650 negros y mulatos que trabajaban en plantaciones e ingenios. En las colonias portuguesas no obstante que ocupaban población negra para la producción agraria de consumo local, se dieron grandes concentraciones de población urbana que conformaron las ciudades de Bahía, Río de Janeiro y Sao Paulo.

El lucro era una razón determinante para el desarrollo del cultivo azucarero en las colonias españolas y portuguesas, a pesar de que en Europa se contaba con producción suficiente para satisfacer su consumo. Ésta procedía precisamente de Canarias y Madeira. Gracias a sus posesiones en Brasil, Portugal desde el principio del cultivo azucarero se convirtió en uno de los principales proveedores del mercado de África y Europa. Aunque en las plantaciones se cultivaban cacao, algodón, tabaco, colorantes y coca, de gran importancia en la economía colonial, el azúcar fue sin duda el producto más característico de la economía de plantaciones.¹⁵

Desde el siglo XVI, las metrópolis europeas trataron de diversificar la economía en América creando, además de la minería, algunas actividades artesanales vinculadas con el trabajo agrícola. De esta manera se intentó incrementar la producción de cochinilla, cera y otros productos; pero desde el principio la economía americana se sustentaba en la extracción minera; las plantaciones de tabaco con mano de obra esclava, aportaron a Holanda y Portugal productos para intercambio comercial y de contrabando.

Todo esto nos lleva a concluir que desde el siglo XVI hasta la segunda mitad del XIX los monocultivos tropicales se mantuvieron con mano de obra esclava; en esta economía, el azúcar era el producto más importante, y su demanda se reflejaba en el incremento del número de industrias dedicadas a su procesamiento y en la cantidad de esclavos empleados. En La Española por ejemplo, donde se fundaron los primeros ingenios, en 1540 había 21 e igual número de trapiches y cerca de 30 000 esclavos africanos. En Puerto Rico se observa la mutua dependencia entre esclavos y producción azucarera, cuando en 1582 los 11 ingenios que había en la isla producían poco azúcar por escasez de negros y su renovación se vio impedida por la carencia de recursos de los colonos de la isla.

En Cuba, los esclavos comenzaron a introducirse en amplia proporción a partir de 1590-1593 con los primeros ingenios. En Jamaica, el exterminio de los indios y la ausencia total de oro determinaron que desde la segunda década del siglo XVI se iniciara la explotación azucarera con mano de obra esclava, alcanzando esta industria un amplio incremento bajo la dominación inglesa. En la Nueva España, en las zonas calientes de Veracruz y en las intermedias del valle de México, a fines del siglo XVI ya existían alrededor de 30 ingenios y trapiches con una producción azucarera muy cercana a la alcanzada por La Española. En 1599 la Corona prohibió la edificación de nuevos ingenios, tal vez debido a que perseguía el incremento de la explotación minera o de otros productos considerados más fructíferos. También en Venezuela la fuerza de trabajo esclava tuvo demanda hasta el siglo XVII y era empleada en los valles y zonas centrales, en la agricultura de plantaciones de cacao; en 1780 existían más de 36 000 esclavos negros en las haciendas de las regiones centrales.

El monopolio de la fuente de esclavos permitió el desarrollo de la industria azucarera brasileña que se convirtió en la más desarrollada del Nuevo Mundo en el siglo XVIII. Este cultivo se inició en Brasil, como en las posesiones españolas, con mano de obra indígena, desde la fundación de los primeros ingenios entre 1530 y 1535. El crecimiento de las industrias y el exterminio de indios condicionaron la incorporación masiva de esclavos africanos; en 1600 había más de 20 000; en 1584 había ya 120 ingenios, llegando a 235 en 1628.¹⁶

En las plantaciones francesas de Guadalupe, Martinica y Haití, en 1700 trabajaron más de 400 ingenios que producían un millón y medio de arrobas de azúcar refinada. En la misma época, en las colonias inglesas había 800 000 esclavos que producían alrededor de un millón y medio de quintales métricos de azúcar.

Mientras que en las colonias portuguesas y españolas el esclavo negro, además de las actividades agrícolas, participaba en otras de diversa índole, las demás potencias

europas, Holanda, Francia e Inglaterra, ocupaban en sus colonias la mano de obra africana exclusivamente en la industria azucarera, excluyendo del sistema de plantaciones otros productos, por lo que tuvieron que importar los alimentos de consumo en las islas. Los colonos no integraron a los poquísimos indios a la producción, siendo su única mano de obra la africana.

El mercado inglés se abastecía en sus posesiones en el Caribe; en Barbados, por ejemplo, su colonia tabacalera trabajaba en parcelas con inmigrantes ingleses; en 1643 Barbados se convierte en plantación azucarera, lo que aumentó la inmigración europea, que para esas fechas sumaba 40 000, entre propietarios y trabajadores blancos. Pero a partir de entonces la producción azucarera de Barbados descansó totalmente en la importación de esclavos africanos que era mucho menos costosa que la mano de obra blanca y de más fácil atención; en 1643 había ya 6 000 negros y en 1655 llegaban a 20 000; su número se incrementó aún más en 1668 alcanzando el doble de la población blanca. En 1792 los negros sumaban 65 000 y al abolirse la esclavitud en 1835 había cerca de 90 000. En todos los casos parece evidente la distinción del negro con respecto al indio, al primero se le consideró arbitrariamente como de civilización superior y de mayor capacidad para las industrias y monocultivos en el Nuevo Mundo.

Aun cuando en las minas los negros estaban reservados para las labores accesorias de molinos, lavaderos, etc., siendo la mano de obra indígena la que se prefería para esta industria, no se debe perder de vista que la falta de indios en algunos casos, o las condiciones climáticas, entre otros, obligaron a los europeos a emplear mano de obra africana:

Es indiscutible que las minas se explotaron preferentemente con mano de obra indígena [...] Sin embargo es peligroso generalizar en este aspecto ya que desde muy temprano existieron zonas mineras[...] Por ejemplo las minas de cobre cubanas solicitaban constantemente asientos especiales; y las de oro y cobre de Venezuela, o los lavaderos del Nuevo Reino se sustentaron a base de negros [...] Efectivamente, todas las explotaciones que se hicieron en estas regiones y en los lavaderos de las tierras bajas colombianas estuvieron basados en el trabajo negro [...] En los lavaderos de oro del valle de Bucarica, en Pamplona, se ocupaban 17 cuadrillas de negros y según el gobernador de Cartagena, Pedro Buiral, el escaso rendimiento de las minas de Zaragoza, Los Remedios y otros lugares se debía al mal entendimiento entre los mineros y los traficantes de esclavos de Cartagena. En las minas de oro de Tairona, la

Ramada y el valle de Upar y las de plata de esta última región y de Nueva Valencia, eran solicitados esclavos negros desde 1606 (Vila, 1977: 231).

También los dueños de yacimientos argentíferos estuvieron obligados a solicitar mano de obra esclava que se hizo necesaria a medida que la población india disminuía; esto ocurría en 1608 cuando la producción de plata bajó de forma alarmante en Potosí, pidiendo los mineros permiso para incorporar 1 500 o 2 000 esclavos al trabajo de las minas; en 1647 esta demanda creció hasta exigir 700 esclavos anuales. En las minas de Zacatecas la disminución de la población indígena también se solucionó con la introducción de esclavos. En 1636 se solicitaron 500 negros anuales, renovando su petición en 1638 para que se les proveyera tanto de negros como de azogues y que estos esclavos podrían ser de los llamados cafres que se llevarían en el galeón de Manila. En vista de que esta solicitud no fue aceptada, volvieron a insistir, esta vez por medio de un memorial, en la necesidad en que se velan y en la conveniencia de llegar a un acuerdo con el asentista general para que llegaran cada año a Veracruz 500 esclavos con destino a las minas ya marcados antes de la entrada; a la par de estas gestiones oficiales, los mineros de esta región, por medio de su procurador general, intentaban comprar en México los negros que llegaban de contrabando (*ibidem*: 233).

Se han subrayado como pilares de la explotación colonial los binomios plantación-esclavitud y minería-esclavitud; a medida que el mercado exterior se fue ampliando y la demanda de mano de obra esclava fue creciendo, la producción se hizo más racional; no obstante, en este sistema de producción algunos sectores de esclavos escapaban a la reclusión en el ámbito de la minería, ocupando una gama de oficios y profesiones que vale la pena mencionar brevemente.

Cuando los negros podían adquirir, aun siendo esclavos, algunas técnicas, o dedicarse al servicio doméstico e incluso a otros trabajos complementarios de la agricultura, llegaron a ser mano de obra de empresas, ayudantes de oficiales o sirvientes domésticos; esto no sólo ocurrió en las colonias hispánicas sino tal vez, en mayor grado, en las posesiones holandesas, francesas e inglesas en donde no había población indígena desde principios del siglo XVII y en donde la mayor parte de los bienes de consumo y de las manufacturas útiles a la infraestructura de los monocultivos tropicales, se importaban directamente de Europa, habida cuenta de que estas colonias dependían de metrópolis con una capacidad náutica mayor y un tráfico comercial más amplio que el español, por lo que el porcentaje de población esclava dedicada a otros menesteres ajenos a los monocultivos, si bien era muy reducido, tenía sin embargo

importancia económica. Haciendo una generalización se puede decir que la esclavitud en América se impuso de tal modo en todas las colonias, que nadie que poseyera algún capital se privaba de tener esclavos a su servicio. Se puede afirmar que todo el que podía comprar negros lo hacía y en esta generalización van incluidos los indios que tenían este privilegio.

Entre los poseedores de esclavos estaban desde luego, en los obrajes novoespañoles, los dueños de las industrias; en estos establecimientos desde 1549 se ocupó mano de obra masculina destinada al trabajo de los telares de tejidos de lana y manta; lo característico de esta forma de trabajo era el encierro, pudiéndose comparar con las prisiones; ahí trabajaban los esclavos, los condenados por los tribunales a trabajos forzados y los trabajadores endeudados; sus murallas protegidas por los portones resguardados constituían el sórdido ámbito en donde los infelices trabajadores agotaban su vida.

En las descripciones de los obrajes se informa que en día de fiesta se les llevaba encadenados a la misa. Desde 1542, cuando los ordenamientos reales desaprobaron la esclavitud india, los dueños de obrajes fueron incorporando a negros y mulatos esclavos que llegaron en 1666 a constituir 59 por ciento de los trabajadores en obrajes cercanos a la ciudad de México; al finalizar el siglo XVII el esclavo indio había sido totalmente remplazado por el esclavo negro. Esta sustitución de indios por negros tiene como antecedente la recomendación del Consejo de Indias de 1580 y la del rey en 1609, en las cuales ya se mencionaba a los negros como idóneos para el beneficio de los paños y el trabajo en los obrajes.

Esta industria se estableció en distintas ciudades del país; los relatos que de los obrajes se hicieron rebelan la rudeza, la crueldad y las condiciones inhumanas en las cuales estaba constreñido a trabajar el esclavo obrero. Había hilanderos, tejedores y cardadores; vestían miserablemente y eran azotados y castigados cuando no cumplían con las tareas que les encomendaban los capataces; el jornal era de sol a sol, los trabajadores dormían en galeras mal ventiladas, sin ninguna luz; cuando abandonaban los talleres-cárceles, era porque iban a ser enterrados o castigados, tal era el destino de indios, mestizos, mulatos y negros que sentenciados a este cautiverio vivían y morían en la penuria.

Otra suerte tuvieron los negros que desempeñaron los diferentes oficios cuando eran requeridos por los maestros oficiales que los adiestran; trabajaban de albañiles, como ayudantes en la construcción de edificios, puentes, caminos, etcétera, aprendían carpintería y se convertían en artesanos; estos negros tenían mayores oportunidades de obtener su libertad, pagándola con el producto de sus servicios.

En las colonias hispánicas, muchas órdenes religiosas compraron esclavos con destino al servicio de iglesias, colegios, misiones y conventos; también los había en las haciendas. Aquí los esclavos aprendían diversos oficios y trabajaban en las granjeras, llegando a distinguirse por sus habilidades en estas tareas los que estaban al servicio de los jesuítas.

En las pesquerías de perlas también el negro sustituyó al indio; su rendimiento era notable, especialmente el de los jóvenes que no pasaban de 20 años. La pesca de perlas se realizaba buceando durante todo el día en las aguas cercanas a los ranchos. Los esclavos eran organizados en cuadrillas que se embarcaban en canoas vigilados por su propietario. Entregaban la pesca del día a un mayordomo; eran alimentados exiguamente y maltratados por los capitanes y ayudantes de canoeros.

En el transporte terrestre o marítimo había asimismo esclavos negros desempeñándose como arrieros y carreteros, quienes gozaban de una movilidad geográfica mucho más vasta que la de los indios a quienes estaba prohibido salir de los distritos o provincias de donde eran originarios.

Era frecuente que los particulares que poseían algún capital, compraran esclavos para arrendar su trabajo; esta forma de obtener rentas parece haber sido frecuente en las colonias hispánicas, al fin y al cabo era una inversión que se recuperaba en poco tiempo y que rendía ganancias considerables.

Otra actividad que absorbía mano de obra esclava en cantidades considerables eran las obras de fortificación; emprendidas en toda América desde el siglo XVI, éstas implicaban un peonaje numeroso, compuesto prácticamente en su totalidad por esclavos negros que podían ser alquilados o de propiedad real; en el primer caso los dueños cobraban el jornal Indudablemente ésta fue una carga que significó para el africano una vida tan dura o más que la de los ingenios y obrajes.

En casi todas las colonias de América a lo largo de la época colonial los oficiales reales compraban partidas de negros para emplearlos en los trabajos públicos de importancia; a la construcción y reparación de fortificaciones y caminos, se añadía el trabajo en las maestranzas y el del transporte de cargas pesadas en los lugares de difícil circulación. En los contados casos en que los indios llegaron a ser propietarios de negros, éstos eran igualmente destinados a la construcción de puentes, caminos e iglesias.

Los hospitales y cabildos, en tanto que instituciones coloniales, eran propietarios de esclavos encomendados a los trabajos físicos más pesados; excepcionalmente se les instruía como pregoneros, mensajeros o porteros.

La esclavitud doméstica es sin duda la forma de cautiverio en el cual el trato hacia el negro tuvo matices más humanos; en tales circunstancias es natural que el africano haya tenido una vida más benigna, más noble y hasta cierto punto feliz. En esta modalidad cercana a la esclavitud de los negros en Europa antes del periodo colonial, el esclavo al servicio doméstico del amo blanco era un índice de prestigio para éste. Al formar parte de la familia del señor, era alimentado y procurado en su educación, este régimen le permitía conservar algunos rasgos de origen, porque en tales condiciones su proceso de aculturación no era tan violento.

Como en ningún caso, el esclavo doméstico aseguraba la supervivencia de algunos rasgos africanos, a pesar de que los esclavos procedentes de una misma etnia eran separados en el momento de embarcarse o de venderse; esta dispersión étnica procurada por los esclavistas también impedía reunir en sus propiedades a individuos de un mismo origen ante el temor de que la identificación entre ellos alimentara las sublevaciones.

El negro urbano asimilaba la cultura de su dueño y la transmitía. Se le encontraba en la mayor parte de las ciudades de América, especialmente en los dos últimos siglos del periodo colonial; también se concentró en las cercanías rurales que le permitían el acceso a las grandes vías de comunicación; al tener prohibido habitar en ellas, los grupos de esclavos negros sin ocupación definida sólo merodeaban en torno a las comunidades indígenas. A esta forma de existencia del negro se le ha llamado "vagabundaje" por carecer de estado definido por una clara ubicación social y económica.

Algunos autores incluyen la esclavitud doméstica como parte de la esclavitud improductiva, esto es, individuos o grupos de esclavos que en un breve espacio de tiempo pasan de una labor productiva a la inactividad, convirtiéndose en "lastre económico".

Los fenómenos de la esclavitud improductiva y del vagabundaje fueron los que más contribuyeron a caracterizar socialmente a muchas ciudades indianas, que tenían una gran masa de población inactiva, una especie de clientela parasitaria y ociosa.

Esta esclavitud improductiva puede ser considerada también desde criterios totalmente distintos; siempre caben preguntas como: ¿hasta cuándo la esclavitud siguió siendo productiva después de que Latinoamérica pasó de un sistema mercantilista al capitalismo moderno?, ¿qué importancia pudo tener una posible improductividad del esclavo en el proceso abolicionista? (Mellafe, 1975: 109).

La importancia económica de cada región, definida por el tipo de producción que se daba en ella, se reflejaba en el precio de los esclavos; en el Brasil, por ejemplo, en el periodo de mejores precios, un indio costaba de 4 000 a 7 000 réis y un negro valía entre 50 000 y 30 0000 réis, es decir, de 20 a 100 libras esterlinas. Pero en términos generales, el valor de los esclavos variaba en los distintos mercados, dependiendo en primer lugar del costo de origen; al principio de la trata había que distinguir entre negros bozales y ladinos. Los primeros, procedentes directamente de África, eran vendidos en lotes a comerciantes que después hacían su distribución; los ladinos, que se agotaron pronto, eran transferidos generalmente como una mercancía común y corriente.

Con frecuencia los que procedían de algún palenque se subastaban por grupos. Cuando la venta era directa, quedaba legalizada por medio de un contrato de compraventa en una escritura notariada. En este documento se consignaba el nombre y lugar de origen, así como las características y los defectos del esclavo. Cuando se trataba de negros ladinos, se especificaban las habilidades y oficios que conocían por haber sido adiestrados anteriormente.

Para comprender la fluctuación de los precios en la venta de esclavos en las colonias continentales, hay que tener en cuenta que los costos de transporte aumentaban cuando, al ser entregados en los puertos de entrada, Cartagena y Veracruz, quedaban por recorrer largos territorios hasta llegar a su destino final. Buenos Aires fue puerto de entrada donde desembarcaba el comercio clandestino. Esto se explica porque los almacenes de depósito de los esclavos estaban en las ciudades portuarias, donde desembarcaban los negros llegados de África. Ahí los comerciantes recibían las cargas y se hacían cargo de su venta con la ayuda de los intermediarios, quienes casi siempre eran mercaderes que residían en los puertos de llegada, fungían como agentes de comerciantes del interior o bien operaban por cuenta propia.

Al emprender las rutas de internación, Veracruz-México, Cartagena-Lima vía Panamá y Lima hacia otros puntos de Ecuador, Chile o el resto de Perú, los costos aumentaban por los pagos de fletes. Desde Cartagena se redistribuían los esclavos para las zonas del Caribe. A lo largo de todas estas rutas lentas y dificultosas, la trata interna también cobraba víctimas que podían ser tan numerosas como las que causaba la travesía del Atlántico.

Para el pago se utilizaban la plata o los productos de la tierra que servían de moneda, los traficantes a su vez los revendían; entre estas mercaderías las más apreciadas eran las que transportaba el *Galeón de Manila*. La acumulación de gastos de desplazamiento elevaba el precio de los esclavos en los mercados: Pongamos como ejemplo el traslado de una carga desde Cartagena a Lima en 1630. Costó lo siguiente:

- Precio de 189 esclavos en Cartagena: 73 680 pesos.
- Precio de fe de compras para cubrir entradas ilegales: 2 114 pesos.
- Gastos de Cartagena al Callao: 11 287 pesos.
- Gastos en Lima (mantenimiento, flete de transporte, impuestos reales y municipales, gastos médicos, escrituras): 10 730 pesos.
- Flete de plata llevada a Cartagena: 1 500 pesos.
- Varios: 380 pesos.
- Total: 99 691 pesos.¹²

A pesar de estos elevados costos y de las numerosas pérdidas que se producían, el negocio resultaba seguro por la gran demanda existente (Vila, 1977: 220).

En las costas africanas, los precios de los esclavos fluctuaban según la ubicación de los barracones de depósito y el lugar de procedencia. Ya se ha comentado que los negros de algunas zonas eran más apreciados que las de otras; los de Cabo Verde y Guinea, por ejemplo, se cotizaban más alto que los de Angola; los primeros en un mercado de Cuba costaban 250 pesos en el periodo de los asientos, en tanto que uno de Angola durante el mismo periodo sólo valía 200. Estos negros comprados en Angola se vendían en 75 y 80 pesos cada uno; a esa cantidad había que añadir los gastos de mantenimiento, impuestos, fletes y las pérdidas de las bajas durante la travesía.

En los mercados del Caribe, durante las primeras décadas del siglo XVII los negros bozales se vendían en lotes y su precio fluctuaba entre los 175 y 200 pesos cada uno. Cuando la salud de los cautivos y su estatura eran satisfactorias, su precio subía hasta 250 y 300 pesos, más o menos el mismo precio que en Cartagena.

En México los esclavos domésticos llegaron a costar entre 250 y 500 pesos y las esclavas entre 300 y 470 pesos. Cuando un esclavo estaba adiestrado o especializado en un oficio, o había adquirido experiencia en el trabajo del azúcar, su valor se elevaba considerablemente; un aserrador podía llegar a valer 375 pesos, un fundidor de minas podía alcanzar los 800 pesos, un carpintero 500 pesos y un maestro del azúcar 800 pesos. Todos estos precios se refieren al periodo señalado de las primeras décadas del siglo XVII.

Disponemos de otros datos que ilustran con mayor precisión el valor de los esclavos en las colonias hispánicas; en Lima, por ejemplo, de acuerdo con Enriqueta Vila Vilar, en la tercera década del siglo XVII un esclavo de menos de 16 años costaba entre 430 y 480 pesos; los adultos que oscilaban entre los 16 y 25 años tenían un precio de 500 a 600 pesos, los que sobrepasaban esa edad, es decir entre los 26 y los 35 años, eran algo más baratos. Las esclavas valían más o menos lo mismo cuando estaban entre los ocho y los 15 años, siendo las de edad adulta más baratas que los varones; estos precios se asignaban a los esclavos bozales, los de los ladinos hombres disminuían; no obstante, las esclavas ladinas alcanzaron precios muy altos, ya desde el siglo XVI: negras jóvenes entre 16 y 25 años costaban hasta 727 pesos (Vila, *op. cit.*).

A mediados del siglo XVII, los negros que se compraban en las Antillas directamente en los depósitos de esclavos se pagaban a 112 pesos y se vendían en los mercados del continente a 800. Los que eran vendidos en los mercados que quedaban distantes del puerto de desembarque, tenían precios muy altos. Hacia 1630 el precio de un esclavo transportado por la ruta del Pacífico costaba en Perú 500 pesos, en Santiago 600 en Bolivia 800; los que eran llevados por la ruta continental que comenzaba en el Río de la Plata, sólo valían 200 pesos, porque precisamente por esta ruta introducían numerosos negros de contrabando. Los bajos precios en Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XVII permitían subsanar los costos de cargas enteras que los propios maestros y cargadores de los barcos introducían de contrabando; en los remates el precio de un esclavo oscilaba entre 60 y 160 pesos. El contrabando se aborda con mayor profundidad más adelante porque se refiere al problema de la cuantificación del comercio esclavista, que en unos siglos es fácil de calcular mientras que en otros sigue siendo una tarea sin solución.

Examinadas algunas cifras extraídas de fuentes bibliográficas, susceptibles de comparación, se puede llegar a una aproximación aceptable del número de africanos que poblaron cada una de las regiones de América. Habiendo establecido ya que los dominios españoles en el Caribe demandaban para la explotación de sus riquezas una mano de obra que no existía ni en el Caribe mismo ni en España, por lo que se justificó la importación de africanos, desde 1501 los esclavos procedentes de los depósitos de Portugal y Andalucía empezaron a llegar para poblar las colonias ibéricas. Fue la isla de La Española (hoy República Dominicana) la primera en recibir esclavos.

Desde ahí, los españoles realizaron la conquista del resto del Caribe, extendiéndose primero a las Grandes Antillas: Puerto Rico, Jamaica y Cuba. Pronto dejaron de llevar africanos procedentes de la península ibérica debido a que esos negros “ladinos”, como eran llamados, al trasladarse a América causaban revueltas y “contaminaban” con sus ideas a los otros traídos directamente de África; renovada la trata negrera, después de

muy pocos años de iniciada con esclavos de la península, se realizó directamente en las costas de Guinea.

Al principio de este capítulo se ha explicado una parte de la dinámica negrera en África y Europa. Volviendo al tema de las colonias españolas y partiendo de la primera licencia o asiento concedida por la Corona de España, el 12 de febrero de 1528, según algunas fuentes, este contrato autorizó a dos comerciantes alemanes para introducir 4 000 negros de Guinea a las posesiones españolas en América. Sabemos que para controlar las operaciones de compraventa de esclavos la llamada “junta de negros”, desde la Casa de Contratación, inspeccionaba el cumplimiento de los asientos y organizaba el comercio de esclavos. Los asientos comprendían la autorización de navegación y transporte de mercancías y esclavos por el Atlántico y su embarque y desembarque en las Indias Occidentales. Entre 1512 y 1763, Cuba recibió 60 000 negros, cifra que se incrementó conforme lo iba requiriendo la producción azucarera y el trabajo de las minas. Era el rey quien personalmente ordenaba el suministro de la mano de obra.

Entre los primeros asientos de que se tiene noticia, en favor de mercaderes peninsulares, está el ya mencionado, concedido a Pedro Gómez Reynel, en 1595, quien después transfirió a un portugués (Joáo Cutinho) la concesión que obligaba el traslado de 38 500 esclavos de África al Caribe, partiendo de cualquiera de los puntos siguientes: las islas Canarias, Santo Tomás, las islas del Cabo Verde, los dos puertos de Lisboa y Sevilla y Angola.

Considerando que desde 1562 hasta 1585 se autorizaba que los súbditos privilegiados del rey de España podían dedicarse al tráfico de esclavos, en este periodo varias ciudades españolas se beneficiaron con el tráfico, principalmente Sevilla, de donde partían los navios hacia el Nuevo Mundo (ver capítulo anterior).

Para mayor precisión, los portugueses, dueños del primer contrato, fueron pasando de mano en mano el beneficio de transportar esclavos hacia el Caribe. La exigencia del asiento los obligó a establecer compromiso con los intermediarios locales en África, así como a multiplicar los depósitos de la costa occidental y las factorías; y aunque tuvieron que defenderse de los ataques de sus competidores europeos (holandeses, franceses, ingleses, etcétera), Portugal llevaba ventaja porque Angola era su feudo y la trata estaba muy organizada entre gobernadores y agentes proveedores de esclavos. De cualquier modo, tuvieron que proteger los puntos estratégicos de la costa occidental africana.

Todo lo anterior ayuda a explicar que las luchas de los holandeses contra la dominación de España tuvieron repercusión en las regiones esclavistas de América, afectando a las

plantaciones. Cuando Portugal formó parte de la Corona española, tuvo que enfrentar a los holandeses, competidores comerciales en Brasil. Mucho antes, en 1590, los Países Bajos, con sus siete provincias, se habían rebelado contra el imperio español, al que pertenecían. Una vez conseguida su independencia, desde 1609 compiten tenazmente con los ibéricos en el comercio marítimo, con las colonias de América; a pesar de los esfuerzos de los holandeses, España conserva sus dominios y Portugal también, debido a que tanto sus posesiones en África como en Brasil permanecieron neutrales en el conflicto entre ibéricos y holandeses. No obstante, después de una tregua, Holanda asaltó los asentamientos portugueses en África y en Brasil.

Convertidos en adversarios de sus antiguos aliados comerciales, los holandeses, habiéndose apoderado de la industria azucarera, trataron de cortar el abastecimiento de esclavos a Brasil, para lo cual atacaron las posesiones portuguesas en África y dominaron entre 1638 y 1641 varios puntos estratégicos; de esta manera una gran parte de la trata pasó a manos de Holanda. Esta nación ofrecía a colonos franceses e ingleses en el Caribe no sólo esclavos, sino también equipo para la molienda e, incluso, plantadores holandeses que al ser aceptados llegaron a Barbados, Martinica y Guadalupe para introducir nuevas técnicas de producción. Los mismos tratantes holandeses concedían créditos a los agricultores para adquirir mano de obra esclava.

Finalmente, los cargueros holandeses llevaban del Caribe al puerto de Amsterdam el producto codiciado, aquel por el que todas las naciones competían: el azúcar. Los plantadores inmigrantes dieron con sus técnicas y fuerza de trabajo un gran impulso al sistema de plantación y a la producción azucarera. La colonización de las Antillas Menores y la costa continental del Caribe la hicieron los colonos de diferentes partes del norte europeo, que enganchados por ingleses y franceses, aprovecharon la escasa ocupación de los ibéricos (*idem*).

Como se ve, el tráfico de esclavos para las colonias españolas no se hacía directamente con África, sino que España dependía de holandeses, franceses o ingleses. En efecto, dependía inevitablemente de rebeldes (los portugueses), de herejes (los ingleses) o de rebeldes y herejes (los holandeses), o también de enemigos (los franceses), para procurarse los esclavos destinados a las minas y a las plantaciones de sus colonias; ninguna otra nación era tan dependiente de otras en el mercado de esclavos.

En cuanto al tráfico clandestino, España no pudo intervenir para evitarlo. De 1640 a 1662, el gobierno español no tomó ninguna medida para impedir el envío clandestino de esclavos a sus colonias.

Al perder su carácter privado, los asentistas fueron sustituidos por tratados entre la nación proveedora y el gobierno receptor de esclavos.

La primera remesa de africanos llevados a la isla de La Española, en 1562, bajo contrato legal por medio de los colonos españoles, se pagó en oro, azúcar y pieles; fue el famoso mercader inglés John Hawkins quien inicia en ese año, con su navío Jesús, el comercio de negros; para 1588 los ingleses tenían el monopolio de esa mercancía en la costa africana, desde Senegal hasta el río Gambia; en el Caribe se reunían en la Isla Tortuga tanto los traficantes como los piratas. Sin embargo, los ingleses descuidan el comercio negrero durante la primera mitad del siglo XVII. Antes de 1660, participan en muy pequeña escala en el comercio con África occidental, pero la participación de la gran burguesía le confiere nuevos impulsos; con la ocupación de Jamaica, los ingleses fundaron en 1661 la Company of Royal Adventurers (se le llamó así porque en ella tenían acciones princesas, condes, duques y otros miembros de la nobleza) para que, en derecho exclusivo, organizara y efectuara el comercio de esclavos. Más tarde, en 1672, se funda la Royal African Company, que en los siguientes 20 años transportó 50 000 esclavos en 250 viajes entre África y América (*ibidem*).

Un antecedente de esta participación de los personajes de alto linaje en el comercio de esclavos lo constituye el privilegio con que la Corona inglesa distinguió a un grupo de ricos comerciantes, para que bajo su protección realizaran el tráfico negrero entre la costa africana de Senegal y Gambia y la Isla Tortuga en el Caribe, que fue, como ya se dijo, refugio de piratas.

Después del azúcar, los cultivos en el Caribe se diversificaron: había tabaco, añil y otros productos de exportación. Estos cultivos ocupaban no sólo la mano de obra esclava sino también la de los colonos blancos, de los que ya se ha hablado y que llegaron a sumar cifras importantes: en 1640 había 52 000 blancos en Barbados, y 22 000 en Nueva Inglaterra; en Martinica y Guadalupe había 15 000; los esclavos apenas sumaban 6 000 en Barbados.

Las transformaciones que se dieron posteriormente se debieron al notable aumento en la producción azucarera. En 1680, los esclavos sumaban 40 000 en Barbados, la producción anual se elevaba considerablemente, aun cuando la población blanca disminuyó a 2 000. Había unos cuantos plantadores dueños de tierras y esclavos. Barbados era, en su momento, la colonia inglesa más próspera y poblada de América; anualmente ingresaban a ella más de 1 400 esclavos. Para fines del siglo XVII, esta isla era sin duda la región más poblada del continente.

Entretanto, en África occidental, donde los portugueses habían construido fuertes al lado de sus capillas, habían convertido a aquéllos en el centro del comercio de esclavos; pero al incrementarse en esa región la presencia de los franceses e ingleses, éstos fueron más poderosos y desalojaron a los portugueses de Guinea.

Los holandeses se habían instalado en Gorea desde 1620 y en San Jorge de Mina, en 1637, haciendo de este fuerte el centro de operaciones; en 1682 un rico comerciante anónimo se benefició del asiento concedido a Juan Barroso del Pozo, para convertirlo en un verdadero monopolio que duró hasta 1685; en 1688, por la pugna con los franceses e ingleses, los portugueses tuvieron que dejar sus antiguos fuertes.

Antes, los españoles habían abandonado Santo Domingo en 1605 y los franceses ocuparon la isla en 1660; enseguida fue habitada por 4 000 blancos y 2 000 esclavos. Más tarde (1687), un censo señala que en las posesiones francesas de las Indias Occidentales, había 19 000 blancos y 27 000 esclavos.

Siendo la actividad económica más importante la producción de azúcar basada en la esclavitud, a fines del siglo XVII el Caribe era la zona de América más poblada de esclavos, mientras que otras regiones, Norteamérica por ejemplo, apenas si los tenían. En esos años esa colonia apenas alcanzaba la cifra de 30 000, mientras que en Brasil había ya 600 000; la América española tenía 400 000, y en el Caribe inglés y francés, en su conjunto, la población esclava sumaba 450 000. En Barbados, de la que ya se habló y que fue la primera región en la que se produjo azúcar a gran escala, los esclavos sumaban, en 1645, poco más de 6 000; en 1670 había 2 600 haciendas azucareras y en 1680 los esclavos eran 37 000; para fines de ese siglo la pequeña isla recibía un promedio anual de 1 300 esclavos que para entonces sumaban 50000.

En el dominio francés de las islas Martinica y Guadalupe, hubo cerca de 300 haciendas azucareras y la cantidad de esclavos se incrementó a medida que la producción lo demandaba: hacia 1683, en las dos islas había más de 20 000 esclavos.

Las cifras de la población esclava en los siglos XVII y XVIII han sido calculadas por varios autores. José Luciano Franco señala estimaciones para los siguientes periodos:

- 1666-1776: tres millones (250 000 murieron en el viaje) de esclavos importados por los ingleses para las colonias inglesas, francesas y españolas.
- 1680-1786: 2 300 000 esclavos importados para las colonias de América, de los cuales sólo Jamaica absorbió 610 000.

- 1716-1756: 70 000, número medio de esclavos importados cada año en las colonias americanas, o sea, un total de 3 500 000.
- 1752-1762: sólo Jamaica importó 71 115 esclavos.
- 1759-1762: sólo Guadalupe importó 40 000 esclavos.
- 1776-1800: como media, importación de 74 000 esclavos por año para las colonias americanas, o sea un total de 1 850 000.
- Media anual para los ingleses, 38 000.
- Para los portugueses, 10 000.
- Para los holandeses 4 000.
- Para los franceses, 20 000.
- Para los daneses, 2 000 (Franco, 1975).

El crecimiento de las plantaciones era paralelo al de la población: ambos fueron incrementándose a pesar de algunas calamidades naturales que se sumaban a los conflictos entre las potencias europeas.

Había puntos de concentración de esclavos en los que la población blanca disminuía o se mantenía estable, y en cambio la población esclava iba en aumento. La proporción de blancos y esclavos estaba definida por la importancia de la producción azucarera; los demás productos que se consumían se obtenían indirectamente.

El incremento de negros provenientes de África superó el número de blancos y en la mayoría de las islas la población era mayoritaria-mente rural.

A mediados del siglo XVIII, Jamaica es claramente un ejemplo de colonia caribeña plantadora. Los negros superaban a razón de 10 a uno a los blancos, 75 por ciento trabajaba en el azúcar y 95 por ciento vivía en zonas rurales. En estas islas, cuyas ciudades principales no alcanzaban los 15 000 habitantes, la esclavitud urbana tuvo poco peso, a diferencia de lo ocurrido en la América ibérica continental, donde había 21 centros urbanos con más de 50 000 habitantes.

En cuanto a la producción mercantil de alimentos, que ocupaba en Perú a buena parte de los negros, casi no existió en las sociedades insulares. Éstas dependieron para

alimentarse de las importaciones o de la agricultura de subsistencia que practicaron los propios esclavos.

De lo anterior se desprende que si bien el Caribe era un centro productor de azúcar, cada una de las islas y de las zonas continentales tuvo características propias. Santo Domingo, por ejemplo, mantuvo su crecimiento a partir de mediados del siglo XVII, superó en producción azucarera a Martinica y para los primeros años del siglo XVIII tenía mayor número de ingenios y cerca de 120 000 esclavos que la situaron más tarde como la productora más grande de azúcar y la más importante en la producción mundial de café.

A mediados del siglo XVIII, Santo Domingo, a la cabeza de las colonias azucareras de América, estaba también por ser el mayor abastecedor mundial de café. Este cultivo se había introducido en la isla en 1723. Al finalizar el decenio de 1780, sus productores eran reconocidos como los más eficientes de cuantos había. La población esclava, unos 460 000, era mayor que la de cualquiera de las Antillas, representaba un porcentaje alto de esclavos que había entonces en el Caribe. Las exportaciones sumaban dos tercios del valor total de las mercancías remitidas por las Indias Occidentales francesas y en volumen superaban los envíos de las Antillas francesas e inglesas juntas. Más de 600 barcos por año llegaban a sus puertos para cargar azúcar, café, algodón, añil y cacao, destinados al mercado europeo.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, España promovió las exportaciones de sus colonias en América, así como la exploración de nuevas regiones. También recibió mayor número de esclavos en el Caribe y en el continente. En ese momento, los ingleses tenían el asiento de la trata y llevaron a las costas un número indefinido de esclavos que entraron por los puertos de Argentina, Panamá y Colombia. Se abrieron en el Caribe nuevas rutas con el desarrollo comercial de las islas y la apertura al tráfico negrero a la competencia; por lo tanto, aumentó el número de esclavos en las posesiones de España. Así surgieron Nueva Granada, Venezuela, Puerto Rico y Cuba como centros de recepción. Esta inmigración tan importante no alcanzó ni a México ni al Perú, que para estos años tenían ya una población afroestizada -sobre todo México-muy elevada, con la que satisfacían la demanda de mano de obra.

No teniendo población nativa de la cual disponer, los españoles aprovecharon la reactivación de la trata para proveer de esclavos las regiones mineras del Chocó, en Nueva Granada, que aunque se conocían desde el siglo XVII, no habían podido ser explotadas. Para 1782 había por lo menos 7 000 esclavos que habían entrado por Cartagena. La organización del trabajo fue similar a la que privó en Brasil, en Minas Gerais, donde el oro se extraía de los lavaderos usando esclusas y agua como energía;

los mineros estaban agrupados en cuadrillas de unos 30 negros y el lavado del metal empleaba decenas y hasta cientos de esclavos. Esta actividad fue afortunada para muchos de ellos que con su trabajo llegaron a comprar su libertad. Cuando decayó la minería en los últimos años del siglo, ya la producción no era importante y la mayoría de los negros ya no eran esclavos.

Cuba fue la colonia española que recibió el peso del sostenimiento de la flota mercante; para defender del robo de los productos que transportaba, fueron construidos algunos fuertes en los que se abastecía y resguardaban las naves. Los productos de la isla habían sido hasta el siglo XVIII y casi desde el comienzo de la colonización: el café, el azúcar y el tabaco; la minería fue activa sólo durante los siglos XVI y XVII. Cuando en 1763 cayó bajo el dominio de los ingleses, en pocos meses la economía local fue estimulada y se importaron más de 10 000 esclavos africanos. Recuperada por España, Cuba incrementó la producción azucarera con nueva maquinaria para moler azúcar, se concedieron tierras a los inmigrantes españoles y se exploraron nuevas zonas. Para 1790 esta industria empleaba la mano de obra de más de 25 000 esclavos; junto con Haití, eran las colonias del Caribe con mayor número de esclavos.

En Venezuela proliferaron las plantaciones de cacao que en el siglo XVI funcionaban con mano de obra indígena; ésta fue sustituida poco a poco por los esclavos llevados por los portugueses que intervinieron en la comercialización del cacao, siendo este producto el que dominaba los mercados de España y México; con la sustitución de los indios por los africanos en el siglo XVII, las encomiendas se convirtieron en plantaciones; a mediados del siglo XVIII había en Venezuela 65 000 esclavos africanos.

Resumiendo el tema de la *coyuntura atlántica*, concepto que explica la expansión europea por periodos o pasos del tráfico negrero, implica la colonización y explotación de los productos americanos e impone cálculos en el tráfico general: por ejemplo, de 1504 a 1659, 17 967 navios hicieron el viaje entre España y América, 10 635 idas y 1 332 regresos. La suma total del movimiento de 146 años de tráfico comercial entre España y América fue un tonelaje de 3 718 353: 2 112 853 toneladas de ida y 1 605 499 toneladas de regreso.

Para comprender bien este enfoque del movimiento trasatlántico es necesario partir de las gráficas del tomo séptimo y de la elaboración estadística del tomo VI, 1, 2, de *Sevilla* y el *Atlántico* de Pierre Chaunu.

De 1504 a 1592 se puede considerar la gran fase de expansión cortada por un receso a la mitad del siglo: de 1550 a 1562. De 1593 a 1650 se entra en la fase de la depresión del siglo XVII, con un inicio estático que abarca de 1593 a 1622. Después de 1623 se da la

caída vertical. Todas estas grandes fases del movimiento encuentran su dinámica a partir de la fluctuación decenal (nueve años) y del ciclo corto de tres a cuatro años.

Los movimientos de expansión-depresión se deben a los comportamientos de los precios españoles. Éstos fueron el elemento de comprobación necesario en la reconstitución de la coyuntura del tráfico marítimo Sevilla-América. Desde las fluctuaciones más cortas hasta la tendencia más larga, tienen una correlación entre los precios españoles y el tráfico marítimo.

Hay alza y descenso de los precios y del volumen transportado en los espacios más próximos a Sevilla: Andalucía, la Nueva Castilla y la Vieja Castilla. Los precios de Andalucía son los más importantes porque esta región es la principal proveedora de productos alimenticios para los viajes a América, también en una primer fase, para la población europea en América.

En general se encuentra un paralelismo entre el alza de los precios españoles y el aumento del tráfico a lo largo de todo el siglo XVI. A partir de 1608 y hasta 1622 hay una disminución en la curva del movimiento en volumen. Por la fluctuación excesiva de los precios entre 1608 y 1619 se dibuja el descenso para el resto del siglo XVII. El tráfico marítimo baja claramente a partir de 1623, el movimiento de los precios españoles es el que permite establecer la vinculación entre el movimiento del gran comercio interoceánico y los ritmos de la economía española y europea. Es también el que muestra la existencia de un espacio económico homogéneo, formado en ambas costas del Atlántico: las variaciones de los precios -nos dice Chaunu-a grandes rasgos, son idénticas, con lapsos de seis meses.

A fines del siglo XVI la tecnología llegó al máximo de sus posibilidades. El único camino para aumentar el tráfico era el cambio de los navios grandes en lugar de los pequeños. La exploración geográfica había llegado a su término, los grandes navios se concentraban en los puertos de fácil acceso: Veracruz, Porto Belo, Nombre de Dios, Cartagena. La producción se concentró primordialmente en los espacios ya ocupados, esencialmente Nueva España y Perú.

La primera media-fase (1504-1550) es una expansión en superficie. La segunda (1560-1592) es una expansión en profundidad del espacio ya ocupado. Una vez terminada la expansión geográfica, se pasa de un universo abierto a un universo cerrado para dar paso a la competencia por el espacio americano y sus riquezas, se organiza entre España y el resto de Europa. Esta nueva coyuntura permite la actividad de los corsarios ingleses, franceses, holandeses y de los primeros asentamientos no españoles en la América ibérica.

Observando el desarrollo y la evolución del gran mercado España-América, el movimiento del tráfico marítimo nos muestra las enormes posibilidades ofrecidas por un comercio nuevo en un espacio densamente poblado. América, dice Chaunu, rompe

por más de un siglo, el equilibrio existente entre las fuerzas de la oferta y las de la demanda [...] abre un campo casi ilimitado a las fuerzas de la empresa para la colonización de las tierras vírgenes en América y a las inmensas posibilidades de intercambio con el Extremo-Oriente. Las masas de bienes que son lanzadas a través de los mares hacia el Este y hacia el Oeste contribuyeron, durante un siglo, por la presión que ejercían, a mantener la demanda global en un nivel superior a la oferta global; compréndase, en el dominio de los precios, una incitación constante al alza [Chaunu: vol. VIII-2, p. 386].

En síntesis, este motor americano, como le gusta decir a Pierre Chaunu, con sus dos etapas de explotación: primero extensiva, después intensiva, contribuye de forma cuantitativa a una expansión constante de la demanda de los productos manufacturados europeos. El periodo de 1586-1590 hasta 1622 (la transición entre la fase ascendente y la descendente) es el comienzo del fin de la expansión del tráfico marítimo. De 1592 a 1632 en Europa se produce la inversión de la tendencia mayor, la de los precios, primero en España y después en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y los Países Bajos.

Sevilla es el puente entre Europa entera (con ciertas franjas de África y Asia) y América. Lo que pasa en Europa repercute en América. Entre 1588 y 1640 las curvas de los precios y del gran comercio marítimo americano coinciden una vez más en su movimiento general. Y esas coincidencias, para Pierre Chaunu, no son imputables al azar. Traducen "las ligas orgánicas" que unen el Atlántico con los diferentes sectores de la economía europea.

La expansión y la evolución constante del mercado entre Europa y América del siglo XV al XVII tuvieron por base del lado americano la producción de materias primas de alto valor (metales preciosos, perlas, sustancias tintóreas y farmacopea) y del lado europeo víveres y manufacturas de todas clases con una evolución hacia las manufacturas de alto valor.

La explotación de las riquezas americanas tuvo por fundamento la abundante población india. La mano de obra india fue “un elemento natural” del espacio americano, en consecuencia la aplicación de técnicas rudimentarias, inimaginables para Europa, allí fueron rentables. El movimiento de expansión territorial de las islas al continente tuvo como base la búsqueda de territorios con núcleos de poblamiento denso. Los dos polos del espacio americano de intensa explotación por los españoles (la Nueva España y el Perú) son zonas de densa población.

La introducción de técnicas más desarrolladas en la explotación de las minas de plata (producto principal de exportación) está estrechamente conectada al movimiento demográfico. La amalgama es introducida en la Nueva España (1556) en el momento de crisis de la población india (1548: 7.4 millones de indios, 1568: 2.6 millones de indios) que coincide con la gran crisis del tráfico marítimo del siglo XVI. También es significativo que la introducción de la técnica del mercurio en el cerro del Potosí, descubierto en 1545, comienza en 1572. Parece ser que el movimiento demográfico del Perú fue menos crítico que el de la Nueva España.

La introducción de nuevas técnicas desencadenó una nueva expansión a fines del siglo XV y a principios del siglo XVII, permitiendo el alza de la productividad de una población india menor, pero todavía abundante. Es necesario señalar también que con la evolución de los precios en el mercado americano y europeo, donde los precios de los metales preciosos están constantemente a la baja, la disminución de los beneficios empujó a los colonos a la búsqueda de una productividad mayor.

Se nos plantea entonces la cuestión sobre la significación de las riquezas americanas frente al “arranque” de la economía europea del siglo XV. En realidad los grandes cambios económicos europeos fueron consecuencia de una larga evolución anterior (evolución demográfica, técnica, agrícola, industrial, comercial, financiera, social y política).

Como se ha explicado esta evolución europea desencadenó la expansión espacial que condujo a la conquista y explotación de América. La América de los siglos XVI y XVII fue un prolongamiento trasatlántico del espacio económico europeo. La *coyuntura atlántica* nos muestra el origen y el desarrollo de un mercado que va a estructurar el espacio americano a la medida de las necesidades de Europa: con una población europea que explota las riquezas naturales (entre las cuales se encuentra la población) de un espacio nuevo, agregado al espacio del imperio español. La “invención espacial” permitió el aumento de la demanda en relación con la oferta durante casi un siglo. La demanda americana contribuyó a la ampliación de la producción mercantil europea así

como a su diversificación: la evolución de los productos europeos (víveres, manufacturas baratas y de alto valor) en el mercado americano.

El movimiento de la expansión mercantil que parte de Europa alcanza todo el planeta. Sin embargo, es en América (por sus posibilidades ya descritas) donde se encuentra uno de los sectores más dinámicos del mercado mundial. Claro está que no son el oro y la plata en sí mismos los que provocaron la revolución de los precios y la expansión de la economía europea a todo lo largo del siglo XVI. La significación de América en la evolución económica del siglo XVI es necesario buscarla en los lugares y las condiciones de la producción. El hecho de que alrededor de 80 millones de americanos estuvieran gratuitamente al servicio de la población española, tuvo necesariamente repercusión en la economía ibérica, así como en el espacio económico en la cual ésta se encontraba enmarcada. La evolución del tráfico atlántico y la evolución demográfica americana son significativas en toda la fase de expansión.

En 1608 la población india de México había decrecido sustancialmente a 1.1 millones de habitantes. La explotación de los espacios americanos tendría necesidad de una revolución técnica, una nueva “amalgama”. En fin, el descubrimiento y la colonización de América fueron factores que coadyuvaron a la generalización de las relaciones sociales propias de una economía de mercado.

¹¹ Véase Luz María Martínez Montiel. Antropología. Conocimiento y comprensión de la humanidad, México, Esfinge, 2006.

¹² Ver Johnston, “The Negro in the New World”, en L. N. Calvo, *op. cit.*, p. 113.

¹³ Lo referido al tráfico en Brasil y en general a la llegada de los esclavos a puertos americanos tiene una referencia muy especial en la novela de Novás Calvo, *op. cit.*, p. 21

¹⁴ *Idem*, p. 105.

¹⁵ *Idem*, p. 123.

¹⁶ *Ibidem*, p. 108.

¹⁷ Ver Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 800.

Decadencia y abolición de la trata¹⁸

A principios del siglo XIX la trata negrera tendió a desaparecer. Los movimientos abolicionistas lograron que importantes sectores de las sociedades europeas repudiaran el comercio negrero. Francia e Inglaterra fueron las naciones donde con mayor fuerza se desarrollaron las ideas y las campañas abolicionistas que repercutieron en las colonias americanas.

En las colonias inglesas de Norteamérica, desde el siglo XVIII se cuestionaba el derecho de poseer esclavos, y se discutía la idea de prohibir la esclavitud en algunas de ellas. Ya independientes del dominio inglés, en los Estados Unidos se efectuó la primera protesta en contra de la esclavitud y la trata. Por su parte Inglaterra, en 1792, luego de una fuerte campaña política, prohibió la trata y penalizó el tráfico ilegal en sus territorios.

La Declaración de los Derechos del Hombre, emitida por la República francesa, fomentó diversos movimientos de emancipación en sus colonias antillanas. El más destacado de éstos fue el que se produjo en Haití. Heredera de la tradición del cimarronaje, la lucha comenzó como una revuelta de esclavos contra los amos, para terminar como la más radical de todas las revoluciones de independencia en 1794.

Por otro lado, las luchas independentistas sostenidas en diversos puntos del continente americano a lo largo del siglo XIX determinaron la desaparición de la esclavitud.

En la costa occidental africana, la trata esclavista decayó notablemente en la década de los cincuenta del siglo XIX, orientándose hacia la costa oriental. Se trataba ya de un tráfico clandestino organizado entre agentes musulmanes africanos y negreros cubanos y estadounidenses que se practicó durante la segunda mitad de siglo. Todavía en 1863, la trata oriental permitió el envío de millares de esclavos al Caribe, principalmente a Cuba. Los buques que se empleaban eran de procedencia estadounidense y más adecuados para el transporte humano, por lo que eran preferidos a cualquier otro navío. Esta trata clandestina entra en franca decadencia junto con el régimen esclavista, en la década de los sesenta de ese siglo, como consecuencia del desarrollo de las nuevas relaciones de trabajo en la sociedad colonial; el modo esclavista de producción no podía

ya mantenerse en la nueva etapa del capitalismo. Las fuerzas del trabajo libre iban abriendo paso a una nueva formación social. Los propietarios esclavistas eran desplazados por el capital y el tremendo desarrollo de las fuerzas productivas rebasaba ya los marcos de la esclavitud. El nuevo rumbo de la sociedad colonial, en general, animó a los mismos propietarios a la lucha contra el comercio clandestino de esclavos. El proceso abolicionista desde sus raíces se inicia con las rebeliones esclavas que tanto influyeron, no sólo en la abolición de la esclavitud sino también en los movimientos de independencia de las colonias americanas en su totalidad.

La resistencia esclava es actualmente un tema de reconocida importancia, como una de las vías de estudio de las sociedades coloniales esclavistas. Desde el siglo XVI, con el cimarronaje y las rebeliones fueron dos formas de resistencia con las que los africanos se enfrentaron al régimen colonial. Desde los Estados Unidos del Norte hasta las tierras de Sudamérica, los movimientos de insurrección se dieron desde el inicio de la trata. Muchos historiadores han insistido en que los africanos oponían una resistencia violenta a su captura; en las factorías y depósitos de esclavos las rebeliones eran cotidianas, al igual que los motines en los barcos durante el traslado. Las rebeliones organizadas en las colonias y la formación de comunidades cimarronas fueron una constante en la historia colonial.

Gracias a la geografía del Nuevo Mundo que dio abrigo a los cimarrones en selvas y cadenas montañosas, esta resistencia pudo consolidarse en verdaderos movimientos de liberación, que conformados en pequeños o grandes núcleos constituyeron un reto permanente a la supremacía de los blancos. Las autoridades coloniales castigaron duramente a los fugitivos imponiéndoles penas que iban desde la castración, la mutilación y los azotes, hasta la muerte ocasionada por terribles tormentos. Excepcionalmente en algunas plantaciones hubo cierta tolerancia al cimarronaje temporal: cuando un esclavo escapaba por un tiempo y regresaba al dominio de sus amos para reanudar el trabajo, era castigado y perdonado.

Pero no fue ese cimarronaje el que hizo peligrar al poder colonial. En realidad la resistencia organizada que lograba constituir núcleos de esclavos unidos por una conciencia, representaba un reto al sistema, un peligro militar, pero sobre todo una disminución del ingreso económico por la pérdida de la fuerza de trabajo en las empresas coloniales, fueran éstas haciendas, plantaciones u obrajes y minas.

En algunos casos en que la resistencia organizada lograba resistir a los ejércitos, el blanco no tuvo más remedio que pactar, mediante tratados, con los cimarrones, concediéndoles la libertad e incluso la autonomía. De estas comunidades cimarronas tenemos ejemplos en Colombia, Cuba, Ecuador, Jamaica, Surinam, México, Santo

Domingo y Haití. También se sabe que los blancos violaban con frecuencia y casi inmediatamente esos acuerdos para aplastar a los rebeldes con los ejércitos coloniales; hubo casos en que los cimarrones lograban el reconocimiento de su libertad pactando su colaboración en la captura de nuevos fugitivos; de cualquier manera, negros y blancos se combatieron mutuamente a lo largo de los siglos; a la destrucción de comunidades cimarronas seguía el surgimiento de nuevos movimientos, nuevos combates y nuevos procesos de consolidación de fuerzas de uno y de otro bando. El cimarronaje siempre existió, como respuesta permanente a la esclavitud institucionalizada.

Entre los estudiosos del tema se plantea la cuestión de los cimarrones en dos perspectivas opuestas; en una se concluye que un grupo de fugitivos sin procedencia e identidad comunes difícilmente puede producir una cultura; la otra posición considera que precisamente porque el cimarronaje es propicio a los individuos que se agrupan voluntariamente, puede en esas circunstancias, en las que todos contribuyen a la creación de un sistema efectivo, producir una forma de cultura propia con características singulares. Según este punto de vista, es en el periodo inicial cuando los hijos de África, en su lucha con el medio natural, escapando de la opresión del blanco, conquistan a costa de grandes esfuerzos el derecho de poner en práctica su creatividad, su capacidad de adaptación y su experiencia colectiva, recurriendo a su tradición ancestral y creando así nuevas formas de cultura a las que se les puede llamar con toda propiedad culturas o sociedades cimarronas. Éstas, evidentemente, existieron en los casos en que la adaptación al medio se logró con éxito, y los sistemas de defensa y escondite funcionaron eficazmente, constituyendo ambos factores el marco en el que los cimarrones desarrollaron técnicas extraordinarias en la guerra de guerrillas y una economía que les permitió subsistir. Por sus características, la cimarrona fue una cultura guerrera, como muchas de África.

De la misma manera, sus logros en la adaptación económica fueron sorprendentes; pusieron en práctica su tradición para aplicarla a las técnicas y modos de cultivar las tierras que ocupaban y que les permitían el sustento y una vida cotidiana más o menos organizada. Cuando la autosuficiencia no se lograba, las comunidades cimarronas dependían de las plantaciones, en cuyo caso funcionaban, según algunos autores, como "parásitos económicos". Es evidente que la tecnología de adaptación y de trabajo en la producción dentro de las comunidades cimarronas se nutrió de varias influencias; por una parte, los negros pusieron en juego todos sus conocimientos traídos de África, otros los aprendieron de los indios con quienes estaban forzados a convivir y unos más los adquirieron de los mismos europeos y que ellos transfirieron de las plantaciones a los palenques, quilombos, mocambos o cumbes, como se les llamó a las comunidades cimarronas.

A medida que los movimientos cimarrones aumentaron, se crearon relaciones primero violentas y separatistas, después de intercambio y dependencia, transformando la totalidad de la sociedad colonial para dar paso a los movimientos independentistas de las colonias que pugnaban por separarse de las metrópolis. La importancia de los movimientos cimarrones reside, pues, en que fueron la primera expresión de libertad que se gestó en América, dando paso a la idea de independencia política que ya en el siglo XIX alcanzó su madurez ideológica, planteándose en su dimensión nacional y rebasando los límites étnicos. A estos movimientos cimarrones se hará de nuevo referencia al hablar de las comunidades afroamericanas.

La campaña abolicionista británica comienza por atacar directamente a la trata esclavista e impulsar la emancipación de los esclavos esgrimiendo razones religiosas. La primera moción llevada a la Cámara de los Comunes para la represión del tráfico negrero fue presentada en 1775 por la African Institution. Otro grupo de políticos promovió una vasta información, en 1787, en una campaña que culminó con la prohibición de la trata en 1792, proclamada en la Cámara de los Comunes. Ésta tropezó con una gran oposición por parte de los lores.

Desde el siglo XVII, el derecho de poseer esclavos empezó a ponerse en tela de juicio en las colonias inglesas de Norteamérica; en 1641, en Massachusetts se prohibió la esclavitud, salvó en los casos en que los esclavos fueran cautivos legales vencidos en guerras o individuos vendidos voluntariamente. En Rhode Island se aprobó una ley en 1652 que permitía la esclavitud por más de 10 años, al cabo de los cuales los esclavos debían ser liberados, y si habían sido comprados en su niñez, debían ser libres a los 24 años. Al parecer esta ley se aplicó durante todo el siglo. Es en 1788 cuando se produce lo que puede considerarse como la primera protesta en Norteamérica contra la trata negrera y la esclavitud. Surge a iniciativa de un grupo de cuáqueros, que pertenecían a una sociedad llamada Sociedad de Amigos, y tiene lugar en Filadelfia en la Asamblea de Germantown. Los cuáqueros intentaron evitar la entrada de nuevos esclavos en la colonia, pero las medidas restrictivas propuestas por la Asamblea Colonial eran sistemáticamente vetadas por el Consejo Privado de Inglaterra. Siempre apremiada por los cuáqueros, ésta se vio obligada a imponer un alto impuesto por cada esclavo importado, lo que parece haber puesto fin al tráfico de negros en Pensilvania.

Los apasionados adversarios de la trata en Norteamérica mantenían contacto con sus partidarios en Inglaterra y en Francia, formándose una corriente antiesclavista en ambas orillas del Atlántico. En Europa, la campaña contra los colonos de las Indias Occidentales exhortaba a boicotear los artículos producidos por esclavos teñidos con su sangre: azúcar, algodón, *etc.* En Inglaterra, el problema no estaba sólo en sus posesiones

de América sino también en las Indias orientales, donde se pugnaba igualmente por la emancipación de los esclavos.

En Francia, los antecedentes de la lucha antiesclavista datan de 1654, cuando el jesuita Pelleprat hizo una dura crítica a la esclavitud en las Antillas francesas. Más tarde el abate Gregoire, al inicio de la Revolución, reunió a los notables ideólogos de este movimiento y los convenció para presionar a la Asamblea Nacional y dar fin al tráfico esclavista y a la esclavitud. Los mercaderes defendieron sus intereses alegando que el fin del negocio esclavista significaba la pobreza y la ruina de los millares de personas que dependían de él.

Al mismo tiempo que los vientos abolicionistas recorrían las colonias americanas, en algunas de éstas la trata se intensificaba por la actividad febril de los negreros que a toda costa y por todos los medios seguían introduciendo esclavos. El incremento de la esclavitud fue desigual, pues la demanda de mano de obra no era imperativa en todas las regiones en los mismos periodos. Algunas requirieron esclavos desde el comienzo de la ocupación europea hasta muy avanzado el siglo XIX, como fue el caso del Caribe. En otras, el auge de su comercio, y por lo tanto de la trata de esclavos, se registra a mediados del siglo XVII; fue el caso de México y Chile. Lo mismo sucedió en el Perú, en las primeras décadas del siglo XVIII. Durante ese siglo, las colonias portuguesas recibieron el mayor número de negros de todo el periodo de la trata; sumaron cerca de dos millones en Brasil, ingresados entre 1761 y 1810. En las regiones del Plata, Colombia y Venezuela, el mayor ingreso de negros se registró a finales del siglo XVIII. En realidad el cese o el resurgimiento del esclavismo en gran escala dependía de los cambios económicos de cada región, y la decadencia de la esclavitud estaba marcada por el momento en que el sistema esclavista empezó a ser improductivo y más costoso que el trabajo asalariado. Esto sucedió cuando las colonias de América dejaron de necesitar esclavos para producir, lo que en algunas se dio poco después de la independencia, especialmente donde subsistía la economía de plantación, y la población nativa había sido sustituida por los negros esclavos. Un factor de extrema importancia económica fue la formación de vastas masas de afroestizos en las colonias de España y Portugal, las cuales constituyeron la fuerza de trabajo asalariada que sustituyó con eficacia la mano de obra esclava.

En cuanto al colonialismo como sistema opresor en especial del negro, es evidente que tuvo sus bases en criterios raciales en los que la línea de color llegó a ser el pilar de la estructura social; estos criterios fueron efectivos porque iban acompañados de un orden jurídico muy similar en todas las colonias y operaron, unos y otros, como justificación ideológica y legal para sostener los andamios de la esclavitud. La situación creada por el racismo europeo en la prolongada noche colonial, fue la causa de una dolorosa división

del espíritu americano; por eso, para unificar las fuerzas liberadoras en nuestro continente, tuvo que surgir un nacionalismo que nutriera indiscriminadamente los movimientos de independencia en los que se incluían las reivindicaciones de los esclavos y sus descendientes. En este nacionalismo “intelectual” la lucha ideológica fue fundamental; estaba basada en la posibilidad de constituir, después de la independencia, naciones libres sobre el derecho de todos los estratos sociales hasta entonces discriminados por la burocracia metropolitana al disfrute igualitario de beneficios y prerrogativas reservados a los europeos.

El concepto de nacionalismo, fundamentado en la liberación que reivindicaba los valores de los pueblos colonizados, incluidos los esclavos y sus descendientes, se aplicaba a los movimientos de América Latina a pesar de que su ideología procedía de Europa. La verdadera liberación no surgió hasta que la conciencia histórica de nuestros pueblos permitió la igualdad total, jurídica y civil en su propio suelo. Es decir que la coyuntura común a todas las sociedades americanas, como fue la abolición de la esclavitud, no tuvo igual significación en todos los territorios coloniales. En algunos la opresión alcanzó a las masas indígenas, por lo que la coyuntura dramática de la abolición ofrecía la posibilidad de encarar el problema de la explotación de la fuerza de trabajo en América.

La abolición de la esclavitud representó la desaparición del elemento que aseguraba la supervivencia de la sociedad en su organización, heredada de la Colonia, pero tal desaparición no podía producirse solamente por los procesos internos en las colonias, siendo necesario que los movimientos abolicionistas obtuvieran victorias en las metrópolis, porque en todos los casos la abolición del comercio de negros estuvo condicionada por la competencia entre los países de Europa en su fase expansionista y mercantilista.

Cuando se recrudeció la lucha, el abolicionismo cayó en descrédito porque se le identificaba con intereses antipatrióticos; sin embargo, con el triunfo de Inglaterra en Trafalgar, nuevos territorios se incluyeron en la Corona británica, y el gobierno inglés emitió entonces, en 1805, un decreto por el que las nuevas colonias no podían introducir esclavos. Un año más tarde la prohibición se extendió a todas las posesiones inglesas. Ya en 1807 los abolicionistas, cuyo interés era la anulación de las otras potencias en el terreno económico, consiguieron la aprobación del decreto que anulaba la trata de negros en Gran Bretaña y en todos sus dominios. Estados Unidos fue el primero en acatar la prohibición, intentando obtener con ello una imagen prestigiosa de su gobierno, que pretendía establecer, con nuevos ideales, los cimientos de una nueva nación.

Al concretarse las causas económicas por las que Gran Bretaña tomara la iniciativa de la abolición, se vio con claridad que sin dañar sus intereses podía emplear sucedáneos más reutilizables que los esclavos negros. Por otro lado, existía un gran temor a las rebeliones de esclavos en el Caribe, en especial en Haití, por lo que la abolición era una solución a ese peligro. La renovación de la población negra, entretanto, se efectuaba con la llegada de nuevos contingentes que el nefasto tráfico seguía acarreado en forma subrepticia para satisfacer la demanda de mano de obra de los tratantes, mercaderes y propietarios de plantaciones, en donde se iban ampliando las zonas del sur para el desarrollo del cultivo algodonero.

La abolición significaba, pues, una verdadera conmoción dentro de la competencia y los intercambios económicos que habían privado durante tres siglos; su importancia hizo que a partir de 1807 la prédica humanitaria se intensificara por quienes hasta entonces habían sido los enemigos más encarnizados de la abolición. Es decir, los mismos plantadores de las colonias inglesas cambiaron de argumento para impedir que otras áreas competitivas americanas siguieran recibiendo mano de obra esclava, mientras ellos se habían colocado en situación desventajosa. La lucha de Inglaterra como “dueña de los mares” continuó para imponer las medidas restrictivas a la trata esclavista, sobre todo en Cuba y Brasil que estaban conectados con el tráfico ilegal norteamericano. Durante casi un siglo éstas fueron las bases sobre las cuales se sostuvo la lucha; la llegada de Abraham Lincoln a la presidencia de los Estados Unidos en 1861 resolvió la contienda y terminó por fin la trata esclavista.

Desde el comienzo de la lucha independentista hispanoamericana, fue general la voluntad expresa de las nuevas naciones de excluir de su economía la trata negrera y la esclavitud. En esta área, la abolición no se planteaba como una ruptura total con el sistema de explotación anterior. Cuando por fin se dio y ya no intervinieron los subterfugios legales para prolongar la esclavitud, fue porque el sistema de propiedad de la tierra estaba asegurado para los nuevos grupos en el poder. En ese sistema también estaba resuelta la sustitución de la mano de obra por una mecanización de la producción. En consecuencia, la abolición no representaba una amenaza social para el poder del nuevo Estado liberal. Además, con excepción de Brasil, en ningún país la esclavitud constituía un sistema efectivo de valor productivo en el momento de la abolición. Pero por otra parte, y éste fue un factor determinante para la abolición, en todas las colonias, en unas más que en otras, los negros habían pasado por una alta miscegenación con la población blanca e indígena, lo que aseguró un amplio sustrato poblacional con un estado equivalente a los siervos medievales que aseguraba la explotación agraria y minera.

Mientras tanto en las nuevas naciones el Estado reposaba, como era lógico, en las clases pudientes constituidas en su mayor parte por terratenientes, y sus intereses en el comercio estaban orientados a la importación-exportación, al mismo tiempo que su seguridad se cifraba en la supervivencia de la propiedad de la tierra cuya explotación había estado asegurada por la población arraigada en ella.

En cuanto a la manumisión y en general a la liberación de los esclavos, fue un proceso gradual que se fue logrando mediante indemnización a los propietarios de mano de obra, a cargo, la mayor parte de las veces, del Estado. A partir de la abolición de la esclavitud, se fijaron los títulos de propiedad de la tierra introduciéndose igualmente cambios en los sistemas comunales y de propiedades de la Iglesia. Junto con las formas de establecimientos rurales de plantaciones, estancias y haciendas, surgieron otras del mismo tipo, pequeñas propiedades, ejidos, comunidades, minifundios, *etc.* Todo esto fue conformando los diferentes tipos de campesinos en los nuevos países de América.

A lo largo del proceso abolicionista, pocos de sus promotores esgrimieron argumentos humanitarios con sinceridad; se puede afirmar que, en todo momento, los intereses económicos se antepusieron a la justicia en el trato y el mejoramiento de la vida de los negros como seres humanos, a su reconocimiento como tales y a sus derechos como ciudadanos legales. Por ello, la emancipación fue apenas una declaración, lo cierto es que el negro siguió ocupando dentro de la estructura social un estrato equivalente al del proletariado rural, además de conformar un sector marginal en las zonas urbanas.

Se puede afirmar que el mestizaje fue uno de los factores que causaron la decadencia de la esclavitud negra, sobre todo en las colonias hispánicas. En la medida en que se incrementó, los mestizos fueron incorporándose a las actividades en las que los negros se desempeñaban dentro del proceso productivo; de cierta manera fueron, si no sustituyéndolos, si desplazándolos, al hacerse evidente para los empresarios lo ventajoso de la mano de obra asalariada libre, en comparación con la mano de obra esclava. El mestizaje es actualmente un proceso difícil de medir por la intensidad con que transitó de una casta a otra y se dio la dispersión de los hombres libres de color a lo largo de todo el periodo colonial. Además, está el hecho genético de que los negros tendieron a perder sus características fenotípicas a partir de la segunda o tercera generación de mezcla racial, lo que explica que la población puramente negra alcanzara cifras reducidas, mientras que la afroestiza tenía porcentajes elevados a pesar de los impedimentos legales y discriminatorios que las uniones interraciales tuvieron que vencer. Cabe hacer, sin embargo, una diferenciación entre los sistemas de las colonias españolas y portuguesas y los de las posesiones británicas en el Caribe y el norte de América. Mientras en las primeras las crueldades y brutalidades estaban penadas por el sistema legal, en las segundas el negro libre sólo estaba exento de trabajar para un amo

especial, pero su libertad no incluía derechos civiles y políticos de los que disfrutaba un súbdito natural. En las colonias hispánicas el negro, una vez libre, disfrutaba de una condición legal idéntica a la de cualquier otro ciudadano.

Ya en los nuevos países de Hispanoamérica, obtenida su independencia política, la emancipación de los esclavos fue gradual, pero el decreto de libertad de vientres, en cambio, fue inmediato en la mayor parte de las nuevas repúblicas; de acuerdo con él, los hijos de esclavas eran libres a partir de determinada fecha aunque tenían la obligación de servir como aprendices de los amos de sus madres. De todos estos hechos se desprende uno mayor: que la esclavitud fue inevitablemente móvil, aun cuando como institución se pretendía totalmente rígida; sustentada por un conjunto de leyes, creencias y prejuicios, costumbres y tradiciones, fue superada por una lógica más amplia que obedeció simplemente a la sexualidad irrefrenable de los seres humanos que, amos o esclavos, actuaron bajo el impulso de leyes naturales que permitieron la movilidad social. Ésta fue fácil en algunos casos y difícil en otros. En Hispanoamérica y Brasil resultó más fácil abrir el camino hacia la movilidad ascendente de los negros y personas de color. En los sistemas británico, norteamericano y francés la ley intentó crear sociedades inmóviles en las que se conservaran rígidamente los estratos sociales y los grupos raciales; pero la ley fracasó, un movimiento muy vasto que nada ni nadie pudo detener culminó con la revolución haitiana (la más radical de todas las revoluciones de independencia), la Guerra Civil de los Estados Unidos y la abolición de la esclavitud en las Indias occidentales británicas.

Una sociedad estatificada, que no permite el crecimiento, el cambio, la modulación, será modificada por la fuerza.

La proximidad física, el inevitable entrelazamiento cultural, el crecimiento de un grupo medio que se sitúa, por su experiencia y conocimiento, entre las clases inferior y alta, y el lento proceso de identificación moral se abren camino en contra de todos los sistemas aparentemente absolutos de valores y prejuicios. La sociedad es, en esencia, dinámica, la justicia lenta. Con el transcurso del tiempo el mismo velo cubrirá a indios, blancos y negros en nuestro continente.

Las generaciones futuras lanzarán, con asombro e incredulidad, una mirada retrospectiva hacia el registro de luchas, tal como aparecen reveladas en la historia de los pueblos de este Nuevo Mundo nuestro.

Recapitulando, por el silencio universal que la rodeó, la violencia extrema que la acompañó, la luz inquietante con que alumbró los valores de las sociedades que la

engendraron y las inmensas transformaciones e interacciones que generó, la trata negrera trasatlántica puede ser considerada un proceso histórico sin paralelo.

Los grandes eventos del mundo actual como el desarrollo, la lucha por los derechos del hombre y el reconocimiento al pluralismo cultural han sido en efecto profundamente puestos en vigor a pesar del hoyo negro en la historia de la humanidad: la trata negrera trasatlántica. El estado de subdesarrollo de África no puede explicarse sin la destrucción profunda de las sociedades africanas y la sangría humana de las cuales fueron objeto de manera sistemática y organizada durante los siglos de la trata negrera transahariana y trasatlántica.

La persistencia y la amplitud de las violaciones de los derechos del hombre están sin duda enlazadas con el silencio y el olvido de que la trata negrera fue objeto, porque la defensa de los derechos del hombre es una lucha de la memoria donde las tragedias ocultas no explicadas y no asumidas retoman vida y se renuevan en los tiempos actuales.

Desplazamiento de poblaciones, el más masivo de la historia, la trata negrera trasatlántica ha constituido igualmente un encuentro de culturas que ha transformado la inmensa área de las Américas y los Caribes en un teatro vivo en que se produce el mundo actual del mul-ticulturalismo.

La construcción de la ideología de la desigualdad de las razas, fundamento del racismo, está directamente ligada a la trata negrera, porque había que tranquilizar las conciencias de la época y justificar la transformación de los seres humanos en mercancía.

Ésas son entonces las condiciones fundamentales de la construcción de la defensa de la paz en el espíritu de los hombres, según los términos de la declaración de los miembros del Comité Científico del Proyecto La Ruta del Esclavo, que impulsa el Diálogo Intercultural (UNESCO, 1998).

En el tema de la tragedia africana, los negreros, los factores, los armadores, las condiciones en que se capturaba y transportaba a los esclavos confluyen en la parte más dramática y difícil de asumir respecto al comercio de seres humanos. En las crónicas y testimonios, frente al hecho infame que entraña la cosificación y deshumanización de millones de seres humanos, compradores y vendedores aparecen como culpables del mayor crimen de la humanidad.

Ninguna reconstrucción de captura, acarreo, concentración, venta y esclavización puede tener cabida en una reflexión nacional, además ese intento de imaginar la tragedia de

los deportados lleva a la condena absoluta y sin reservas de este genocidio. La esclavitud, como otros genocidios de la historia, son un tatuaje que ha marcado a todos los responsables pero también a la memoria colectiva.

Aún más, al conocer los testimonios de los propios esclavos, es imposible sustraerse al asombro y repulsa que causa en cualquiera que se acerque a esta historia. En esa parte de la responsabilidad histórica, las instituciones y los personajes, se dice, no rindieron cuentas finales. No las hay. Porque para ese genocidio de tan larga duración, de dimensiones enormes y múltiples, sólo queda la reparación permanente.

Por eso, es imprescindible investigar, enseñar y difundir esta historia, hacerla parte de la conciencia universal. Asimismo, debe rescatarse la memoria de los pueblos deportados. En África como en Afroamérica, la tradición oral es poderosa custodia de la memoria colectiva; los investigadores deben darse a la tarea de recoger los textos orales relacionados con la trata esclavista, es de toda justicia escuchar la voz de aquellos que han guardado un silencio forzado.

En este rescate, la hermenéutica europea introduce en los debates filosóficos la temporalidad de los hechos y su vigencia, planteando alternativas frente a la discusión de qué debe prevalecer: la memoria o la historia.

Interpretándola, se entiende que el objetivo de esta propuesta es que no exista una subordinación entre historia y memoria, ya que el conjunto contribuye a la reconstrucción del pasado. El nexo directo con el pasado es la memoria, ésta es la verdad de la historia. Por eso, enseñando la historia mantendremos la identidad colectiva en la memoria. El ser humano necesita la historia y la memoria para construir su identidad.

En este sentido es necesario insistir en el combate contra todas las formas de racismo y esclavitud que todavía se practican en el mundo.

¿Cómo explicar que en África todavía haya esclavos?, ¿cómo aceptar la esclavitud infantil en tantos países? Por eso debe atenderse también al llamado del renacimiento africano que nos hacen los descendientes de los hombres, mujeres y niños africanos que conformaron nuestra tercera raíz.

[18](#) *Idem.*

Cronología

<i>Década</i>	<i>Esclavitud</i>	<i>América</i>	<i>El mundo occidental</i>
1490-1500	En su segundo viaje , Colón introduce los primeros negros en las Indias (1494).	Descubrimiento de América por Cristóbal Colón.	Descubrimiento de América por Cristóbal Colón.
1505-1510	Permiso a Juan Sánchez y Alonso Bravo para introducir negros en La Española. Nicolás de Ovando solicita a la Corona el envío de mayor número de negros.		Se establece en Sevilla la Casa de Contratación.
1511-1520	Se autoriza el tráfico directo entre Guinea y La Española. Fray Bartolomé de las Casas propone que los africanos replacen a los indios en las minas y trapiches. Se establece el sistema de asientos para la introducción a gran escala de esclavos en las Antillas. El primer contrato es asignado al flamenco Laurent de	Vasco Núñez de Balboa descubre la Mar del Sur. Fundación de La Habana, Hernández de Córdoba explora las costas de Yucatán y Grijalva las del Golfo de México. Solís descubre el Río de la Plata. Creación del Consejo de Indias en Madrid.	

	Gouver-not que habrá de traer de África 4 000 esclavos negros.		
1521-1530	Insurrecciones diversas de esclavos en Cuba y México. Reglamentos penales para esclavos fugitivos. Se nombra un alguacil de campo para perseguir a los huidos. Se prohíbe la entrada en el Nuevo Mundo de negros ladinos.	Hernán Cortés toma la ciudad de México-Tenochtitlan. Magallanes cruza el estrecho que lleva su nombre. Conquista de Venezuela.	
1531-1540	Gran conspiración de negros en la ciudad de México ahogada en sangre. Se suspende el asiento, a cambio se otorgan licencias. El Cabildo de La Habana crea la plaza de alguacil negro. Se prohíbe el castigo de castración.	Pizarro conquista el imperio inca. Se funda Quito y se crea el virreinato del Perú. Diversas exploraciones de conquista al norte: California, Texas, Florida y el oeste del río Mississippi. Se funda Bogotá.	Reconquista de Túnez por España, Portugal y Génova. Fundación de la orden jesuíta por Ignacio de Loyola.
1541-1550	En las minas del norte de México se dan levantamientos de esclavos que se unirán a grupos chichime-cas. Aumentan las solicitudes de importar negros.	Se prohíbe reducir a los indios a la esclavitud. Fundación de la Audiencia de Guatemala, erección de la Arquidiócesis. Muere Cortés.	Descubrimiento de Japón por los portugueses. Comienza el Concilio de Trento. Los jesuítas en el Congo y Japón.
1551-1560	En la Nueva España, el virrey pide mayor número de soldados por temor a los alzamientos de negros. Establecimiento de la caja	En las minas de Pachuca se inicia el procedimiento de amalgamación para la explotación de metales. Primer Concilio Mexicano. Brasil inicia el	Suspensión del Concilio de Trento. Isabel I, reina de Inglaterra.

	<p>de negros (fondo para el control de los huidos). Ataques cimarrones en caminos a las minas e ingenios en la Nueva España.</p> <p>En Brasil principia la introducción masiva de esclavos negros. Por Real Cédula se establece el principio del rescate (coartación) por el propio esclavo.</p>	<p>cultivo del algodón y la caña de azúcar.</p>	
1561-1570	<p>En África, los ingleses inician el comercio de esclavos negros hacia América. John Hawkins se apodera de un barco negrero en la costa de Guinea, la carga es vendida en La Española.</p>	<p>Segundo Concilio Mexicano. Conspiración de Martín Cortés. Se fundan Caracas y Rio de Janeiro.</p>	<p>Los españoles ocupan Filipinas. Fundación de Manila. Fin del Concilio de Trento. Comienzo de la unificación japonesa.</p>
1571-1580	<p>Nuevos reglamentos penales para negros fugitivos. Cimarrones atacan los alrededores de las minas y de los caminos principales en la Nueva España.</p>	<p>Fundación del Tribunal del Santo Oficio en la Nueva España. Llegan los jesuitas. Drake ataca posesiones en América.</p>	<p>España pierde Túnez. Los portugueses colonizan Angola. Sebastián de Portugal invade Marruecos. Drake regresa a Inglaterra después de un viaje de circunnavegación.</p>
1581-1590	<p>Reimposición del castigo de castración a los negros fugitivos. Se prohíbe a negros y mulatos portar armas y cuchillos.</p>	<p>Primera colonia inglesa en Terranova. Fundación de Virginia por los ingleses.</p>	<p>Portugal y España bajo la misma Corona. Los rusos comienzan la conquista de Siberia. Destrucción de la Armada Invencible de Felipe II por Inglaterra.</p>

1591-1600	Asiento de Pedro Gómez Ryniel por nueve años para trasladar 4 250 negros anuales a posesiones españolas.		Muere Felipe II. Primera expedición inglesa a la India. Fundación de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Los holandeses de Japón.
1601-1610	Se reinstala el asiento en manos de la Casa de Contratación de Sevilla . En la región veracruzana cercana a Córdoba, negros cimarrones son acudidos por Yanga; el gobierno virreinal intenta sofocar la rebelión.	Los jesuitas inician en las misiones del Paraguay una nueva experiencia productiva .	Fundación de la Compañía Holandesa y Francesa de las Indias Orientales . Los portugueses son expulsados de las Molucas por los holandeses .
1611-1620	Tres asentistas portugueses se reparten el privilegio de introducir 9 500 esclavos anuales. Motín de negros esclavos en la ciudad de México. Yanga consigue de la administración colonial el reconocimiento de su territorio como San Lorenzo de los Negros.	Llegan los peregrinos del <i>Mayflower</i> a América del Norte. Introducción del calvinismo en Norteamérica.	Se expulsa a los españoles de Japón. Comienza la Guerra de los Treinta Años.
1621-1630	Se regula el suministro de esclavos a Virginia. Se decreta la libertad de los esclavos prófugos refugiados en Puerto Rico.	Los holandeses ocupan el norte de Brasil. Los franceses se introducen y ocupan algunas islas antillanas. España prohíbe el comercio entre Perú y Nueva España.	Se funda la Compañía de Nueva Francia y se conceden tierras de la Florida y el Círculo Ártico.

1631-1680	Disminuyen los asientos, aumenta el contrabando.	Saqueo de Campeche por corsarios holandeses. Jamaica es conquistada por los ingleses. Comienzos del imperio colonial francés en América del Norte. Se suprime el Consejo de Indias.	Separación de España y Portugal. Arribo de los ingleses a China. Ceilán, posesión portuguesa, pasa a manos holandesas. Éstos fundan la colonia del Cabo en África del Sur.
1681-1700	Segundo Sínodo diocesano celebrado en Cuba dispone que negros, mulatos y mestizos no sean aceptados en ninguna orden religiosa. Tampoco se admiten en las iglesias a los perseguidos. El Código Negro Francés dictará las normas para el trato de negros en el Caribe y tierra firme. Asiento de la Compañía Portuguesa de Guinea para introducir negros en América durante sets años. Primeras revueltas y protestas contra la esclavitud en Norteamérica.	Descubrimiento de las minas de oro en Brasil. Francia obtiene la parte occidental de La Española (Haití).	La Compañía Inglesa adquiere Calcuta. Comienza la Guerra de Sucesión en España luego de la muerte de Carlos II, <i>el Hechizado</i> .
1701-1710	Asiento con la Compañía Francesa de Guinea. Se autoriza a vender los esclavos. Pieza de India a 300 ps. Se reconoce a los esclavos el derecho a rescatar su libertad por la	Inglaterra logra el libre comercio con Brasil. Unión de Inglaterra y Escocia en el Reino Unido.	Guerra de Sucesión en España.

	entrega de su precio.		
1711-1720	Tratado de asiento entre España e Inglaterra , autorizándola a transportar 140 000 negros mediante un derecho de entrada. Primera rebelión de los vegueros de tabaco en las cercanías de La Habana, y expulsión de la isla del gobernador Vicente Roja por parte de los amotinados.	Creación del virreinato en Brasil.	
1721-1760	Subelevación de los esclavos que ntrabajaban en las minas de cobre .	Se crea el virreinato de Nueva Granada (Colombia). Guerra anglofrancesa en América del Norte .	Conquista de la India por Inglaterra . Los ingleses conquistan las colonias francesas del Senegal.
1761-1770	Posible comienzo de la costumbre de recibir a los cabildos de negros Occidentaen Palacio el día de Reyes. Vienen a saludar al capitán ge neral con sus tambores y banderas, reciben presentes y bailan en el patio del Palacio. Estas ceremonias duraron hasta 1862. Último Asiento de Negros, con los comerciantes vascos españoles Aguirre, Arístegui y Cía. Real Cédula recordando	Canadá es ce dida a Inglaterra. España cede La Florida a los ingleses y recibe la Luisiana francesa. Creación de las intendencias.	Se disuelve la Compañía Francesa de las Indias Occidentales.

	<p>el derecho que tenía a los esclavos a coartarse (liberarse mediante compra a plazos por ellos mismos). Diversas proposiciones de hacendados y comerciantes cubanos para participar en el negocio negrero.</p>		
1771-1800	<p>La población de Cuba asciende a 172 000 habitantes, de los cuales 76 180 son negros y mestizos. Real Cédula que declara libre comercio de todos los puertos de España con las Indias. Real Cédula que autoriza a traer esclavos de las colonias francesas a Cuba. Se suprime la marca del "calimbo" en Puerto Rico. Abolición de la esclavitud y del comercio de esclavos en las colonias francesas.</p>	<p>Motín del té en Boston. Creación del virreinato del Río de la Plata. Declaración de Independencia de Estados Unidos, emisión de su Constitución. Sublevación de Túpac Amaru en Perú, Washington, presidente de Estados Unidos.</p>	<p>Francia obtiene colonias en África. Comienzo de la Revolución francesa. Los holandeses fundan la colonia de El Cabo. El 18 Brumario. Caída de Directorio francés. Napoleón se declara cónsul.</p>
1801-1810	<p>Real Cédula ordena a los curas que se abstengan de casar a personas de diferentes razas sin licencia expresa del capitán general. Se acuerda absoluta libertad</p>	<p>España cede Luisiana a Francia. Ésta la vende a Estados Unidos. Dessalines declara la independencia de Haití. Sublevaciones en la Paz, Charcas y Quito.</p>	<p>Napoleón, emperador de Francia. Invasión francesa de España.</p>

	para el tráfico de negros. El gobierno inglés declara ilegal la trata negrera. Se sum Estados Unidos.	Conspiración independentista en México. Levantamiento de Miguel Hidalgo.	
1811-1820	En las Cortes de Cádiz se hace una moción condenando el tráfico negrero. Conspiración de Aponte: el primer intento de insurrección racista en Cuba. El Congreso de Viena declara la trata "incompatible con los principios de humanidad y de moral universal ". España protesta enérgicamente. Tratado entre España e Inglaterra donde la primera se obliga a suprimir el tráfico de esclavos al norte del Ecuador a cambio de dos millones de pesos. La marina inglesa se reserva el derecho de visita sobre buques españoles susceptibles de practicar la trata. Por Real Cédula se aprueba el establecimiento para costear el exterminio de los negros apalencados en la provincia de Oriente.	Junta Suprema en Colombia. Junta de gobierno en Chile y Buenos Aires. Independencia de Venezuela . Bolívar toma Caracas. Independencia de Paraguay. Bolívar es derrotado. Independencia de Argentina . San Martín emprende la campaña en Chile. Se forma la Gran Colombia con Colombia , Ecuador y Chile. James Monroe electo presidente de Estados Unidos.	Napoleón invade Rusia. Las Cortes de Cádiz proclaman su constitución. Napoleón abdica en Fontainebleau. Restauración de los Borbones de España. Congreso de Viena: los vencedores de Napoleón organizan la nueva Europa. Holanda cede a Inglaterra el Cabo y la gran isla de Ceilán. Napoleón es confinado a la isla de Elba.
1821-1840	Proyecto abolicionista del diputado cubano Félix Varela ante las Cortes. Nuevo reglamento y arancel para la captura de	Independencia de México. Centroamérica se independiza de México y España. Bolívar consolida su poder en Perú.	Muere Napoleón. Fernando VII restablece la monarquía absoluta en España. Nicolás I, zar de Rusia . Reconocimiento de

	<p>negros cimarrones en Cuba. Origen de la asociación de ñáñigos como cofradía de negros criollos. Abolición de la esclavitud en las colonias inglesas . Nuevo Tratado Hispano-Inglés dando mayores facilidades para la persecución de contrabando negrero. Real Ordenanza que prohíbe la entrada en Cuba de negros libres. Portugal comienza a perseguir la trata.</p>	<p>Independencia del Brasil. Sucre funda la República de Bolivia. Disgregación de la estructura boliviana, guerras civiles en la mayor parte del territorio sudamericano. México decreta la expulsión de los españoles. Texas se independiza de México. La guerra de los pasteles.</p>	<p>Inglaterra a las nuevas naciones americanas . Guerra ruso-turca. Grecia se convierte en Estado independiente. China cierra sus puertas al comercio europeo. Comienza la guerra del opio en China.</p>
<p>1841-1850</p>	<p>Expedición del Código negrero cubano. Primer negrero arrestado por autoridades españolas 20 años después de abolida la trata; la “Conspiración de la Escalera” en Cuba. pretende persuadir a los ingleses del peligro de abolir la esclavitud. Las Cortes dictan penas contra los traficantes. En Puerto Rico se persigue el contrabando. Nuevo reglamento de cimarrones redactado por la Junta de Fomento Cubano. Se reactiva el derecho de coartación de los esclavos puertorriqueños. La revolución de febrero (Francia) proclama la abolición inmediata de la</p>	<p>Intervención Norteamericana en México . Texas, Nuevo México y California se incorporan a Estados Unidos. Guerra de Castas en Yucatán. En Colombia triunfan los liberales. Caída de Rosas .</p>	<p>Francia conquista Argel. Abdicación de Luis Felipe en Francia, proclamación de la República. Movimientos de liberación en Italia y Hungría. Marx y Engels publican el Manifiesto comunista.</p>

	<p>esclavitud en todas las colonias francesas .</p>		
1851-1870	<p>Abolición de la esclavitud en Venezuela y Perú. Las Cortes Españolas declaran la esclavitud como forma "especial de propiedad" en Cuba esencial para el desarrollo económico. Por última vez son admitidos los cabildos en las fiestas de día de Reyes en el palacio del capitán general. A iniciativa puertorriqueña , se funda en Madrid la Sociedad Abolicionista Española cuyo órgano de difusión fue <i>El abolicionista español</i>. A raíz de la Guerra cubana de los Diez Años , el gobierno en armas decreta la abolición gradual de la esclavitud : la ley Moret declara libres a todos los negros que nacieren</p> <p>después del 17 de septiembre de 1868 y a todos los esclavos mayores de 60 años.</p>	<p>Los norteamericanos toman La Mesilla y se firma el tratado entre México y Estados Unidos México inicia su reforma liberal. Inicio de la Guerra de Sucesión en Estados Unidos . Guerra civil en Venezuela. Termina la Guerra de Sucesión. Asesinato de Abraham Lincoln.</p>	<p>Napoleón III emperador. Guerra de Crimea. Se inicia la construcción del Canal de Suez. Campaña franco-inglesa antichina. Paz de Pekín. Revolución en Grecia. Busmarck primer ministro de Prusia. Monarquía austrohúngara. Revolución en España. Dictadura de Prim.</p>
1871-1890	<p>Primera ley emancipadora en Brasil. Manumisión por</p>	<p>Guerra de los Diez Años en Cuba.</p>	<p>Paz de Francfort : Alsacia y Lorena pasan a Alemania. La</p>

	<p>sorteos anuales. Libertad de vientre. Ley que abole la esclavitud en Puerto Rico. Luego de varios intentos se expide una ley de abolición de la esclavitud en Cuba. Brasil, última nación en abolir la esclavitud.</p>		<p>Comuna de París. La República en España, golpe de Estado: Alfonso XII rey. Revolución en Turquía , Rumania, Servia y Montenegro, estados independientes.</p>
--	---	--	---

Bibliografía citada

Abramova, S. U., "Los aspectos ideológicos, doctrinales, filosóficos, religiosos y políticos del comercio de esclavos negros", en *La trata negrera del siglo XV al XIX*, Serbal/UNESCO, Barcelona, 1981.

Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra de México. Estudio etnohistórico*, Ediciones Fuente Cultural, México, 1946.

_____, "La etnohistoria y el estudio del negro en México", en XXIXth International Congress of Americanist, Nueva York, 1949.

_____, *Cuijla*, FCE, México, 1958.

_____, *La población negra de México*, FCE, México, 1972.

Bagó, Sergio, *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Siglo XXI, México, 1985.

Bastide, Roger, *Las religiones africanas en Brasil*, Cuadernos, CERU, Sao Paulo, 1960.

_____, *Las Americas negras. Las civilizaciones africanas en el Nuevo Mundo*, Alianza Editorial (El Libro de Bolsillo), España, 1967.

_____, "Etat Actuel et perspectives d'avenir des recherches afro-américaines", extrait special "Les Ameriques noirs", du *Journal de la Société des Americanistes*, t. LVIII, 1969.

Comas, Juan, *Origen de las culturas precolombinas*, Diana (Septentia, Diana), México, 1980.

Curtin, P. D., "The slave trade and the Atlantic Basin; intercontinental perspectives", en *Key issues in the afro-american experience*, 1971.

Chaunu, Pierre, *Historia económica y social del mundo*, Hachette, Paris, 1960.

_____, y Huguette, *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*, Flammarion, SEVPEN, Paris, 1977.

Daget, Serge, *Repertoire des Expeditions engriere Francaises a la Traite Illegale (1814-1850)*, Universite de Nantes, 1988.

Deveau, Jean-Michel, *Pour une Pedagogie de UHistoire de la Traite Engriere*, Centre Departamental de Documentation Pedagogique, La Rochelle, Francia, 1994.

Documentos de trabajo e informe de la Reunión de expertos organizada por la UNESCO en Puerto Príncipe, Haití, del 31 de enero al 4 de febrero de 1978, Barcelona, España Serbal/UNESCO, 1978.

Durkheim, Emile, *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Dédalo, 1964.

Elikia M' Bokolo et al., *LAfrique entre EEurope et LAmerique. Le role de LAjrique dans la Recontrade de deux mondes 1492*, 1992, Foro UNESCO, 1995.

Franco, José Luciano, *La diaspora africana en el Nuevo Mundo*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1975.

Gallego, José Andrés, *Claves para la comprensión de América*, Colecciones MAPFRE, Madrid, 1991.

_____, CD ROM, *Afroamérica. La Tercera Raíz*, en José Andrés Gallego (director), *Tres grandes cuestiones de la historia de Iberoamérica*, MAPFRE Tavera-Ignacio Larramendi, 2005.

González Casanova, Pablo, *Indios y negros en América Latina*, UNAM, Cuadernos de Cultura Latinoamericana 97, México, 1979.

Herskovitz, Melville, *The Myth of the Negro Past*, Beacon Press (reimpresión, 1970), Boston, 1941.

_____, "Probleme, methode and theory in Afroamerican studies", en *Afroamérica*, México, tomos I-II, 1945.

_____, "Some Psychological Implications of Afroamerican Studies", en XXIX,h International Congress of Americanist, Nueva York, 1949.

Hugh, Thomas, *La trata de esclavos*, editorial Planeta, España, 1997.

Hurbon, Laennec, *El bárbaro imaginario*, FCE, México, 1993.

Jahn, *Las literaturas neoafricanas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1971.

J. E. Inikori, "La trata negrera y las economías atlánticas de 1451 a 1870", en *La trata negrera del siglo XV al XIX*, UNESCO, Barcelona, 1981.

Lenguellé Maurice, *L'Esclavage*, Presses Universitaires de France, París, 1976.

Magnus, Morner, "Discusión sobre razas y clases en América Latina durante el periodo nacional", en *Revista de HISTORIA*, 74, Sao Paulo.

Mannix y M. Cowley, *Historia de la trata de negros*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.

Martínez Montiel, Luz María, *Negros en América*, MAPFRE, 1992, 374 pp.

_____, 2006, *Antropología. Conocimiento y comprensión de la humanidad*, México, Esfinge.

Mellafe, Rodolfo, *Breve historia de la esclavitud en América Latina*, SEP (Sep-Setentas, 115), México, 1975.

Michel D. Olien, *The Negro in Costa Rica, the Ethnohistory of an Ethnic minority*, Universidad de Oregon, 1967.

Ortiz, Fernando, *Los negros esclavos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

Ramos, Arthur, *Las culturas negras en el Nuevo Mundo*, FCE, México, 1943.

Renault, Francois y Serge Daget, "Les Traités Engrieries en Afrique", en *La Traite des Noirs par L'Atlantique*, Deuxieme Partie, Paris Editions Khartala, 1985.

Ribeiro, Darcy, *Los procesos civilizatorios en América*, 1977.

Van Sertina, Y., *Ils y étaient avant Christophe Colombo*, Flammarion, París, 1981.

Varios autores, *La chaîne et le Lien. Une vision de la traite Engriere*, Editions UNESCO, 1998.

_____, "Introducción al estudio de los repositorios documentales sobre los africanos y sus descendientes en América", en *Introducción a la cultura africana en América Latina*, pp. 47-122.

Vasconcelos, José, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, Espasa-Calpe Mexicana, México, 1988.

Vila Vilar, Enriqueta, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1977.

Zavala, Silvio, *El mundo americano en la época colonial*, Porrúa, México, 1977.

Zea, Leopoldo, *Historia y cultura en la conciencia brasileña*, FCE, México, 1993.